Leonardo Castellani

LOS PAPELES DE BENJAMIN BENAVIDES

BIBLIOTECA DICTIO

Para la señorita Providencia.

El Autor

Buenos Aires, 15 de octubre de 1953.

"Quid Romae faciam? Mentiri nescio... Librum!"
("¿Qué haré aquí en Roma? Mentir no sabo... ¡Un libro!")

Juvenal, *Sátira III*, 41.

Capítulo I: *Don Benya*

He de escribir aquí, si Dios me da poder y vida, lo que conversamos con el judío Benjamín Benavides acerca del mundo moderno, el fin del mundo, las profecías parusíacas y el APOKALYPSIS, durante la primavera romana de 1947, o sea, del mes de abril al mes de julio de ese año para mí aciago. En julio las conversaciones terminaron bruscamente, como se verá después.

Don Benjamín —o *don Benya*, como le llamaban los guardianes italianos— era un judío sefardí que estaba —y estará eternamente— preso en el campo de concentración de Cinecittá, a 12 kilómetros de Roma: el Hollywood italiano soñado por Mussolini y realizado en parte, que las tropas aliadas convirtieron en campamento de prisioneros, criminales, vagos o *repatriables*: de *evacuees*, como los llamaban los soldados yanquis: pronunciar *eveicuyís*.

Don Benya ¿en qué categoría estaba? Ni él, ni yo, ni nadie lo sabe. Agarrado por la oleada del vendaval contemporáneo, había sido arrojado a un rincón, cargado de cadenas y olvidado. Lo más claro que se podía sacar de su caso era lo siguiente:

—Don Benya, ¿por qué está usted preso?

—Porque no tengo *papeles*.

—Pídalos a Alemania.

—En Alemania los destruyeron por ser yo judío.

—Pídalos pues a los italianos.

—Los italianos aquí dependen de los norteamericanos.

—Pídalos a los norteamericanos.

—Los norteamericanos tienen otra cosa que hacer que ocuparse de un miserable como yo —dijo el pobre Benya.

En definitiva, don Benya estaba preso, y lo que es

peor, torturado, por el desnudo hecho de ser judío; cosa cruel, porque ese hecho no lo podía él cambiar. Mas él decía con amargo humor que estaba *adentro*, por ser pobre y tener talento, dos cosas que juntas son imperdonables de suyo en el mundo moderno. En realidad, yo no alcanzo a ver la relación entre el talento —innegable aunque raro y desigual— del español, con la serie de infortunios que se le habían desplomado encima. Habrá cometido imprudencias en el periodismo: no lo sé. Fue periodista en la Argentina y en España. Fue después *marchand* de pinturas, anticuario y librero en Alemania y preso de guerra.

Me presentó al judío Miguel Mungué Murray, un joven sacerdote argentino que estaba en Roma acabando o perfeccionando sus estudios para ser profesor de Sagrada Escritura. Yo había llegado a Roma como periodista con una "misión argentina" que fracasó, producto efímero de uno de esos ímpetus de alegría vital que les acontecen en mi país a los ministros que no saben lo que se pescan. Tuve que quedarme en Roma enfermo, y mi familia me pasaba una pensión con la condición de "*que no hiciera nada*". En mi familia tienen la idea de que yo echo a perder todos los negocios, y de que les resulto más barato comiendo sin trabajar; aunque yo trabajaba bajo mano lo mismo; porque la condición no me parecía moral, y el trabajo, además de ser mandado por Dios, para mí era algo físicamente necesario. Era yo muy joven todavía para un asilo de ancianos. Pero en mi familia nunca me han entendido —o quizá me entienden demasiado.

A pesar de ser dos años más joven que yo, don Benya tenía un aspecto de septuagenario, tan prematuramente senilizado estaba; sin embargo había una parte en él que conservaba una energía sorprendente, casi volcánica. Esta desproporción entre sus fuerzas era quizá la causa de sus misteriosas *torturas*. El hombre era evidentemente un torturado. La privación de su libertad y las incomodidades del campamento, que no eran atroces, no explicaban del todo las crisis de desesperada tristeza y lágrimas, en que se hundía días enteros, retorciéndose las manos en un tic que era en él, por lo demás, per-

manente. En esos días era inútil querer arrancarle palabras, a no ser semiininteligibles y a modo de semiloco.

Es posible que todas las desgracias de su vida, que fueron muchas, se amontonasen esos días sobre él como una montaña, por medio del recuerdo y de la aprensión de una imaginación vivísima. Lo peor de todo era que el condenado viejo no sufría sólo por su suerte sino por la suerte del mundo; ¡como si le hubiera sido encomendada a él la salvación del mundo! Pero de esto hablaremos más adelante, si viene el caso.

Lo que originó nuestra relación —que me atrevo a llamar *amistad*— y nuestras largas conversaciones, fue una frase que me llamó vivamente la atención una mañana: "*¿No piensa usted vivir hasta 1963?*" —me repuso al decir yo un día que no esperaba ver el fin del mundo. Después de lo cual afirmó categóricamente que en esa fecha habría una gran guerra, en la que moriría la gente como chinches, después de la cual vendría el Anticristo, o bien inmediatamente, o bien después de un período de florecimiento pasmoso de la Cristiandad europea, el cual no duraría mucho tiempo.

Don Benya era muy católico, aunque un poco a su manera. Mantenía no obstante relaciones con sus hermanos de la Sinagoga. Había estudiado la carrera eclesiástica, la cual dejó no por su voluntad... como diré más tarde, si a mano viene. Mi amigo el teólogo aseguraba que dominaba la BIBLIA, la cual había leído entera cosa de 13 ó 14 veces. El APOKALYPSIS lo sabía de memoria. Más aún, conocía su relación con todo el resto de la ESCRITURA. Un caballo blanco que sale dos veces en el APOKALYPSIS, nos dijo un día tranquilamente que era un símbolo que salía 6 veces —creo— en la BIBLIA y se puso a explicar qué significaba cada vez. Lo de la guerra en 1963, lo retiró al día siguiente, diciendo que era una mera conjetura suya, pero insistiendo en la "*necesariedad*" de la guerra de los continentes, de la cual hablaré en el próximo capítulo.

Llamo a esta exposición LOS PAPELES DE BENJAMÍN BENAVIDES y no *Las palabras*, porque no podría hacerla sin cuatro gruesos cuadernos que me dejó al despedirnos, donde están apuntadas todas las ideas y citas de nues-

tras conversaciones, en medio de una mezcolanza de otras cosas, borradores de cartas, fragmentos de poemas, y notas escritas con letras griegas enteramente indescifrables. Me entregó los cuadernos porque creía que iba a morir pronto, como le sucedía cada vez que estaba enfermo, aunque después resucitase tan campante. Esto hacía que sus allegados no le hiciesen ya caso cuando se quejaba lúgubremente. Pero yo creo que en realidad el tipo de tanto en tanto se sentía verdaderamente morir. Hay complexiones así. *"Vita mortalis seu potius mors vitalis"* —decía él. Hay esa especie de equilibrio inestable en la salud de cierta gente... sin salud.

Nunca olvidaré la última vez que lo vi, de pie contra uno de los balaustres o paramentos de mármol falso, que se usaban antes para filmar los *interiores* palaciegos en Cinecittá: una barba gris descuidada, ojos profundos, nariz aquilina, melena leonada, alto y desmazalado, triste e impenetrable. Si ha muerto ya, no lo sé; pero quiero cumplir con su memoria, y hacer una especie de expiación de lo mal que lo trató el mundo, poniendo en limpio los caóticos papeles en que él había empleado los retazos activos de su vida y concentrado el fruto de sus empeñosos estudios, sus lecturas desordenadas, la experiencia de sus desgracias, y lo que había visto en sus malaventuradas andanzas por dos continentes.

> *"En aquel tiempo desearán los hombres morir y no podrán; llamarán la muerte y se les esconderá.*
> *Llegará un tiempo en que aquellos que os quiten la vida pensarán hacer un servicio a la Deidad".*

Don Benya me dijo un día que estos dos lugares se cumplían a la letra en él, y en infinidad de mudos hermanos suyos; y que esto era para él una seña cierta que ya había llegado *"Aquel Tiempo"*.

¡Y cómo pronunció *"Aquel Tiempo..."*!

Capítulo II: *La Guerra de los Continentes*

El teólogo Murgué Murray era un joven muy estudioso, con la vivacidad y brillantez de los argentinos inteligentes. No estaba de acuerdo con el judío en casi nada, pero decía que le era utilísimo y que le resolvía muchas dificultades de interpretación textual —creo que decía— o *literal*, no recuerdo. Acabó por fastidiarme, porque se enzarzaba en interminables discusiones; y por eso fui a ver al judío yo solo varias veces; y también con un padre jeromiano que se ocupaba de escribir vidas de santos.

El día que don Benya mencionó la Guerra de los Continentes —que parece un título de Wells— se desvió la conversación en una disputa sobre Unamuno, que no me interesaba. Mi joven amigo estaba furioso con el escritor español, afirmando que *"no creía ni en Dios"*; desde luego, no cree en la Iglesia; resucita las herejías más burdas, como el *"panpsiquismo"* y el *"Dios alma del mundo"* de los estoicos, *"el agnosticismo, el idealismo, el calvinismo, el origenismo, mil veces refutadas; y se contradice de página a página"*.

El judío interrumpió:

—Justamente porque se contradice, no resucita en realidad ninguna herejía. Es un místico y no un teólogo. Es un místico informe, un místico en estado salvaje; pero en el fondo católico, aunque no clerical.

—¡No sabe filosofía!

—Sabe filosofía pero no es un filósofo. Es uno de esos filósofos *non transcendentes imaginationem*, que dijo el gran Alberto. No ha llegado a la abstracción metafísica ni lógica; pero con su gran talento ha captado algunas ideas fundamentales de los filósofos contemporá-

Capítulo II: *La Guerra de los Continentes*

El teólogo Murgué Murray era un joven muy estudioso, con la vivacidad y brillantez de los argentinos inteligentes. No estaba de acuerdo con el judío en casi nada, pero decía que le era utilísimo y que le resolvía muchas dificultades de interpretación textual —creo que decía— o *literal*, no recuerdo. Acabó por fastidiarme, porque se enzarzaba en interminables discusiones; y por eso fui a ver al judío yo solo varias veces; y también con un padre jeromiano que se ocupaba de escribir vidas de santos.

El día que don Benya mencionó la Guerra de los Continentes —que parece un título de Wells— se desvió la conversación en una disputa sobre Unamuno, que no me interesaba. Mi joven amigo estaba furioso con el escritor español, afirmando que *"no creía ni en Dios"*; desde luego, no cree en la Iglesia; resucita las herejías más burdas, como el *"panpsiquismo"* y el *"Dios alma del mundo"* de los estoicos, *"el agnosticismo, el idealismo, el calvinismo, el origenismo, mil veces refutadas; y se contradice de página a página"*.

El judío interrumpió:

—Justamente porque se contradice, no resucita en realidad ninguna herejía. Es un místico y no un teólogo. Es un místico informe, un místico en estado salvaje; pero en el fondo católico, aunque no clerical.

—¡No sabe filosofía!

—Sabe filosofía pero no es un filósofo. Es uno de esos filósofos *non transcendentes imaginationem*, que dijo el gran Alberto. No ha llegado a la abstracción metafísica ni lógica; pero con su gran talento ha captado algunas ideas fundamentales de los filósofos contemporá-

neos, y con ellas y con su gran corazón, hace literatura y a veces retórica. Hace *macaneo filosófico sincero*.

—Pero es un hereje.

—No. Es un poeta mal poeta empachado de filosofía que se mete a pensar escribiendo, es decir, a escribir lo que tiene a medio pensar. Lucha contra un medio donde hay una desviación religiosa que él aborrece, la *socialización* de la religión; y se va al otro extremo, de modo que aparenta dar en protestante, sin serlo. No crea, Unamuno es aprovechable. Es un empachado de lecturas indigeridas, pero es un gran talento vasco, es decir, un talentocorazón. Vivió solo, *sine Deo in hoc mundo*. O mejor sin Iglesia. Ustedes deberían leerlo, pero no leerlo solamente para polemizar. La única herejía real que hay en Unamuno es filosófica, es el *voluntarismo*, que él ha asumido de la filosofía contemporánea como principio. ¡Ah! ¡Cuánto mal han hecho a la filosofía Escoto y Suárez, que desviaron el tomismo hacia el voluntarismo! Sin saberlo, Unamuno depende de Suárez, lo mismo que Balmes...

Mungué saltó como una viborita, y comenzó a panegirizar a Suárez. Se enredaron en ergotismos acerca del *intelectualismo* y el *voluntarismo*, cuál era mejor. Yo estaba a oscuras, y a veces me hacían reír: no veo que esas sutilezas tengan la menor importancia. Voluntarismo es, según me explicaron, la doctrina filosófica que pone la voluntad antes que el intelecto; no antes en el tiempo sino en la primacía. ¿Qué consecuencia puede tener eso? Pero en fin, yo no sé filosofía. ¿Qué nos importa que la voluntad sea antes que el intelecto, sobre todo a mí, que no tengo voluntad?

Al fin conseguí desapartarlos y volver al tema que a mí como periodista me interesaba. Los diarios italianos estaban llenos de la amenaza de guerra entre Rusia y Yanquilandía, a raíz del incidente de fronteras en Yugoslavia, los cuatro aviadores fusilados. La gente discutía apasionadamente acerca de la bomba atómica: que no la tiene ninguno, que la tienen los dos, que Rusia no la tiene; y se decían acerca de ella, y de otros tales rayos de la muerte, las más desaforadas fantasías.

En el diario más serio de Roma L'Ora d'Italia Pa-

trizzi trataba de tranquilizar diciendo que la guerra era imposible porque los pueblos estaban cansados y agotados y que el mismo temor de la bomba atómica hacía la guerra imposible por 100 años —y quizá para siempre. Su contrincante y antiguo jefe Giannini, en L'UOMO QUALUNQUE, decía en el fondo lo mismo. Yo quería creerlo, aunque no las tenía todas conmigo; pero el judío dijo gravemente:

—Esa guerra es posible, más aún, probable. Está en la lógica de los hechos actuales; y lo que es peor, está anunciada en el APOKALYPSIS. En el último libro de la ESCRITURA, que es muy obscuro, está anunciada claramente una guerra descomunal, increíble de puro enorme, y además un período de guerras; que si no es el que estamos viviendo, yo no sé cuál puede ser. ¿Por ventura estamos en paz? ¿No le llaman a esto *paz armada*, que es lo mismo que decir guerra latente e inminente? ¿No llaman a la guerra del 39 el segundo acto de la guerra del 14? ¿es que no habrá un tercer acto? ¿ya está desenlazado el drama? Al contrario, los conflictos "ideológicos" —como dicen—, religiosos en realidad —y por cierto religioso-heréticos—, han quedado intactos y más fuertes que nunca...

—Y ¿cómo sabe usted que será para el año 1963?

—No hagan caso de eso, es una conjetura mía, un simple cálculo de Estado Mayor: el tiempo que necesitan las grandes bestias feroces para reabastecerse. Es la opinión del gran táctico e historiador inglés capitán Liddell Hart. Si es para el año 2063, mejor para nosotros. Pero yo no lo creo. Es claro, Dios podría hacer un milagro... Pero lo que está anunciado, cumplirse ha.

—¿Dónde está anunciado?

—En tres lugares del APOKALYPSIS, el Caballo Rojo, la Tuba Sexta, la Sexta Fiala; tres lugares paralelos clarísimos. Eso no se puede entender sino de una gran guerra, que será a la vez un período bélico, un suceso desos que mudan la historia y un castigo de Dios a la humanidad, es decir, un *tiempo*, una *era* y una *plaga*: Caballo, Tuba y Fiala.

El teólogo mostró tomarlo a risa, y dijo:

—Según el gran Bossuet, Billot, el padre Alló y Scío de San Miguel, la Sexta Trompeta significa una excursión de los parthios en el Imperio Romano en el tiempo del rey Sapor, que al frente de un ejército pasó el río Éufrates, demarcador entonces de las fronteras del Imperio...

El judío se contrajo en un rictus:

—¿Era un ejército de 200 millones de hombres?

—¡Oh! —exclamó Mungué—. Esa cifra es alegórica, es una cifra simbólica, según explica el padre Alló.

—¿Mató la tercera parte de la humanidad?

—¡Bah! Esa cifra también es... hiperbólica, como interpretan varios comentadores...

—¡Ay, los comentadores! —dijo el judío—. ¿Qué es lo que son capaces de hacer con la ESCRITURA? El comentador Pastorini conjetura *"con fundamento"*, dice el obispo Scío, que en los últimos días del siglo permitirá Dios que millones de demonios tomen forma humana para formar este espantoso ejército del Anticristo y obrar las cosas espantosas que profetiza San Juan... Ese Pastorini es un obispo inglés Charles Walmesley, que escribió un libro en francés explicando el APOKALYPSIS con la clave de la Reforma de Lutero. ¿Qué le parece de esta exégesis, joven amigo?

—Sencillamente ridícula.

—¿Más aún que la de usted, la de que el Espíritu Santo por el Apóstol profetizó un vulgar y silvestre malón de los persas, que la historia ni siquiera ha recogido, describiendo un ejército envuelto en fuego, humo y azufre, con lorigas de llama y de jacinto, con caballos que matan con la boca y con las colas, y pone la cifra exacta y enorme de 200 millones de jinetes y dice que fue muerta la tercera parte de los hombres nada menos? ¿Qué me dice usted, Delrey, de esta manera de profetizar?

Yo me eché a reír y dije:

—El Espíritu Santo parece bastante andaluz...

—¿Andaluz? Mentiroso sencillamente —dijo el judío con desenfado—. Si el APOKALYPSIS es una profecía, como dice su título mismo y siempre lo ha creído la Iglesia, ésa es una guerra que aún no ha acontecido y tan enorme que hasta ahora los comentaristas no osaban creer

pudiese acontecer; por lo cual, inventaron todo eso de los números simbólicos o alegóricos o hiperbólicos... Pero nuestra desdichada época ha hecho esa guerra posible y concebible: en la reciente guerra mundial han luchado cerca de 200 millones de hombres, si contamos los obreros de los arsenales, que eran verdaderos combatientes de retaguardia...

—¿Luego ya se cumplió la profecía?

—No. ¿No ve usted que el profeta habla de 200 millones de jinetes, de tropas de caballería, que eran en la antigüedad las tropas que hoy llamamos de *choque*?

—¿Y cree usted que llegará a haber una guerra con esos millanares de caballos? En la guerra moderna ha desaparecido casi del todo la caballería...

El judío me miró con una manera peculiar suya, entrecerrados los ojos como un gato.

—¿Y las tropas motorizadas? Los ejércitos modernos consisten por entero en aviones con infantería motorizada. ¿Ha leído usted LA GUERRE MODERNE, del general Charles De Gaulle?

—Pero el profeta no dice *tropas motorizadas* —saltó el teólogo.

—¿Cómo quiere usted que lo dijera? —dijo el judío riendo—. ¿Quiere que San Juan en Patmos citara también al mariscal De Gaulle? No es así el género profético. El profeta de Patmos tenía delante *alucinaciones visuales y auditivas* como llaman hoy; y nos las trasmite volcándolas en el molde de la literatura escatológica judía, que toda ella desemboca maravillosamente en este libro; y que él se sabe de memoria.

—¿Usted se sabe de memoria?

—No. El, el Profeta, digo. ¿No le han enseñado en el seminario la existencia de los *géneros literarios* en la ESCRITURA? ¿Y que el intérprete debe conocer sus leyes para entender los diversos escritos?

—¿Usted es *intérprete*?

—Yo no. Pero tampoco soy imbécil. ¿Quiere usted que el Visionario dijera: "Vi un ejército compuesto de veinte mil divisiones motorizadas, solamente en las tropas del frente, sin contar la retaguardia; y las torrecillas de los carros eran imponentes; y los tripulantes estaban

defendidos por blindajes maravillosos de acero y cobre, que relumbraban como joyas; y usaban pólvora trinituol y cordita, cosas que ahora no se conocen pero con el tiempo se inventarán; y tenían artillería por todas partes, potentes piezas de artillería delante y detrás, que sembraban el estrago y la muerte?".

Yo me eché a reír.

—¿Ésa es su traducción de la Tuba Sexta, y el Ejército de los Cuatro Ángeles?

—De los *Cuatro Grandes* si usted quiere —dijo el judío muy serio—. ¡Y qué! ¿Cree usted que en el siglo I de nuestra era se puede describir más exactamente un ejército moderno que con esa imaginería mágica que al buen Pastorini Walmesley le pareció cosa de demonios encarnados? ¿Cómo puede describirme usted mejor, vamos a ver, en estilo escriturístico, una pieza de artillería que diciendo: *Una cabeza de león, de cuya boca salen fuego, humo y azufre, que mata a los hombres*? Ponga usted delante de ella por primera vez un piel roja, un berebere o un zulú y le dará infaliblemente una fórmula parecida, si es inteligente. Le dirá esas o parecidas metáforas...

El teólogo dijo:

—Luego usted interpreta también alegóricamente...

—De ningún modo. Metáfora no es alegoría. La metáfora pertenece al sentido literal, es un *modo natural* de hablar: *el más natural de todos*; la alegoría pertenece al sentido figurado o traslaticio... Es un artificio poético.

—No entiendo —interrumpí.

—A mí lo que me interesa en la Escritura es el sentido literal, el primario, el cual a veces puede ser doble, como Santo Tomás anota —continuó el judío sin hacerme caso—. Pero el sentido literal no significa el sentido *crudo*, que es el que entendió Pastorini, que a veces es absurdo, contradictorio o imposible. Ésa es la *regla de oro* que dio San Agustín: *"¡Hay que interpretar literalmente a menos que nos sea imposible!"*. Cuando en el Génesis se dice que Dios *"tomó pieles y cosió vestidos a Adán y Eva"*, eso evidentemente no puede entenderse en el literal crudo. Cuando Nuestro Señor propone una parábola, ya nos dice que nos habla en alegoría o *seme-*

janza, que eso significa parábola... Pero las mismas parábolas de Cristo son más *símbolo* que *alegoría*. La alegoría es una invención grecorromana, cosa posterior; de *estilo escrito*, no de *estilo oral*.

—Todo eso lo sabemos de sobra —dijo Murray con suficiencia—; pero el APOKALYPSIS ya se cumplió enteramente en la destrucción del Imperio Romano. En donde usted yerra es en aplicarlo a nuestros tiempos. Millares de ilusos han hecho lo mismo, en diferentes tiempos de la humanidad. Cada vez que hay una crisis grave en la historia, y siempre las hay, nunca falta un loco que salga leyendo exactamente los sucesos del día en el APOKALYPSIS, que se presta a todo por su oscuridad y la vaguedad de sus símbolos. Joaquín de Flora hizo lo mismo, que como usted sabe fue hereje.

—No fue hereje el abad Joaquín —dijo el judío— sino sus discípulos. En su interpretación hay errores, como en la de todos los intérpretes los habrá siempre; pero hay un principio capital, un aporte substancial, un verdadero descubrimiento: el de la *interpretación histórica*. ¿No ha leído usted el libro de Schaumann?

—No. ¿Lo tiene usted?

—No. Me lo quemaron en Alemania. Pero lo he leído.

El judío había leído de todo. Enseguida se enzarzaron otra vez en discusión incomprensible. El teólogo decía que, según la exégesis de Boussuet, la más razonable de todas —¡la más *racionalista*!, gritó el otro—, el APOKALYPSIS era una descripción alegórica de la próxima destrucción del imperio idolatra, sacrílego y persecutor, y del triunfo del Cordero, que se verificó por Constantino; que era una profecía ya cumplida toda ella, excepto una pequeñísima parte que se refería al fin del mundo: nominalmente, 26 versículos del Capítulo XX. El judío gritaba que todo el APOKALYPSIS era una profecía del fin del mundo, o mejor dicho, "*de la historia de la Iglesia enfocada desde el fin del mundo*"; nominalmente, una profecía de la *persecución* y el *triunfo* del Reino de Cristo. Mi joven amigo, que era un memorión, citaba de memoria trozos de Bossuet y aseguraba que el obispo galo, con la historia en la mano, había ido aplicándola versículo por versículo al cifrado libro, venciendo toda

dificultad y creando la convicción en quienquiera lo leyere; que todos los autores modernos de más fama aceptaban esa interpretación; y que él tenía de ella tres pruebas enteramente concluyentes. Pero el judío lo cortó diciendo:

—¿Y Renan?

—¿Renan? Renan es un apóstata, un corrompido y un Judas —dijo Murray.

—Renan adoptó y adaptó la exégesis de Bossuet, la podó de algunas pocas cosas, y salió un libro en efecto abominable, L'ANTECHRIST, en el cual San Juan —o el presbítero Juan, como él dice— aparece como un verdadero impostor: un hombre calenturiento, camandulero, fanático, mentiroso y delirante. Y la aplicación a la historia romana está hecha versículo por versículo mejor aún que en Bossuet. Frágil barrera fueron para el apóstata bretón los 26 versículos del Capítulo 20: la interpretación racionalista del libro se la dio casi hecha un aguileño obispo de *Me-a-úx*: no tuvo más que transcribirla. ¡Bendito obispo de *Me-a-úx*!

—Así que la lección de Bossuet es herética...

—La lección de Bossuet, que no es de Bossuet sino de un teólogo español, Ribeira, es buenísima en cuanto no se la cierre y no se la haga exclusiva: es la interpretación del *typo* que no excluye antes exige el *antitypo*. Bossuet mismo lo indicó, aunque por demás sucitamente, cuando dijo que su sistema, aunque él lo tenía por cierto, *"no excluía otro sentido más profundo"*. Podía haber dicho que lo exigía. La interpretación tradicional de la Iglesia es esjatológica; y no sin causa, a fe mía, porque el sentido esjatológico del libro salta a la vista; el Sexto Sello, la Séptima Tuba, la Séptima Fiala describen evidentemente el fin del mundo. La Parusía o Segunda Venida, anunciada por los profetas y prometida por Cristo, que es un dogma de Fe y está en el Credo, no se puede decir con palabras más claras que en esos tres pasajes.

—¿Qué es *antitypo*? —pregunté yo, que me había perdido—. ¿Y en qué queda lo de la guerra?

Pero al judío lo llamaban de la enfermería: era ayudante enfermero, ayudante cocinero y ayudante camarero, es decir, lavaplatos y barrendero universal. Lo hacía todo

mal, por supuesto; pero no lo maltrataban demasiado, porque habían acabado por tenerle lástima; y quizá una especie de vago recelo misterioso, que si respeto no era, podía pasar por tal. El judío nos dejó y se marchó a sus ocupaciones.

En el camino de vuelta a la Piazza España, donde vivíamos, apuré a mi amigo sobre la cuestión de la guerra. Me concedió que si el libro de Patmos había de leerse literalmente, *entonces* sin duda allí estaba designada una enorme guerra y que esa guerra no se había dado aún en la humanidad...

—Luego debe darse; y es muy posible que se dé ahora —le dije.

Se atrincheró en Bossuet: dijo que el APOKALYPSIS no podía entenderse literalmente, que eso no cabía en una mente moderna, que la interpretación literal llevaba a verdaderos delirios. Que era clarísimo que el cápite nueve, verso trece, se refería a la derrota de Valeriano en la frontera persa, donde está el Éufrates y la célebre caballería partha, derrota que llamando a los emperadores a la frontera oriente, abrió el acceso del Imperio a los godos, vándalos, longobardos y francos, los cuatro *ángeles* o conductores que lo llevaron a su ruina; destruyendo más o menos la tercera parte de sus fuerzas... *"Esta es la interpretación obvia"*. No hay que buscarse cosas raras.

Yo no quise discutir con él. Era demasiado discutidor. Como les enseñan la teología disputando, muchos teólogos parecen más abogados que hombres de ciencia; es decir, ergotizadores aptos para buscar y hacer argumentos, a veces sutilísimos, en pro de una tesis que les dan a defender —o la contraria—, más bien que pensadores sedientos de la Verdad. Pero quizá así tiene que ser. No de balde son los "defensores del dogma". Les dan un dogma a defender y el oficio de ellos es defenderlo de cualquier forma.

Pero me quedé pensando que si acaso ese último libro de la BIBLIA es una profecía ya cumplida, es raro que la Iglesia no lo haya declarado; es raro que haya todavía sistemas, disputas y divergencias entre los doctores, pues una profecía ya cumplida, debería ser muy

clara; y es raro que recién un obispo francés del siglo XVIII (el siglo del *Aufklaerung*) se haya dado cuenta clara de ello, cosa de 12 siglos después de su cumplimiento; y no los exegetas que siguieron de cerca a su supuesta verificación histórica.

Me dormí con estos pensamientos. Decidí volver solo al otro día. Hacía tiempo que andaba yo leyendo cosas religiosas mescoladas, libros rusos que me prestó Ramón Doll, un tal Merejkowsky, y un tal Solovieff, y L'Évangile Éternel de Joachim de Flore, por un Emmanuel Aegerter, y Ramakrihsna, y otros.

Decidí volver solo porque el teólogo Mungué me enredaba.

Capítulo III: *Guerras y rumores de guerra*

Al otro día encontré al judío escribiendo febrilmente una carta y sin querer hacerme caso.

Vivía solo en una especie de galpón, donde se almacenaban antes *atrezzos* de cine, y todavía estaba escombrado de telones, bambalinas, muebles falsos, bustos, cacharros y columnas de yeso. El desorden era maravilloso. Entre ese terremoto tenía don Benya infinidad de papeles, y una cantidad de biblias en todas las lenguas.

Una de sus manías era escribir cartas vehementes, pidiendo su libertad, unas veces abyectas y otras altivas, a cuanto personaje sonara en el mundo. ¿Y qué haría el infeliz con la libertad? Yo creo que era incapaz de ganarse la vida.

Un mismo día escribió a De Gasperi, a Fiorello La Guardia, que estaba en París, y a un rico hebreo de Buenos Aires. Por supuesto, nadie le respondía. Y cuando alguno le respondía por fórmula que *"había tomado de su solicitud la conveniente nota"* se ponía hecho una furia; y sufría más con eso que con el mutismo de los demás.

Un día leí una carta, que estaba llena de desesperada imploración y de amenazas bíblicas: *"justicia sin misericordia a los que no hicieron misericordia —sepa S. E. que hay un Dios, que hay un Soberano Juez, que nos juzgará a todos, grandes y chicos..."*. Le dije la verdad, que me parecía un prodigio de falta de tino y de táctica, y que por esa vía no conseguiría un cuerno. Dijo que eso era *"su verdad"*, que él así lo sentía, y que no podía escribir de otro modo. ¡Qué hombre! No era via-

ble para vivir en este mundo. Pero por desgracia para él, vivía... o semivivía.

Acabó la carta con un suspiro, la cerró, y se dispuso a contestar lo que yo fastidiosamente requería: la Guerra de los Continentes. Quería yo hacer un artículo sensacional para mi diario, titulado: *Un profeta en Roma.*

¡Qué macaneadores somos los periodistas! El periodismo es una porquería. Pero entonces yo no lo sentía así. Me lo hizo sentir el judío, que también había sido cofrade de la cofradía. *"Una vez periodista, por siempre periodista".*

Tomó su BIBLIA y me dijo:

—El APOKALYPSIS es muy oscuro. Pero existe a su lado una cosa clara, que debe servir de clave, y en la cual apoyando hay que avanzar cuanto se pueda en todo lo demás: el sermón esjatológico de Cristo en los EVANGELIOS, lo que llaman *Apokalypsis Sucinto o Sinóptico.*

Yo había leído ya el sermón esjatológico en los tres Sinópticos; francamente no me parecía muy claro.

—Cristo predijo perentoriamente su Segunda Venida; dijo que sería incógnita en cuanto al día y la hora, y que cuando fuese no la esperarían los hombres; y sin embargo se puso de intento a dar señales de ella. ¿Para qué dar señales entonces? ¿Qué le parece?

—Sí, la venida de Cristo será del todo imprevisible; ni el Hijo del Hombre ni los ángeles del cielo la saben, dijo Cristo, exagerando la nota. Y entonces ¿por qué estamos usted y yo, don Benya, queriendo fijarla? Creo que hay un concilio de la Iglesia que excomulga al que fije el día del fin del mundo...

—La Venida Segunda es imprevisible y es previsible a la vez —dijo el judío—. Y si no ¿para qué demonios dio el Salvador sus señas y exhortó que abriésemos los ojos? *"De la higuera aprended un parangón; cuando veis los brotes y las hojitas tiernas, sabéis que viene el verano; así cuando veáis estas cosas, sabed que estoy cerca a las puertas...".* Es imprevisible desde lejos y en cuanto al tiempo exacto; pero a medida que se aproxime se irá haciendo... no diré cierta, pero sí, como dicen, *inminente.* Se olerá en el aire, como las tormentas; pero no por todos ciertamente, sino por muy pocos. Exacta-

mente como nuestras sendas muertes, que *"vienen cuando menos pensamos, como ladrón nocturno"*.

—¿Y usté ahora ya la huele?

—*"Oiréis guerra y rumores de guerra* —dijo sibilinamente— *pero no entonces enseguida será el fin."*

—Siempre ha habido guerras y rumores de guerra en toda la historia de la humanidad.

—Jamás como ahora y como antes de la destrucción de Jerusalén —dijo él—. Nuestra época ha visto a la guerra instalarse tranquilamente *"como institución permanente y normal de la sociedad humana"*, como la definió el papa Benedicto XV cuando lo del 14, con clarividente ojo. Repare usted en que desde entonces todo gira en torno de la guerra: relaciones internacionales, política, economía y literatura; de tal modo que las *paces* no son sino treguas, y llaman a esta falsa paz con razón *paz armada*. Paz "armándose", debían decir. Y aun dentro de ella funciona una guerra interna atroz que es la llamada *lucha de clases*: millones de vidas costó la llamada *revolución rusa*; un millón de muertos se calculan en la guerra civil de España. El anhelo más profundo de toda la humanidad actualmente es la paz; y en ese anhelo justamente hará palanca el Anticristo. Aquel déspota gigantesco, aquel plebeyo satánico, dará al mundo la paz: una paz sacrílega y embustera, durante la cual se perseguirá a sangre y fuego casi hasta la extirpación a la Iglesia de Dios.

—Pero aunque fuese ahora ese tiempo de guerras —dije yo—, según Nuestro Señor, *"todavía no es el fin"*.

—Pero es *"el principio del dolor"* —dijo el judío implacable—, *"de los dolores de parto"*, como dice el texto griego, *"arjé odínoon"*. Es el *"primer dolor"*, como dicen las mujeres.

—Sin embargo —insistí yo— eso de que *"todavía enseguida no es el fin"* ¿no significa una interrupción de los dolores? ¿No habrá entre el Anticristo y la Guerra un período entero de gran paz y prosperidad de la Iglesia, como nunca se ha visto, en el cual se predicará el EVANGELIO en todo el mundo y se convertirá... su gente de usted, el pueblo judío? Así lo he oído de nuestro joven amigo Murray.

—¡Ay! —dijo Benavides—, ¡ojalá! El tiempo del Papa Angélico y del Gran Rey, de las visiones medievales. Infinidad de profecías privadas lo han anunciado, pero yo... ¡Ay!, temo que esa esperanza sea una especie de milenarismo temporal, una humana escapatoria al temeroso vaticinio: porque los dolores puerpéricos una vez que empiezan ya no se interrumpen por un tiempo largo de bienestar. No veo cómo encajar esas profecías privadas en el riguroso texto bíblico.

Y tomando el EVANGELIO griego empezó a traducir y a comentar palabra por palabra el XXIV de Mateo en su castellano sefardita, arcaico, un poco raro pero sabroso. Ya no recuerdo el comento, y mucho menos las disgresiones en que el hombre se me perdía a cada paso: recuerdo las líneas generales. La pregunta de los apóstoles en secreto de cuándo sería la eversión del templo y qué signo habría de la liquidación del siglo y *"tu Venida"*, todo lo cual ellos creían sería simultáneo; la primaria respuesta sumaria con los pseudoprofetas, las guerras y desastres mundiales, la persecución religiosa a muerte y el odio entre los hombres; otra vez los seductores religiosos y la predicación universal del EVANGELIO; y entonces vendrá el *acabamento*. Después la explanación de esta perícopa, repitiendo el anuncio de los males con más encarecimiento, mechado de avisos y recomendaciones urgentes y paternales. La descripción de los últimos días con el gran aparato astronómico, cósmico y angélico: sol, luna, estrellas, nubes, clangores, trompetas y el signo del Hijo del Hombre, que verán todos como se ve el relámpago, y congregará a todos los elegidos. El juramento de Cristo y la intimación de que nadie fuera del Padre sabe el día, con la monición de la higuera y la rúbrica del perentorio *vigilad*. Yo interrumpí al exegeta porque mi atención desfallecía. Me acordé una cosa que había leído en Renan.

—Aquí hay una dificultad tremenda, porque Cristo prometió que aquella generación no pasaría sin ver todas esas cosas; y aparentemente se equivocó, porque ninguno de los apóstoles vio el fin del mundo.

—De eso, otro día —me dijo el zahorí secamente—. La objeción de los racionalistas es nula: no consideran el

estilo profético. No se engañó Cristo, ni tampoco hizo una mescolanza arbitraria del fin de Jerusalén y del universo, como dicen muchos. Estilo profético: *typo* y *antitypo*.

—Me gustaría que me explicase eso; yo nunca he visto la solución.

—Basta —dijo el hebreo con tono de maestro a un niño—. Usted vino hoy a preguntar de la Guerra.

—Y de los signos de la Parusía —insistí yo.

—Bien. El primer signo es ese estado excepcional de guerra, acompañado de carestía y pestilencias; el cual como vimos no es signo inmediato. Los signos inmediatos que Cristo añade enseguida son tres:

1. La *crueldad sacrílega*, es decir, el odio entre los hombres y la persecución religiosa homicida.

2. La *compleción del anuncio evangélico en todo el mundo*.

3. La *desolación abominable* en el lugar santo, es decir, la profanación extrema, sea ella en concreto lo que fuere... Siendo de advertir que las tres cosas ya comenzarán en el período de la Guerra Grande, puesto que proceden de la *"seducción de los pseudo-cristos"*, que el Señor planta en el comienzo mismo de su apokalypsis abreviado. Estas cosas no tienen comienzos absolutos, sino que son culminaciones y liberaciones de elementos ya vigentes desde el principio del cristianismo, de la cizaña de la parábola que crece hasta el fin en medio del trigo. San Juan ya en su tiempo dijo: *"Yo os digo que ya existe el Anticristo, el espíritu que rechaza a Cristo"*.

—Dígame —le interrumpí yo bruscamente—. ¿Ghandi no será un pseudo-Cristo?

—¿Quién?

El judío emitió su risita seca...

—¡Pobre Ghandi! —rio—. Déjelo. No me distraiga.

—Pero ¿es un santo o no es un santo? —insistí—. Si es un santo, ¿cómo está fuera de la Iglesia?; si no es un santo, ¿cómo es que tiene el lustre, el poder, el influjo, todas las características de los santos católicos de otras épocas? ¡En la India ese hombre es un San Bernardo! Y sin embargo, creo que es protestante, o algo así.

—El problema de la mística fuera del cuerpo visible de la Iglesia —sentenció el judío— lo discutiremos otro día.

—Explíqueme, pues, esos tres signos. ¿Qué puede ser esa *desolación abominable*?

—Se lo explicaré a su tiempo, con los lugares paralelos del APOKALYPSIS explanado. Ahora estamos en la Guerra.

El judío era más ordenado de lo que parecía. Era mi amigo el teólogo con sus contradicciones quien lo hacía derramarse.

—La Guerra Grande está anunciada en tres lugares de la Revelación: principalmente en la Sexta Tuba, que es lo que leímos ayer, el Capítulo Ocho: el enorme ejército de caballería hecho para matar un tercio de los hombres; si eso no predice una guerra, hay que abandonar allí el sentido literal y por ende lícitamente en todas partes, cosa que no es lícita al exegeta católico. Después, en la Sexta Fiala, Capítulo Dieciséis, donde se describe la remoción del obstáculo de esa guerra, la supresión de una barrera, figurada por el río Éufrates, que impedía invadir a los reyes orientales y la aparición de las Tres Ranas, que congregan a esos reyes...

—¡Las Tres Ranas! ¡Lo más raro del APOKALYPSIS! ¿Qué puede ser eso? No he encontrado un solo intérprete que me satisfaga...

—Pues son tres demonios, allí lo dice; mejor dicho, tres *espíritus* malos...

—¿Tres demonios en forma visible, que salen de las sendas bocas del Anticristo, del Antipapa y del... demonio mismo? ¿Cómo puede ser eso?

—Se lo explicaré otro día; pero repare usted que el texto sacro no dice *demonios*, sino *espíritus malignos* y *espíritus inmundos*... —cortó el hebreo—. Déjeme ahora. Por último —o mejor dicho en primer lugar— está indicada la Guerra Grande en el Caballo Rojo, en el proemio del APOKALYPSIS propiamente dicho, Capítulo Sexto, el Sello Segundo. Ese símbolo es indubitable. Significa la guerra en toda la literatura apocalíptica; y en general en la oriental literatura toda. Por lo demás, lo dice expresamente el texto sacro: "*le fue dada una Espada Gran-*

de —significando guerra no común sino extraordinaria— *para que quite la paz de la tierra...". "La paz ha volado al cielo"*, ha dicho en estos mismos días en una alocución nuestro santísimo padre Pío XII.

—¿Estamos entonces nosotros actualmente en el Segundo Sello? Mire que sólo el Sexto Sello, como la Séptima Tuba y la Séptima Fiala son claramente el fin del mundo... usted mismo me lo dijo.

—Según creo estamos en el Tercer Sello, acabando el Segundo y empezando el Cuarto y el Quinto —dijo él—. Oiga mi interpretación de los Siete Sellos... El Primer Sello, el Caballo Blanco, es la Monarquía Cristiana, desde Constantino hasta la Revolución Francesa; o si quiere usted hasta la Reforma, en cuya gran lucha político-militar *empató*, como dice Belloc, la Monarquía Cristiana con la Gran Revolución Religiosa, que desde entonces no ha cesado de avanzar, de *"hacer guerra a los santos y vencerlos"*. Es un caballo albo; y a su jinete se le ha dado un arco, y lleva una corona y sale *"vencedor para vencer"*; es decir, vencedor una y otra y otra vez. Esas victorias repetidas son la predicación evangélica apoyada por la Reyecía Cristiana, predicación que debe extenderse por todo el mundo antes de su fin. Hasta la Reforma venció siempre la Monarquía Cristiana; civilizó la Europa, sofrenó y convirtió a los bárbaros, aplastó las herejías, contuvo al Islam, con su *corona* que se veía de todas partes y su *arco* que alcanzaba lejos; es decir, el poder de sus armas expedicionarias, que a su misma América de usted llegaron, y hasta los rincones del Asia y el África. Después del empate de la Reforma comienza la Monarquía Cristiana a ser vencida en todas partes y el Imperio Español de los Austrias y el Sacro Imperio Románico Germánico se dividen y comienzan a disgregarse. ¿No ha reflexionado usted sobre este hecho?

—¿Cree usted que ésa es la lección del versículo que dice *"le fue dado poder para guerrear contra los santos y vencerlos"*? Es el 7 del XIII, y se refiere directamente a la Bestia, es decir, al Anticristo...

—Existe por un lado ese versículo; y existe allende este hecho clarísimo en la historia de la Cristiandad. Justamente la percepción de este hecho inició mis me-

ditaciones sobre las profecías parusíacas; mi *manía*, como dice su amigo Murray. Tenía 24 años y enseñaba historia contemporánea en el liceo de Segovia. Yo era un literato y lo que más me gustaba era hacer versos, achaque que no he perdido sino empeorado, siendo así que no soy poeta. Explicaba un día la guerra de los Chuanes, la sublevación de la Vendée contra la Revolución Francesa. Me exaltaba y hacía elocuencia con la sublimidad de esa revuelta de honrados campesinos que defendían su hogar, su fe y su rey, con la imagen del Corazón de Cristo sobre el pecho y en sus banderas: la santidad del buen Cathelineau, el hidalgo honor del señor de Bonchamps, la gallardía caballeresca de La Roche-Jacquelein y los otros jefes. Fue una guerra católica más pura que las Cruzadas, más necesaria que la empresa de Simón de Montfort, contra la sedición parisina regicida y atea. Y fueron derrotados y aplastados como chinches por el genio militar de un teniente de artillería inmensamente ambicioso, un corso petizo y regordete llamado Buonaparte; el cual les aplicó tranquilamente la *guerra de exterminio* y los engañó como a chinos con un tratado maquiavélico... En la clase reinaba un silencio profundo, el corazón de los jóvenes sangraba, yo me sentía elocuente... por primera vez en la vida. De repente un cadete levantó la mano (el más inteligente de la clase, hoy día hombre ilustre: si lo nombrara se asombraría usted) y preguntó con esa terrible y directa ingenuidad de los niños: "*¿Por qué fueron tan desdichados, si defendían la causa de Dios?*". Yo balbuceé que Dios no ha prometido a los suyos el triunfo en esta vida; que recordasen la Armada Invencible. Pero el muchacho respondió con ira: "*Tampoco les ha prometido la derrota. Y actualmente la causa católica es «siempre» derrotada...*". Negué resueltamente ese adverbio *siempre*; pero salí preocupado y meditabundo...

—Usted siempre fue meditabundo —le dije riendo.

—Desde aquel día —dijo el sefardita.

Quedamos un momento silenciosos.

—El Caballo Rojo —continuó él— es la guerra, no cualquiera, sino el Gladio Magno, la guerra endémica en el mundo, cuyo preludio fueron las guerras napoleó-

nicas y esa *leva en masa* de la Revolución Francesa, comienzo de lo que hoy llaman *la guerra total*; guerra que no perdona a nadie, ni a los civiles, ni a los ancianos, ni a las mujeres y niños, tan distinta de las guerras medievales, hechas por *profesionales*, mercenarios o caballeros, que son a la presente lo que las infecciones locales son a una septicemia. He aquí la Espada Magna, el principio de los dolores, la remoción del Obstáculo de San Pablo, el signo inmediato de una nueva era: la última...

—¡La era atómica! —le dije riendo...

—Si existe la bomba atómica —dijo el judío.

—¿Duda usted de que exista?

—Si existe la bomba atómica, los hombres tienen en sus manos el medio de destruir *"la tercera parte de los hombres"*. Y si tienen ese medio, ¿cree usted que dejarán de emplearlo? ¿Quién los atajará? ¿La democracia, la fraternidad, la misericordia? La misericordia también con la paz ha volado al cielo, se ha refugiado en la Iglesia, en el corazón de la Iglesia: en el santuario, no en el atrio. Porque en el atrio, ¡Dios de mi alma!... —exclamó el judío ensombreciéndose.

—La Iglesia ha sido cruel con usted en una ocasión —le dije, queriendo tirarle de la lengua...

—No la Iglesia sino algunos eclesiásticos —dijo, cayendo en la trampa.

—Pero esos sacerdotes gobernaban la Iglesia, y, por lo tanto, la representaban.

—Los sacerdotes pueden ser crueles —dijo don Benya desentendiéndose y hundiéndose en sus recuerdos— como cualquier otro hombre nacido... o más. ¡El resentimiento! El sacerdote por su estado es vulnerable a esa pasión temible, lo mismo que la solterona. Cuando leí el aforismo de Nietzsche: *"Algunos dellos han sufrido demasiado: por eso quieren hacer sufrir a otros"*, creí que se trataba de una simple contumelia dese gran impío: pero la vida me enseñó que hay allí apuntada una verdad psicológica. La crueldad, al menos inconsciente —que llamamos *dureza de corazón*—, está en la línea de las virtudes sacerdotales cuando se corrompen o simplemente se secan. Como tiene que huir de *lo carnal*, el sacer-

dote puede pasarse de la raya y distanciarse de *lo humano*... como excepción lo digo, y como aberración, naturalmente. Lo humano es principalmente carnal; el hombre no es espíritu puro.

—Y usted cree que actualmente...

—Que Dios me libre de la religión "descarnada". —dijo él—. Porque abundó la iniquidad, se resfrió la caridad en muchos, en los más. La crueldad, más que la liviandad de costumbres, ha escrito Belloc, es la característica más temible de la época que viene. Por lo demás, las dos cosas siempre andan juntas, la crueldad y la lujuria...

—El Caballo Negro —dije yo.

—El Caballo Oscuro —dijo el judío— es el tiempo oscuro de la Posguerra, el tiempo de la carestía y la crisis económica, de la *"oscuridad que ha caído sobre la tierra"*, como dijo su santidad hace tres años. Corresponde al *"hambre, pestes y terremotos"* del sermón esjatológico, que Cristo Nuestro Salvador adjunta a la guerra. El texto es tan claro que casi todos los intérpretes han leído la escasez, excepto los desaforadamente alegoristas, como Luis de Alcázar, que pretende que el Caballo Negro ¡es *"la pobreza voluntaria de los religiosos"*!... El jinete tiene una balanza, que significa cuidados y restricciones —el famoso *racionamiento* de hoy día— y la libra de trigo a un denario (que era el jornal de un día de un peón) significa un tiempo en que los pobres y los honestos ganarán estrictamente para comer. *"Es tremendo que el trabajador, sobre todo en la clase media, no pueda hoy comprarse un traje y gane lo justo para sustentarse"*, decía hace poco el cardenal Siri, obispo de Génova, en una de sus admirables homilías...

—¿Y qué significa: *"no dañes el vino ni el óleo"*?

—No lo sé —dijo pensativo el judío—. Le diré lo que sospecho: el trigo y la cebada representan el nutrimiento de los pobres; el aceite y el vino los manjares de los ricos. Usted sabe que las carestías actuales no las sufren los comerciantes, sobre todo si son bolsanegreros o estraperlistas. Hay de todo, incluso lo más exquisito, para quien pueda pagarlo; y estos tales, lejos de sufrir privaciones, se enriquecen con la carestía...

—Usted la tiene contra los pobres bolsanegreros; sin los cuales, mucha gente no podría comer...

—Es que eso mismo, justamente, representa un signo terrible de nuestra época. Es algo literalmente *negro*. Representa en los que gobiernan al mundo la invasión de la *ética del comerciante*. Hasta nuestros tiempos, los reyes tenían la ética sacerdotal o la ética del guerrero... Hoy día los Estados son comerciantes.

—Pero la moral es una sola —le dije—. También los comerciantes pueden tener moral. Su gente son todos comerciantes.

El judío enrojeció.

—La ética es una —dijo— pero los *ethos* son muchos; y están subordinados unos a otros. Cada uno tiene la moral que la capacidad de su *estado* comporta. Y la Iglesia siempre ha distinguido *estados* y ha puesto unos por encima de otros, como el estado clerical sobre el estado seglar. Mas ahora se ha producido la confusión de las jerarquías, y los estados inferiores se han subido arriba... la rebelión de las masas, la *"confusión de las personas..."*.

—Lo que pasa es que no hay ética de ninguna clase. Eso es lo que pasa —le dije yo cortándole el discurso.

—Cierto —dijo el otro resignado—. Y por eso viene el Caballo Amarillo.

—El caballo bayo, o barcino... dicen en mi tierra.

—O doradillo —dijo el judío—. *"Ni mujer, ni caballo, ni gato desa color..."*.

—También sabe usted el argentino...

—¡Figúrese! Ocho años en Buenos Aires...

—Habla usted un idioma curioso; medio castellano antiguo, medio argentino y medio italiano...

—Sé siete idiomas y ninguno bien —dijo él—. Pero lo bastante para leer libros. El Caballo Amarillo, el color del oro, de la envidia, y de la muerte, es la persecución a la Iglesia desatada y cruenta, la última persecución, que será peor que la de Diocleciano; como la de Nerón y la de Juliano juntas. El jinete de este Caballo *"su nombre es muerte, y el infierno lo sigue"*, dice el texto sacro. *"Le fue dada potestad de trucidar a cuchillo, hambre, muerte y con las bestias de la tierra"*, es decir,

con todos los medios anteriores añadido el de las *fieras terrestres*, es decir, los hombres encruelecidos y bestializados, como los rojos de España en 1936, como las masas que se apiñaban en el anfiteatro de Roma. Las verdaderas fieras eran allí, más que los leones, los que gritaban *"Christianos ad leones..."*.

—Pero eso ha sucedido en todas las persecuciones...

—Sí; pero aquí se habla de la última, porque advierte el profeta que le fue dado poder *"sobre las cuatro partes de la tierra"*. Es la persecución universal y omnímoda, de las almas a la vez y de los cuerpos, el fanatismo anticristiano desencadenado y políticamente triunfante en todas partes, bajo la impulsión omnipotente de un tirano perverso.

Por eso el Quinto Sello muestra a los mártires pidiendo a su Dios la resolución del conflicto mortal y el despertar de su venganza, que es su justicia, porque la justicia de Dios es más temible que las venganzas de los hombres; y el Sexto describe en resumen el tiempo de la Parusía. Mas el Séptimo devela los particulares de ella, después de un silencio de media hora, que es la expectación de la humanidad ante lo que se viene encima; y lo que se viene es nada menos que la última intervención directa de Dios en ella.

Calló el judío, todo espeluznado y nervioso, como se ponía siempre que hablaba largo.

—¿De modo que según eso el fin del mundo está a las puertas?

—Puede que sí. Pero no necesariamente.

—Si estamos ya en el tiempo del Caballo Oscuro...

—Pero pudiera darse —dijo don Benya— una *restauración* pasajera, de la durada de una generación, de la Monarquía Cristiana en Europa, que corresponda al tramo entre el *finis* y el *initia dolorum* de Nuestro Señor; es decir, lo que pudiéramos llamar el período *Nondum Statim*. A ello puede acogerse usted si le tiene demasiado miedo al fin del mundo. En la colección de profecías privadas que reunió el doctor Mirakles de Buenos Aires encontrará usted muchas que describen una especie de breve edad de oro de la Iglesia en medio de dos furiosas tempestades. Es una antigua tradición de profecías

de triunfo, que se remonta a la Edad Media, y cuya historia sería interesante...

—¿Usted se acoge a ellas?

—Francamente, no —dijo el judío—. Pero me alegraría equivocarme.

—Su temperamento de usted lo inclina a la catástrofe cuanto antes —le dije riendo.

Se sintió un poco. Después rio:

—Puede. ¿Para vengarme de De Gasperi? Pero ¡qué culpa tiene el pobre De Gasperi! —dijo.

Con esto nos despedimos aquel día.

Capítulo IV: *Las Tres Ranas*

A partir de este capítulo tengo en mi diario y en los cuatro cuadernos del rabino casi todas nuestras entrevistas día a día. De modo que puedo abandonar el tiempo pasado y escribirlas como fueron acaeciendo, lo cual hará quizá de este libro un desbarajuste, pero sin duda más variado y verdadero. No me interesa hacer una obra de arte, para regalo de ociosos. Esto es serio; para mí, al menos.

Mi cuaderno dice así:

18 de abril. Hoy fui solo al campamento a buscar el *Método y clave de la exégesis del* APOKALYPSIS que me dijo el judío pasaría en limpio y me entregaría. No lo había escrito. Estaba con la cara hinchada y con un tremendo dolor de muelas, echado en la cama y con un humor de perros.

Me tuve que quedar todo el día con él porque al volver al Viale Bruno Bozzi a tomar el ómnibus, me anuncian que había huelga y paro de todos los automotores; de modo que volví al campamento. Creo que me alegré en el fondo. Tuve lástima del viejo. Aunque me recibió con facha feroche y monosílabos implacables, adiviné en sus ojos la muda imploración de su enorme soledad. Me senté a su lado y me puse a leer el librote de Agustín Cochin LES SOCIETÉS DE PENSÉE ET LA DEMOCRATIE: formidable monografía. Al medio día el viejo se alivió con aspirinas que le di y comenzó a hablar.

No probó bocado. La comida que trajo Tonio la engullí yo. Me di cuenta que aquella bazofia (macarrones color sucio, pan de *carruba*), que para mí podía pasar, para un nervioso y dispépsico como el rabino de-

bía ser un tormento; es decir, uno de los elementos de su multiforme tormento. Cualquier cosita lo llevaba a la exasperación y lo situaba en plena tormenta —así como también cualquier consuelillo lo calmaba— porque tenía una imaginación estructural de novelista, y tormentosa por añadidura, que construía una torre de Babel de fantasmas, sobre un mínimo cimiento de realidad; torre que lo apenaba y espantaba como si fuera real, cuando en realidad solamente podía llegar a serlo. "*Sensibilidad dolorosa a las imágenes*" —decía él.

Pero loco no era. Se engañaban en el campamento, empezando por el médico.

—El médico me tiene por loco —me dijo con amargura—. Ya me ha diagnosticado tres veces. Primero dijo que tenía un *surmenage* crónico, actualmente agudizado. Después dijo que tenía delirio melancólico cicloide. Ahora ha rebajado un poco y afirma que tengo una psiconeurosis afectivo-depresiva. ¡Pataratas! ¡Etiquetas! Anda probando en mí todas las inyecciones que le mandan de muestra todos los inventores de inyecciones. Tengo los brazos hechos una criba. ¡Vea!

—¿Qué es lo que siente? —le dije yo.

—Horrores. Un cuadro de horrores que no se lo he dicho al médico, ni se lo voy a decir. Es un infierno. Lo peor de todo es la congoja. Es decir, peor es el *espíritu de vértigo*; pero eso me ha dado dos veces solamente. La melancolía somática con deseo vehemente de acabar de una vez es algo... Pero en fin, no debo pensar en eso. Hoy, dolor de muelas, nada entre dos platos —sonrió desmintiéndose risueñamente. Pero su cara no desmentía nada.

—En realidad lo que tengo, ponga usted la etiqueta que quiera, es una cruz muy pesada para mis fuerzas, con la cual caigo a veces, y entonces sufro horrores. Es decir, siempre sufro horrores, pero cuando caigo es más humillante porque tengo que pedir auxilio a todo el mundo, quejarme como un niño, dejarme maltratar de palabra y sufrir las cosas más mortificantes.

—¿Y no cree usted que todo eso puede ser... imaginación?

—En efecto. Imaginación *real*.

—¿Cómo, cómo? ¿Imaginación real?

—Sí. Imaginación real y corazón desollado y envenenado. Una especie de imaginación de epiléptico mental.

—¡Dios mío! —exclamé yo—. ¡Don Benya! Nos perdemos...

—Dolor de muelas. ¡Nada! —concluyó él sorbiendo otro buche.

—Y las Tres Ranas del APOKALYPSIS en el estómago...

Me miró con seriedad y dijo:

—Ha dicho usted más que quería y que sabía...

—Lo niego —dije yo—. Lo sé perfectamente. Sé que lo que a usted atormentan son las Tres Ranas, que yo no sé qué representan, pero usted me prometió decírmelo...

Don Benya se incorporó con los ojos brillantes, olvidado ya de sus achaques.

—Las Tres Ranas —dijo— son el liberalismo, el comunismo y el modernismo, tres herejías vocingleras, saltarinas, pantanosas y tartamudas.

Yo me eché a reír. Era una manía del viejo despotricar contra esos tres enemigos ideológicos, de los cuales decía que le había arruinado, físicamente, la vida; *"para mí no han sido ideologías, sino literalmente plagas"* —decía.

—Las Tres Ranas surgen en la Plaga Sexta, Capítulo 16, versillo 12 —dije.

—Y dice el Profeta que son tres espíritus inmundos capaces de hacer prodigios para congregar a los reyes de toda la tierra a la última batalla contra Dios. Para preparar esa batalla cae el veneno del Sexto Frasco sobre el río Éufrates y lo suprime, para dejar paso a los reyes de la parte oriental. Se seca el Éufrates...

—Así es —dije yo—. Ese pasaje es de lo más extravagante. No tiene atadero. Pero he leído en los exegetas que las Tres Ranas son herejías, en efecto. Solamente que no entiendo qué hace allí el río Éufrates...

—El río Éufrates —dijo don Benya— era el límite que separaba primero al pueblo de Dios —y mío— de los grandes imperios idolátricos; y después fue la frontera oriental del Imperio Romano. El río Éufrates es la barrera entre Europa y Asia, religión e idolatría, civilidad

y barbarie... Ahora bien, caro amigo, ¿no ha sido anulada manifiestamente en nuestros tiempos alguna inmensa barrera internacional?

Pensé un momento y no di con ello.

—¿Qué significa la entrada del Japón, China y Rusia en el "concierto internacional", como dicen ahora? ¡El Japón ganó la guerra del 14, China es hoy uno de los Cuatro Grandes! Rusia ha estado confinada o por lo menos contenida durante mucho tiempo por la barrera de una política europea preventiva cuyo representante más grande fue Kaunitz, pero en la cual coincidieron todos los grandes estadistas europeos, incluso Bonaparte...

—Incluso el Kaiser —dije yo.

—Incluso Hitler —dijo imperturbable el judío.

—Incluso Truman... —bromeé yo—, y Churchill... al principio.

—La profecía de Mirabeau se ha cumplido —siguió el judío—. En su MEMORIAL AL REY DE PRUSIA, FEDERICO GUILLERMO, audaz programa que el joven orador francés, entonces el estadista mayor de Europa, dirigió al novato sucesor de Federico II, hay estas palabras proféticas respecto de Rusia:

"Rusia es el gran peligro de Occidente. Es invencible en la guerra. Cuando triunfa aferra sus objetivos; si es derrotada se retira. ¿Y quién podrá seguirla en una extensión indefinida y un clima que ellos solos soportan? Dominará sucesivamente a todos sus vecinos, multiplicará sus puntos de presa en Europa, si no es alzada ante ella una barrera. Es insensato quien no prefiera armar y fortificar a Turquía y a Polonia, en lugar de tener que luchar con Rusia. Rusia apresta los mejores soldados del mundo, y los diplomáticos más sinuosos y flexibles de Europa...".

—Pero entonces —dije yo— no sería el Éufrates, sería el Danubio, el Dnieper y el Volga los que se han secado ahora...

—Llámele hache —dijo el otro—. Gog y Magog, las inmensas masas del Oriente hormigueante, encabezadas por Rusia, han entrado ruidosamente en el escenario de la política mundial, han entrado con un sentido irreligioso y herético, y han entrado en virtud del liberalismo y sus

dos hijos. El liberalismo deshizo la barrera que el sentido instintivo y tradicional del europeo había creado. Lea la fina HISTORIA DE FRANCIA de Bainville... La pulseada diplomática entre Rusia y Estados Unidos, con la amenaza de una enorme guerra, ¿no es actualmente el suceso dominante de la vida política del mundo? Pues bien, es el liberalismo en pugna con su hijo el comunismo, el espíritu batracio que salió de la boca de la Bestia y el otro que salió de la boca del Dragón...

—Y el modernismo ¿qué hace?

—El modernismo coaligará a los dos —dijo el rabino muy cierto—; los fusionará al fundente religioso. El modernismo es el fondo común de las dos herejías contrarias, que algún día —que ya vemos venir— las englobará por obra del Pseudo-profeta.

—¿Qué es el modernismo? —pregunté yo.

El judío se rascó la cabeza. Parecía agotado.

—No se puede definir brevemente —dijo con voz plañidera—. *Es una cosa que era, y no es, y que será; y cuando sea, durará poco.* Técnicamente los teólogos llaman *modernismo* a la herejía aparentemente complicada y difícil que condenó el papa Pío X en la encíclica PASCENDI; pero esa herejía no es más que el núcleo explícito y pedantesco de un impalpable y omnipresente espíritu que permea el mundo de hoy. Su origen histórico fue el filosofismo del siglo XVIII, en el cual con certero ojo el padre Lacunza vio la herejía del Anticristo, la última herejía, la más radical y perfecta de todas. Desde entonces acá ha revestido diversas formas, pero el fondo es el mismo, dice siempre lo mismo:

"Cuá cuá —cantaba la rana
cuá cuá —debajo del río".

—¿Y qué dice?

—¡Cualquiera interpreta lo que dice una rana! —dijo riendo el rabí—: es más un ruido que una palabra. Pero es un ruido mágico, arrebatador, demoníaco, lleno de signos y prodigios... Atrae, aduerme, entontece, emborracha, exalta.

—Pero al menos así aproximado, a bulto...; ¡ánimo, don Benya, no se achique!

—El cuá - cuá del liberalismo es *"libertad, libertad, libertad"*; el cuá - cuá del comunismo es *"justicia social"*; el cuá - cuá del modernismo, de donde nacieron los otros y los reunirá un día, podríamos asignarle éste: *"Paraíso en Tierra; Dios es el Hombre; el hombre es dios"*.

—¿Y la "democracia"? —pregunté yo.

—Es el coro de las tres juntas: democracia política, democracia social y democracia religiosa:

Demó —cantaba la rana
craciá —debajo del río.

—¿Y la democracia cristiana? —le dije sonriendo.

—Nunca he entendido del todo lo que entienden los entendidos por ese compuesto, aunque entiendo que se puede entender por él varias cosas buenas —barbotó él—, a saber: "amor del pueblo", "representación popular", "participación de todos en lo político", o simplemente "gobierno bueno" —gruñó el judío—. Con este mixto no me meto; con el simple me meto yo ¡con el simple! Con la canción de la rana, que significa un régimen político religiosamente salvífico y por tanto necesario y hasta obligatorio para todos los pueblos *"núbiles"* que decía Victor Hugo. Lo cual es una simpleza. Y una herejía definitiva contra el vero Salvador, contra *"el único hombre que puede salvar al hombre"*, que dijo San Pedro. *"Las nuevas herejías ponen el hacha no en las ramas sino en la misma raíz"* —dijo Pío X en la encíclica PASCENDI.

—Pero herejías siempre las ha habido, y algunas muy extremadas y perversas... ¿por qué estas tres de ahora han de ser las Tres Ranas o Demonios; y no quizá otras tres cualesquiera... por ejemplo, otras tres que surjan en el futuro de aquí a mil años, pongamos por ejemplo?

—¡Eche años! —dijo el hebreo con un rictus—. No, éstas son las tres primeras herejías con efecto político y alcance universal; y son las tres últimas herejías, porque no se puede ir más allá en materia de falsificación del cristianismo. Son literalmente los *pseudocristos* que pre-

dijo el Salvador. En el fondo de ellas late la *"abominación de la desolación"*...

—¿Qué es la *"abominación de la desolación"*? Tengo entendido que los Santos Padres entienden por esa expresión semítica la idolatría...

—La peor idolatría. Pues en el fondo del modernismo está latente la idolatría más execrable, la apostasía perfecta, la adoración del hombre en lugar de Dios; y eso bajo formas cristianas y aun manteniendo tal vez el armazón exterior de la Iglesia. ¿Ha leído usted THE SOUL OF SPAIN del psicólogo inglés Havelock Ellis?

—No. ¿Qué dice?

—Es un libro de viajes por España. Lea usted el capítulo titulado *Una misa cantada en Barcelona* y verá lo que quiero decir cuando hablo del modernismo.

—¿Ridiculiza la misa cantada?

—¡Qué! ¡Al contrario! La cubre de flores, la colma de elogios... estéticos. Dice que es un espectáculo imponente, una creación artística y que no hay que dejar caer esa egregia conquista del "patrimonio cultural" de la humanidad, sino procurar que se conserve y perfeccione... podada eso sí de la pequeña superstición que ahora la informa, a saber, la presencia real de Cristo en el Sacramento... Anulada esa pequeña superstición, todo lo demás...

—¡Pero si eso es el alma de la ceremonia, es el núcleo central que le da sentido y, por tanto, la vuelve imponente! —exclamé yo riendo—. ¿Cómo se puede *podar* eso? ¡Quite usted eso y la ceremonia queda vacía! Podar en este caso significa mutilar, aniquilar...

—En efecto, queda vacía... —dijo el judío—, queda vacía hasta que otro ocupe el lugar de Cristo en el Sacramento.

Se estremeció. Yo lo miré un rato en silencio, y viendo que él volvía a sus buches y el sol se ocultaba detrás de la lejana copa azul de San Pedro, salí en busca del tren, del ómnibus o de lo que encontrase, muy meditabundo. Por suerte, encontré un coche.

Capítulo V: *Diseño de interpretación*

21 de abril. Fuimos hoy con Mungué y el jeromiano a Cinecittá. El judío no estaba. Faltaba desde el día anterior. Por cierto que estaban irritados y un poco preocupados en el campamento: le habían dado permiso de salida por un día y no había vuelto. El sargento italiano que se fiaba de su palabra de honor, y se ablandaba a veces a una pequeña *mancia* o a un paquete de Lucky Strike, estaba alarmadísimo y no quería que nadie se enterara de la infracción, que podía costarle cara. Con la promesa que le hicimos de buscarle al rabino por Roma —yo conocía sus lugares de merodeo— me entregó un sobre ancho y basto, con papeles irregulares escritos en una caligrafía endiablada. Era el prometido *Método y clave de la exégesis del* APOKALYPSIS, que voy a copiar aquí tal como lo desciframos, menos las digresiones extravagantes y... las lagunas.

El escrito tenía justo 52 páginas —de las cuales copio unas 25— y estaba dividido en tres párrafos, titulados *1. Diseño; 2. Bases y 3. Definición y división*, con innumerables notas al dorso escritas en tinta colorada, que tengo que omitir, lo mismo que algunos pasajes tan mal escritos que el judío mismo no me los pudo leer, porque tenía tal mano que él mismo no entendía su letra pasado un tiempo de escrita. Corrijo un poco el estilo —o lo empeoro.

1. Diseño

Me propongo exponer aquí, de la manera más simple y límpida posible, una interpretación literal de la profecía

de San Juan Apocalepta que sea coherente, razonable y fundada. Primero *coherente*; es decir, que dé un significado único y seguido desde el principio al fin a las diversas y extrañas visiones del oscuro libro; después: *razonable*, es decir, basada en los principios de la Fe, de la tradición, de la ciencia exegética y de la realidad histórica; por último, *fundada*, es decir, teniendo en cuenta y aprovechando en lo posible el sentir de los santos, y los descubrimientos que han hecho sucesivamente los grandes intérpretes.

La base de esta interpretación es el llamado *sistema esjatológico*, que considera el último libro de la Escritura como una profecía del fin del siglo y la Segunda Venida de Cristo; combinado empero con los otros dos sistemas, el *histórico*, que ve en las visiones joanneas un panorama simbólico de toda la historia de la Iglesia; y el *preterista* que interpreta el libro como una descripción profético-alegórica de la lucha de la primera Iglesia con el Imperio Étnico y la caída de Roma pagana. Este sistema recibí de labios de mi venerado profesor Silvio Rosadini, en la Universidad Gregoriana de Roma, donde estudié teología...

No es éste el único título que alego para disculparme de osar una empresa tan arriesgada y dificultosa, que parecería en mí temeraria; sino ante todo un interés, lectura y meditación de largos años, con plegarias y llanto, sobre las tremendas visiones de Patmos, que la Iglesia pone en manos de todos los fieles, y que atraen poderosamente la atención de los afligidos fieles de nuestros tiempos. De modo que podría decir al excelso vidente de Patmos lo que el poeta italiano a Virgilio:

"O Maestro e Signore...
O degli altri profeti onor e lume,
vagliami il lungo studio e'l grande amore
che m'han fatto cercar nel tuo volume...".

Leí el Apokalypsis por primera vez siendo muy niño; y conservo vivísima la impresión de aquella lectura. Tendría de 10 a 13 años, y sabía ya que ese descomunal cuento de hadas significaba la lucha entre Cristo y el

demonio, entre el bien y el mal, el fin del mundo y el Anticristo; pero nada más que eso sabía de él. Naturalmente, en mi fantasía de lectorzuelo incansable, aquella aturdidora procesión y batalla de ángeles, bestias, monstruos, santos, langostas, estrellas, ejércitos, dragones y catedrales celestes, no podía tener más significado que el crudo literal, ni configurar otra cosa que un vasto y fastuoso espectáculo mental de milagros y hechicerías; única forma con que el niño y el vulgo —y algunos intérpretes— se representan lo divino. Yo había visto la catedral de Sevilla; en mi Andalucía, había visto imágenes muchas para sustanciar ese cuento de magia.

A la edad de 15 años, otro libro apocalíptico dejó en mi mente una impresión indeleble: la novela épico-teológica EL SEÑOR DEL MUNDO de monseñor Roberto Hugo Benson. La obra maestra del gran convertido inglés, que hube prestada del cura de mi pueblo, me absorbió profundamente, y fue mi primer texto de teología. Participé en espíritu de la catastrófica lucha de la Fe contra el mundo moderno y la última herejía, que parabólicamente evoca allí en poeta-psicólogo y teólogo con tan sombría y poderosa energía; la participé alineado temblorosamente entre los fieles como un confesor y un mártir imaginario. Estas dos primeras experiencias mentales despertaron sin duda para siempre mi interés y curiosidad hacia las cuestiones escatológicas; que, si bien se mira, encierran la clave de todas las cuestiones teológicas.

En 1924, siendo profesor de historia contemporánea en el liceo militar de Segovia, empecé a estudiar formalmente las profecías parusíacas. Despertaron este sentido las insinuaciones del filósofo Jacques Maritain en sus primeros libros, acerca de la probable inminencia de los eventos parusíacos. Este aserto concordaba con una idea insistente y amarga que surgía en mí de la consideración de la historia moderna; a saber, que si la Iglesia Católica era verdadera, el mundo moderno andaba muy mal. Me desazonaba en particular el ver que la Antiglesia organizada triunfaba aparentemente en la vida política universal, como si ya fuese el tiempo en que le será dado poder *"para hacer guerra a los santos y vencerlos"*. Triunfo militar de la Revolución Francesa, aplastamiento de la Ven-

deé y del carlismo, la brecha de Porta Pía, la "paz" masónica de Versalles, el triunfo de la Revolución Rusa, predominio de las naciones protestantes y avance del socialismo y la apostasía en las naciones católicas... En este tiempo, recluido en cama por una operación quirúrgica, leí el prolijo comentario de Cornelio Alápide, y tracé en un NUEVO TESTAMENTO que siempre me ha acompañado un rudo esquema de interpretación del APOKALYPSIS de acuerdo a las opiniones preferidas por el erudito flamenco; sobre la base del sistema histórico del español Ribera y el presupuesto de que la Parusía no puede ya estar muy lejos. *"Vengo pronto"* —dice repetidamente Cristo.

De los 29 a los 35 años, estudiando teología y luego psicología y literatura en Europa, leí todos los comentadores que pude haber a la mano, principalmente Billot, Alló, Swete, Renán, Wouters, y estudié los breves y enjundiosos APUNTES de Rosadini, a cuyas clases concurrí dos años. Mi rudo esquema *histórico* fue echado al aire por la vehemente argumentación de Billot en pro de la interpretación bossuetiana. Por primera vez oí del milenarismo, y lo desprecié, siguiendo a mi maestro Billot, como *"conjunto de fábulas judaicas y groseras imaginaciones de fanáticos, afortunadamente caído en desuso en toda la Iglesia desde el siglo IV"*. En 1931, leí todo lo que pude recoger sobre mi asunto en San Agustín, San Jerónimo y Santo Tomás. En 1933, la lectura de Alló, que me asombró por su erudición portentosa, me desanimó profundamente, cegando algo en lo hondo de mí mismo, y haciendo en mi mente el efecto de una cruda escarcha. El APOKALYPSIS sería pues una profecía ya cumplida en el caer del Imperio Romano, según Alló, que tendría, sí, otro cumplimiento en la caída del Imperio del Anticristo, pero absolutamente lejana, arcana e ininvestigable. Nada que buscar por ese lado, a no ser reflexiones filosóficas acerca del fenómeno de la eterna persecución y el eterno sobrevivir de la Iglesia, significados allí con diversos símbolos orientales, bastante extraños y *"repelentes a nuestro gusto grecolatino"*, como aprecia Renan y no está lejos de aceptar el padre Alló. En suma, un libro como EL PARAÍSO PERDIDO o LA DI-

VINA COMEDIA, con la desventaja del hermetismo y la desfactura literaria: útil para investigaciones eruditas. Su lectura continuó sin embargo atrayéndome y apasionándome. Leí con desgano el libro de Eyzaguirre APOKALIPSEOS INTERPRETATIO LITTERALIS, que sigue a Lacunza mas no está como él en el Indice de Libros Prohibidos. Es un intento un poco pueril, y a veces santulón y desgraciado, de superponer el APOKALYPSIS a los tiempos modernos; no carente de interés y de iluminaciones parciales, sin embargo.

En 1944 leí a Arnáiz y Lacunza, a Holzhauser y a Bossuet y mi interés renació vivísimamente. Creí ver de un golpe la clave, haber resuelto las principales dificultades y armonizado lo que de positivo hay en las sucesivas iluminaciones, diversísimas y aparentemente contrarias, de los grandes hermeneutas y los santos. El grande y desdichado libro del genial ex jesuita chileno me dio una nueva idea del milenarismo, una nueva perspectiva y un interés absorbente por las profecías de la ESCRITURA; lo que vale decir, simplemente, por la ESCRITURA... Toda ella es, si bien miramos, profecía.

(Aquí hay una laguna, es decir, un largo fragmento en que el judío, con una letra que la entienda Mandinga, habla al parecer del milenarismo de Lacunza: que me parece negligible).

Confieso que, aun habiéndome informado de lo principal en la materia, no he podido haber a las manos algunos libros importantísimos, como los APUNTES del padre Mariana y los comentarios antiguos de Victorino, Beda y Alberto el Magno. Pero mi intención no es hacer un centón con todo lo que se ha dicho y un trabajo de taracea sobre los otros libros; obra relativamente fácil, trabajo de alemán, teniendo tiempo, paciencia y una biblioteca a mano; y para mí absolutamente inútil, ante todo, porque ya está hecha, por Alápide, Alló, Wouters, Swede, y otros... Lo que me interesa no es relatar, sino interpretar. No soy un profesor de ESCRITURA sino una fe que busca inteligencia. La erudición es provinciana.

Todos estos libros no son sino instrumentos menta-

les que deben enfundarse cuando se toma en las manos el Libro Santo y se pide a Dios que, conforme a su voluntad, nos dé gracia para entender lo que quiso decir en él, que sea de edificación a la Iglesia y de ilustración, consolación, exhortación, alegría y esperanza del ánima propia...

(Otro fragmento incomprensible).

2. Bases

Las bases de la exposición literal que hemos de intentar son las más sencillas y primordiales, y, por tanto, innegables. Podemos reducirlas a siete puntos:

1. El APOKALYPSIS *es una profecía.* Lo ha creído siempre la Iglesia; y para no creerlo hay que amputar el título mismo y someter el libro a una escardación parecida a la que aplican los racionalistas a los EVANGELIOS para eliminar de ellos el milagro. No es, pues, filosofía de la historia, ni poesía trascendental, ni un modo de enseñar moralidades o dogmas por medio de imágenes, o de *"adivinanzas"* como dice Alcázar; aunque no se niegue que alguna de estas cosas pueda prestar también en forma mediata el libro.

2. Es una profecía escatológica-histórica. Se refiere a la Parusía o Segunda Venida de Cristo, como claramente lo advierte el profeta desde el principio hasta el fin. Pero la Parusía comienza en cierto modo con la Ascensión, ya que no es sino la *presencia* oculta de Cristo (παρ' οὐσία) en su Iglesia y en la historia, presencia vuelta visible en el desenlace de la larga lucha y profunda aspiración al Reino, que es la historia de la Iglesia. De donde se puede decir que la parusía de Cristo, como la del Anticristo, han tenido anticipos parciales, realizaciones analógicas, a manera de bosquejos; de los cuales los principales son la caída y destrucción de Jerusalén y la caída de Roma después de Constantino. Así pues, el Profeta antes de predecir los tiempos propiamente parusíacos profetiza en esquema toda la preparación de

ellos y su germinación histórica latente en tres primeras visiones que resumen toda la historia de la Iglesia en forma simbólica: el Mensaje a las Siete Iglesias, los Siete Sellos y las Siete Tubas *"Venga tu Reino"* —decimos cada día al orar: quiere decir que no ha venido todavía.

3. El tema central es la Persecución y el Triunfo de la Iglesia, según el fin inmediato y la ocasión del libro, según textos patentes y reiterados, y según el unánime sentir de los intérpretes, los cuales difieren solamente en la discriminación de la persecución profetizada. Este tema central da unidad al libro y coordina las diversas y divergentes visiones, que se desenvuelven en tres planos: en el cielo, en la tierra y en el mundo del tiempo histórico y de las realidades morales; expresadas estas últimas en símbolos plásticos; como ser la Bestia, la Mujer Coronada, la Gran Prostituta, los Dos Testigos.

4. El modelo inmediato o «typo» que tenía San Juan delante, es la lucha con el Imperio Romano étnico y su caída y destrucción; pero el «antitypo» u objeto principal del libro es la última persecución, gran tribulación, y sobrenatural triunfo de la Iglesia, vistos por transparencia. Es común en las profecías y parece ser una ley de la inspiración profética la superposición en ellas de *dos sentidos literales*, uno inmediato y otro mediato. El vate predice un suceso próximo, en el cual ve por transparencia y prolongación de líneas otro suceso mayor, más remoto, difícil y arcano; como Cristo Nuestro Señor en su sermón esjatológico, llamado con razón *Apokalypsis Sinóptico*, predice el fin del mundo en la destrucción de Jerusalén: estilo *ambivalente*. Una cosa análoga ocurre en la poesía profana, como advirtió el Dante en el prólogo de su divina epopeya; pero en forma diversa, porque la poesía ordinariamente ve leyes o esencias universales al trasluz de un caso concreto; o bien, empapadas o vivificadas por una subjetividad, por el *alma del poeta*, como dicen; pero la profecía proyecta un concreto en otro concreto; y superpone dos eventos típicos reales.

Se puede decir que este estilo *ambivalente* es *confuso*, como lo llama Maldonado, si se compara con el es-

tilo común de la historia; y en este sentido hay que entender la palabra de Maldonado, que con su equilibrio y videncia soberana indica o barrunta la regla de interpretación moderna, refiriéndola al Agustino y a Jerónimo. Está al comenzar la exégesis del sermón esjatológico de Mateo, XXIV, 5. Dice así:

"Los autores antiguos lo refieren totalmente al fin del mundo, como Ireneo, Hilario, y Gregorio;
"Otros, lo que se dice hasta el versillo 23 lo quieren entender sólo del asedio solimitano, como el Crisóstomo, Teofylacto y Eutymio;
"Prefiero la sentencia «media», que veo ser de Agustín y Jerónimo: Cristo «confusamente» [es decir, ambivalentemente] *respondió de ambos, como confusamente los apóstoles interrogaron...".*

Cuanto a la razón que añade Maldonado, que a su vez Cristo hizo tal para que *"ignorásemos el tiempo exacto del fin del mundo"*, es excusada. Lo hizo primordialmente, es de creer, porque está en la naturaleza de las cosas, porque ése y no otro es el modo de conocer profético; y por ende el modo de expresarse y la característica esencial del *estilo profético.* No lo veo a Cristo hablando *confuso* a propósito, con perdón de Maldonado. Habló así como debió hablar.

5. La acción y movimiento del libro procede por recapitulación. Las numerosas visiones que componen la revelación de Patmos se encadenan entre sí, y marchan al término en forma *espiraloide*, no en forma lineal ni concéntrica; es decir, el libro no es un relato seguido, como pensó por ejemplo Nicolás de Lyra y como es propio de la poesía narrativa; ni es tampoco una repetición del mismo suceso en diferentes formas o figuras, como sistematiza por ejemplo Joaquín de Flora, y es propio de la poesía lírica; es el mismo tema visto desde diferentes enfoques, *sinfonizado* por visiones que lo van explicando cada vez más hasta la visión del Reino Milenario y la Jerusalén Celeste, que es el objeto y foco de las otras. A este modo de expresión se designa con el tecni-

cismo *recapitulación*, dado por Tyconio Donatista (año 380) en una de sus Siete Reglas, pero vislumbrado ya por Tertuliano, DE RESURRECCIONE CARNIS, 25, y definido por Victorino Mártir, el primer comentador del APOKALYPSIS.

Dice Tyconio: "*Advertendum proeterea est... narrationis genus, quod Spiritus Sanctus in isto libro in omni pericopon servavit: usque ad sextum enim numerum, ordinem servat; et proeetermisso septimo, recapitulat. Sed ipsa recapitulatio pro locis intellegenda est. Tamen fixum servat, ut a sexto recapitulet...*"[1].

Dice Victorino: "*Licet repetat per phialas, non quasi bis factum dicitur... Nec aspiciendus est ordo dictorum, quoniam saepe Spiritus Sanctus, ubi ad novissimi temporis finem percucurrerit, rursum ad eadem tempora cedit et supplet ea quae minus dixerit. Nec requirendus est ordo in* APOKALYPSIS, *sed intellectus...*"[2].

San Agustín formula la regla en forma breve, aunque no sin evitar el riesgo de la interpretación *concéntrica*: "*Sic eadem multis verbis repetit, ut alia atque alia dicere videatur, cum aliter atque aliter haec ipsa dicere vestigatur...*"[3].

En suma, el proceder literario del APOKALYPSIS no es el de la epopeya ni el de la oda sino más bien el de la poesía dramática. Una tragedia está toda contenida en el primer acto; y los actos siguientes la hacen caminar al desenlace, pero con saltos atrás frecuentes que ilumi-

[1] "*Hay que advertir además la manera de narrar que el Espíritu Santo en este libro y en cada pericopa mantiene, a saber: guarda el orden cronológico hasta el número seis; y saltando el séptimo, recapitula* [vale decir, comienza de nuevo desde el principio en forma diferente]. *Mas esta recapitulación debe ser interpretada según los lugares. Sin embargo, esto es firme, que después del seis recapitula...*".

[2] "*Aunque repita en las fialas, no significa hecho dos veces... Ni hay que parar en el orden del relato; porque muchas veces el Espíritu Santo, después de haber recorrido hasta el fin de los últimos tiempos, de nuevo vuelve a los mismos tiempos, y añade lo que dejó de decir. No hay que buscar en el* APOKALYPSIS *el orden* [cronológico] *sino el sentido...*".

[3] "*Así con muchas palabras repite la misma cosa, tal que parece decir otra, cuando procura decir lo mismo otramente...*".

nan más y más el sucinto *planteo* o marco del principio. Juan vio *temáticamente* en Patmos el drama de la historia de mundo en los tiempos parusíacos y su desenlace *ex machina* sobrenatural y catastrófico.

6. El libro tiene dos sentidos literales; no literal literalísimo sino literal simbólico. En la Escritura hemos de salvar primero de todo el sentido literal, que es el fundamento de los otros [4]. Esta regla de oro de Santo Tomás nunca es tan necesaria como en el Apokalypsis, donde la oscuridad del texto permite a los intérpretes el dar libre vuelo a la fantasía alegorizante; que una vez suelta, se atreve a todo. En esto se ha ido tan lejos, que la lectura de las diversas interpretaciones de los pasos difíciles, tal como las expone por ejemplo Cornelio o Alcázar, causa mareo, y al cabo náusea y desaliento. ¡Hay que ver a los intérpretes mediocres haciendo poesía falsa y exégesis conjetural! ¡Un comentador ha dicho que los Tres Ángeles del Evangelio Eterno son la fe, la esperanza y la caridad! ¡Alcázar ha sostenido que el Apokalypsis es un conjunto de adivinanzas, dado por Dios a los hombres —a la manera de los autores de crucigramas— para que aprendan religión en forma amena! La Escritura pierde toda su dignidad si se puede hacer della un *rebus* o un conjunto de jeroglíficos. Mas es evidente al contrario que el Apokalypsis es un conjunto de símbolos plásticos, como usan todas las literaturas primitivas, hoy día tan estudiadas, como ignoradas a los doctores antiguos...

(Siguen ejemplos de literatura simbólica y de poesía o recitados *de estilo oral* tomados de todos los rincones del mundo y escritos en caracteres horripilantes, que omitimos).

Llamo *símbolo* a una cosa o imagen concreta que significa otra cosa concreta, aunque invisible, como el comulgar significa la *comunicación* fraterna de los fieles, y el anillo del obispo su dignidad paterna; a diferencia de la *alegoría*, imagen concreta que representa una cosa

[4] Encíclica Providentissimus.

abstracta, como la *barquilla* de Lope de Vega representa la vida humana. El símbolo es una metáfora, la alegoría es como una comparación [5].

Es evidente que las visiones del APOKALYPSIS son metafóricas y no pueden entenderse en sentido literalísimo, como, por ejemplo, las Langostas de la Tuba Quinta no pueden ser animales nuevos y monstruosos que respondan en crudo a la imposible descripción del Apóstol, como expuso Ribera, ni tampoco demonios, que tomaran esa forma inconcebible para atormentar a los hombres, como entendió Alápide; sino los heresiarcas, como expone Wouters; y en particular, la herejía de los enciclopedistas y modernos sofistas, como proponemos nosotros. Este sentido literal-simbólico queda determinado por el hecho de que el sentido recto es imposible y el alegórico no es inmediato. El único sentido literal posible es ése.

Y en razón del typo y del antitypo, este sentido es doble. Así verbigracia la Bestia de la Tierra puede significar a la vez Nerón y el Anticristo, la Mujer Lunicalza la Iglesia y el pueblo de Israel, la Gran Ramera a Roma pagana y luego la ciudad que será la metrópoli del Anticristo, sea ella la misma Roma, sea otra urbe como Londres o Moscú, sea la entera Europa...

7. *La clave de todo el libro es la Guerra como plaga mundial y "como institución permanente del mundo moderno"* [6]. Cristo mismo ha dado esa clave cuando dijo: *"Oiréis guerras y rumores de guerras. Este es el principio de los dolores. Pero no aún en seguida será el fin"*. La Guerra Mundial, de la que hemos sufrido ya dos actos después del ensayo general de las guerras napoleónicas, la Paz Armada, que constituye un entreacto terrorífico, y la posible Guerra de Continentes que parece prepararse, marcan a nuestra época de un sello enteramente propio suyo e inician una tribulación *como no se ha visto desde el principio del mundo acá* por su vastedad, su atrocidad y sus terribles consecuencias morales y religiosas. Ahora bien, en el APOKALYPSIS tres veces en tres distintas visio-

[5] Cf. Maritain, SIGNE ET SYMBOLE.

[6] Benedicto XV.

nes está marcado un lugar para la guerra como fenómeno universal y catastrófico, en el Caballo Rojo, en la Sexta Tuba, en la Sexta Fiala; después de los cuales sigue inmediatamente el terremoto de la Gran Persecución y el Advento Parusíaco.

Colocando a nuestra época histórica en esos lugares, quedan fijadas por el mismo hecho las otras Tubas y las otras Fialas sobre ese punto de apoyo exegético, y todo el libro se estructura lógicamente y es susceptible de investigación y aun de prueba; en cuanto el género la comporta.

(Aquí el manuscrito apunta a una regla de *"cómo se puede probar una profecía"*, que dejamos por parecernos demasiado abstrusa y confusa).

En resumen, estas siete bases de la interpretación se pueden resumir en la siguiente proposición indiscutible:

Es un libro de profecías que debe interpretarse como todas ellas a la luz de otras profecías y a la luz de la historia; ya que toda profecía es necesariamente oscura al ser formulada, y se hace clara a medida que se aproxima su cumplimiento; y paladina después de su cumplimiento.

Lo único discutible en nuestra interpretación es que el APOKALYPSIS sea rigurosa y totalmente esjatológico; y que las guerras mundiales de hoy correspondan al estado mundial de guerra que el Profeta designa y que Cristo predice como antesala de la Parusía.

Estos dos hechos son discutibles, cierto, porque de hecho no los admiten intérpretes modernos católicos; pero son demostrables. Afrontaremos su discusión al final de nuestro comento. Baste indicar ahora que testifica en favor del primero el mismo texto y la tradición común de la Iglesia, resumida en estas palabras de Agustín: *"Totum hoc tempus, quod liber iste complectitur, a primo adventu Christi usque ad saeculi finem, quo erit secundus Ejus adventus... extenditur"* [7].

[7] DE CIVITATE DEI, L. XX, Cap. 8: *"Todo este tiempo que este libro abraza se extiende desde la primera llegada de Cristo hasta el fin del siglo, en que será su segunda venida"*.

A favor del segundo, testifica la angustia y la presura de la Iglesia actual, razonada y explicitada por la boca de los últimos papas y la pluma de los más grandes pensadores cristianos y los grandes contemplativos modernos. El misterioso "*Obstáculo*" de que habla San Pablo parece haber sido retirado o poco menos; y las fuerzas del mal, poder de la herejía y medios de destrucción de que dispone la humanidad, parecen no tener ya límites. La Iglesia gime impotente y los miasmas de la corrupción contemporánea se insinúan incluso dentro de ella; y no en la forma en que siempre se han insinuado, "*cizaña en medio del trigo*", reconocible y condenada, sino en la forma más terrible de la sal que pierde salazón, el fariseísmo, y la corrupción especiosa del dogma, que llamamos ***modernismo.***

3. Definición y división

El APOKALYPSIS es pues una profecía referente a la Segunda Venida de Cristo —dogma de fe que está en el Credo— con todo cuanto la prepara y anuncia, que es ni más ni menos que el desarrollarse en continua pugna de las Dos Ciudades, la Ciudad de Dios y la del Hombre. Es una explanación en forma de alucinaciones visuales inspiradas del Sermón Esjatológico en que Cristo mismo prenunció su Venida y los signos que la precederán, llamado por eso *Apokalypsis Sinóptico*; del cual constituye la exégesis auténtica, hecha nada menos que por el mismo Espíritu Santo. Es por tanto la cúspide y clave de todas las profecías del ANTIGUO y NUEVO TESTAMENTO, así como de la Metafísica de la Historia de la Iglesia; y del Mundo por extensión. Eso explica por qué: *ningún libro de la* ESCRITURA *ha tenido tantos comentadores ni dado lugar a tantas disputas y tantas extravagancias; ninguno como él ha suscitado tantas curiosidades.*

Ha sido puesto por el Tridentino en el Canon de los Libros Sagrados, como fue reconocido desde el principio por la Tradición de la Iglesia. Su autor, Juan, ha sido reconocido por la tradición como el Apóstol, el discípulo dilecto, autor de otro libro muy diverso en estilo, pero

parejo en profundidad teológica, el CUARTO EVANGELIO; tesis ésta que parece haber confirmado, contra las dudas de la crítica racionalista, a su manera laboriosa y pesada, la crítica histórica más segura. Su estilo pertenece a un género conocido, el de los *apokalypsis* o *revelaciones*, que tiene un representante canónico en la Profecía de Daniel, un representante dudoso en el IV libro de Esdras, y numerosos bastardos entre los APÓCRIFOS.

El libro está compuesto de una serie de visiones, evidentemente enchufadas unas en otras y evidentemente parusíacas, porque todas ellas, no importa dónde comiencen, terminan en el Advenimiento; las cuales profesan anunciar ἃ εἶδες καὶ ἃ εἰσὶν καὶ ἃ μέλλει γενέσθαι μετὰ ταῦτα (I, 19) *lo que hay ahora y lo que debe venir, luego en consecuencia*, es decir, el fenómeno de la persecución religiosa cruel y sangrienta, en la cual se encontraban en forma extrema los cristianos del siglo I; y la continuación y consumación de ese misterio demoníaco. En una palabra, el porvenir trascendental de la Iglesia y de la Humanidad.

En nuestras BIBLIAS está repartido —por Esteban Langton en el siglo XIII— en 22 capítulos, que no dicen mucho. San Beda el Venerable los dividió en 7 partes, mucho más homogéneas, que son:

I. Los Mensajes a las Siete Iglesias.
II. La Apertura de los Siete Sellos.
III. Los Escogidos y las Siete Tubas.
IV. La Mujer Coronada, las Dos Bestias y el Advenimiento.
V. Las Siete Fialas.
VI. Juicio de Babilonia y del Mundo entero.
VII. La Jerusalén Triunfante.

Nosotros, por pura comodidad de exposición, hemos numerado simplemente las Visiones diversas, que resultan 20, en una repartición que se encuentra coincidir con una antigua de Primasius. A saber:

Primera Parte. Histórico-Esjatológica

1. Mensajes a las Siete Iglesias.
2. Visión del Libro y del Cordero.
3. Visión de los Siete Sellos.
4. Signación de los Elegidos.
5. Visión de las Siete Tubas.
6. Visión del Libro Devorado.
7. Visión de la Medición del Templo.
8. Visión de los Dos Testigos.
9. Visión de la Séptima Tuba.

Segunda Parte. Esjatológica Pura

10. Visión de la Mujer Coronada.
11. Visión de las Dos Bestias.
12. Visión de las Vírgenes y el Cordero
13. Visión del Evangelio Eterno.
14. Visión del Segador Sangriento.
15. Visión de las Siete Fialas.
16. Visión de la Gran Ramera.
17. Visión del Juicio de Babilonia.
18. Visión del Reino Milenario.
19. Visión del Juicio Final.
20. Visión de Jerusalén Triunfante.

De estas visiones, algunas tienen lugar en el espacio, sea en el cielo, como las dos primeras; sea en la tierra, como las dos últimas; y otras fuera del espacio: las que expresan no acciones sino *signos;* como la Mujer Coronada, las Dos Bestias, la Gran Ramera y su Juicio. O mejor aún, se puede decir que todas ellas se desenvuelven en el *tiempo histórico espiritual*, que es el campo de la profecía y el lugar donde toman configuración las realidades morales; al cual tiempo, diverso del terrestre, y propio de los ángeles y almas beatas, los antiguos llamaban *evo*: participación de la eternidad divina en intelectos limitados, pero ya de algún modo deificados, como lo está el del profeta por lo que llamamos *inspiración*.

Apenas se tiene delante el cuadro de las 20 Visiones —que se pueden desdoblar en 22 ó 24 si se quiere, o viceversa—, salta a la vista el parentesco ternario o cuaternario de casi todas, que no son sino una misma visión retomada más allá y llevada más lejos, ampliada o completada; como si el trenzado de APOKALYPSIS estuviese compuesto de un tiento blanco, un tiento rojo, un tiento negro y un tiento oro, que desaparecen, reaparecen, se cruzan y se aprietan cada vez más hasta formar el moño final. Así por ejemplo:

1. *Los Septenarios*, a saber: las Siete Iglesias, los Siete Sellos, las Siete Tubas, las Siete Fialas (1, 3, 5, 15).

2. *El Libro:* Desellado, Devorado, Llevado a la tierra por un Ángel como Evangelio Eterno (2, 6, 13).

3. *Los Elegidos:* los Mártires (Sello Quinto), los Signados de Israel, la Medición del Templo, la Mujer Coronada, las Vírgenes (3, 4, 7, 10, 12).

4. *Advenimiento:* Séptima Iglesia, Séptimo Sello, Séptima Tuba, Séptima Fiala y todas las Visiones de la Sección Segunda, que son su desenvolvimiento.

5. *El Anticristo:* El Caballo Lívido, el Dragón, las Dos Bestias, la Grande Ramera, el Juicio (3, 10, 11, 16, 18, 19).

6. *El Reino de Cristo:* El Jinete Blanco, el Cordero Adorado, el Segador Sangriento, el Reino Milenario (2, 3, 14, 18).

7. *La Jerusalén Eterna:* Visión 20, recapitula todas las visiones celestes anteriores a través de todo el libro, desde las dos primeras. El tema del *cielo*, el triunfo y la providencia, precede y domina en San Juan el tema de la persecución, el castigo y el diabolismo; por lo cual, contra lo que la opinión vulgar ha hecho de este libro malconociéndolo, el APOKALYPSIS es un libro de esperanza y de consuelo, no de horror y de pesimismo. Pero es verdad que una luz implacable como la siesta en el Chaco, que es oscuridad y pesimismo a los mundanos y los in-

crédulos, se extiende evidentemente desde él sobre la historia del mundo y las pueriles proezas de los hombres.

Esta luz cruda deshace y evacúa la eterna ilusión babélica de construir una torre que llegue al cielo, de puro ladrillo y barro; de recobrar y reconstruir el antiguo Edén con solas fuerzas humanas; de llevar a su consumación el Reino de Dios por medios políticos; de que este mundo durará muchísimo y siempre en continuo progreso. Ésos son los principales ensueños del mundo moderno y han sido siempre la más profunda y tenaz tentación del hombre, hoy día campante y dominante por doquier fuera de la Iglesia. Contra ellos se levanta del APOKALYPSIS la austera visión del *Milenarismo*.

(Hasta aquí he "traducido" de las notas del judío, que debían formar el prólogo de su comentario al APOKALYPSIS. El resto lo abandoné por ininteligible).

Capítulo VI: *Las Langostas*

28 de abril. Esto es lo que saqué en limpio de las enmarañadas notas de don Benya. Seguía luego otro tanto o más de patas de araña con una complicada y vehemente discusión sobre el milenarismo, que nos resultó ininteligible a los tres.

Pero no leímos el manuscrito ese día, el 21. Nos ocupamos de buscar al viejo, y por suerte, dimos con él. Estaba en el hospital de la Isola dei Liri, peligrosamente contuso, atropellado por un automóvil. Accidente. Se salvó no se sabe cómo; y lo encontramos de milagro.

Yo sabía lo que hacía Benavides en sus días de salida, su "itinerario": por la mañana hasta las 14 se iba a leer a la Biblioteca Nacional, Vía Collegio Romano; después se iba a comer a la casa de Donna Ina, una vieja hebrea viuda, de origen sefardí como él —y creo medio chiflada como él— Ina Valensia de... Fulanini —no recuerdo el apellido—, traficante en libros viejos; de allí se iba a Villa Borghese, sentándose infaliblemente a la orilla del lago, del lado de la *casina di Rafaello*; y al anochecer, a veces más tarde, caía al campamento, inevitablemente con un libro nuevo o roñoso adquirido no sé cómo, todos los diarios de la fecha, y algunas provisiones de boca: azúcar, tila, trozos de pan y paquetes de nueces y de higos pasos, con que el viejo se defendía contra la escasez y la sordidez del rancho castrense. Sospecho que ayudaba a la vieja mercachifle a tasar los libros viejos que ella compraba y vendía, siendo casi analfabeta; y en pago recibía esos obsequios o "salarios".

Apenas llegados a la Urbe me dirigí a la tienda de la Ina, en el *rión* de San Juan y Pablo, hacia el Foro. No

estaba la vieja, y la criada nos dijo que estaba en el hospital de los camilos. Nos dirigimos hacia allá a pie por el Lungotevere y por suerte encontramos a la entrada misma del laberíntico y enorme nosocomio un guardia *celere* que nos dirigió derecho al accidentado, el cual había hecho en el hospital un verdadero batifondo.

Estaba en la sala de primeros auxilios, en poder de dos practicantes, Donna Ina, y dos guardias; y rodeado de un grupo de gente que escuchaba, reía, chacoteaba y comentaba, a la italiana, la formidable discusión entre el comisario, el herido, el chofer homicida, y dos o tres testigos. El chofer acusaba al viejo de haberse querido suicidar; y el suicida acusaba al conductor de haberlo querido matar; los testigos enredaban a cual más, doña Ina alborotaba y el comisario quería impedir, hablando por los codos, que hablasen todos a la vez, mientras los practicantes exigían silencio. El chofer sostenía que el hebreo se había puesto deliberadamente delante del auto, y cuando él viró a toda furia, de un salto —el chofer era napolitano y describía la escena reproduciéndola a saltos— se puso, el otro, ¡mascalzonel, abajo de las ruedas. Creo que no mentía. Dejar andar solo por las calles a don Benya era una verdadera temeridad.

Bien. Le costó siete días de cama. Tenía una herida desgarrada de diez centímetros en el cuero cabelludo, dos chichones, la mejilla contusa, y machucones en el dorso y cadera izquierda, y por todo el cuerpo. Había perdido bastante sangre; pero estaba vivísimo como una centella e impaciente como una cabra. Había entrado en el hospital a los gritos y no había quién lo hiciese callar. Al fin lo calmamos.

Vi que yo podía prestar allí un gran servicio, y hablé de inmediato por teléfono al campamento. Despaché luego en seguida una notita al comandante con un certificado médico. Con eso salvaba la responsabilidad del sargento carabinero y evitaba las sanciones contra don Benya. Lo curioso fue que en el campamento corrió la voz que se había suicidado, y el médico doctor Prosciutti aseguró campanudamente que eso tenía que suceder, porque él lo había pronosticado. Hasta que volvió al *camp* diez días más tarde, no lo dieron por vivo; y aún

después casi ninguno se disuadió del "intento" de suicídio, es decir, de la versión del chofer y del doctor. Le quitaron las *salidas* por dos meses. Pobre don Benya.

El viejo pasó los diez días de cama en un estado de postración, interrumpido por accesos de impaciencia, sombrío e irritable. Lo fui a ver casi todos los días; a mí con uno o dos días me bastaba para la crónica semanal que tenía que mandar al diario. Escribió otra carta a De Gasperi, quejándose del estado de los hospitales de Roma y de la sanción que le habían infligido, que me dio a mí para expedirla, yo la retuve para leerla, y al otro día me dio contraorden. Escribir cartas quejándose —que a veces estaban muy bien hechas— le servía de desahogo; y después se daba cuenta de la perfecta inutilidad de ellas. Parece locura, pero no es nada de eso. Sufrir sin poder quejarse, es desesperante: la pena más pequeña se vuelve a veces una montaña si uno no tiene con quien hablar de ella. Decía Disraeli que la Cámara de los Comunes, por anárquica e inútil que anduviese, había que conservarla en Inglaterra porque representaba el *"derecho sacro de quejarse"*, es decir, *"el derecho del pataleo"*, que dicen los argentinos; porque los descontentos que siempre hay en una nación —y a veces con mucha razón— se alivian un poco cuando un diputado se querella, despotrica y patea por ellos: se desahoga por delegación. Esto me contó don Benya. Pero Calderón lo dijo mejor todavía:

"No te quiero dar parte
en mis quejas, Clarín, por no quitarte,
llorando tu desvelo,
el derecho que tienes al consuelo
que tanto gusto había
en quejarse un filósofo decía,
que, a trueco de quejarse,
habían las desdichas de buscarse".

Don Benya no hizo más que quejarse conmigo estos 10 días. Buena señal, porque cuando sufría demasiado, ya no se quejaba, sino que se encerraba en sí mismo y no hablaba con nadie. Se callaba como un muerto.

Una de las cosas curiosas que me dijo fue ésta: *"En aquellos días buscarán los hombres la muerte y no la hallarán; desearán morir y huirá la muerte dellos"*. Ya llegó ese tiempo —dijo el judío.

Yo me puse a reír con ganas.

—Todo lo contrario, don Benya mío —le dije—. El mundo actual está perfectamente entusiasmado con la vida; cree en el progreso, la televisión, la penicilina, los viajes a Marte y la Paz Perenne y se embriaga en un mar inmensurable de diversiones; y los que tal cosa no pueden, se suicidan, buscan la muerte y la encuentran, sea individual, sea colectiva; como las naciones que frenéticamente se arrojan a la guerra...

—Eso es buscar la muerte y no encontrarla —dijo él—. No mueren las naciones. Y los individuos que se suicidan son pocos relativamente a la enorme masa de hombres que sufre penas mortales y no puede ahogarlas en distracciones, ni transformarlas en esperanzas, ni tiene fuerza suficiente o furor bastante para quitarse la vida.

—Eso le pasa a usted, don Benya —le dije osadamente.

—Sí, como célula enferma que soy de una época enferma; pero le ha pasado a muchos otros: a intelectos y caracteres mucho más excelsos que yo. Dios Nuestro Señor ha permitido que yo sufra *como si no tuviese esperanza*. Pero yo creo en Dios, y rezo: y así soy libre del extremo rigor de la *soledad del alma*. El mundo de hoy sufre, durante cinco meses, de *la soledad del alma*, por obra de las Langostas de la Tuba Quinta...

—¿Qué son las Langostas?

—Las Langostas de la Tuba Quinta son los grandes sofistas que envenenan a las masas descreídas del mundo actual con el veneno del Pesimismo, hijo del Ateísmo. El pesimismo es inevitable, es forzoso en el hombre que está *"sine Deo in hoc mundo!"*, como exclama San Pablo. El pesimismo es exactamente la actitud del hombre que no da nada por la vida y sin embargo continúa viviendo, agobiado por el *toedium vitae* o haciendo inútiles salidas frenéticas hacia el placer para aturdirse... Vea a Baudelaire, a Nietzsche y a Leopardi, por ejemplo.

—Entonces, según nosotros, las extravagantes y mis-

teriosas Langostas de la profecía serían Voltaire, Rousseau, "Don Alambre", Diderot y los enciclopedistas...

—Más bien los que siguieron a éstos —interrumpió vivamente el judío— después de la Revolución Francesa; la cual "libertó el pensamiento", es decir, dio por medio de la famosa libertad de prensa a los falsificadores de la verdad esa movilidad, alcance, poder y lustre casi sobrehumanos con que describe el Profeta a las fieras aves que salieron en medio de una gran humareda bajo el mando del Ángel de la Destrucción, llamado Abbadón en hebreo, Apolión en griego...

"Parecen caballos munidos para la guerra; llevan coronas que parecen de oro y tienen rostro como rostro de hombre; y cabellos como cabellos de mujer y dientes como dientes de león y corazas como corazas de hierro y una voz en las alas como la voz de muchos carros de guerra galopando en la batalla; pero en la cola tienen aguijones y son colas como de escorpión, que torturan pero no matan; y tienen poder como el escorpión para no dañar lo que está verde, sino para torturar a los hombres que no tienen el signo de Dios sobre la frente...".

—Por cinco meses —dije yo.

—Por cinco meses de años, conforme suele hablar la Escritura. ¿Cuántos años corren desde la Revolución Francesa hasta el comienzo de nuestra Segunda Guerra Mundial?

Yo garabatié dos números (1789-1939) y exclamé—:

—¡Ciento cincuenta años! ¡Exactamente, cinco meses de años! ¿Usted cree... que es eso?

El judío rio a su vez.

—No me hago fuerte en esa coincidencia. Es una conjetura. Es lo que llamamos nosotros *Midrassim* o *Medrashím*. Lo cierto es que la Revolución Francesa libertó al escritor, al artista y al filosofante de la férula de la religión y la disciplina al poder civil; y que esta nuestra guerra lo volvió a encadenar, esta vez para siempre, y ahora ya no a Dios, a la Verdad o al Bien Común, sino al yugo vil de la *propaganda*. Durante estotro tiempo el sofista de talento ha sido en el mundo una especie de rey, una bestia alada de alcance inmenso con sus alas de papel impreso, y una ruidosa máquina de guerra, gra-

cias al poder de la imprenta y del comercio editorial. ¿No ha leído en los diarios de hoy que André Gide, hombre endemoniado quizá literalmente, después de ejercer durante cinco lustros el cetro de las letras francesas, ha sido coronado con el Premio Nobel de Literatura; y que en su país de usted —en nuestro pobre país, como en todo el mundo— las gentes se precipitan a devorar sus libros, que los diarios ponen por las nubes, en virtud de esa condecoración mundial —incluso el libro nefando en que defiende la homosexualidad y el otro sacrílego en que parodiando el EVANGELIO escribe el más radical anti-Evangelio—; otra inversión peor que la primera?...

Yo me quedé meditabundo:

—*"Rostro como de hombre"*: la razón, el buen sentido, la lógica francesa; *"cabellos de mujer"*: el meretricio literario, el gusto, la finura, la gracia, la belleza del estilo; *"loriga de hierro"*: la impunidad, la fuerza, el poder de difundir sus escritos en las mejores revistas y por las organizaciones mercantiles más potentes por todo el mundo...

—Nunca se había visto tal cosa —insistió el judío—. Voltaire mismo, *le roi Voltaire*, fue combatido y molestado toda la vida, atemorizado, acorralado en Ferney, a pesar de sus triunfos mundanos y del favor de príncipes heréticos o corrompidos; sus libros se editaban en Holanda y se leían de contrabando. Es durante el siglo y medio que sigue a Voltaire cuando el sofista adquiere realmente su *patente*, ¿qué digo? su corona; y tiene regio poder para aturdir de estrépito al mundo, real poder para torturarlo en todas partes a un tiempo... *"estrépito como de muchos carros de guerra galopando, poder como el poder del escorpión"*.

—Y eso —le dije yo— ¿se lo sacó usted solo de su cabeza solita?

—¿Qué cosa?

—Que las Langostas son los grandes escribidores modernos.

—De ningún modo —dijo el judío—: San Agustín dijo que las Langostas eran los herejes; y en pos de él, una ringla de comentadores... ¿Quiere que se los recite?...

—¡No por Dios! —rehusé yo, que conocía la erudición del rabino.

—Y el cardenal Belarmino las identificó con Lutero y sus secuaces; pero si viviera hoy, Belarmino vería conmigo... ¡hum! o mejor dicho, yo con él, que Lutero cae mucho mejor en la Cuarta Tuba... La revuelta de Lutero fue profunda pero parcial: *"la tercia parte del sol oscurecido..."*. Los escorpiones con alas, con libertad para envenenar por todo el mundo, eso vino después y debajo de Lutero... Las Langostas surgen en medio de una humareda grande, como la de un horno de ladrillos y antes de ellas se había oscurecido en un tercio el sol, la luna y las estrellas... la oscuridad astral de la Cuarta Tuba precede a la niebla terrestre de la Tuba Quinta.

—Yo no veo —le dije— esta relación estricta entre la libertad de prensa y el veneno del pesimismo; ni tampoco veo el pesimismo por todas partes. En la literatura inglesa y sajona en general, sí; allí es evidente: Chesterton se pasó la vida luchando contra él. Pero no en todas partes...

—Eso es exactamente lo que dice la BIBLIA —retrucó él—. Las Langostas tienen poder solamente sobre los hombres carentes del signo de Dios en las sienes; no sobre *la grama*, que representa las masas trabajadoras; no sobre *los árboles verdes*, que son los actuales doctores ortodoxos, un Chesterton, un Belloc, un Claudel; no sobre *todo cuanto está verde aún*, sobre los que aún conservan la Fe viva. ¿No ha leído usted UN UOMO FINITO de Papini? Allí se puede ver a ojos vistas el tránsito de un alma tocada mortalmente del *toedium vitae*: demasiado triste para vivir, demasiado débil para morir desde alma emponzoñada por el alacrán hacia árbol verde por la Fe...

—No me gusta Papini —le dije—. Es muy retórico.

—Todos los italianos lo son; pero en Papini es buena retórica. Cierto, ese libro tampoco a mí me llena como obra de arte; pero como documento humano es valiosísimo. Son las verdaderas confesiones de un hijo de este siglo, de este siglo y medio que ha producido a Leopardi y a Musset, a Schopenhauer y a Nietzsche, a Ibsen y a Baudelaire, a Byron y a Hardy; a los más grandes doctores y cantores de la desesperación impotente, al lado

de los cuales Lucrecio es un poroto y Luciano un chico de escuela...

—Víctor Hugo... —comencé yo...

—¡Víctor Hugo! —gritó el judío, que profesaba no sé por qué al gran poeta francés un furor profundo—... ¡Víctor, vizconde Hugo, par de Francia! ¡Víctor Hugo no existe! ¡Víctor Hugo fue un loco que se creía Víctor Hugo!

—Víctor Hugo —proseguí yo con malicia— es el más egregio cantor del optimismo. ¿Y Whalt Wittman? ¿Y Carducci?

"Oggi alla libertá brindisi io faccio!
Cittadino Mastai! Prendi un bicchier!

"Noi troppo odiammo e sofferimmo. Amate
la vita è bella e santo l'avenir!".

¿Es esto pesimismo, por ventura?

El judío se ensombreció visiblemente:

—¡Horror! Eso es morfina pura. *"Los cabellos como cabellos de mujer".*

—No puede negar usted que es optimismo...

—Optimismo tapadera —dijo tozudamente—, que cubre abismos de odio en Carducci, de pánico en Víctor Hugo. Ese optimismo superficial y forzado, basado en ilusiones gigantescas de una puerilidad horrorosa, es justamente lo que da al pesimismo de la época el carácter distintivo de *"querer morirse y no poder"*. Lucrecio y Séneca iban hasta el fin de sus principios, y se abrían las venas o acababan locos. Pero hoy los Feligreses de la Nada se fabrican fenomenales sonajeros con la Ciencia, el Progreso y la Democracia y hacen ruido con ellos para aturdirse, más locos que los otros. Ésa es la disposición de ánimo que indicó usted al principio... ¡Ilusiones y diversiones! No pueden nutrir al hombre mucho tiempo, pueden sólo engañar el hambre. Y la desesperanza acecha detrás, cada vez más implacable... ¡Recuerde la muerte de Víctor Hugo! ¡Recuerde la vejez de Carducci! Estos pseudodoctores del mundo moderno, trompeteros del Anticristo, eran hombres de reducidísimo intelecto

intelectual, de tremenda imaginación y biológicamente robustos, y, por tanto, en la juventud eufóricos... Grandes poetas y detestables filósofos, al servicio de la gran correntada del siglo, de la época enferma... adoradores vanamente esperanzados del paraíso en la tierra por las solas fuerzas del hombre, o sea, de lo que será la Gran Promesa del Anticristo.

—¡Qué enferma! —dije yo, cortando la soflama—. ¡Una de las épocas biológicamente más sanas de la historia! Mire este artículo de la revista READER'S DIGEST de Buenos Aires —le dije—. Los progresos de la medicina actual han alargado la vida del hombre en un 38 por ciento y la alargarán más aún cada día; ciertas enfermedades antiguas han desaparecido del todo, como la lepra, la bubónica, la muerte negra; ya no se conocen las horrendas epidemias medievales, la peste medieval que inmortalizó Manzoni hoy es inconcebible; y lo mismo pasará en un porvenir cercano con la tuberculosis, la sífilis y el cáncer... Lea lo que dice en este artículo miss Edith Hoping, doctora en eugenesia por la Universidad de Wisconsin: ¡en este año la vida media de toda la humanidad ha sido prolongada, por obra sola de la industrialí-industrialó-industrialá —¡maldita palabra!—, industria-liza-ción de la pe-ni-ci-li-na —yo resollé profundamente— ¡ha sido prolongada en un año y medio! ¡Y cada año venturo será lo mismo! ¡La mortalidad infantil en el estado de Wisconsin ha sido disminuida en un 26 por ciento! ¡El renacimiento en el mundo del arte de la danza, comprimida antes por el odio al cuerpo del cristianismo, muestra la vuelta de Dionisos, de la alegría del vivir propia de la Grecia! ¡Vuelven las Olimpíadas, el ágora y los estadios tronituantes y multitudinosos! ¡Los modernos deportes anuncian un nuevo tipo de hombre, no ya cargado de cilicios y de achaques, sino sano y arrogante bajo el beso del sol: una inmensa regeneración de la raza humana! El cuidado y el culto del cuerpo...

Iba a seguir con mi arenga, a pesar del temor de que el judío me saltara encima como un tigre, tal era la expresión de rabia, desprecio y sarcasmo de su rostro contraído, si no fuera interrumpido por un fenómeno que me hizo volver el rostro y quedar boquiabierto. Venía

hacia nosotros un carrito cargado de fuentes humeantes y grasientas y conducido ¡por nadie! ¡por una voz que cantaba desentonadamente! No se veía quien lo conducía: sólo una voz surgía de la popa, chirriando al compás de las ruedas, una canción de Machín, el mulato haitiano:

"Aprende a vivir y a querer,
aprende a querer:
yo te enseñaré a vivir.
No se vive más que una vez.
Flor de amor de exquisito color,
aprovecha la primavera.
Quiero tenerte a mi alrededor
y a mi cabecera
hasta que yo muera...".

Toda Italia –y creo que todo el mundo– cantaba esta estupidez –no recuerdo la letra en italiano– en aquellos días. Quiero decir que eso se oía por todas partes hasta la náusea: la radio, los fonógrafos, el cine, las tertulias de familia y hasta boyeros de los *Castelli* y muchachos montañardos milaneses que bajaban en bicicleta una senda de los Alpes, gondoleros, obreros de fábricas, señoritas ruiseñoras de la alta sociedad... Era una epidemia. Creo que la magia sexual de una voz de tenor de los trópicos era el secreto que había vuelto millonario al mulato haitiano. La epidemia empezó por las mujeres, naturalmente; y los hombres siguieron el movimiento como bestias. Yo iba a gritar de desesperación; pero el judío me precedió alegremente:

–¡Hola, Malvina! –dijo–. ¿La comida ya?

Entonces apareció detrás del carrito humeante el "fenómeno", Malvina: era una enana, una pobre muchacha o vieja o mujer, a juzgar por los vestidos, rechoncha, redonda, cuadrada, que no tenía forma humana y parecía una morcilla sucia con dos ojos.

Dejó de cantar y se puso a servir la horripilante menestra, charlando por los codos al mismo tiempo con mucha cordialidad, ladeada a un lado su gran cabeza de expresión yeguariza.

—¿Conque flor de amor, eh? ¿Se aprende a vivir, eh? ¿Y a querer? ¡Nunca es tarde para aprender algo, Malvina! ¿Y aprovechar la primavera? ¡Estamos de primavera! ¡Mírenla a Malvina! —bromeaba el judío.

—¡Ma qué primavera¡ —dijo el fenómeno en *romanacho*—. ¡Laborando como una necra dala matina ala noche como una necra! ¡Peore! Ma qué va a fare. ¡Se canta! Todo cántano. Y ese Machín é uno verdadero fenómeno. ¡Bonito! Qué voce, Dío míol ¡Eso no é hombre, eso é uno ányelo, uno díol L'o visto l'otra tarde al cine. ¡Qué encanto. Dio del alma! Se cantase ese animal nela misa mayore, se lo dico io, don Benya, ¡se yená-bano las iglesia!... ¡Se ye-ná-ba-no!

Imito en cocoliche, está claro, el dialecto de la pígmea, que no cesó de charlar y cantar hasta que terminó el servicio. Don Benya me guiñaba. Apenas se apartó me dijo riendo cáusticamente:

—¡Ahí tiene la regeneración de la raza humana!

—No exagere —dije yo—. Es un caso de hipotiroidea. ¿Y qué hay con eso?

—Suba a cualquier tranvía —me dijo— y cuente los "casos" semejantes y venga a cantarme después la salubridad de nuestra época. ¡Parece mentira que uno que anda en tranvía pueda hablar de ese modo! ¡Eche una mirada alrededor cuando suba al tranvía! ¡Mire los cuerpos, mire los andares, mire las *facies*, y si sabe algo de medicina o de biología, venga después a parlarme de la resurrección de la Grecia! ¡No seamos ciegos, hombre! Ni los niños están exentos hoy del estigma de la decadencia biológica: la mayoría son feos, siendo así que su deber sería ser lindos. ¡Y las mujeres! Baudelaire, que tenía el sentido de la belleza, escribió aquellos versos documentales que son de una exactitud terrorífica: "*Amo el recuerdo antiguo de las nudas edades...*". ¿Los recuerda?

—No —dije yo.

El judío sacó un papel de estrasa todo garabateado:

"*Amo el recuerdo antiguo de las nudas edades*
y el sol dorando el mármol de serenas deidades
cuando mujer y hombre de fuerza y gracia plenos

gozaban sin mentiras, sin ansias ni venenos
y el aire acariciando cuerpos blancos y fáciles
ponía en movimiento sanas máquinas gráciles...".

—El retrato convencional de una Grecia en estado de inocencia —interrumpí yo pedantemente—, ya refutado y deshecho por la crítica cien veces...

—Un momento —dijo el judío con fastidio saltando una página de su traducción—. El otro cuadro antitético de la edad nuestra no es convencional y no tiene vuelta de hoja. Lo abona el poeta más grande del siglo pasado, que documentó minuciosamente con su propia sangre...

—Con su propia sangre llena de espiroquetas... —dije yo.

—Por culpa de la sangre de su padre...

—¡O suya! ¡Quién sabe!

—¡De su padre! ¡Basta! —bramó el judío—. El poeta...

"El Poeta —cuando hoy pretende recordar
la prístina grandeza nativa— al contemplar
la desnudez sagrada del hombre y la mujer
siente un frío de muerte por sus venas correr
ante el horrible cuadro torpe y ensombrecido
desas monstruosidades que reclaman vestido
¡oh ridículos troncos, agrios torsos desnudos
cuerpos degenerados, fláccidos o ventrudos
que lo Útil, el Dios nuestro, ídolo avaro y pobre
envolvió cuando infantes en pañales de cobre!
Y vosotras, mujeres, cuya carne de cera
huele a sudor y a mugre de cama de ramera
o del materno oficio sufrís la indignidad
y todos los horrores de la fecundidad".

—Muy bonito —dije yo—. Muy edificante y apto para fomentar las familias numerosas...

—¡Al cuerno! —bramó el judío—. ¡Al cuerno las familias numerosas de los gobiernos modernos! ¡Vete a un convento! ¡Ofelia, vete a un convento!

"Es cierto que nosotros, naciones degradadas,
bellezas poseemos al pagano ignoradas...",

cité yo, leyendo el papel que el otro había dejado caer...

—Esas bellezas —dijo el judío—, que son las del convento —si los conventos fuesen lo que debían—, esas bellezas son la clave de la poesía de Baudelaire; bellezas morales cuya desesperada nostalgia lo atormenta. Baudelaire es el foco, la cifra y el dechado de ese pesimismo mortal que no puede morir ¡y Baudelaire es el retrato más genuino del alma de su siglo, un verdadero profeta! ¡Un alma descuartizada entre los gozos temporales engañosos y los gozos místicos imposibles! Vea ese *Himno a la Belleza*, uno de los poemas más hermosos que ha sollozado el hombre: es el retrato más veraz, apasionado y triste que el Artista ha consagrado al Ídolo, a la falsa intuición de lo divino, al *ersatz* de Dios en el mundo sin Dios. Ese poema ha refutado a Klages antes que naciera Klages...

Era inútil discutirle al judío. A mí me daba mil vueltas, pero no me convencía. En la apreciación de la belleza entra la propia actitud frente a la vida; y las dos nuestras eran del todo diversas. Y la apreciación de lo macroscópico y lo telescópico como de una época entera, o simplemente de una nación, de una herejía o un movimiento colectivo, no se puede hacer ni sobre una simple imagen —como la hacía el judío a partir de la enana Malvina— ni sobre estadísticas... yanquis, como la hacía yo. Esa apreciación es quizá imposible. A menos de no tener mucha luz debajo del pelo, y una luz de carácter como profético, una luz especial. El judío veía el mundo a través de su propia suerte horripilante; y yo lo veía a través de mi suerte corriente y banal. Me levanté, tomé mi sombrero, y expresé al judío mi total agnosticismo acerca de todo lo hablado. *"En este mundo traidor — nada es verdad ni mentira — todo es según el color — del cristal con que se mira..."*.

El judío me contestó con un aforismo:

—¡Claro que no podemos ver el mundo sino a través del alma propia! *Pero la verdad y la mentira de lo que vemos* —o mejor dicho, el grado mayor o menor de realidad— *depende de lo opaca que es el alma o transparente!*

—¡Según eso, yo seré un vidrio de botella y usted un limpidísimo cristal de roca! —le dije riendo.

—¡No tan calvo que se vean los sesos! —dijo Benya—. El hombre animal es opaco; el hombre espiritual es transparente, dijo San Pablo. El vulgo tiene tacto solamente; el filósofo tiene tacto y vista, aunque no siempre. Los mediocres se proyectan a sí mismos en las cosas; los intelectuales reflejan las cosas en sí mismos. Pero eso sí, ¡el *simismo* no se pierde nunca! —dijo don Benya con voz tan baja que casi no lo oía.

Y añadió, más bajo todavía:

—A no ser perdiéndose en Dios.

Al salir tropecé con la enorme Malvina que volvía remolcando su navío, y no pude menos de sonreír acordándome de miss Edith Hoping. ¿No sería también alguna enana; Malvina me paró y me pidió estampillas argentinas —*francobolli*. Me aparté dos metros. No se podía ni mirarla. Me hacía acordar al famoso Picio, el hombre más feo del mundo, que nació en Andalucía y murió de feo; y le tuvieron que dar la unción, no pudiendo la gente arrimársele de tan feo que era, con una caña.

Pero estaba escrito que no escaparía sin un tropiezo nuevo todavía. En la puerta de calle topé con el teólogo Mungué, desalado. Venía sin aliento.

—¿Es verdad que está enfermo en cama? —me dijo sin indicar quién.

—Está de hecho en cama. Cama 9, sala IV, segundo piso —le dije entendiéndolo.

—¡No puede ser! ¡Lo acabo de ver en la Via Salaria Vieja, esquina Bellini! ¡En un automóvil regio, con un terno gris americano de corte soberbio, una cadena de oro como un cable submarino y un anillo de diamantes!

—¡Alucinación! —le dije riendo a carcajadas.

—¡Nunca! ¡Lo vi a un metro de distancia! ¡El automóvil se paró delante mío! ¡De atónito que me quedé, me hice casi atropellar!

—¡Usted también! ¡Pues suba a verlo!

—¡Acompáñeme! —bramó el teólogo, subiendo las escaleras de tres en tres...

El judío dormía profundamente, la perilla leonada

sobre la almohada, la cara de perfil singularmente parecida a los cristos españoles de talla. Mi amigo se santiguó como diez veces. Yo me marché, dejándolo allí boquiabierto. *"Eppur si muove!"* —decía el muchacho.

No los volví a ver hasta mes y medio después. Tuve que salir esa noche para Milán.

Tuve un espléndido viaje en *pullman* de Roma a Milán: el conductor me dejó sentar en el asiento del revisor mediante el decirle que era un diplomático argentino y tres cigarros Avanti. El paisaje del Alta Italia es soberbio. Desde Verona a Brescia, en que nos cubrió una niebla, leí la traducción inacabada de Baudelaire que había hecho el viejo, más suelta y a la vez más ceñida al texto que la de Marquina. Es claro que Baudelaire es intraducible. Es el poeta más profundo y más soberbio del mundo. Es un gran poeta cristiano, a pesar de sus aparentes blasfemias, descaros, sacrilegios e irreverencias. Todos los grandes temas de la teología cristiana, por lo menos los de la *vía purgativa*, están en él, tocados con una especie de aristocrático pudor, que es indicio de honda sinceridad: la muerte, el remordimiento, el hastío, el pecado original, los pecados capitales, el purgatorio, el infierno, la atrición, la aspiración a Dios, el aniquilamiento del alma. Es el *mea culpa* acre, altanero, complejo y refinado del mundo moderno. Y los retratos del siglo de las luces y de la época del progreso humano que hace el vidente, no son pasteles de miel y cabello de ángel, no por cierto.

La muerte:

"¡Oh hurí desnarigada, di pues a esos fifíes
que se hacen los distraídos, buscona irresistible:
nenitos, pese al arte de polvos y carmines
todos oléis a muerte, carroñas con almizcle.

Apolos marchitados, dandis cara de cabra,
cadáveres pintados, donjuanillos entecos,
la universal barrida de la danza macabra
os arrebata exangües hacia ignorados huecos.

De los fríos andenes del Sena a los del Ganges
la mortal recua danza y se pasma sin darse
cuenta de que en el techo la trompeta del Ángel
trombón siniestro apunta y abismo negro se abre.

En todo clima bajo tu rol la Muerte admira
tus locas contorsiones, risible Humanidad,
y a veces cual tú misma —ungiéndose de mirra—
mezcla su mueca irónica con tu imbecilidad...".

No puedo copiar todo el legajo. Pero quiero copiar el final agudo y orquestal de la última pieza, *El Viaje*, que ilustra la idea del judío acerca del pesimismo extremado e impotente del mundo de hoy, picado por las Langostas:

"Vimos trajes que son a la vista embeleso
mujeres que se minian las uñas y los dientes
fakires avezados que juegan con serpientes
—¿y después, y qué más? ¡Oh, cabezas sin seso!

Por no echar en olvido la cosa capital
hemos visto por todo sin haberlo buscado
de lo alto hasta lo bajo de la escala fatal
el aburrido circo del inmortal pecado.

La mujer, vil esclava, orgullosa y estúpida
sin humor adorándose y amándose sin asco.
El varón, tiranuelo, glotón, cruel y lúbrico
corriente de cloacas y de la esclava esclavo.

El verdugo que ríe y el mártir que solloza
la fiesta que perfuma la sangre y que la adoba
del poder el veneno que al déspota emponzoña
y el pueblo amando el látigo que lo embrutece y
[postra.

Religiones diversas diferentes en nada
echando al cielo escalas; la falsa santidad
como en lecho de plumas un sibarita, echada
en cilicio y en clavos por voluptuosidad.

La Humanidad parlera ebria de su talento
tan loca ahora como lo fue en el tiempo antiguo
gritando a Dios en su furibundo tormento
'oh semejante mío, mi Señor, te maldigo!'.

Los menos tontos, arduos novios de la Demencia
por huir del Destino y su recua animal
refugiados del opio en la inmensa inconciencia...
—ésta es, del globo entero, la GACETA OFICIAL...

¡Oh Muerte! ¡Capitana! Es hora ya. ¡Levemos!
Este país nos cansa ¡oh muerte, arranca, arranca!
¿Qué importa el negro piélago para tus negros remos?
Nuestra alma que conoces es luminosa y blanca.

Escancia tu veneno puesto que él nos conforta;
queremos, ya que ardemos de un fuego del Erebo,
zambullir al abismo, Cielo, Infierno ¡qué importa!
al fondo de lo arcano para hallar algo nuevo".

Poeta feroz, cauterio implacable, Prometeo insolente, Tertuliano sifilítico. Con razón lo condenó a la cárcel un tribunal de santulones. Eso no se dice. ¡Turbar así el banquete del mundo y hablar así de su respetable carnaval!

Capítulo VII: *Los mellizos*

Tuve que partir esa misma noche —por telefonazo directo del dire del diario desde Baires— a Milán, donde había estallado una huelga general revolucionaria, que parecía a todo ver el comienzo del famoso *colpo nella schiena* soñado por los comunistas todo ese invierno.

Quedó en nada: mucho ruido, muchos tumultos, la *prefettura* ocupada por el pueblo y —del punto de vista de ellos— una espléndida oportunidad perdida. Cuatro muertos. Pero ¡qué crónicas mandé yo al diario! ¡Qué derroche de sabiduría política... bebida en los cafés y asimilada a fuerza de café... del detestable café italiano, hecho de cáscaras de castañas!... Pero mi sabiduría política ¿era más genuina que el café?

Por primera vez en mi vida me encontré un día en medio de una chispeante crónica despreciándome a mí mismo: como periodista, se entiende. No como *mal* periodista, sino *por* periodista. Si este sentimiento continúa —y hasta hoy no hace sino crecer— se acabó mi carrera de diarero. Yo que me reía de las conjeturas fantásticas del judío acerca del fin del mundo, empecé a sentir cuán vanas y pueriles eran las mías acerca de la marcha del mundo. ¡Cuán hueras eran mis predicciones, apreciaciones y opiniones! Todas ellas se basaban en el presupuesto dogmático, que me fue emergiendo lentamente del fondo de mi "subconciencia" —como dicen hoy— de que *el mundo tenía que seguir marchando*; ¿qué sabía yo? y eso, por las rutas del progreso y de la civilización. ¿Y si el mundo tenía que acabarse? Ciertamente que, según la Fe, tiene que acabarse... Y si tiene que acabarse... ¿por qué no ahora? ¿Por qué dentro de miles y

miles de años, como imaginamos todos? No es un pensamiento agradable; pero los pensamientos verdaderos no siempre son agradables.

Este pensamiento insistente me desoló. Todos mis sistemas para arreglar a Europa, confederar entre sí las naciones, constituir santas alianzas dignas de Metternich, destruir el "enemigo de la civilización" y reconciliar el Oriente con el Occidente —y llegar a tener un día una casita en San Fernando con unos hijos estupendos y una mujer espléndida; más tabaco bueno y un completo aparejo de pesca— se vinieron abajo como un castillo de cartas, segados por la base. ¡La lucha contra el *mal*! ¿Y si el *mal* era invencible?

Pero no escribo este libro para exponer "la evolución de mi filosofía personal" —que, *si existe*, todavía no ha acabado. Volvamos al judío. Es decir, volvamos a Roma. Tuve allí un día la misma sorpresa que el amigo Mungué, y descubrí el misterio —aunque la mitad solamente—; y quizá ni aun eso.

Antes de contar mi topetazo con don Benya vestido de millonario yanqui, tengo que anotar una palabra fútil que le oí un día, que ahora cobra significación. Un día que me *secaba* con sus quejas de todo y contra todos, le dije:

—Don Benya, usted ha nacido para millonario. Su tragedia consiste en que, simplemente, no lo es.

—No sabe usted lo que ha dicho —me dijo el judío vivamente.

—¡Y cómo que lo sé!

—No sabe usted quién soy yo.

—¿Quién es usted?

—Si se lo dijera, se asombraría.

—Dígamelo no más.

—No es posible.

En el campamento corría la voz de que el viejo —y no sé por qué lo llamo viejo— descendía de un bastardo de un noble español, familia judeo-española expulsada por Fernando el Católico, demorada en Oriente, y vuelta después a España. Creí que don Benya aludía a eso, a su sangre azul. De hecho, su físico y sus maneras eran distinguidísimas, aunque limadas, extenuadas, chupadas,

como esos epígonos de grandes razas cuyos nervios terminan en la enfermedad de la pasión intelectual. *"La literatura es una enfermedad nerviosa"* —decía Benavides.

Otro día me dijo: *"En mí terminan y se queman para siempre las excelencias, los crímenes y las adquisiciones de toda clase de una raza entera. Enjugo en mí los dolores de diez generaciones. Estoy empleando, para articular una sola palabra, una herencia más grande que el mundo. Dios tala en mí un bosque entero para hacer un cofrecito de sándalo..."*. ¡Bah! ¡Pamplinas de una imaginación volcánica!

Bien, al caso. Volví de Milán cansado y estuve una semana en la pensión, durmiendo. Mungué me dijo que el judío había purgado las sanciones que le habían impuesto por su accidente y *"había sufrido horrores"*. Eso, desde luego, era inevitable en él. Fui a verlo una hermosa tarde de comienzos de junio —junio 6—, dice mi diario. Llegué a la hora que los italianos llaman bellamente *bruna, all'imbrunire*. Mi intención era someter al juicio del judío lo que había escrito yo acerca de las Langostas, las Ranas, la Guerra de los Continentes y el sistema de leer el APOKALYPSIS recogido de su boca. Estaba escrito que no había de ser.

Cuando franqueé el pesado portillo de hierro, después de mostrar mi *carnet* al centinela yanqui, vi venir hacia mí lentamente por la amplia senda enarenada ¡a don Benya dividido en dos! ¡A dos Benavides enteramente idénticos, uno al lado de otro, con la misma melena larga, la misma *pera* rubia, las mismas facciones huesudas y el mismo porte del cuerpo alto y delgado y un poco destornillado! ¡Me quedé tan atónito como el teólogo Mungué el otro día! *"Estoy borracho"* —dije.

Yo no sé si es verdad que los borrachos ven doble; nunca lo he experimentado, quizá porque nunca he estado borracho de veras...; aunque creo que no es por eso. Pero en este caso era imposible, porque las dos estampas, aunque idénticas en las notomías, eran muy diversas en todo lo demás. El don Benya de la izquierda vestía como un duque inglés, y en el anular izquierdo chispeaba como una brasa el foquito de un gran diamante —o de una cantidad de diamantes pequeños: chispazos inter-

mitentes como un faro. El otro don Benya, el auténtico, vestía su miseria de todos los días. Entonces me di cuenta de cuán gallardo hubiera sido don Benya bien vestido. Es decir, lo vi con mis propios ojos, vi a don Benya ataviado al lado de sí mismo desarrapado.

¡Dios me asista! Los dos caminaban a paso rápido y parejo, en silencio, con los rostros ensombrecidos y contraídos por un enojo que no puedo describir. Hasta en eso eran iguales. Ni me vieron a mí, que me aparté a un lado, hacia la piscina y sobre el laurel, para dejarlos pasar. Parecían dos lobos a caza o dos duelistas hacia la pedana. Antes de llegar al portillo se detuvieron, se enfrentaron y hubo allí un último diálogo, un cambio de palabras rápidas y cortantes, que estallaban como crujidos de látigo. Lo único que podía entender yo era el negativo "*¡niente!*" mandado de una parte a otra como un pelotazo. Al fin, el "duque" abrió violentamente el portillo y se perdió en la obscuridad, hacia la carretera. Nunca olvidaré el gesto con que cerró la verja.

Salí al encuentro a mi amigo, y le grité en todo de chanza: "*¡Conque tenemos un hermano gemelo millonario!*". Pero el sefardí ni siquiera me miró. Pasó a mi lado como si yo no existiera. Estuve por plegarme al desaire y mandarme a mudar, mas la curiosidad me venció —y quizá el interés tirando a afecto que el singular personaje empezara a inspirarme— y lo seguí. Llegó a su galpón sombrío y se encerró, con el mismo gesto explosivo del otro al cerrar la puerta. Me dio con ella en las narices, pura y simplemente.

Di la vuelta como un perrito castigado y en el camino encontré a Tonio. Tonio estaba tan intrigado como yo, o más. *¡Acchidente!* Había escuchado toda la conversación de los dos hebreos sin entender una palabra; pero el tono era bastante. Según Tonio: *lo signorone* había entrado en el *camp* como Pedro por su casa, y habiéndose negado el otro a recibirlo, hizo abrir tranquilamente la puerta con el caboguardia. Se encerraron los dos hermanos como una hora y Tonio y el carabinero quedaron a la puerta. *¡Acchiderba!* ¡La pelotera que debió pasar allí! En un momento, las voces se alzaron tan furiosas que los dos espías estuvieron a punto de in-

tervenir. *"Questi due imbecilli s'ammazzano tra di loro!"* Pero en general la conversación transcurrió en tonos cortantes, sarcásticos y siniestros, *"in tono di lupo e di volpe"*. Yo me hice una idea exacta, porque Tonio al narrarla la reproducía casi a la perfección. Hablaban en *extranjero*, pero Tonio entendió la voz de *nuestro* judío, que era más alta y cloeca, que lanzaba varias veces al otro los insultos de *"assasino"*, *"parrichida"*, *"sacrílego"* y *"satanasso"*. Don Benya llevaba las de perder.

Con su vivacidad propia, el italiano había hecho una conjetura que su imaginación casi ya daba por realidad: que eran dos hermanos mellizos que reñían por una herencia. De hecho el parecido asombroso de los dos permitía la hipótesis de una *sustitutio personarum*; pero la hipótesis no casaba ni con el término *parrichida*, ni con el desinterés o desprecio absoluto de don Benya por el dinero, que era más que franciscano. Yo hice los esfuerzos más grandes para tirarle de la lengua; pero ni con tenazas era posible sacarle un solo indicio. En este asunto era una tumba... una tumba propensa a ponerse furiosa, o increíblemente triste. Al aludir a esto vi pasar algunas veces por sus ojos un relámpago de pavor, de miedo loco, de pánico casi demente: nada más. ¿Para qué lo he escrito entonces? ¿Lo sé yo acaso? En fin, lo he escrito al menos para ver de arrojar luz sobre el terrible suceso del 31 de julio y apoyar la opinión que tengo sobre ello y que diré en su lugar. Nadie ni nada, ni aun la evidencia circunstancial más contundente, me apeará de ella.

Después de unos días de profunda melancolía, en los cuales no habló con nadie y soportó inagotable chacota en la cocina y en la enfermería, don Benya recomenzó con ardor febricente sus notas sobre el APOKALYPSIS creo que para distraerse... o aturdirse. Abandonó el sistema de comentar el libro versillo a versillo y comenzó a hacer ensayos o artículos sobre los puntos que creía ver más claro, ensayos escritos con una letra endiablada, perfecto descuido, y erudición inagotable. Creo que el viejo había sido un buen escritor, pero que ahora se gastaba en partidas, porque estaba en condiciones pésimas; le faltaba el *"incentivo externo"* como decía él, es

Salí flexible, fuerte, fino, ufano
y me miraban con asombro y susto,
pero muy pronto terminóse el gusto
porque la autoridad me echó la mano.

No puede resistir ni hubo manera,
la fiera es fuerte pero el hombre es maula,
y ya estoy para siempre en esta jaula
mirando tristemente para afuera.

Decirles que me suelten, que fue broma
y que me desencanten, es inútil.
La gente tiembla vil o ríe fútil
cuando hablo, pues ya no es igual idioma.

Los chicos me dan pieles de naranja
y pan, veo un trocito azul de azur
y otro de verde, y dice en una franja:
Jaguareté de América del Sur.

Estoy perdido, oh Dios, estoy perdido.
Piensan que estoy muy bien en este encierro.
Quisiera a ellos verlos comer fierro...
piensan quizá que me han favorecido.

Sí, me dan de comer y no trabajo,
tengo cama y pesebre y vida quieta,
pero ésa es justamente la receta
para mandarme por la posta al ajo.

Fatal es para mi carácter esta
vida de bestia de jardín zoológico.
Ellos no saben, hacen lo que es lógico.
Para ellos no hacer nada es una fiesta.

Abotagado haciendo aquel que duerme
o girando febril sin ton ni paz
yo bostezo, y la gente que está a verme
me ven los dientes, dan un paso atrás.

En este frío atroz quieren que duerma.
Parezco sano, ayer oí diciendo
al Director, mi carcelero horrendo:
—esta fiera, doctor, *se hace* la enferma.

Creen cuando me muevo todo el día
que juego, y es que estalla mi cabeza.
Me ven tranquilo y muero de tristeza.
Es invisible la melancolía.

Estoy enfermo de escasez de espacio.
¡Y si uno se muriera de repente!
Mas me van a tener eternamente
encerrado y muriéndome despacio.

Doctor Moreau, doctor Moreau, por Dios,
vuélvame usted la forma humana mía
o del jaguar déme la fuerza fría,
el sueño torpe y el coraje atroz.

Oh mi guardián, oh mi guardián rahez,
en el pescado y pan que me propina
ponga usted una dosis de estricnina
y que reviente de una buena vez.

Pero, ¿qué digo? Esto es soñar. No importa.
Yo sé quién soy. No quiero privilegio.
El mundo sufre. Dios existe regio.
Paciencia. Dicen que la vida es corta.

Bien o mal, la mitad o más he hecho,
y no hice mal aunque mi bien fue poco.
Con este poco de poeta o loco
suplo lo que de santo no cosecho.

Mediano artista y santo de *straperlo*
puedo quizá, si mi paciencia alcanza,
hacer feliz con mi locura mansa
al público, o al menos distraerlo.

Desde mi reja miro una montaña.
Dentro mi pecho hay como una promesa,
como una boca triste que me besa,
como una luz extraña que me baña...

Y dentro mío hay algo que no engaña.

PARTE SEGUNDA: *LOS SEPTENARIOS*

Capítulo I: *Los Signos*

Los Signos se han cumplido.

Los Signos se han realizado. ¿Qué importa que los hombres no los vean? ¿Y por ventura eso mismo no está profetizado y no es otro Signo, que los hombres no los verán?

¡Desdichados de los que no ven los Signos! ¡Y desdichado también del que los ve!

La lucha está llegando al desenlace. La corrupción del mundo está tocando a la raíz.

Todas las energías del diablo están concentradas hoy día en corromper lo que es específicamente religioso.

Al diablo ya no le interesa matar; lo que le interesa es corromper, envenenar, falsificar.

Vivimos crudamente bajo el signo del que no puede vivir ni morir. El diablo no puede ni vivir ni morir.

Nuestra época no puede vivir y no quiere morir.

Por eso, me dijo don Benya, no escriba con mis apuntes un libro de ciencia: ¡escriba una novela! De todos modos se van a reír; comenzando por los profesores de Sagrada Escritura.

A algunos les ha sido dado ver los Signos, a otros menos —y para esos solos hay que escribir— y finalmente otros de ningún modo. No hay que afligirse.

El don de entender las profecías es como el don de profetizar. De suyo no requiere la ciencia, brota de la fe. Es una fe que súbitamente se inflama en imágenes, en sueños.

Los profetas han sido hombres de todas clases, un rey como David, un cortesano como Isaías, un pastor como Baruch. Hubo mujeres profetisas.

De suyo, el profeta no es necesariamente santo; aunque claro que si lo es, tanto mejor. La profecía es una gracia *gratis dada*.

Pero ¡pobre de aquel que ha sido elegido para vivir en tiempo futuro! Eso se paga caro. Hay como dos vidas en él, una que devora la otra. Vive fuera del presente.

Y los hombres que viven en tiempo presente, como es la ley de la vida, rechazan instintivamente hacia la soledad al que vive el tiempo futuro. O lo matan.

Pero de todos modos yo tengo que ir adelante. Tengo que marchar. No puedo dejar de hablar. Y no puedo dejar de ver.

Pero ¿es que en realidad veo algo? Yo no hago más que sacar en limpio.

Yo pongo en limpio lo que han visto innumerables hermanos míos en el dolor y en la visión lancinante.

Como aquellos monjes antiguos que hacían *coronas áureas*; hay una atribuida a Tomás de Aquino.

Como aquel anacoreta que copió en un grueso cuaderno todas las comparaciones aplicables al Santísimo Sacramento que hay en Virgilio y en Homero.

Yo colecciono los dichos de los iluminados que al toparlos encienden en mí como un destello doloroso. Los dichos que se cumplen en mí.

Antiguos y modernos, poetas que han superado la poesía y filósofos que han despreciado su filosofía, que han muerto o visto morir su poesía y su filosofía.

¿Cómo osaría afirmar yo una cosa, yo solo? No me atrevo a decir nada que no haya dicho antes un iluminado.

Y donde están dos unidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos. Y en la boca de *tres* testigos toda verdad se acepta.

Yo soy el testigo pasivo, a quien para ver que lo dicho por los otros es verdad le basta la llaga de su alma; yo soy el *corpus delicti*. Yo padezco mi época.

Yo he aceptado el vivir en mi época, el vivir adentro de mi época, es decir, el sufrirla. Yo he aceptado el riesgo.

Sobre mí el primero se han volcado las Siete Plagas. Mi alma es un espejo vivo del desorden de mi época.

He aceptado ser anatema de Dios por solidaridad

con mis hermanos. En mí ha entrado el desorden de la época, que no perdona ni a la Iglesia.

Ay, yo no he huido la realidad. Mi manera de ir a Dios es no rechazar ninguna realidad. Dios es la Realidad.

La Iglesia está enferma, la Iglesia ha sido atacada por dentro.

La Iglesia está enferma de la misma enfermedad de que enfermó la Sinagoga.

El mundo va pareciéndose cada día más al mundo al cual bajó el Hijo de Dios doloroso: tanto en la Iglesia como fuera de ella. Paganismo y fariseísmo.

No digo que haya defectado en la Fe, que haya de fallar en la Fe, pues posee contra eso la infalible promesa divina.

Pero Pedro pecó tres veces contra la caridad; y Caifás profetizó criminalmente a pesar suyo. Y así será en el fin.

Y cuando un enfermo dice que él está enfermo no hay que dudar, porque él siente su enfermedad.

Y él siente su enfermedad, porque cada una de sus células se siente pertenecer a un cuerpo que anda mal. Y la mayoría de las células no pueden decirlo.

Pero algunas pueden decirlo. Y ésas son las células nerviosas. ¡Desdichadas células nerviosas!

¡Infelices células nerviosas, cuyo único oficio es trasmitir al cerebro y dende a todo el cuerpo, que el cuerpo anda mal!

Y si no trasmiten, están muertas. Para ellas vale más morir que no trasmitir.

Los Signos se han cumplido. He aquí lo que yo tengo que trasmitir so pena de muerte interna. Los Signos se han cumplido.

. . . . . .

Todo esto más o menos, que yo he puesto en estilo zarathústrico, es lo que dijo don Benya el día que fuimos a verlo con fray Fulgencio, un monje jeromiano. Claro es que no lo dijo con palabras, sino con su actitud misma, que es la manera más fuerte de hablar que hay, con su actitud a la vez de humildad y empaque, de certidumbre y de perplejidad, de enfado y de dulzura, de rebelión y de paciencia. Era un hombre a la vez suave y retrancado.

"Nunca he visto hombre más dulce y más obstinado que éste" —decía Mungué.

Todo en él hablaba, sobre todo las manos grandes y largas, la boca movible, los ojos, las arrugas, hasta las dos bigornias de los pies grandes y mal calzados. Y la posición del cuerpo que no se quedaba quieto. ¡Qué hombre! Debería haber sido actor de cine.

Y estaba sentado por caso ese día en una cátedra de cine, en una especie de trono dorado que había servido para hacer no sé qué película y que él tenía al lado de la cama, con ropa vieja a secar sobre el respaldo.

Era un trono de *papier-maché* con esqueleto de palo de pino. Pero era un trono.

Lo único que le faltaba al hombre era una caña y una corona de espinas.

Capítulo II: *Los Septenarios*

El Apokalypsis no es un libro de ciencia, es un rompecabezas —dijo el judío arrojando con desdén el libro— y como un rompecabezas hay que descifrarlo...

—Lo niego rotundamente —dijo el monje recogiendo su libro— y lo considero no solamente un disparate sino también un sacrilegio...

Los dos se miraron como dos perros frente a un hueso. El libro era el de Paulhiez, un belga, una sediciente interpretación científica del Último Libro, con mucho esquema, cuadros sinópticos, llaves y textos a dos columnas con diferente tipo y varias tintas. El monje era el padre Fulgencio, del cual no recuerdo si he hablado ya en la Parte Primera; creo que no faltará ocasión de presentarlo. Es un mallorquín, de la orden de los jeromianos, que estaba en Roma escribiendo la vida de los santos de su orden o, por mejor decir, haciendo investigaciones en orden a lo dicho, porque escribir no había escrito todavía nada —y tenía 61 años—; o mejor dicho, descansando de las investigaciones que había *(o habría)* hecho, pues se encontraba conmigo de pensionista en la casa de reposo de Villa San Francesco, donde también vivía Mungué —hoy enfermo de dengue— y una colección de sacerdotes más o menos raros y de laicos misántropos y heterogéneos. Lo llevé por gusto a ver al judío, por gusto de hacerlos pelear, porque cuando peleaba el judío decía cosas notables. Enfadado se volvía elocuente, incisivo y chistoso.

—Sí, señor —prosiguió el judío—. ¡Retire esa inmunda pedantería! El Apokalypsis es un rompecabezas, del cual sabemos que tiene un sentido, y que se refiere a

sucesos futuros, *futuros para el autor*; sucesos importantes de índole religiosa que pueden para nosotros ser en parte pasados, habiendo transcurrido casi dos mil años. Si Dios lo inspiró, no ha de haber sido para que nadie lo entienda. Y el que quiera entenderlo, tendrá que ponerse ante él como nos ponemos ante un rompecabezas... no científicamente; sino ¡poéticamente!

—Pues los crucigramas —dije yo— pueden sacarse científicamente. Yo los saco científicamente.

—No hablo de eso, hablo de los rompecabezas de los niños, de esos 15 ó 20 tarugos cúbicos con una lámina pegada y cortada en cada cara, que hay que reconstruir concordando cubo y lado. ¿Cómo se resuelven esos rompecabezas?

—Dándoles mil vueltas —dije yo.

—No. Mirándolos mucho, sin esforzarse, con la vista así como floja o vaga, *en estado pasivo*, hasta que de repente, no se sabe cómo, uno ve, uno nota, uno *percibe* la coincidencia de dos manchas de color o la secuencia de dos líneas. Y a medida que uno enhebra cubos, se van haciendo más fáciles y más certeros los que quedan.

—Eso es una comparación ridícula, señor mío —dijo el monje—, que no nos ilustra nada.

—Quiero decir —dijo el judío con dudosa paciencia— que hay que leer y releer las visiones, procurando *verlas*, no desmenuzándolas ni analizándolas; y al mismo tiempo con la cabeza llena de imágenes justas de los sucesos pasados, de los sucesos presentes, y de las conjeturas probables de los próximos futuros. Hay que tratar de ponerse en la *vivencia* del profeta, no en la actitud mental del lingüista o del matemático. En suma, hay que ser poeta y haber sido profesor de historia —dijo el judío echándose a reír.

—Y además saber lenguas y haber leído muchos comentarios, como usted, don Benya... —dije yo irónicamente.

—Bien, eso lo da el trabajo. Lo otro lo da la Providencia —dijo el judío tranquilamente.

Yo estaba acostumbrado a sus inmodestias. La petulancia es judía.

—*Ergo, propheta es tu*? —le dije.

—*Tu dixisti* —dijo con sonrisa equívoca.

—¡Soberbia luciferina! —exclamó el del sayal.

—No se aflija, padre —le dije—, que estamos entre amigos y con escuchar nada se pierde; y la Inquisición ya no existe.

—Por suerte —dijo el judío.

—Por suerte para usted, en efecto, por suerte para usted —decía el frailico.

—Y para usted también, padre —dijo Benya—; usted es quietista.

—¿Yo soy quietista?

—Y además sinalagmático, créamelo, padre. Usted hubiese dado mucho que hacer al Santo Oficio...

—Respete el sacerdocio —dijo solemnemente el frailico, con seriedad de petiso. Y empezó a embolsar cuidadosamente su libro.

—Usted no lo ha respetado cuando se hizo ordenar —dijo el judío con insolencia.

—¿Qué quiere decir usted con eso? —barbotó el otro.

Lo que quería decir era obvio... y demasiado fuerte. Era un verdadero insulto. El judío se percató inmediatamente.

—Perdone, padre —dijo—. Nada. Esta lengua maldita... No he dicho nada. ¡Bestia de mí!

Y dándose un puñetazo en la sien, con su versatilidad de nervioso y de semita, se puso de rodillas, hundió la cara en el polvo y besó el borde del hábito. El otro estaba desconcertado.

—No entiendo —decía—. Basta de historias.

Yo procuré que el judío se sentara y sosegara, porque me interesaba más que prosiguiese la explicación que había comenzado sobre los Septenarios cuando el fraile había introducido el libro de Paulhiez.

En el APOKALYPSIS hay cuatro Septenarios: las Siete Iglesias, los Siete Sellos, las Siete Tubas y las Siete Fialas. Estos Septenarios están relacionados entre sí, según el judío, como lo indica el mismo número 7, que en la ESCRITURA simboliza lo divino, lo arcano, lo directamente a Dios trabado; pero no significa la misma cosa repetida ni tampoco cuatro cosas distintas y seguidas cronológicamente, de acuerdo a las exégesis simplonas. La rela-

ción es mucho más sutil: son como cuatro enfoques de la Parusía, con la *toma* cada vez más cerca de ella. Todos terminan siempre en la Parusía; pero no comienzan los cuatro en el mismo punto...

—Supongamos —explicaba el judío— que yo desde aquí fotografiara el Cuppolone (San Pedro) que está allá en el horizonte brumoso, y señalo en la foto seis puntos intermedios, como ser la verja aquí, la casita roja luego, el pino de allá, el Colosseo, el puente del Tíber y la columnata. Así vio el profeta la historia de la Iglesia a la luz de la Parusía, como yo ordeno en siete partes el espacio accidentado de la Urbe en relación al Cuppolone. Supongamos que luego me levanto en el aire, vuelo la mitad de la distancia, y desde allí saco otra foto más cercana; y marco otros siete topes diferentes. De allí me elevo a lo alto, y retrato de nuevo todo el espacio, con otros puntos culminantes más cerca del Cuppolone; y por último me aproximo a 200 metros y lo saco de nuevo, pero con una placa que registre solamente los huecos, sensible sólo a la *luz negra*. Más o menos eso son los cuatro Septenarios; cuatro retratos diferentes del fin del mundo, tomados cada vez más cerca, y desde un nuevo punto de vista.

—Así será... porque usted lo dice —dijo el monje.

—¿Cómo lo prueba usted? —pregunté yo.

—Para mí —dijo el judío— los Mensajes a las Siete Iglesias, que llenan los cuatro primeros capítulos, representan la pintura simbólica y cifrada de siete épocas distintas de la vida de la Santa Iglesia, la primera la Iglesia Apostólica y la séptima la Iglesia Esjatológica; los Siete Sellos representan esta última Iglesia Esjatológica explicada por sus causas próximas, que son la Institución, la Propagación, la Crisis, la Persecución y el Desenlace; las Siete Tubas representan como siete grandes catástrofes que determinan cada una un nuevo evo, una época nueva en la historia; y esas *catástrofes* —en el sentido griego— son de índole religiosa: son grandes herejías; y por último las Siete Fialas simbolizan los castigos extraordinarios de los últimos tiempos, la parte causal y eficiente de lo que llamó Cristo la Gran Tribulación; que exacerbados y puros en los tiempos últimos, han existido

siempre no obstante en la humanidad que resiste a Cristo.

—Así que —objeté yo— la Primera Visión representaría toda la historia del mundo *post Christum*; y la Cuarta Visión solamente el último período y el finiquito de esa historia. Ese sería el orden lógico.

—No —dijo el judío—. Más bien yo diría que todas cuatro representan toda la historia de la Iglesia; pero el punto de enfoque está corrido hacia el comienzo en la primera y fuertemente hacia el final en la última. Como esas correderas que usan los geómetras, para trazar círculos excéntricos o secantes.

—¿Y qué significa la última? —dije yo—. ¿Usted cree que real y literalmente acontecerán esas *fialas*, esos fenómenos monstruosos e inverosímiles, esas úlceras, esas lluvias de sangre, esas lluvias de fuego, y esas voces y truenos y terremotos?

—Están aconteciendo —dijo el judío muy reposado.

El fraile se estremeció, lo miró y sacudió la cabeza.

—Este es loco —dijo mudamente.

—¿Cómo es eso? —dije yo—. ¿Ahora mismo?

—Basta abrir los ojos —dijo el judío—. Mire usted —sacó un papel y leyó:

—Primera Fiala...

—¡Diga *copa*, hombre! —interrumpió el monje.

—Primer *Vaso*, o más exactamente *Frasco* o *Redoma* —dijo el judío—: la úlcera fiera y fea, es la sífilis.

—¿La qué? —grité yo.

—La sífilis, la avariosis, el mal francés, el mal siciliano, el mal indiano, el mal polaco, el mal persa, *la petite vérole*, *the gallic morbus*, y todos los demás nombres que ustedes saben.

—¿De manera que la Primera Copa ya está funcionando?

—Desde el siglo XVI.

—Siga usted. A ver...

—La Segunda Fiala: es el envenenamiento de las relaciones internacionales que produce nuestro permanente estado de guerra; simbolizado por el Profeta en el mar vuelto sangre, y sangre muerta...

—¿Por qué el mar?

—El mar es lo que separa y comunica las naciones del mundo entre ellas... Óptimo símbolo de las relaciones internacionales, actualmente sangrientas y a la letra *podridas*.

—Supongamos... ¿qué más?

—Tercera Fiala: se vuelven sangre los ríos y las fuentes. Significa el envenenamiento del mundo cultural, la pudrición de la enseñanza, la literatura, el arte, el periodismo, los espectáculos...; los bocales y cántaros donde el hombre cotidianamente bebe y ha de beber si vivir quiere. Y eso pasa porque han derramado sangre de los santos y los profetas... Porque han matado, a veces a cuchillo, a veces de hambre o a disgustos, a los *profetas*, a los hombres iluminados cuya misión específica es estar regulando, con su visión en la cima de las relaciones culturales, las vertientes de las aguas.

Cuarta Fiala: el sol atormenta a los hombres con su fuego. Significa la desviación de la ciencia moderna —o mejor de la moderna técnica— que se ha vuelto diabólicamente mortífera y antihumana, productora de armamentos letales y devoradora con sus maquinarias de la vida y la alegría humanas.

—¿Y qué tiene que ver el sol con la ciencia? ¡Eso está muy traído por los cabellos!...

—¿No sabe usted que toda la energía que la moderna técnica maneja —y en eso consiste taxativamente toda la "ciencia" de hoy— procede del sol?... ¿Y no es la pseudo ciencia moderna hoy día para los hombres una especie de falso sol? ¿Ignora usted que hay seres humanos que viven actualmente día y noche con luz eléctrica? El sol natural vivifica; éste es un sol que quema.

—Rebuscadillo me parece. Pero veamos la Quinta Fiala.

—La Quinta significa, sin rebuscar mucho, la oscuridad, el desorden y la incertidumbre de la cosa política. *"El quinto Ángel derramó su fiala sobre la sede de la bestia, y el recinto se llenó de tinieblas"*. ¿Cuál es la sede de la Bestia sino el poder político? ¿Y no es maravilloso constatar hoy día el desconcierto total de los estadistas, que manotean como en medio de espesas tinieblas? ¡Los gobernantes no saben qué hacer! ¡Dicen que los proble-

mas políticos se han vuelto insolubles y los hombres ingobernables! ¡Que hay que inventar una nueva técnica de la *leadership, "una técnica científica en lugar de la otra que era empírica"*, dice el otro pavote de Ortega y Gasset! ¡Y lo que hay es que *no ven*! ¡Tinieblas! ¡Teorías! ¡Tanteos en la oscuridad! Nunca ha habido tanta copia de teorías políticas y nunca la política en el mundo ha andado peor. Y en cuanto a la "política científica" de Ortega y Gasset, se sabe qué resultado dio en España.

"El sexto derramó su fiala sobre el Éufrates y lo secó. Y salieron las Tres Ranas para preparar la batalla del Día Grande del Dios Omnipotente. Eso ya le he explicado lo que significa...

—¡A mí no! —dijo el fraile.

—¡Que se lo explique Delrey, que ya lo sabe! Se trata de la Guerra Grande, última de la historia humana. Y que será la última y después viene Lo Último, es claro por el versículo que explosivamente intercala el Profeta en su narración, el versículo con el cual Cristo en su EVANGELIO se refiere a la muerte: *"He aquí que vengo como ladrón; dichoso aquel que vigila y mira"*. Y luego sigue sin transición alguna hablando del campo de batalla, Armaggedón; y del Séptimo Ángel, el Ángel del Exterminio.

Mas el Séptimo Ángel indica claramente, con la conocida sintomatología meteorológica, el fin de los tiempos, el juicio, la Parusía: relámpagos, truenos, voces, un gran terremoto, *"y hundiéronse las ciudades de las naciones... la gran Babilonia compareció a juicio... y huyeron las islas todas y las montañas desaparecieron"*. La Gran Babilonia puede ser toda Europa. Las *"islas de las naciones"*, esos pedacitos rojos, verdes y gualdas que vemos en los mapas...

—¿Sí? —dije yo—. Pues entonces, ¿cómo se entiende la *"granizada de granos cada uno como un talento"*, que viene después y *"hace blasfemar a los hombres"*

—No viene después —dijo el judío— necesariamente, sino que es una de las calamidades simultáneas, que el Profeta, conforme a las leyes del estilo oral, pone a donde mejor le cae. Lo que significa esa granizada, yo no lo sé. Puede que signifique la apostasía general; puede

que sea una verdadera granizada de piedras. Puede que sean los bombardeos y metralla de la guerra que acabamos de ver. No olvidemos que el mundo acabará por fuego; quizá por el choque de la tierra con un astro, con una lluvia de meteoritos...

—De modo y manera —dije yo— que también las otras Fialas pudieran significar literalmente, por ejemplo, el sol exacerbado... en vez del sentido metafórico que usted propone, de la *ciencia deshumanizada.*

—¿Y por qué no? —dijo el judío—. ¡También literalmente; aunque no *sólo* literalmente!

—¿Y por qué no sólo literalmente?

—Porque eso es imposible en la Segunda y Tercia Fiala, en las cuales sólo el sentido metafórico es posible... Si el mar se volviera físicamente sangre podrida, perecería el orbe inmediatamente. Y el texto sacro no sólo no lo hace perecer, pero dice que ni siquiera se quisieron arrepentir. Si todos los ríos y fuentes se volvieran sangre, la humanidad no subsistiría ni tres días más. El sentido metafórico se impone en estas dos y por ende en todas las otras Fialas. Ésa es la regla de oro de San Agustín: tratar de entender la ESCRITURA a la letra, a menos que no sea posible; y siendo imposible, lo más cercanamente a la letra: la metáfora antes que el símbolo, el símbolo antes que la alegoría...

Fray Fulgencio estaba escuchando con mal disimulado desdén.

—Todo eso me parece enteramente descabellado. Novela pura. Ningún intérprete lo dice.

—¿Cómo lo habían de decir si no había llegado el tiempo? —dijo el judío—. Las profecías se aclaran al acercarse su cumplimiento. Y eso mismo está anunciado y previsto. ¿Qué es lo que significan, si no, las visiones interpuestas entre la Séptima Tuba y la Primera Fiala, ese Ángel que da al Profeta a devorar un *libro,* inmediatamente antes de los Dos Testigos y la Parusía; y el otro Ángel con el *Libro* del Evangelio Eterno? El tema del *Libro Abierto* o *Cerrado* sale cuatro veces en el APOKALYPSIS; y los intérpretes están concordes —lo cual significa que la cosa es clarísima— en que el libro significa el mismo APOKALYPSIS. El texto sacro dice claramente que

el contenido de ese libro *"será evangelizado a toda la tierra, y a toda gente y tribu y lengua y pueblo"*; y el resumen del contenido no es otra cosa que esto: *"Temed a Dios y dadle honor; porque viene la hora del juicio suyo..."*.

—¿Y por qué Evangelio Eterno? El Abad Joaquín decía que el Evangelio Eterno era su propia interpretación de las Visiones de San Juan.

—El EVANGELIO nuestro actual, los cuatro EVANGELIOS, son para el tiempo, para ser practicados; contienen la vida temporal de Cristo y sus promesas; el APOKALYPSIS es para *cuando se acabe el tiempo*, para ser creído y no para la práctica: *y bendito el que crea las palabras de la profecía esta*; contiene el triunfo de Cristo, la certeza de la agonía y de la resurrección. Los cuatro EVANGELIOS son la Fe y la Esperanza, las cuales *serán evacuadas*; el APOKALYPSIS es el libro de la Caridad, la cual permanecerá eternamente; de la terrible y vencedora Eterna Caridad de Dios. El Amor que vivifica y mata. El mundo no morirá, Dios lo matará. Dios ama al mundo. La indiferencia desprecia o abandona; el amor vivifica... o mata.

El cura movía la cabeza como diciendo: ¡qué fantasías! A mí me interesaba otra cosa:

—¿Qué es eso de la sífilis? —dije—. Usted dice que es la Primera Copa. Me parece chocante.

—A fines del siglo XV —comenzó el judío solemnemente— apareció en Europa una epidemia misteriosa que diezmó el ejército francés que sitiaba a don Ferrante de Nápoles en Sicilia...

—¡A ver, a ver! ¡Pamplinas! —exclamó el monje—. Esa enfermedad ha existido siempre. En las ruinas de Pompeya se han encontrado cráneos con la roedura del microbio... del... ¿cómo se llama?

—¡Por supuesto —dijo el judío sarcásticamente— que yo no pretendo que Dios haya creado de nuevo el *treponema pallidum* el año 1490...! pero entonces apareció en forma de *plaga*; estalló en forma endémica la enfermedad de Schaudinn. Antes existía escondida, apodémica o epidémica.

—Por eso le llaman *gallic* o *mal francés* —dije yo.

—Tiene muchos nombres, como todas las cosas feas. En español la llamaron *bubas indianas*, porque los médicos de allá atribuyeron su origen a los indígenas del Nuevo Mundo. ¡Vaya a saber cuál es su origen! Estalló en muchas partes al mismo tiempo, como si realmente un espíritu hubiese volcado sobre el mundo una copa de pestilencia. Desde entonces los médicos tienen que habérselas a brazo partido —y para muchos de ellos es por cierto una mina de oro, ¡puah!— con la sífilis concepcional, la sífilis congénita, la sífilis constitucional, la parasífilis, la sífilis *d'emblée*, la diurina, la sífilis germinal, la sífilis tardía, la sífilis primaria, secundaria y terciaria, la sífilis vacunal, la sífilis visceral, y la sífilis inocente —que es la que yo he tenido...

Nos quedamos con la boca abierta...

—¿Usted? —dijo el fraile con horror—. ¿Usted?

—La tuve y me curé —dijo el judío tranquilamente—, por suerte la tuve *inocente*, padre mío. La contraje como el dulce pastor Síphylo, por cuidar sin cuidado a un enfermo, a Caín... —dijo el viejo y su rostro se conturbó.

El mónaco se había retirado dos pasos...

—Hasta el nombre —dijo el judío— se ha vuelto repelente, el elegante nombre griego que dio el médico napolitano Jerónimo Fracástor al heroe de su poema en hexámetros *De morbo gallico*..., una de las extravagancias literarias y de los pastiches virgilianos más curiosos que existen: más gracioso que la oda que el mismo Goethe, que la tuvo, consagró a la pestilencia vergonzosa.

—¿Y no la tendrá usted todavía? —dijo el monje muy preocupado.

El judío rio.

—Nadie que haya tenido chancros y pápulas puede saber seguro si no conserva oculta en los redaños alguna espiroqueta todavía, aunque haya tragado arrobas de salvarsán... —dijo.

El otro retrocedió de nuevo.

—Como iba diciendo —prosiguió el judío—, apareció en Europa, en todas partes a la vez, una pestilencia que los médicos reputaban nueva, que era realmente un *vulnus ferum atque foedum*, como hay que traducir el texto

griego; a la vez terrible y vergonzosa. Esta enfermedad amenaza en general *"a los que tienen el signo de la Bestia"*, porque se propaga en gran parte, por medio de las prostitutas, que son como los veneros "oficiales" del contagio: cada "mujer alegre" o "hija del gozo" —como las llaman los franceses— suele ser una verdadera cornucopia de espiroquetas pálidas, un manantial capaz de contagiar al mundo entero. De suyo, los que la sufren más son en efecto *"los que tienen la marca de la Bestia"*; aunque también la sufren algunos que no tienen tal, por lo menos en sus consecuencias...

—¡Las consecuencias! —exclamé yo—. Hoy, viniendo en el tren, he visto una dulce niñita como Mariángeles que tenía el espantoso *labio leporino*, ¡horror! la carita angelical con esa fístula repelente, que la madre trataba de ocultar con la pañoleta. Y era tartamuda. ¿Por qué tienen que pagar los inocentes las culpas de sus padres?

—Ése es un problema que ya está resuelto en teología —me respondió el mónaco.

—La sífilis es una enfermedad traidora y demoníaca —dijo el hebreo—: sí, una enfermedad *teológica*, como el pecado original. *"Las culpas de los padres pasarán a los hijos hasta la tercera generación"*. El maligno microbio parece lanzarse directamente sobre lo que hay de más precioso en el organismo, la sangre, el tejido nervioso, la sustancia seminal. Pudre el organismo en lo que tiene de más duradero, descendencia incluso. Le roba el honor con sus pústulas infames; la razón con el trépano implacable de la parálisis general progresiva; la descendencia con los abortos de la mujer; o, lo que es peor, con la prole idiota, o sordomuda, o loca, o mutilada, o tarada, minada, degenerada. No es una enfermedad, es una maldición...

—La ciencia moderna —interrumpí— acabará con esa enfermedad; la barrerá del mundo, como ha acabado con otras, como acabó con las pestilencias de la Edad Media...

El judío meneó la cabeza y me miró humorosamente.

—Si la ciencia pudiera acabar con la sífilis —dijo— ya la habría acabado. Los remedios ya están inventados: salvarsán, 606, 614, penicilina. ¿Por qué no ha acabado?

—Porque la gente no tiene bastante instrucción, son estúpidos, esconden el contagio a los médicos, por falsa vergüenza... —dije.

—No ha acabado aún, porque la gente tiene *demasiada* instrucción —replicó Benya—, porque confía demasiado en la ciencia, abandona el tratamiento o vuelven a recaer en la... fuente de la infección. *Qui a bu, boira,* decía hablando de esto mi maestro Dumas. Desengáñese, Delrey. La moderna ciencia médica ha disminuído las enfermedades infecciosas; pero ha aumentado las degenerativas, como atestigua Alexis Carrell, por el mismo hecho, mermando el vigor de las razas. Las pestilencias antiguas diezmaban una población atrozmente, pero se llevaban sobre todo a los biológicamente inferiores, débiles, ancianos, valetudinarios; la moderna pestilencia se ceba en los más fuertes y deja detrás de ellos una retahíla de marchitos y disminuidos, semivivos, productos biológicos de tercer orden, como dice el agudo Ludovici. Es opinión de grandes biólogos contemporáneos, que ha recogido el escritor André Suarès, que el cáncer, la neurastenia y la tuberculosis son secuelas de la sífilis; y ellas son tres nuevas plagas cada una peor que la otra, pululantes en nuestra época...

—¿Cómo? —dije yo—. ¿La tuberculosis? Pero... ¿y el bacilo de Koch?

—No digo que la sífilis las produzca, naturalmente. Por supuesto cada una de ellas tiene su etiología específica y sus causas próximas. *Las atrae...* Debilitando a fondo los organismos, y mandando al mundo organismos mermados, produce las *diátesis* de estas enfermedades, sin la cual diátesis no hay ordinariamente contagio, prende o contracción. Para la neurastenia, es hoy opinión recibida de los mayores neurólogos que la predisposición...

—No lo creo —dije yo—. Son exageraciones.

—Son puras invenciones —dijo el monje—. Usted, señor mío, busca novedades en la SAGRADA ESCRITURA. Y los que buscan novedades en la SAGRADA ESCRITURA, acaban mal.

—Yo ya he acabado bastante mal —dijo el judío abatiéndose— y quizá termine peor. ¡Dios mío!

Se cubrió el largo y fino rostro con las manos. Todo lo que fuera roce o alusión a su estado presente, lo abatía.

—Ningún Santo Padre ha dicho que la Primera Plaga sería la sífilis...

—¿Cómo iban a decirlo, varón de Dios, si no la conocían ni de nombre? ¡Dichosos ellos! Sin embargo, hay un santo griego, Methodio creo que es, que dice que el *vulnus ferum atque foedum* será una enfermedad producida por el vicio carnal. Algunos latinos, en vez del *saevum et pessimum* de San Jerónimo, traducen *malignum et verendum*.

—Hemos de atenernos a la VULGATA —dijo el otro.

—Usted es un ignorante perfecto —replicó el judío impacientado.

El otro se enojó.

—¿Y usted qué es? —le dijo—. Usted sabe muy bien que la sífilis no es una enfermedad hereditaria.

Lo ví al judío conmoverse de arriba abajo. Se cubrió de nuevo el rostro. Después bajó las manos y su rostro ardía de ira: sus ojos llameaban. Los dedos se contraían como las garras de un felino.

Me apresuré a despedirnos y a llevarme a mi compañero, que estaba también muy enfadado. El judío había vuelto a caer en su abatimiento. En el camino el religioso empezó a protestar contra las *novedades* de ese hombre, afirmando que era un hombre peligroso. Yo me reía. Se empezó a enojar también conmigo.

—No se llama Benavides —me dijo— ni por pienso. Por eso no le dan los papeles. No tiene documentos.

—¿Cómo se llama? —pregunté asombrado.

—Está muy bien donde está: allí no puede hacer daño —agregó con saña—. En ese hombre hay algo sumamente peligroso que acabará mal. Yo ya lo he dicho muchas veces.

—¿Lo conoce usted?

—¿Y no? —me dijo afirmando.

—¿Quién es?

—Es un *ex* —me dijo.

—¿Qué?

—Un *ex*.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es un vocablo secreto del vocabulario de nuestra orden —dijo, y se calló hasta el tren.

¡Maldita vaca! Tenía una manera de hablar de "nuestra orden", "los Santos de mi orden", "los nuestros", que se le llenaba la boca y se ponía orondo de orgullo. Yo no lo podía sufrir; y sin embargo tenía que respetarlo, porque era sacerdote.

Decidí evitarlo. El hablar con un hombre de mente prejuiciada, torcida o tortuosa, o simplemente necio, si uno debe callar y no puede disputar, siempre hace daño; porque o bien uno se contamina de sus errores y tontunas, o bien tiene después la pena de refutarlas para sí interiormente. ¿Para qué perder tiempo? Hay que hablar solamente con los hombres inteligentes, o, por lo menos, derechos. "*Responde al necio conforme a su necedad*" —dice la Escritura. O sea, no le respondas nada.

Capítulo III: *Fray Fulgencio*

Día 4 de abril de 1947. Hoy estuvo en mi cuarto una hora fray Fulgencio. No hay modo de sacudírselo de encima sin faltar a la caridad. Justamente cuando me había formulado el dictamen niezscheano de: *"con los necios no hay que hablar"* es cuando más he hablado con este pobre hombre, que no me deja ahora ni a sol ni a sombra. ¿Será obra de misericordia o será mera timidez o flojera de mi parte? Está lleno de enfermedades imaginarias, toma un sinfín de remedios, y se levanta de noche y se mete en el cuarto de cualquier vecino diciendo: *"Tengo un ahogo y una especie de dolor en el corazón que me parece que me muero"* —no se muere nada y no deja dormir...—. *"Déjeme aquí, por amor de Dios, que me siento acompañado. A mí nadie me atiende"*. Uno ¿qué va a hacer? Algún día le voy a tirar un botín a la cabeza, en cuanto me despierte en el primer sueño, yo que lo tengo difícil...

Lo que me parece es que quiere que lo manden a Mallorca; y los superiores lo han mandado aquí. Aquí no tiene nada que hacer.

El mal fundamental de este hombre es que lo han "destinado" a escritor, y no había nacido para escritor. Escribió allá en su juventud una *bibliografía* o recensión de un libro alemán —sabía alemán, su madre fue alemana— y entonces lo "destinaron" a hacer estudios y escribir libros sobre la historia de la orden en el siglo XVIII, y particularmente sobre una contienda que hubo en ese tiempo con otra orden, la de los ambrosianos, acerca de la posesión de una gruta que unos decían había sido la morada anacorética del fundador San Emilio, y los otros

decían que les pertenecía a ellos; dado que allí confluían innumerables peregrinos y turistas y se vendían no pocos cirios, imágenes y "pulseras de San Emilio"; unas pulseras que eran devotísimas contra el reuma articular deformante, del cual murió San Emilio. Pues sobre San Emilio y su orden se pasó el hombre haciendo investigaciones toda la vida; y no escribió una línea. Es decir, escribió un inmenso rimero de papeles y unos cuantos opúsculos de polémica o propaganda, que se publicaron a cuenta de la orden y se regalaron; porque no se vendieron ni tres. Yo leí uno de ellos, a instancias del viejo, y era un desastre. ¡Qué bodrio! ¡Qué amasijo de lugares comunes! ¡Qué falta de estilo! ¡Qué mescolanza de disciplinas: apologética, teología, historia, moral, filosofía y hasta zoología! ¡Qué falta de espíritu científico y de honestidad intelectual! ¡Qué fárrago de citas mal calibradas! En fin, el libro era un timo. Y tenía tres pomposas aprobaciones, una del censor de la orden, otra del superior general y otra del obispado.

"Eso no significa absolutamente nada —me dijo el judío, con el cual me extrañé—. *La censura eclesiástica no impide hoy día la mala literatura ni la falsa ciencia, si algún día la impidió. Al contrario, parecería que funciona al revés, que sirve para poner obstáculos a los libros honradamente escritos y para inundar el mundo de libros-masa, de los cuales ya está el mundo atosigado. ¡Qué le va a hacer, amigo, estamos en el tiempo de las masas, en la época de la «raza inferior que lo ha invadido todo»; y hay que servir a las masas si se quiere comer... ¿Ese libro lo subleva a usted? Yo le voy a servir a usted 12 libros con 12 aprobaciones más repicadas que ésas, que son una verdadera ignominia literaria; y como el tema que tratan es sacro, siendo simplemente nuestra santa fe, resulta que la ignominia rebota hacia nuestra santa fe en los ojos de los disidentes; y usted contra ellos no puede chistar, porque la materia es sacra; y las revistas «católicas», es decir santulonas, sistemáticamente hablan bien de todo libro «católico», es decir, de tema sacro... Parecería que existen hoy día católicos empeñados en convencer que la religión lo vuelve tonto al hombre...".*

Yo me volví fastidiado, y le empecé a cobrar odio al

pobre fray Fulgencio, que por otra parte era un pan de Dios, dejando a un lado el ser un parásito. Francamente, yo creo que no pagó el pan que comió en su vida ¡y lo que comía el bergante! A mí me parece que toda orden religiosa debe justificar su existencia *hic et nunc* en cada momento de ella. No basta que haya tenido origen en un hombre esclarecido, o que sus mayores en otro tiempo hayan concluido grandes cosas; falta probar que estos de ahora son hijos de aquéllos; y los hijos se conocen en el parecido. También los fariseos decían: *"Somos hijos de Abraham"*; y Jesucristo se lo negó. Porque en los hijos de un noble nosotros honramos la sangre, que nos hace esperar nobleza, de acuerdo con las leyes de la herencia; pero en los hijos espirituales no hay sangre sino espíritu. *"Qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri... nati sunt"*; y consiguientemente puede darse la filiación simulada y no siempre rige el axioma jurídico: *filii sunt quos nuptiae demonstrant.* ¡Qué San Emilio, ni qué San Emilio! Éste se parecía tanto a San Emilio como un huevo a una castaña.

Justamente lo estaba viendo sorberse un huevo. ¡Qué bestia! Se sentaba en una mesa frente a mí, con otros tres sacerdotes. Era una delicia verlo comer, era un glotoncillo artista. Comía no con la boca sólo, sino con todo el cuerpo —se puede decir—, hasta con los pies; la atención total puesta en la comida le componía el cuerpo de vaca hacia ella, como a un atleta el balón. Comía de tres platos a la vez, combinando sabiamente todo, el arroz, el pescado, el vino y al mismo tiempo mondaba a intervalos las naranjas del postre. Parecía como que quisiera sentir el gusto de todo a la vez, como los artistas, que ven toda su obra y la gozan a cada pincelada. La lectura del comedor y la conversación cuando la había, para él como si no la hubiese. Creo que si se le preguntaba qué libro estaban leyendo en el comedor, el hombre no lo sabía. ¡Qué mandíbula!

Tenía una mandíbula digna de Fidias; una carota alargada con dos ojos azules buenísimos —los ojos de la madre—, nariz chata, boca grande y la soberbia mandíbula que remataba el conjunto en forma de vaca. Nunca he visto un hombre más parecido a una vaca. Yo creo

que quizá hago mal en decir esto, porque al fin y al cabo era sacerdote; pero yo ¿qué culpa tengo si él era así? Ya lo dijo la copla:

"Puedes romper la retorta
pero no te olvides que
arrojar la cara importa
que el espejo no hay por qué".

Era exactamente un cuerpo de vaca, petiso y rectangular —pues la sotana lo hacía paralelogramo— con brazos cortos y una pancita estupenda de mujer encinta, ceñida por una faja sucia. Caminaba contoneándose, era regañón e irritable, fanático y obstinado y creo que bastante vengativo, aunque a su manera: *"El fraile y el judío nunca perdonan"* —decía Benya. Un día que se peleó terriblemente con Benya, porque éste le dijo que su *tesis*, la tesis de que San Emilio había pasado realmente dos años en esa gruta de Boncellis y no en ninguna otra, era cosa que no importaba a nadie y no significaba nada en la Iglesia —lo cual era negarle al viejo toda su vida—, un día en que se insultaron los dos a gritos, don Benya me hizo después un sermón heterodoxo acerca de la vida religiosa y su fin de ella que es la perfección, o sea la contemplación; el cual resumiré aquí por lo que valga, porque realmente yo de teología sé poco y estas cuestiones me parecen delicadas:

"La vida religiosa no es para todos. Y así como uno se puede equivocar no entrando en religión como Dios lo llamaba, que es lo más frecuente, así también se puede equivocar al revés...

"El dejar los bienes exteriores por alcanzar los interiores, o como reza la fórmula consagrada, 'los bienes terrenos por los divinos' y 'todas las cosas por Dios', es aprobado por la Iglesia y es la más grande sapiencia: allí se verifica la parábola del tesoro escondido y de la perla sin precio. Pero el dejar las cosas nobles y bellas de la creación por nada, eso no es negocio: es fakirismo o estupidez. En ese sentido algunos conventos actuales le dan la razón, por lo menos en parte, a Nietzsche. En ellos la pobreza desemboca en envilecimiento o suciedad,

la obediencia en servilismo, la castidad en misoginia y dureza de corazón, la oración en aburrimiento, la abnegación en mutilación; y el 'abandono de todas las cosas' hecho no en la caridad ni dentro de la contemplación, convierte a los hombres en bueyes, o en carneros o en plantas.

"El despojarlos de los incentivos comunes del vivir, sin lograr darles los incentivos extraordinarios, simplemente les disminuye la vida; y a veces se la estanca y corrompe...".

—¿Y cómo Dios permite eso? —le dije yo.

—Dios permite todo —dijo el judío.

—Y esa promesa de Cristo: *"yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos..."*.

—El diablo falsifica la obra de Dios —dijo Benya— hasta la consumación de los siglos; y mucho más cuando estarán para consumarse: hoy lo mismo que siempre, y aun quizá más. Falsifica la religión y la vuelve fanatismo, falsifica la mística y la vuelve política, falsifica la predicación y la vuelve propaganda, la piedad en santulonería, el ascetismo en hurañez, estolidez y orgullo vano. Eso puede hacer el diablo. Es su obra maestra. *"Invenit scilicet diabolus, post luxuriam, etiam castitatem perditricem"* —dice el terrible Tertuliano, en DE RESURRECTIONE CARNIS, XXII, pág. 636.

El tema me interesó, aunque me dije a mí mismo que eso ya iba rozando la herejía y *no era muy diferente* de lo que decía Lutero hablando de la vida religiosa, según está explicado en el libro de Funck-Brentano... Me preocupaba un poco, porque sabía yo que escribía cartas al Vaticano, las cuales no me quería mostrar; y era muy capaz de encajar en ellas disparates fantásticos; y conseguir que le dieran un palo en la cabeza. Al otro día lo fui a ver de nuevo, y le tiré de nuevo de la lengua acerca de fray Fulgencio. El resultado fue cómico.

—¿Cree usted que este monje ha llegado a la perfección? —le dije maliciosamente.

El judío rompió a reír.

—¿El fin de la vida religiosa no es la perfección del hombre? ¿O será imperfecto todavía? —insistí.

—No me parece —dijo el judío— que sea ni siquiera imperfecto.

—No es posible —dije yo—: o perfecto o imperfecto...

—O falsificado —dijo el judío—. Fraude, error, nada.

—Hombre —le dije yo—: este hombre ha sido treinta años religioso...

—El hábito no hace al monje —y se puso a cantar:

Non vestitus nec tonsura
nec amplum cappuchium—
regularis vitae cura
sola facit monacum...

—Ha cumplido sus reglas.

—Las reglas *exteriores* son una especie de hábito y nada más —dijo el otro—, un autómata puede cumplirlas.

—¿De modo que según usted un hombre puede vivir en un convento, cumplir sus votos y observar sus reglas sin ser religioso?

—*Cosi e, se vi pare*... —sonrió el hebreo— si la materia prima falla. No se puede hacer una estatua con madera de sauce. Se puede vestirla de estatua, eso sí.

—Esa opinión suya no me parece ortodoxa...

—*Chi lo sa?* —dijo el judío sonriendo—. Puede que esté en San Bernardo o en San Benito. Y si no en ellos, puede que esté en la realidad contemporánea. ¿No me hablaba usted ayer de esa *confusión de las personas* que se ha producido en el mundo, de ese universal *plebeyismo*, de la penetración en todas partes del hombre-masa? Esa confusión no ha perdonado a nadie, ni a la Iglesia siquiera; la cual, según Splenger, ha perdido o ha olvidado su antiguo poder de selección, que hacía que el clero fuese realmente *klerós*, es decir, selecto. Dios me perdone la irreverencia que estoy pensando, y ojalá sea mentira; pero me parece que las altas esferas eclesiásticas, sin excluir las monacales, están hoy día invadidas de polilla, es decir, de entes vulgares y mediocres, cuando no resentidos y envidiosos; así como el sacerdocio lo está de idiotas, en el sentido griego de la palabra, es decir de hombres incultos, sin ciencia ni educación.

—¡Bah! —dije yo—, hay que ser humanos. Nuestro

amigo fray Fulgencio no ha hecho ningún daño a nadie en su vida y se irá al cielo como un pajarito; y eso es algo.

—No ha hecho ningún bien tampoco —dijo el judío cejijunto—, nada útil en este mundo: y ahora es un estorbo y una molestia en vez de ser esa maravilla de experiencia y sapiencia que debería ser normalmente un anciano, según la Escritura. ¿Y qué sabe usted si no se irá al Limbo?

—¡Otra opinión heterodoxa! ¡Benjamín, que te pierdes!

—¿Acaso no vive ahora —y ha vivido siempre— en una especie de limbo, en un mundo irreal de palabrería devota, cerrado sobre sí mismo por una costra de pequeños fanatismos y ritos menudos que le sirven de munimen, como al armadillo su cáscara? ¿Cree usted sinceramente que para obtener tal resultado mandó Dios al mundo a San Emilio o a San Egidio, o como se llame el fundador de su orden?

—La orden sacó de él todo lo que era posible...

—Más le valiera haberse casado —dijo el judío.

—Pobre mujer —dije yo—. Yo creo al contrario que es un bien que éste se haya sustraído a la propagación de la especie... una desgraciada menos...

—¿Por qué? —dijo él—. Nunca falta un roto para un descosido. Y los hijos hubiesen sido robustos. Él es cominero, movido y pesetero: hubiese podido manejar una casa sencilla, ayudado por una mujer igualmente sencilla. Por ahí sí hubiese podido alcanzar una especie de perfección, una vida humana digna: la paternidad hubiese roto la costra de egoísmo; y esa salida de sí mismo, que es condición de la vida virtuosa, la hubiese podido operar la familia... Pero así como está ahora, es un monigote, un títere, una mojiganga tirada por hilos y sin nada adentro, fuera de la monstruosa araña de un Yo chiquito, inquieto y vanidoso. ¡Horror! No puedo pensar en él... Si para eso bajó San Emilio al mundo, más valiera no hubiese venido...

—Sin embargo —dije yo—, el asegurar la salvación del alma... El entrar religioso es en sí mismo un sacrificio tan grande que obtiene el mérito del martirio, ase-

guran los Santos Padres... Y hay una revelación del mismo San Emilio Jeromita, confirmada por otra visión de una religiosa muerta en olor de santidad, y cuya causa está *introducida*, de que todos los que mueran con el hábito de la orden jeromiana infaliblemente van al Cielo... —dije solemnemente por boca de ganso, pues esto me lo había dicho el mismo Fulgencio.

—*Juí-hu* —silbó el judío largamente, al mismo tiempo que levantando los brazos agitaba las manos en el aire como alas de pájaro o castañuelas, silbando por un largo rato sin parar: *juí-hu-hu-hu*... Y no dijo nada más.

—¿No cree usted en revelaciones, usted que es doctor en profecías?

No contestó nada.

—¿Y sus poesías místicas? —le dije.

—Ahí apareció el daño —dijo el otro—. Usted afirmó que no había hecho ningún daño en su vida. Pero es imposible que una cosa falsa no haga daño. ¡Ha hecho poesías místicas! No hay ningún majadero que sea bueno.

El judío se las tenía juradas a todos los libros de tema sacro que no fuesen muy excelentes; lo cual es absurdo, en literatura debe haber de todo y en la viña del Señor hay lectores para todo. Pero de esto habíamos discutido tanto que me sofrené. El judío, creyéndome convencido, o por lo menos vencido, sacó entonces un papel de estraza con un soneto, y me dijo:

—Ésta es una poesía *mística* mía que se la regalo para que se la ponga de epílogo al libro de poesías devotas que sin duda publicará antes de morir el padre Fulgencio —y que serán abominables.

Tenía un lema que decía así:

"*—¿Tienes licencia para leer libros prohibidos?*
—No. Pero tengo licencia para leer libros devotos...".

El soneto —o lo que sea— rezaba así:

"Un libro malo para mí es terrible
y no puedo impedir que en ese caso
el hígado se me alce con el bazo
y la concupiscible y la irascible...

¡Ay, el libro devoto aborrecible,
el libro santulón y devotazo
vidas de santos por algún payaso
místico, que hace al místico risible!

No puedes zaherir, pues la materia
es sacra y hay que respetar el templo
y a este que escribe sin que Dios lo quiera.

Ya servirá... para la «gente seria».
Calla y da buen ejemplo
o muere... ¡Muere!...'. —No. Yo no. Que muera
primero el otro malhechor si quiere...".

Capítulo IV: *El intérprete extravagante*

Día 7 de abril de 1947. Mungué se había venido con una interpretación del APOKALYPSIS en francés hecha por el célebre Loisy, en cuya introducción se mencionaban las distintas escuelas de interpretación, y entre ellas una llamada *"la extravagante"*. En ella caían desde Joaquín de Floris hasta el venerable Bartolo Holzhauser. La intención maliciosa del teólogo era dar a entender al rabino que él mismo pertenecía a esta escuela de los *"extravagantes"*.

Pero mi amigo lo abarajó en el aire.

—¿Qué me trae aquí? ¿Cree usted que esto es novedad para mí? Loisy es un epígono de Renan, el cual es un epígono de los críticos alemanes, que son pura y simplemente ateos; y no sólo ateos sino infensísimos contra la fe y la teología católicas... Me extraña mucho que usted, caro amigo teólogo...

—Pero es eruditísimo —dijo mi amigo.

—No lo es. Sabe bien el alemán. Eso es todo. Para eruditos, los comentaristas del siglo XVI. Esa es verdadera erudición.

—¿Y qué piensa usted de la exégesis?

—No hay tal exégesis. Es una máquina de guerra disimulada, lo mismo que los ORÍGENES DEL CRISTIANISMO de Renán, que se da como obra de ciencia; y es una novela.

—Eso me parece mucho decir... —dijo Mungué—: mi profesor, el padre Vosté...

—¡Novela! —gritó el judío—. Loisy interpreta el APOKALYPSIS como si fuera un sueño, el delirio de un esquizofrénico religioso; o mejor dicho de varios, porque in-

troduce en él varios autores: *"fuente judía, fuente cristiana, apokalypsis antiguos, nuevos aportes, suturas, etc."*. Y después de haber partido del supuesto y puesto como base axiomática que es una especie de delirio, *el delirio de la esperanza cristiana acorralada*, al final concluye triunfalmente que en virtud de su demostración científica... el APOKALYPSIS es un delirio...

—¡No concluye nada! —clamó el teólogo—. No saca conclusión alguna. Se inhibe de concluir.

—Eso es concluir en contra. Explícitamente no formula la conclusión. Pero el fin de todo su estudio es eso.

—No sé —dijo Mungué.

—Atienda. Si el libro de Patmos es como el delirio de un esquizoide, ¿para qué gastar tiempo y esfuerzo ingente en interpretar fatigosamente el libro?

—Para darle un sentido, pues.

—Para darle un sentido *subjetivo*, es decir, descubrir lo que pensaba el demente del autor, como hacen los psiquiatras hoy día; del autor y de todos sus secuaces, es decir, de todos los cristianos, pues según Loisy el APOKALYPSIS representa el meollo del cristianismo primitivo, más aún que los EVANGELIOS. ¿Vale la pena desenmarañar un pensamiento delirante y esquizofrénico, a no ser para curar al autor? De ningún modo. ¿Por qué pues escribir un libro sobre la mente de un esquizofrénico que ya murió? Pero lo que vale la pena para un teólogo apóstata de la fe católica es destruir la fe y la teología católicas...

—¿Y qué me dice de esta escuela que él llama *"extravagante"*, de los que aplican el APOKALYPSIS a los sucesos contemporáneos?

—No es la mía —dijo riendo el judío—. La mía es ésta: Nos pasó un papel. Yo leí:

"Por esta razón y con gran recelo hemos procurado seguir en la interpretación de este libro aquel camino que nos ha parecido seguro y acomodado al fin que el Señor tuvo en dejar a su Iglesia tan rico tesoro. Entre los muchos y varios dictámenes en que se dividen los expositores, hemos abrazado los que más se ciñen a la realidad histórica; y sin excluir el sentido moral y tropológico que dan a estas profecías, muy útil para el arre-

glo de las costumbres, hemos procurado ante todo encontrar el literal, que se refiere al cumplimiento de ellas; y siempre bajo la escolta y guía de los Padres e intérpretes de mayor nota y autoridad. Y aunque algunas de las revelaciones se hayan verificado ya en los primeros siglos cristianos —pues parece señalan con el dedo las persecuciones de entonces y sus mártires, y los castigos que sufrieron sus tiranos y perseguidores desde Nerón hasta que Constantino dio la paz a la Iglesia—; sin embargo estamos persuadidos que muchas no se cumplieron del todo entonces porque miraban a otros eventos de tiempo posterior y más remoto. Pues ya dejó dicho San Agustín en De civitate Dei, *Libro X, Capítulo VIII que 'el libro del* Apokalypsis *abarca todos los acontecimientos grandes de la Iglesia, desde la Primera Venida de Cristo hasta el fin de este siglo, en que será su Segunda Venida'. Y aun Tertuliano había observado que este divino libro encierra el orden de todos los tiempos de la Iglesia, en el* De Resurrectione, *Capítulo XV; aunque 'cambiando los tiempos', dice el Africano; 'in* Apokalypsi *ordo temporum sternitur', dice en el Capítulo XXV. Y en este supuesto los expositores modernos, como el sabio obispo Bossuet, La Chetardie, cura de París, el docto Calmet, y ahora Joubert y Martini, arzobispo de Florencia, han pugnado con nuevos esfuerzos en develar los misterios del* Apokalypsis, *aplicándolos a sucesos más modernos, según nos los ha ido mostrando la historia de aquellos imperios que tienen relación con la Iglesia y pertenecen a los siglos posteriores. Y nosotros indicaremos en cada lugar lo que nos parezca más fundado en el texto y en la misma doctrina de los Padres, cuyo consenso —cuando lo hay—, en estas interpretaciones nuevas, es y será para todos los sensatos del mayor peso. Ni se opone a esto que alguno de los Padres reconociese o registrase al Anticristo en la persona de un Nerón o un Diocleciano, o algún otro de los que persiguieron la Iglesia; porque en ello no quisieron significar otra cosa que lo que dio a entender el mismo Juan, cuando en su* Primera Carta *dijo que el Anticristo ya estaba en el mundo y que había ya en él muchos 'anticristos', notando con esto la analogía entre los herejes de su tiempo, y el úl-*

timo y mayor enemigo venturo del Cristo.

"Fuera de esto, el común sentir de los Padres es que muchos lugares del APOKALYPSIS *sólo pueden cumplirse en aquel tiempo en que el siglo tendrá fin: las amenazas del Sexto Sello, y las plagas que serán derramadas sobre los impíos; los dos testigos mártires que vendrán a combatir con el gran enemigo; y, finalmente, el reino del Anticristo en Jerusalén —o la ciudad que sea—, designada por él con el nombre de Babilonia —lo cual es paralelo a lo que San Pablo predice en el Capítulo II de la* II AD THESALONICENSES— *no se puede aplicar sin violencia a no ser a lo que precederá inmediatamente la Segunda Venida. Por lo cual muchas de las profecías de este libro deben entenderse de lo que antecederá al Juicio; aunque también pueden representar, al mismo tiempo, los sucesos de la Primitiva Iglesia, y los análogos que después siguieron —hasta el fin del mundo.*

"Parejamente vemos que muchas de las cosas que Cristo vaticinó se leen e interpretan en estos dos sentidos; y a este fin advirtiónos San Jerónimo, hablando de este libro, que 'en cada una de sus palabras se contienen muchos sentidos...'"

—Dos sentidos literales ante todo, el del typo y el del antitypo... *Voilá* —dijo el judío.

—¿De quién es esta proclama? —preguntó el teólogo.

—Mía.

—Yo la he leído en otra parte...

—¿Y por qué no? Está en la BIBLIA de Scío de San Miguel, edición de Madrid 1869, tomo II, pág. 618, con algunas palabras cambiadas por limarle el estilo... Él la tomó del arzobispo Martini cambiándola un poco; bien puedo yo hacer lo mismo.

—Pero el obispo Scío no va ni con mucho tan lejos como usted, caro señor mío. Se limita a seguir a Bossuet, y más allá de Bossuet, a tímidas conjeturas.

—Él no hacía lo que yo. Se limitaba a copiar una traducción de la VULGATA con notas para uso de todo el mundo.

—¿Y usted qué hace?

—Exégesis... para uso de ustedes solos.

—¿Y cuál es su título de usted para hacer exégesis... profética?

—¡Mi buena vida! —dijo el viejo riendo—, como solía decir el venerable párroco Holzhauser.

—Ése fue un hombre santísimo —objetó el otro— con don reconocido de profecía.

—Bien. Por eso lo sigo yo en su interpretación de las Siete Iglesias... aunque no en todo.

—Lo sigue usted cuando le conviene; y lo deja solo, cuando le parece bien.

—Lo mismo hizo él con el Abad Joaquín y Nicolás de Lyra. En realidad yo antes lo seguía en todo, conforme en esto a mi maestro el cardenal Billot en el prólogo de su tratado DE ECCLESIA. Pero los sucesos actuales han golpeado mi convicción —recuerde usted que han pasado ya tres siglos desde su prolija INTERPRETATIO IN APOCALYPSIM, 1648— y ellos me han dejado dudoso en un punto...

—¿Qué punto?

—El más bravo. El del futuro. Las dos últimas Iglesias. Ustedes saben que el santo visitador de seminarios del Ausburgo interpretó nuestro glorioso tiempo como la Quinta Iglesia, la de Sardes, y *consecuenter* dividió el tiempo histórico anterior al nuestro en cuatro partes que adjudicó a Éfeso (Iglesia Apostólica), Smirna (Iglesia de los Mártires), Pérgamo (Iglesia de los Doctores) y Thiatyra (Iglesia Medieval) profetizando luego sobre lo que ocurriría después de estos tiempos en los nuestros actuales, la Iglesia de Filadelfia, como un glorioso aunque breve triunfo de la Fe en todo el mundo, con la conversión de los judíos, evangelización de las misiones y derrota del mahometismo; hasta dar en la última Iglesia, Laodicea, que como ustedes saben designa la Iglesia Parusíaca con toda evidencia...

—Yo no sé nada absolutamente —exclamé yo— y si no se explica usted más, para mí es como navegar entre nubes.

—En avión —dijo Mungué.

El judío suspiró.

—Bien, si ustedes quieren —dijo—. ¡Dios me dé paciencia!

—¡Y a nosotros también! —exclamamos a coro.

Y así el judío rebuscó entre sus papeles y nos comenzó a explicar el símbolo de las Siete Iglesias, el Primer Septenario, como él lo llamaba; o sea la Visión Primera, después del título y de la Visión Introductoria.

Capítulo V: *Las Siete Iglesias*

El mismo día. Lo que persuade que las Siete Iglesias son tipos simbólicos de siete épocas de la historia de la Iglesia es primeramente que así lo pide la unidad del libro, que tendría dos partes distintas y desaforadamente heterogéneas si después del título que anuncia una *revelación* y después de una solemne Visión Introductoria en que el Vidente ve a Cristo en su gloria y recibe de Él la misión de escribir sus visiones, hubiese insertado inmediatamente una modesta epístola pastoral a sus obispos sufragáneos de alcance puramente temporal y local. Si el APOKALYPSIS se dividiese realmente en esas dos partes disparatadas que ponen algunas biblias contemporáneas: *Pars pastoralis* y *Pars prophetica*, entonces el título y la Visión Primera deberían haberse trasladado al principio de la *Pars prophetica* y los avisos a las Iglesias particulares, con su mención de las herejías de entonces, y sus alusiones locales al ignoto mártir Antypas y la desconocida mujer Jezabel debían convertirse en un simple billete adjunto; una dedicatoria del libro. Pero la Primera Visión está encastrada firmemente en el cuerpo del libro y cubierta por el título, el cual promete solemnemente, en el texto griego: *"sacar de lo oscuro* (ἀποκαλύπτειν) *la palabra de Dios y el testimonio de Cristo, lo que él vio y las cosas que ahora son y las que cerca de ellas vienen y es preciso se verifique pronto"*. Erasmo dice que ἀποκαλύπτειν es en griego una palabra nueva inventada por los Setenta, que significa exactamente *cosa que por primera vez se saca de lo oscuro*. Todos los Santos Padres y expositores leen en el versículo 11, que reza: *"escríbelo en un libro y mándalo a las Siete Igle-*

sias que hay en Asia...", un símbolo de todas las Iglesias del mundo. Mándalo –simplemente– a la *Iglesia*. Pues bien, esta extensión al espacio, hay que hacerla también al tiempo.

–¿Cómo lo prueba? –preguntó Mungué.

–El mismo hagiógrafo lo hace, al designar claramente para la Sexta Iglesia la proximidad de la Parusía y al describir la Parusía en la Séptima.

–Esa proximidad ¿no pertenecerá a la manera de hablar *divina* del Profeta, ya que para la eternidad "*mil años son como un día*", que dice San Pedro?

–Ya hablaremos otro día de esa manera de hablar *divina*, de la cual disponen a su placer algunos exegetas como un admirable efugio, que puede hacer decir al texto lo que se quiera, aun cosas contradictorias. No, ¡per Díol Si Dios ha hablado a los hombres les ha hablado en lenguaje decentemente *humano*, inteligible a ellos; y no en jerigonza. Pero en este caso, ni siquiera ese efugio cabe, porque entonces la proximidad de la Parusía convendría igualmente a todas Siete Iglesias; y no solamente las últimas, a quienes se conmina como amenaza a la vez y consuelo. A las primeras Iglesias se las conmina simplemente con "*retirar de ellas el candelabro*" de la fe y de los milagros, con "*luchar con ellas con el gladio de la palabra*", con "*no mandarle otro peso sino el de sus propios abusos*" mortíferos. Pero al llegar a Filadelfia y Laodicea el "*haz penitencia*" se cambia de golpe en: "*he aquí que vengo pronto*" y después: "*he aquí que estoy a la puerta y llamo*".

–¿No puede referirse a la persecución romana y al derrumbe del Imperio?

–Imposible. "*Porque guardaste mi palabra de paciencia, yo te guardaré a ti de la hora de la tentación, que va a venir sobre el orbe universo a tentar a los habitantes de la tierra...*".

La persecución romana ya había venido cuando el libro se escribía en Patmos, durante la persecución de Domiciano; y no sobre *la universa tierra*; si vamos a eso, ni siquiera sobre todo el Imperio Romano, pues no llegaba a los rincones y recovecos del Imperio. Las persecuciones romanas fueron más o menos locales y limita-

das. A ellas les cuadra mucho mejor la palabra de la Iglesia Segunda, la de Smirna, que dice: *"No temas nada de lo que vas a sufrir. He aquí que el diablo mandará* [varios] *de vosotros a la cárcel para tentaros; y tendréis tribulación diez días. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de vida"*.

—Pero a mí, francamente no me parece que la pacata descripción de Laodicea corresponda a la estrepitosa descripción del fin del mundo que está en los otros lados. Ni truenos, ni granizo, ni sangre, ni anticristo, ni nada...

—Es que no es una *descripción*, caro amigo, es una *admonición*. Las siete admoniciones guardan entre sí correspondencia de estilo y simetría, y son como un poema de siete estrofas parejas. El APOKALYPSIS es el único libro enteramente poético del NUEVO TESTAMENTO. El inglés Charles lo ha reducido a estrofas y a versos... de estilo oral. Pero mirándola bien, la última es tan terrible como la descripción más estrepitosa. El Hijo de Dios habla a Laodicea (que significa *juicio de los pueblos*) de vomitarla de su boca; le aplica cinco insultos fulminantes; le anuncia que está llamando a la puerta, y eso, no con voces amorosas sino con castigos. Se habla de *la cena última*, que es la vida eterna.

El judío tomó su Nestle griego y leyó traduciendo:

"Y al Angel de la Iglesia de Laodicea, escribe:
esto dice el Amén:
testigo fiel y verdadero, principio de la creación".

Amén es la última palabra de las plegarias. *Laodicea* significa, según parece, *Juicio de los pueblos* y también —según otros— *Vómito*.

"Conozco tus obras: que no eres ni frío ni caliente.
Ojalá fueses frío o bien caliente.
Mas porque eres tibio, que ni eres frío ni caliente,
empezaré a vomitarte de mi boca".

Vomitarlo Dios a uno de su boca es la peor amenaza; menos mal que no dice: *"te vomitaré"*, lo cual sería la condenación total, sino *"comenzaré a vomitarte"*. Esta

amenaza corresponde a la Gran Apostasía anunciada por San Pablo y por el mismo Cristo...

—A mí me parece —objeté yo— que esa gran defección de la fe, producida por los pseudocristos y pseudoprofetas, es fría y no tibia. La tibieza no es la apostasía... ¿Por qué, pues, *tibia*?

—La frialdad es el paganismo —dijo el judío—, el calor es la caridad de la fe. Una cosa fría puede comerse y puede calentarse; es una cosa natural y en cierto modo sana. Pero en los últimos tiempos *"se resfriará la caridad de muchos"* dejándolos convertidos en esa cosa nauseante que hoy vemos: el neopaganismo con barniz de cristianismo, cosa de asco. El neopaganismo es apostasía larvada, es haber rechazado a Dios y lo sobrenatural, conservando los ropajes de la fe católica, convertidos en "estética", convención, rutina y mitología: el cristianismo estético de los diletantes, el cristianismo conceptual de los filósofos, el cristianismo político de los policastros, el cristianismo adulterado de los modernistas: ¡el cristianismo nauseoso de Hegel, contra el cual Kirkegor se levanta! De ese caldo surgirá el Anticristo; que será la violenta expulsión de la boca de Dios de todas esas aguas muertas. Por suerte el vómito no se consumará, los que hagan penitencia serán salvos, a través de terribles dolores. *"Revuélvete pues y haz penitencia. Si yo te castigo tan terriblemente es porque todavía te quiero"*, dice el Señor. *Revuélvete*, es decir, reacciona con todas tus fuerzas.

Y el modo de *revolverse y hacer penitencia* está indicado antes y corresponde del todo al estado parusíaco:

"Te aconsejo compres de mí oro ardiente y afinado
para que te enriquezcas
y te vistas de vestes blancas
para cubrir tus vergüenzas...
y te unjas los ojos con colirio
para que veas...".

El oro ardiente es la caridad divina, porque *"se resfriará la caridad en muchos"*; los vestidos blancos son la pureza de corazón, porque *"abundará la iniquidad"* y las

injusticias más vergonzosas; y el colirio de los ojos es la fe y el espíritu de profecía que de ella procede, a fin de percibir los *Signos del Tiempo*. Los fieles de los últimos tiempos sólo se salvarán por una caridad inmensa, una fe heroica y la esperanza firme en la próxima Segunda Venida. Ellos están representados en la Visión Cuarta y la Visión Dozava, por las 144.000 vírgenes que seguían al Cordero donde quiera que iba: *"arrancados de la tierra..., en su boca no se encontró mentira, porque sin mancha están ante el trono de Dios"*: puros de corazón; vírgenes con respecto a la mentira.

—¿Y usted cree que están cerca estos últimos tiempos?

—No lo sé, pero lo temo. ¿Acaso nuestra época no comienza a parecerse a la nota que allí se da de Laodicea?

"Porque tú dices: rico soy y potentado
y de nada tengo falta...
y no sabes que eres un mendigo
miserable, desnudo, pobre y ciego".

—¿Eso dice el mundo de hoy? ¿Rico soy y potentado?

—¿Pues no lo ve usted? Continuamente y como un loco; y lo dirá más cada vez a medida que progrese la "era atómica". Orgulloso del progreso de la ciencia, de la técnica, del confort, de las comunicaciones, de la cultura ¿qué no promete a sus ciegos adoradores? Por poco no les ha prometido ya la inmortalidad y el paraíso en la tierra. Y es un *mendigo* de los dones del Príncipe de este mundo; *miserable* envuelto en guerras atroces; *desnudo* y lleno de lacras y vergüenzas; *pobre* de vida, de vitalidad y de alegría; y *ciego* a la luz del cielo y aun a la luz de la razón...

—Pero —exclamé— entre nuestra época y la época del Anticristo ¿no tiene que venir un largo período de triunfo, paz y felicidad de la Iglesia?

—Ésa es mi gran duda —dijo el rabino—. Eso opina Holzhauser. Pero ¿qué sabemos? ¿No parece muy improbable? ¿No habremos entrado ya, después de la guerra del 14, en la época pre-parusíaca, la Iglesia de Filadelfia? Y ese gran triunfo de la Iglesia tan esperado no

aparece por ningún lado, ni siquiera como probable, por no decir *posible*...

—¿Cómo pues lo predijo el venerable párroco Holzhauser? ¿En qué se basaba? —dijo Mungué agresivo.

—Yo creo que se basó en dos cosas: en esa larga serie de profecías privadas, que se remontan a la Edad Media y quizá más allá, concernientes al Gran Rey y al Gran Papa (o sea al *Pastor Angélico*) por una parte; y por otra, que al Ángel de Filadelfia, después de haberse dicho al anterior de Sardes que *"estaba muerto"*, se le promete algo excelso, una *"puerta abiera que nadie puede trancar"* y aparentemente también la conversión del pueblo judío, ese suceso que según la profecía de San Pablo *ad Romanos* será como una explosión de vida en la Iglesia:

"He aquí de la Sinagoga de Satanás te daré
de los que se dicen judíos y no son
sino que mienten—
he aquí que los haré venir
y que adoren delante de sus pies...
y sabrán que yo te he amado".

—Y usted ¿en qué se basa para dudar ahora? Esas profecías son muchísimas y muy autorizadas; hay santos entre sus autores, San Cesáreo de Arlés, Santa Odilia, don Bosco, el mismo Holzhauser. Y la conversión de los judíos es cosa de fe; y algún día tendrá que ser.

—¿Algún día antes del Advenimiento; o bien el mismo día del Advenimiento? —dijo Benya haciendo chiquitos los ojos como un gato.

Mi amigo lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Es usted milenarista! —clamó con horror.

—Yo soy el que lo examina todo, sin excluir *a priori* ninguna posibilidad permitida —dijo Benya.

—Son los milenaristas los que dicen eso, que los judíos se convertirán al ver venir a Cristo, aplicando mal el texto: *"videbunt in quem pupugerunt" ("mirarán al que traspasaron")* y que antes de eso, pertenecerán a la escolta del Anticristo, al cual reconocerán como su verdadero Mesías... *"porque Yo he venido en nombre de mi*

Padre y no me habéis recibido, vendrá otro en su propio nombre y lo recibiréis". Eso dicen los miserables kiliastas...

—No han sido condenados —dijo el judío...

—Todavía... Pero lo serán. Es decir, una parte ya ha sido condenada por la Iglesia, el kiliasmo carnal. Y la otra parte ya está muy cerca de serlo...

—¿Qué sabe usted? —dijo Benya—. Pero no es mi intención defender, ni siquiera explicar el milenarismo.

—Es este hombre con sus disputas el que lo hace dispararse a usted en todas direcciones —intervine, viendo que otra vez se enzarzaban—. La tarde está cayendo, y usted tenía que explicarnos las Siete Iglesias.

—¡Las Siete! —rezongó el judío—. Es mucho. Estoy cansado. Pues bien, Holzhauser escribió en el siglo XVII, en 1648, cuando la lucha política contra el Protestantismo llegaba a su fin y la herejía se mostraba invencible y definitivamente sentada en los reinos del Norte que había conquistado. No olvidemos esa fecha.

Holzhauser llamó *"la era del Protestantismo" a aquella* en que vivía, y la identificó con la Iglesia de Sardes. Los tiempos le parecieron encuadrar en las notas de la Iglesia de Sardes, la quinta que él fijó *"desde la muerte de Carlos Quinto hasta la erección del gran rey católico"*. Es cierto que hay muchísimas profecías acerca de este problemático rey: creo que tienen por fondo la promesa de Cristo de que *"se hará un solo rebaño y un solo pastor"*, que realmente no se ha verificado aún en la historia, tomándola literalmente. San Alonso Rodríguez profetizó que sería un rey español, que vencería y convertiría a los mahometanos; pero las profecías francesas dicen que será un rey francés; y las italianas, naturalmente, un rey romano o lombardo. No me fío, no me fío, no me fío... de las profecías "nacionalistas"...

—*Prophetias nolite spernere!* —dijo el teólogo, severo.

—¡Estábamos en la Iglesia de Sardes! —dije yo.

—Pues bien —siguió Benya—, es cierto que este tiempo del fin de la Contrarreforma parece cuadrar en la Quinta Iglesia...

"Conozco tus obras y que tienes nombre de estar vivo y estás muerto...".

—¿El Renacimiento? —pregunté.

—La rápida corrupción del Renacimiento, que fue un equilibrio inestable después de la gran crisis del siglo XIV, y que realmente pareció una nueva vida en Europa hasta que la crisis se renovó empeorada con el estallido de la Reforma...

"Sé vigilante y confirma todo lo demás
que estaba para morir
porque no encuentro tus obras llenas
delante de mi Dios".

—¿La Contrarreforma?

—La Contrarreforma, con su empeño en conservar, con su apego a la tradición europea, ya herida de corrupción por el Renacimiento pagano, cuyas obras realmente no son *plenamente* católicas, sino misturadas de mundanismo y paganismo. La Contrarreforma no fue sino una confirmación de cosas que estaban para morir, cosas *"no llenas"*; y que *"deben morir"*, según el texto griego.

"Ten en mente pues lo que has recibido
y has escuchado, y consérvalo
y haz penitencia.
Si no, vendré como ladrón y no sabrás la hora...".

La Contrarreforma o Reforma Católica fue realmente un esfuerzo de restauración católica, de modo que sus adversarios tomaron el nombre de *revolución* (protesta) y los partidos que defendían lo tradicional, Iglesia incluida, tomaron el nombre de *conservadores*... La *contrarreforma* es una función de la *reforma*; una función *contra*...

—"Conserva-duros" —dijo Mungué—. Lo que querían era conservarse ellos por medio de la Iglesia; conservar sus ventajas temporales, la *añadidura* antes que el Reino... ¡Conservadores!

—Por eso justamente dice: *"No encuentro delante de Dios tus obras llenas..."*.

"Pero tienes pocos nombres en Sardes
que no macularon sus vestidos.
No borraré su nombre del Libro

confesaré su nombre delante del Padre y delante de los Ángeles del Cielo".

Los grandes santos de la Contrarreforma —prosiguió el judío sin dejarnos hablar—, desde San Vicente Ferrer en el siglo XIV, que predicó en Europa el *"Vengo pronto; si no vigilas vendré como ladrón y no sabrás la hora"*, hasta San Ignacio, Santa Teresa, San Felipe Neri, la pléyade del siglo XVI, fundadores y reformadores, profetas, doctores y penitentes; pocos nombres en fin, a pesar de su número; pero que evitaron que la Cristiandad fuese borrada ya del libro de la vida...

—¿Ésa es su interpretación?

—La de Holzhauser —sonrió el judío—, sacada en limpio de su latín exhuberante y un poco charro. ¡Qué modo de escribir barroco tuvo ese santo! ¡Qué modo de repetir, de amplificar, de dar rodeos! Pero en fin, poco importa eso, si de veras fue profeta...

—Pero usted rechaza la profecía siguiente, la del Gran Rey y el Excelso Papa, durante los cuales se acabará la predicación del EVANGELIO en el mundo; que sin embargo también debe verificarse, según Cristo, *"y entonces vendrá el fin"*.

—Puede que ya se haya verificado —dijo el otro—. En fin, yo no la rechazo ni la acepto, yo no soy profeta y eso es un futuro. Sólo que todas esas profecías de triunfo, surgidas en épocas de tribulación, me son un poco sospechosas. Creo que nadie aún ha hecho un estudio a fondo de ellas. No lo conozco, vamos.

—Si usted no lo conoce, no existe —dije yo riendo.

—¿Y por qué le son sospechosas, vamos a ver? —urgió el teólogo.

—No sé —dijo—. No me convencen.

—Será a lo mejor que el fondo pesimista de su carácter y lo mucho que ha sufrido...

—Quizá —muequeó el judío—. Los que están en el Purgatorio, dice San Juan de la Cruz, no pueden ni siquiera imaginarse el Cielo; y les parece imposible el salir de aquel lugar oscuro. Pero no. A lo que yo tengo desconfianza es a todo lo que en el mundo de hoy fomenta la creencia vulgar, estúpida y herética de que el mundo

durará todavía miles y miles de años, que todo esto de ahora se nos arreglará fácilmente, que nos espera una era de prosperidad maravillosa; y en suma que estos dolores universales no pueden ser agonía, sino que deben ser necesariamente dolores de parto, el alumbramiento de un *brave new world*, que diría Huxley. Eso es lo que me escama, esa especie de mesianismo del Progreso o milenarismo de la Ciencia, sobre el cual Renan y otros tales anticristos o pseudoprofetas de hoy escriben páginas tan brillantes. Y muchos católicos lo creen y toman esas benditas profecías del Pastor Angélico para consolarse, como enfermos incapaces de encarar siquiera el pensamiento de la posible muerte. Es lo diametralmente opuesto al *"haz penitencia porque vuelvo pronto"* del Libro revelado. *"¡Este mundo debe durar todavía miles y miles de años antes de enfriarse!"*, gritan jubilosos al ver que el mundo se va "calentando" cada vez más. Pero ésa es justamente la señal que da San Pedro de la Parusía: no se creerá ya más en ella.

"Diciendo: ¿Dónde está Su promesa
la de su Segunda Venida?
desde que los Padres durmiéronse
todo sigue lo mismo
desde los orígenes del mundo".

—Pero —dijo el objetante—, Holzhauser no predice eso. Predice un inmenso pero breve triunfo de la Iglesia, de la durada de una vida de hombre, en que las fuerzas de Satán serán comprimidas y reducidas pero no eliminadas, y en que la presión de los dos bandos será formidable. Un período tenso, palpitante, ruidoso, exasperado, del ritmo de la historia humana: una tregua y no una paz...

—Amén —dijo Benya, que se dormía—. ¡Y ojalá que no se equivoque! ¡Y que nosotros lo veamos!

Caía la tarde; del agro romano venía un grave son de esquilas. Roto el bochorno del día, el *afa* que dicen los italianos, venía del mar Tirreno una brisa fresca, demasiado para mí. Al viejo lo vinieron a llamar a sus quehaceres. Cada día se los perdonaban más, a Dios

gracias. El hacía todo lo que le decían; pero todo le salía mal. A los castigos oponía una imperturbable dulzura, que era más timidez y agotamiento que verdadera paciencia. Además le iban saliendo protectores, y no sé de dónde, andaba con dinero. Mi amigo Mungué siguió discutiendo solo, calificando con altura las historias del viejo, de *"delirios"*. Salimos entre un agrio chillar de vencejos.

Sobre el cielo escarlata, el cupulón de San Pedro parecía una parva de plata oxidada.

Capítulo VI: *Guerra civil*

Día 9 de abril de 1947. El judío nos contó hoy sus recuerdos de la guerra civil española ¡Por fin! No quiere hablar de ella porque lo acongoja o lo avergüenza: pues su madre, su hermano mayor y sus dos hermanas desaparecieron en ella; es decir, una hermana *"mejor fuera que desapareciera"* —dijo él enigmática y amargamente. Pero nuestras objeciones acerca de la posibilidad de una *"regeneración del comunismo"* por medio de un gran golpe de la Providencia y un gran triunfo de la Iglesia, lo decidieron de sopetón a participarnos su *"experiencia del comunismo"*. Hoy estaba de humor de ver su tragicomedia por el lado de la comedia, y contar la anécdota de cómo la vez que fue más sincero en su vida fue reputado de loco.

—Para hablar de la guerra española —dijo—, primero de todo hay que hablar de las heroicidades, o al mismo tiempo, y no sólo de las bestialidades; porque de otro modo se calumnia. Y yo no puedo hablar de las heroicidades, porque el gran derrumbe me pilló del lado rojo. Mi hermano el mayor es quien podría hablar de la guerra española; pero es muerto. Yo no tengo pasta de héroe...

—¡Quién sabe, don Benya!

—¡Pasé la guerra escondido en un manicomio! ¡Soy un intelectual, un *clerc*, es decir, un ser friolento, nervioso y miedoso. Por lo demás, cuando vino la "república", yo era más bien rojo...

—¡Cómo!

—Es decir, republicano; es decir, descontento. La ineptitud de la monarquía liberal me irritaba y el instinto, digamos, gremial me inclinaba al lado de los inte-

lectuales, como Marañón, Ortega y Unamuno, que con sus descabelladas ilusiones ayudaron sin querer, aunque no sin culpa, al advenimiento de la catástrofe...

—Y la catástrofe lo curó...

—Mucho antes me curé: la república que vino era impotente y enteramente estúpida. *"Toda gran mutación política tiene que tener sus víctimas"* —decían en el Casino. Éramos una manga de teóricos, que encajábamos los hechos en esquemas abstractos: incluso las quemas de iglesias y los asesinatos. Pero el instinto moral no me engañó. Me asqueó la república de Azaña desde el primer momento.

—En cinco meses: destrucción al menos parcial de 411 iglesias; 43 diarios o periódicos, 69 centros católicos, explosión de 146 bombas, 113 huelgas generales y asesinatos sin número, según el discurso de Calvo Sotelo el 13 de julio del 36... —dijo el jeromiano que estaba conmigo.

—Lo que me asqueaba a mí no era tanto el tumulto cuanto el designio —siguió el judío—. Era de prever lo que vendría... Pero miento: lo que vi en Barcelona es absolutamente incomprensible, incluso después de visto.

—El infierno desatado, los hombres vueltos fieras...

—El infierno detrás, y delante de él una riada de estupidez, maldad y miedo, cubriendo como un diluvio una gran ciudad. La estupidez humana me desespera. *"La bêtise n'est pas mon fort"*. La fuerza bruta es comprensible, la razón bruta es insoportable.

—¡Cuente, don Benya!

—En las vacaciones de julio de 36 estaba en Barcelona por casualidad. Muerte de Calvo Sotelo, sublevación de media España, anarquía. Mi hermano el mayor huyó por Port-Bou a Francia, volvió por Irún, ganó Burgos, Segovia y después África, desde donde vino con Franco... y cayó con una bala en la frente en la carretera de Teruel. Yo me quedé fascinado por una irresistible curiosidad; o quizá por mi debilidad de carácter, que me impidió tomar una decisión. Estuve en el irrisorio conato de "República Catalana" de Companys. Presencié la "purificación" de la última semana de julio, el rapto y masacre de familias enteras en lugares solitarios, el

paseo de las cabezas sangrientas de tres jesuitas en bandejas por las calles, cuerpos desnudos de monjas tirados en el suelo y mujeres y niñas bailando en círculo alrededor y el incendio de todas las iglesias, menos la catedral... ¡Dios mío! ¡Lo que yo he visto! Y sin embargo la curiosidad me llevaba... —el viejo se cubrió el rostro con las manos.

—El español es bárbaro —dijo el padre jeromiano...

—El español es bárbaro, como todos los hombres; pero el español no es bárbaro como una fiera, es bárbaro más bien como un niño. Es decir, fieras las había, y en abundancia, y ellas eran el fermento de todo aquello; pero las masas las seguían con estupidez de niños. He estado en medio de una masa amotinada, los he arengado, los he hecho ir a donde yo quería, salvé un convento de monjas que era un sanatorio, luchando a brazo partido —o a grito pelado— con un jefe comunista, un anciano que era un verdadero amente. En ese estado el pueblo es a la vez niño y fiera. Se traga las bolas más monumentales, si usted se las sabe decir. Es una masa informe de sentimientos descabellados.

—Y malvados y crueles —dijo el monje.

—Predominan ésos, sí; pero lo que da la tónica general es una enorme estupidez. Y eso es justamente la cosa que menos puedo yo aguantar en esta vida. Decidí huir.

—¿Adónde?

—Adonde pudiera. Al manicomio de Lloret del Mar, haciéndome pasar por loco. Tenía el certificado de un médico de Segovia dándome por "psicopático". Para algo me había de servir alguna vez mi enfermedad de los nervios.

Salí para Manresa una mañana fosca, nebulosa, sulfúrica, con pardas nubes de tormenta, en un ómnibus destartalado. No sabía yo lo que me esperaba.

El ómnibus estaba repleto: éramos 18 personas. Había un inglés corresponsal de THE TIMES; una especie de carnicero con facha de bestia; una señorita muy bien vestida; y un señor raro que tenía pantalones finos de *homespun* y encima un enorme blusón pardo de gañán. Los demás pertenecían a la categoría que el inglés sin

duda anotó en su libreta: *non descript*: amorfos. Cosa poco rara en una sazón en que llevar corbata o anillo de oro podía costarle a uno la vida. El señor raro llevaba además en la mano un puro apagado.

De repente, se puso el puro en la boca al revés. Yo pensé: *Éste es un cura disfrazado...*

Pero la monja que estaba enfrente de mí era más evidente: vestía bien un traje elegante de señorita acomodada; pero llevaba un manguito de pieles ¡en julio! A lo mejor era argentina o colombiana. Debía tener como unos 30 años, pero no aparentaba ni 20; un candor de niña la aureolaba, un indecible candor. Tenía una cara *"semejante a la aurora"*, como dice Homero. Con las dos manos escondidas, rezaba el rosario —lo juraría— con tan mal disimulo, que trasparentaba el convento en cada gesto. Yo dije *"¡Pobre Aurora!"*.

Apenas salimos de Barcelona empezaron los horrores. Partidas de sujetos mal vestidos y armados circulaban por la carretera, en autos, en bicis y a pie. Una nos detuvo y el chofer tuvo que mostrar sus papeles. Un hombrón mal entrazado subió al ómnibus y comenzó a mirarnos muy prepotente. Yo me levanté con una risa boba y le tendí mi certificado de demencia. El facineroso parecía más loco que yo. *"Ya te daremos «locut», ya te daremos «locut»*, repetía incesantemente. El inglés se puso rígido, y sacó su libreta con el monograma de oro THE TIMES. Estoy seguro que lo que llevaba en el bolsillo derecho del pantalón, que yo rozaba con mi pierna, no era una pipa; y que no se dejaría revisar. El inglés podía ser una ayuda en caso de apuro. Aurora, el cura y todos los demás estaban horripilados. En la dulce serranía circundante, cargada de olivares y pinos, resonaban tiros en todas direcciones. Explosiones sordas, gritos lejanos, y a veces el tartamudeo siniestro de las *metras*. Estábamos en la altura de Moncada-Reixach. Ya saben ustedes que allí...

—Treinta mil fusilados —dijo el monje...

—Dieciocho mil es la cifra exacta —corrigió el otro—. ¿Cuándo aprenderán ustedes los sacerdotes a no mentir? ¡18.000! No es poco de todos modos.

—¿Y? —dije yo.

—Bajó el energúmeno y se mezcló a un grupo andrajoso que pasaba cargado de bultos. Eran los *traperos*, los que iban a comprar el botín de los fusiladores, a disputarse como perros famélicos las ropas, los anillos, los relojes, los sombreros, hasta los calzoncillos y camisas. Enormes bultos de ropa al hombro, atados con cuerdas o en bolsas roñosas. Yo creo que sólo la presencia del inglés y mi papel cubierto de sellos y timbres, que el otro no sabía leer, nos salvó de ser fusilados. Había allí tres personas vestidas de *señores* ...

—En un caso así, los curas debemos vestirnos de pobres —dijo el monje—: es obvio, para no ser confundidos con los ricos...

Yo intervine truculento:

—Los curas son confundidos con los ricos, y en el caso, fusilados con los ricos, porque en la vida real visten como los ricos; quiero decir, aparecen siempre como de la clase y del partido de los ricos. La Iglesia debería reformarse, y que los curas fuesen pobres...

—¡Lo somos, santo cielo! —clamó el religioso.

—Entonces, parecerlo en todo. La Iglesia debería reformarse por lo menos en lo exterior.

—No puede reformarse en lo exterior si no se reforma en lo interior —sentenció el judío—. Pero ¿quieren ustedes reformar la Iglesia o escuchar mi odisea? Pueden elegir: las dos cosas son igualmente vanas. Pasar el tiempo.

—Veamos qué pasó —dije yo.

—No pasó nada más hasta cerca de San Vicente. ¿Conocen ustedes el lugar en que se juntan el Cardoner y el Llobregat? Hay un puente, unos cañaverales y los picos de Montserrat en el fondo como un manojo abrupto de dedos señalando al cielo —el monje sonrió—. Allí surgió de entre la *boira* ante nosotros una figura haciendo ademanes. El conductor no hizo caso. Entonces sonaron dos explosiones, y el ómnibus frenó, patinó, se inclinó a un lado y casi se va a la cuneta. ¡Puñetes, la goma! —vociferó el chofer—. ¡Me ha baleado la goma!

La figura se adelantó y empezó a discutir con el chofer a gritos y a blasfemia seca. El chofer mostraba sus papeles y la mujer —era una *miliciana*— una esplén-

dida pistola Parabellum, demasiado grande para una mujer. El chofer se resignó a cambiar su goma y la mujer subió por delante: parecía un monstruo. Llevaba un mono oscuro pringoso, botas altas, correajes, cartucheras y mochila. Nos miró a todos con prepotencia, y gritó: *"¡Abajo todos!"*. Había que obedecer. Se sentó en el mejor lugar, y empezó a sacar cosas de la cartuchera... buscando algo.

Al enfrentarse con ella el carnicero, un tipo zafio, fornido y retacón, con cara de caballo, sacudió los dedos con asombro y dijo reconociéndola:

"—¡Deu me guardi! ¿Es lae Pepetae? Així va posá...".

"—¡Chitón! —le dijo la amazona, guiñando el ojo, con acento andaluz—. *Soy el capitán Fernande, de la Segunda Móvil, aquí están los papele... ¡Capitana!"*.

El patán hizo la venia y bajó sonriendo.

Yo me quedé el último haciéndome el bobo. Cuando bajé, mi gente estaba formando un grupo lastimero, como ovejas que han visto al puma, amontonado en torno del inglés. También, el espectáculo que había alrededor... En el puente había tenido lugar una ejecución y estábamos rodeados de cadáveres desparramados, cuerpos desnudos, en las actitudes increíbles en que nos deja la muerte violenta, *eaglespread* que decía el inglés, abiertos como águilas, o acurrucados, o retorcidos o tumbados de cadera en cualquier forma. Uno estaba hecho un ovillo blanquecino, abrazando sus rodillas. Y lo que es más espantoso, ¡algunos se movían todavía, uno se arrastraba lastimosamente, dejando una franja de sangre!

—Tiro en el vientre —dijo el monje mallorquín—. Hacían así. Había un payés que llamaban *Perot lo lladre* que decía: *"Els tiro un tiro al ventre i veurás que's revolquen. Mentrestant faig un cigarret, l'encencí, després els remato..."*. Mató muchísimos. Después murió... *Perot lo lladre*, digo... ¡Lo mordió un perro rabioso! —añadió vengadoramente—. Le dieron el suero Pasteur y murió lo mismo, revolcándose por el suelo como sus víctimas; dicen que causaba horror —acabó el mónaco.

—Yo caminaba nerviosamente de parte a parte, desde el chofer agachado hasta la otra punta del puente

—prosiguió el judío—. Había visto algo terrible, peor que los cadáveres, un hombre acurrucado en el cañaveral, creyéndose escondido, inmóvil, con la muerte en el rostro, quizá herido. Y de repente tropecé en algo que me arrancó un grito y trajo a todos mis compañeros a mi lado, a mirar lo que había encontrado. La muerte y la sangre tienen para el hombre algo raro... tocan en la médula del espinazo, fascinan. El inglés llegó el postrero.

Había un cadáver en el extremo de mi paseo, la mitad sobre el camino, la mitad sobre la barranca. A su lado ardían sus ropas, con un inmundo olor a trapo quemado y húmedo. Sobre el montón había una sotana.

Tenía en efecto un tiro en el vientre; pero tenía también los dientes hundidos y la cara destrozada a culatazos; y —lo que me hizo gritar— tenía mutiladas las manos, cortados los dedos de cada una, los dos primeros. La sangre del vientre le había hecho una especie de horrendo taparrabos rojo.

Oí un gemido detrás de mí, en el racimo de caras lívidas que me rodeaban: Aurora se había desmayado, un hombre y una mujer la sostenían. Los demás continuamos inmóviles como hipnotizados. De repente el chofer nos gritó ferozmente: ¡al coche! La mujer soldado detrás de él gritaba peor todavía. Volvimos al ómnibus como autómatas; pero uno se quedó al lado del despojo: el hombre del puro apagado; de pie, rígido, solemne como una estatua, hizo en el aire un gesto con la mano.

"—*¡Dejarlo!*" —gritó el chofer, poniendo en marcha el motor y acelerando. Quizá con eso le salvó la vida al cura disfrazado; porque la mujer del arma se había vuelto; y lo miraba con furor.

Estaba sentada en el primer asiento de la izquierda, centro de la atención de todos. Hurgueteaba todavía su cartuchera. Extrajo de ella un pliegue pringoso, y algo cayó en ese momento al suelo, entre sus pies. Nadie se movió. La mujer tendió el papel a la señora que estaba a su lado para que lo leyera, y al movimiento renitente de ella, urgió la orden con una palabrota, inclinándose sobre ella. "*Oigusté, lo lee usté bien alto, yo no sé leé...*". La pobre señora tuvo que pregonar la credencial. Decía así: —dijo el judío sacando un papel de su carpeta—.

O mejor, léala usted, Delrey. Pongamos que yo soy la capitana y usted es la señora asustada. —Y se echó sobre mí de costado, forzándome el papel en la mano.

"En virtú y con la autoridá irrevocable y asoluta del pueblo en armas, por la presente credencial certificamo, yo, Eusebio López Rolón, en mi calidaz de Jefe de Frontera, República Federal de Cataluña, con todos los poderes pertenecientes que la camarada en cuestión, Sra. doña Josefa Baquero otiene el rango de Capitana Civil de la Segunda Móvil en todos los confines geográficos de esta «debarcación» con todos los poderes consecutivos del estado social de la sociedad convulsionada por la reacción carco-fascista hasta la «aclimatación» perfezta de la democracia del pueblo. José Eusebio López Rolón".

—Estilo democrático —dijo el fraile.

—Pero apenas acabó de leer, la señora con el niño se levantó horripilada y se agarró al barrote del centro del ómnibus. (¡Levántese, Delrey!). Tenía toda la manga izquierda del traje claro una mancha de sangre fresca. Y la Capitana (yo) se inclinó así... muy tranquila... y recogió del suelo y volvió a la cartuchera, después de observarla, la morcilla que se le había caído. Todos observábamos también hipnotizados. Era un dedo humano tumefacto y sangriento... Aurora se desmayó de nuevo. Pasé el resto del viaje con su cabeza reclinada sobre mi hombro y con el brazo izquierdo sosteniéndola de la cintura, para que no se fuese de boca al suelo.

Era fácil adivinar: los dedos pulgar e índice del cura masacrado los llevaba la miliciana como reliquia... o presea.

Yo sentía entonces un estado como febricente, raro e indefinible.

Tenía una especie de vivacidad feroz y febril, con la cabeza enteramente clara y presta a la acción. Era una especie de fiebre de comedia, si ustedes me entienden, no era ni miedo por mi vida, ni indignación por los horrores, ni decisión de paladín, sino gusto de farsa, una especie de exasperado gusto de burla y juego. Al

llegar a Manresa me arrestaron como *"llamado a quintas, frente del Ebro"* por orden del gobierno republicano; pero no sin que antes yo y el inglés dejásemos a Aurora refugiada en una casa de Manresa. No sé cómo demonios lo supieron: la pensión de Barcelona debió haber dado mi nombre y la "Capitana" debió haber entregado la lista al "Jefe de frontera". El caso es que tuve tiempo de salvar a la monja... y después me prendieron por desertor.

—¿Cómo hizo? —pregunté.

—En Manresa, en la Plaza Mayor, hay la Calle de los Judíos. Bajamos del ómnibus y llamamos a la primera casa de esa calle. Los judíos nos ayudamos unos a otros. Presenté a mi *hermana* Aurora y pedí la recibieran como sirvienta, porque yo tenía que alistarme en Barcelona. Al principio se asustaron y deliberaron largo rato; y al fin creo que el aspecto de Aurora los tranquilizó, dijeron que se quedase y le darían de comer, pero que trabajo no tenían: que se rebuscase ella. Así lo hizo sin duda. Yo no he vuelto a verla.

Me llevaron a Barcelona, esta vez preso, y el psiquiatra más hábil de Cataluña me declaró loco, con lo cual salvé la vida —dijo el judío bostezando—. Eso es todo.

—¿Y cómo fue eso? —insistí yo.

—Mañana se lo contaré —dijo él—. Es tarde.

Capítulo VII: *Éfeso, Smyrna, Pérgamo, Thyatira*

Día 10 de abril de 1947. El viejo estaba enfermo, creo que con uno de sus sólidos ataques periódicos de neurosis depresiva. En el cancel encontré a la "diplomática", una dama argentina de la cual no sé si he hablado. Tenía un cáncer en el estómago, al menos así lo creía ella; pero era muy piadosa con los enfermos. La primera vez que vio al hebreo, le hizo mala impresión; pero después se había ido entusiasmando y volviéndose visitante asidua. Le traía hoy un ramo de flores, que era como traerle un plato de cabello de ángel a un erizo: tres ramitas floridas, una blanca, una roja y otra amarilla. Le había prometido ocuparse del asunto de su liberación.

El condenado viejo escribía y recibía una cantidad de cartas; y algunas de ellas, que él llamaba *tóxicas*, con malas noticias, lo tiraban a la cama. Le escribían de Roma, de la Argentina, de España, de Norteamérica. Estos judíos se ayudan entre sí, y son fieles y tenaces en la amistad. Algunos le enviaban resúmenes de artículos o datos de enciclopedias que él no tenía: sostenía discusiones científicas por carta. De dónde sacaba el tiempo para todo esto, yo no sé; es decir, para no mentir, lo sacaba de la noche, el cuitado.

Acerca de eso, la señora me dio conversación en el camino.

—¿Cree usted que se puede enfermar de *una idea*? —dijo.

—¿De una idea?

—Sí. De pensar mucho en una cosa, una cosa que sea terrible.

—Ciertamente —le dije—. *Imágenes patógenas* las

llaman. De una pena se pueden morir algunos. Se han dado casos.

—¿No será eso lo de don Benjamín? ¿No verá él alguna cosa que nosotros no vemos, que el verla nada más lo quebranta? Los profetas cuando cuentan sus visiones dicen que vieron un ángel y cayeron al suelo como muertos: el profeta Daniel lo dice, para significar que lo sobrenatural hace fuerza a la naturaleza humana y la abruma. Los grandes místicos dicen lo mismo. Supóngase que este viejo está viendo siempre algo, verdadero o falso, pero vivísimamente...

—San Juan, en el APOKALYPSIS —dije yo, por no ser menos erudito—, dice que un ángel le dio un libro a comer, que en la boca le supo a miel, pero después le atosigó el estómago; y según don Benya ese libro es el mismo APOKALYPSIS, o sus últimas visiones, que es la parte esjatológica pura, el cual primero le produjo al vidente el gozo de conocer, pero después su contenido lo transió de compasión y horror... De modo que, si usted quiere, lo nombramos profeta no más al viejo —reí yo, acordándome de mi idiota primer artículo: *Un profeta en Roma.*

—Profeta o poeta, ese hombre *ve* algo —dijo ella.

Llegamos.

El viejo estaba postradísimo, con la cara cambiada, demacrada. Sin embargo nuestra visita lo reanimó; y su ingénita cortesía. Brillaban sus ojos con una luz de tímido agradecimiento; pero estaba nervioso, excitado y torpe, como un culpable. Se ofreció a hacernos té, que al final hizo la señora. Yo no quería forzarlo a continuar su explicación de anteayer, pero él empezó exabrupto:

—*Sottopostocché* —dijo— los avisos a las Siete Iglesias simbolizan siete edades del mundo cristiano, como yo lo creo, entonces hay que aceptar sin más la interpretación de Holzhauser acerca de las cinco primeras...

Sacó un papel, y dijo:

—Yo la he resumido. Quise traducir; pero el latín churrigueresco del bávaro me resulta insoportable.

Yo leí el papel en voz alta, a instancias de la señora. Ni el viejo mismo entendía su condenada letra. Esa sí que era churrigueresca. Me revienta la gente que tiene

mala letra. Es gente que cree que los demás se deben molestar.

—Las cinco primeras Iglesias de la Visión Primera representan cinco etapas de la historia de la Iglesia hasta nuestros tiempos.

Éfeso es la Iglesia Apostólica hasta la persecución de Nerón; Smyrna es la Iglesia de los Mártires hasta Constantino; Pérgamo es la Iglesia de los Doctores hasta Carlomagno; Thyatira es la Iglesia de la Cristiandad Europea hasta Carlos V; y desde allí la Iglesia de Sardes, que es la nuestra hasta... la aparición del Gran Rey y el Gran Papa...

("*Si es que aparecen*" —había apostillado el hebreo).

—¿Por qué no quiere usted que aparezcan?

—¡Por mí que aparezcan cuanto antes! —gimió él—. Sólo que no veo ni gota de dónde podrían salir hoy día...

—*Éfeso* —continué yo— significa según parece *ímpetu*: es la Iglesia gobernada entonces por San Timoteo, el hijo espiritual de San Pablo. Representa la impetuosa predicación apostólica. El Hombre que "*tiene en la diestra las siete estrellas y de su boca sale una ronfea bífida*", alaba "*sus obras y su trabajo y su paciencia y el que sepa desenmascarar a los falsos Apóstoles*", como a Simón el Mago. Pero nota que "*comienza a declinar de su caridad primera*"; ya no tienen los cristianos comunidad de bienes, y han sido nombrados los siete diáconos, ya han aparecido los nicolaítas, del diácono Nicolás, la primera herejía. El señor le anuncia que moverá su candelabro —quizá de Jerusalén a Roma— y le dice esta palabra significativa: "*Acuérdate de dónde has sido cortado...*", es decir, de la más pura y prístina cepa...

Smyrna —significa *mirra amarga*. El Señor la define por "*la pobreza y la tribulación*", pero le asegura que "*es rica*"; y que es perseguida por los judíos. Y que será más perseguida aún, por el diablo, que mandará a algunos a la cárcel a ser probados. "*Algunos*" dice la VULGATA; pero el texto griego tiene solamente el genitivo ἐξ ὑμῶν que dice no serán todos, pero sin precisar si serán poco o muchos. "*Y tendréis tribulación por diez días...*". Si hubiesen de entenderse diez días literales, la tribulación sería ridículamente insignificante: son las diez persecucio-

nes, pero connotando que después de todo serán breves. Por lo demás, esa cárcel no será mera cárcel: *"sé fiel hasta la muerte* –dice el Verbo de Dios– *y te daré corona de Vida"*. Los romanos no tenían cárceles como nosotros; la cárcel era la antesala del patíbulo, de los azotes, del confinamiento: *"fiel hasta la muerte"*.

Pérgamo –El pequeño reino conocido por la producción del *pergamino*, los escritos, los libros: la Iglesia de los Doctores. El Señor expresa cómo esta Iglesia *"no niega la fe y conserva su nombre"*; pero está asentada en medio del pulular de las herejías *"donde Satanás tiene su silla"*. Las innumerables herejías del siglo IV están expresadas por *"los nicolaítas"* y por la alusión al apóstata profeta Balaam, que indujo al rey Balac a mandar mujeres gentiles a los hijos de Israel, para que, corrompidas sus costumbres, idolatraran; símbolo de los muchos sacerdotes que entonces hereticaron, apoyándose en los reyes; como por ejemplo insigne, Arrio.

Thyatira –Significa *flaqueza vuelta fuerza*. Gran alabanza de esta Iglesia, que evangeliza a Europa: *"Conozco tus obras, tu fe, tu caridad, tus limosnas y tu paciencia, y tus obras nuevas más grandes que las primeras..."*.

Realmente la Iglesia desde Carlomagno se engrandece y sus obras se magnifican. Los santos, los doctores, los misioneros, los reyes cristianos y la caballería fundan la Cristiandad Europea, detienen al Islam, crean las modernas naciones católicas, fijan la doctrina y el culto y al fin difunden la Fe en el Nuevo Mundo y la hacen arribar al Asia y el África. En este tiempo se escribe la SUMA TEOLÓGICA y la DIVINA COMEDIA, surgen las grandes universidades y *Cristiandad* se confunde con *Civilización*; de donde sacaron los paisanos argentinos la costumbre de llamar *cristianos* a los hombres para distinguirlos de los animales. Todo *racional* era entonces cristiano.

Pero la Iglesia medieval tiene su veneno; y él es principalmente el cesaropapismo de los reyes, que se hacían pontífices o profetas; y el poder feudal de los eclesiásticos, que originó muchas veces lascivias, mundanismo, prepotencias, perjurios y simonías. Ésa es "*tu*

mujer Jezabel, que se dice profetiza y enseña la fornicación y la complicidad en la idolatría" del poder político endiosado. Esa fue la llaga que realmente deshizo la Cristiandad, preparando primero y nutriendo luego la gran rebelión religiosa del protestantismo, precedida de muchas otras rebeliones parciales preparatorias, como la virulentísima de los albigenses; —y eso quizá quiere decir esa palabra oscura: "*Que los que no aprendan con eso* [con los castigos que yo mandaré] *y no conozcan lo que se puede llamar honduras de Satanás no les mandaré otro peso*": es decir, las naciones que no se reformen, se hundirán en la herejía definitivamente con el mismo peso de la corrupción interior de sus Iglesias; "*porque les di tiempo a hacer penitencia y no quieren arrepentirse de su fornicación*". Tiempo no les faltó; este período es el más largo de todos, casi 1.000 años.

Los castigos con que amenaza Cristo a esa Jezabel son "*mandaría enferma*", y una "*tribulación máxima para sus amadores, y matar a sus hijos*". En la Baja Edad Media se empezó a dar muerte a los herejes, nace la Inquisición, empezando por la terrible matanza de albigenses de la batalla de Muret; y hubo en el siglo XIV una crisis europea horrorosa, caracterizada por la peste de la *muerte negra* que diezmó cerca de un tercio de Europa, acompañada de toda clase de desórdenes, guerras feudales, bandidaje, y luchas eclesiásticas, las cuales culminaron en el llamado Cisma de Occidente. Tan grande fue esta tribulación que se creyó en la inminencia del fin del mundo; y el brillante orador, teólogo, político y taumaturgo valenciano San Vicente Ferrer lo anunció públicamente de parte de Dios...

—He oído decir —dijo la señora— que San Vicente Ferrer hizo un milagro, resucitó un muerto, expresamente para confirmar la verdad de su anuncio parusíaco. Y el fin del mundo no vino, el santo se equivocó. Y sin embargo, hizo un milagro para atestarlo...

—El anuncio es indudable y el milagro está atestiguado en los procesos de canonización —dijo el judío pensativo—. Tanto es así, que sus contemporáneos lo llamaron "*el Ángel del* Apokalypsis", aplicándole el pasaje del Capítulo XIV que dice:

"Y vi otro Ángel volando en medio del cielo
que tenía el Evangelio Eterno
para evangelizar a los moradores de la tierra—
toda gente, tribu, lengua y pueblo—
gritando: temed a Dios y dadle honor
porque viene la hora del juicio
y adorad al que hizo cielos y tierra
y el mar y la fuente de las aguas".

—De hecho, San Vicente clamó en el medio de la Cristiandad, *"el medio del Cielo"*, España, Francia y Roma; y además, recorrió toda Europa predicando, creo que llegó a Irlanda —observé—: *"toda gente, tribu, lengua y pueblo..."*.

—Y se equivocó —insistió la dama.

—No se pudo equivocar si Dios lo confirmó con milagros —dijo el rabino—. Fue una profecía *conminatoria*, como la del profeta Jonás. *"Dios nos profetiza los males futuros a fin de que a su vista recogitemos y los evitemos, haciendo penitencia"*, dice San Juan Crisóstomo. San Vicente vino a decir por tanto: *"El fin del mundo está próximo y esta tribulación máxima es la última, si el mundo no hace penitencia"*. Pero el mundo hizo penitencia; una parte de él al menos, movido por esa misma predicación y milagros, y por la pléyade de grandes santos que le siguieron. Y aun eso quizá está indicado en nuestro texto. ¿Qué se dice al final a Thyatira?

Yo leí:

"Sin embargo lo que tenéis
guardadlo hasta que yo venga
y al que venciere y guardare mis obras
hasta el fin
le daré potestad sobre los gentiles...
y los regirán con vara de hierro
y los quebrarán como vaso de barro...".

Es posible que esto se refiera al descubrimiento y conquista de un nuevo mundo de gentiles que convertir, hecho por España, Portugal y Francia; las naciones que se mantuvieron en la Fe y vencieron la doble crisis del

XIV y el XVI; las cuales en el fondo no son más que una misma, interrumpida por esa tregua y ese *equilibrio inestable* que fue el llamado Renacimiento... sin olvidar la gran derrota y quebrantamiento de los turcos en Lepanto. *"Los quebrarán como vasos de barro"*.

Si es así, esa palabra *"guardad lo que tenéis hasta que yo venga"* significa que la Parusía fue postergada pero no por mucho tiempo; y que la consigna de la Iglesia desde aquel momento es *conservar*, no crear nada nuevo. Y de hecho la Iglesia desde entonces así procede: *"Instaurare omnia in Cristo"*. Mira hacia atrás y aspira a una restauración. No crea nada nuevo.

—¿De modo que no habrá una Nueva Edad Media? —dije.

—Si no me equivoco yo, se equivoca Berdiaeff —sonrió el judío—. No habrá una nueva Edad Media, como espera Berdiaeff; no habrá una Nueva Cristiandad, como profetiza Maritain; no habrá una nueva estructuración de la Fe, como soñaba Tyrrel... acomodada a la nueva era, con nuevos ritos, cultos, ceremonias, cánones, costumbres y organización, como esperan soñadoramente muchos modernos. Desde aquí adelante la Iglesia se purifica... y se corrompe, pero no se rehace... La última lucha está planteada desde el Ángel del Evangelio Eterno; la cama del Anticristo está hecha:

"El que daña que dañe más
el sucio que se ensucie más
el justo que se purifique más
y el santo que se santifique más todavía".

De modo que San Vicente habría dicho verdad aun en sentido absoluto, en cierto modo. Su anuncio de que *"el fin estaba cerca"* era verdad relativa mirando a sus contemporáneos, verdad absoluta respecto al conjunto del universo y de la historia: falta poco. A la manera de aquella palabra bivalente de Cristo en su *Apokalypsis Sinóptico*: *"En verdad os digo que no pasará esta generación sin que se cumplan estas cosas..."*. Eso es al menos lo que podemos pensar nosotros —dijo Benya—. Los teólogos que resuelvan.

—Y llegamos a nuestros tiempos —dije yo.

—O al menos al tiempo de la Contrarreforma, que llama Holzhauser *"la era del Protestantismo"*...

Sardes —leí en el manuscrito— es el tiempo del Renacimiento, de la Reforma y de la disgregación de la Cristiandad; del estilo barroco y de la ciencia moderna; de la basílica de San Pedro, el Escorial y el Louvre; de Suárez y Descartes...

—Pero también —dije yo—, de San Ignacio de Loyola, de San Juan de la Cruz, de Cervantes y Lope...

"—*Tienes unos pocos nombres en Sardes*... —contestó el judío—, *que no ensuciaron sus vestidos*".

—Y de los siglos de oro en España, en Inglaterra, en Francia; y de la conquista y evangelización de América...

—Obras grandiosas y pomposas, pero ya picadas: obras no *llenas*. Miren a Shakespeare y a Donne en Inglaterra, dos católicos que de miedo reniegan al menos en apariencia. Las mejores de entre ellas quedaron inconclusas: la evangelización de América, dice usted... Quedó a medio hacer: la mitad por lo menos de los indígenas fue exterminada... En el Norte, todos.

—La Compañía de Jesús...

—Fue suprimida al final de esta época.

—El mundo moderno...

—Nació bajo un signo de enfermedad de muerte. El mundo creyó salir de una muerte y era una fiebre su fastuoso "renacimiento". Tenía una herida mortal. Le fue dada la consigna de confirmar, robustecer las cosas que, de todas maneras, eran *morideras*. La obra de los jesuitas fue tratar de conservar todo lo que podía ser conservado, robustecer lo enfermo, navegar dando bordadas. Ninguna definición nueva en el Concilio de Trento, la sistematización de la antigua doctrina. La Iglesia se centraliza fuertemente, como un ejército a la defensiva que se repliega sobre sí: surge la institución de los *nuncios* y se suprime la de los *patriarcas*... La Iglesia que hasta entonces era *federal* se vuelve *unitaria*.

—Hasta que comience la ofensiva; hasta que venga el Gran Rey y el Papa Angélico... —dijo la dama.

—Así dicen en las reuniones de la Acción Católica...

La ofensiva... la conquista del mundo para Cristo por una juventud pura y ardiente, en bicicleta y camiseta de sport... —dijo el judío, con lo que en él era una sonrisa.

—Entonces ¿usted no cree en la gran restauración católica?

—No soy profeta —eludió el judío.

—Vamos, déjese de historias —dije yo—. Resuélvase y defínase, si es hombre. O una cosa u otra, o sí o no, o al vado o la puente, *o tempora o mores* —como dice un amigo mío. ¿Se acabó la época de Sardes, o estamos ahora en ella, esperando que venga con Filadelfia el triunfo de la Iglesia y la restauración de la Cristiandad? Diga lo que usted cree.

—¡Se acabó! —dijo el judío con los ojos brillantes—. La Contrarreforma terminó en la Revolución Francesa. La Revolución fue un acontecimiento capital, una *tuba*, que cambió la faz de la historia; no se engañan en esto sus admiradores. ¿No la ponen en los manuales de historia como una nueva era, la "hégira" de los nuevos tiempos, la "Historia Contemporánea" que llaman? Con la Revolución acabó formalmente en el mundo el Imperio Romano, que la tradición patrística pone como el misterioso *Katejón* de San Pablo, el *Obstáculo* del Anticristo.

—Pero el Imperio Romano ¿no acabó hace 15 siglos, derrumbado por los bárbaros del Norte?

—Eso dicen los manuales de historia, tomándolo del tedioso y mediocre Gibbons —replicó el viejo—. El Imperio Romano, prolongado por la acción de la Iglesia, bautizado en Constantino, restaurado en Carlo Magno, triunfante en Carlos Quinto, fue decapitado en 1806 por el sable de un soldado victorioso que encarnaba los principios de la Revolución Francesa. El papa estaba presente, que había ido a París para coronarlo emperador de los franceses, sancionando así la disolución ya definitiva de la Cristiandad; pero el papa no lo coronó. Se levantó el joven primer cónsul vivamente, tomó la corona y se autocoronó diciendo, según cuentan: *"Dios me la dio, ay del que me la toque"*. Después coronó él con sus manos a Josefina Beauharnais. Se la había dado él mismo y se la *tocó* Inglaterra. Poco después Napoleón des-

hizo la Confederación del Rin. Francisco II de Austria fue el último Emperador de los Romanos. Históricamente hablando, a principios del siglo pasado finó el Imperio Romano.

—Según usted estamos pues en la Iglesia de Filadelfia, que significa *Amor de hermanos*. ¿Dónde está el amor de hermanos?

—Aquí —dijo él— en estas flores: en la caridad de ustedes en visitar a un mísero judío y en esta conversación que tenemos. En la amistad verdadera que todavía se conserva en la Iglesia y que irá aumentando a medida que aprieten los tiempos... Y en lo que quizá debe venir.

—¿Y dónde está la conversión de los judíos?

—En mí, por ahora —dijo el judío riendo—, y en lo que promete la reunión de mi pueblo en Palestina. ¿No les asombra a ustedes ese hecho? Está escrito que los judíos estarían dispersos *hasta que llegue el tiempo de las naciones*: he aquí que comienzan a rejuntarse. Hace 50 años mi maestro Billot, el primer teólogo del siglo, apuntó ese hecho como algo trascendental, llamó la atención sobre el nacimiento del *sionismo*. Era un suceso insignificante. ¿Quién podría prever sus rápidos resultados? He aquí que se lucha ahora en Jerusalén, que los israelitas han recobrado el ardor cívico y las virtudes guerreras, de que el mundo los creía incapaces. Una lengua muerta ha sido resucitada, hecho único en el mundo:? en la Universidad de Jerusalén se habla en la lengua sacra de la BIBLIA. El judío errante ha asentado su pie; y los nómadas, los dispersos, los fugitivos están a punto de suscitar conflictos internacionales y son el rompecabezas de la ONU.

—Usted cree a los diarios —le dije.

—La conversión de los judíos puede verificarse entre la angustia de la Iglesia y del mundo, no es necesario ese gran triunfo externo y político que suponen Billot y Holzhauser —siguió el viejo con ardor—. San Pablo dijo que será como una resurrección de los muertos; pero no es necesario que sea grandiosa y pomposa, no son así las obras de Dios; puede que sea una resurrección de la pureza cristiana, de la fe, del martirio y de la caridad verdadera, de la caridad de obras y de verdad, no de

lengua y de palabras... que es el *Amor de hermanos*.

—¿Y la puerta abierta que nadie podrá cerrar? ¿Qué es eso?

—No lo sé. Quizá ha de venir todavía. ¿No será la Virgen María Nuestra Señora, *"quella fanciulla ebrea"* de Manzoni, que Pío IX proclamó exenta del pecado original, excepcionada, angélica sobrehumana? *"Puerta del Cielo"* la llama la Iglesia; y en el Apokalypsis está su cifra; y está descrita allí como símbolo de la Israel Nueva, no se engañen, la Mujer Celeste del Capítulo XII es Israel resucitado, y también la Virgen María como su hija primera y madre virginal nuevamente. Cuando la definición de la Inmaculada, los protestantes acusaron al papado de "papolatría" y de "mariolatría", de adoración de un pastor y adoración de una mujer, o, simplemente de *la mujer*. Si la Iglesia contesta definiendo su Asunción a los Cielos y su Mediación Universal, la habrá proclamado exactamente Puerta del Cielo, *Janua Coeli*; puerta que nadie puede cerrar, trono de la maravillosa misericordia, y Reina de las Misiones, la única obra interesante de la Iglesia hoy día. En las misiones la Iglesia progresa; en todo lo demás, la Iglesia actual solamente se *defiende*.

Sentada sobre un escabel descascarado y dorado, la señora Prisca aplaudía al judío con su cabeza y sus dos manos apretadas sobre el pecho.

—Yo —dijo la señora— amo las misiones; y ninguna otra cosa en la Iglesia de hoy me entusiasma. Los "centenarios" me repelen, los "Congresos de Acción Católica" me aburren, las alocuciones papales no me dicen nada, una canonización solemne que vi aquí en Roma me pareció una fiesta demodada, una fiesta de otros tiempos, una fiesta inútil, para uso solamente de los romanos, de los turistas y de los estetas. Pero las misiones... ¿Saben ustedes que yo entré a los 18 años en una orden misionera, las Hermanas del Negro, fundada por la condesa Ledochowska, y que tuve que salir por falta de salud? ¿No será ésa *"la puerta abierta que nadie puede cerrar"*, que dice el Apokalypsis, el trabajo de las misiones, donde tantos hombres y mujeres se inmolan y tantos mártires modestos mueren en silencio?

—Puede ser muy bien —dijo el judío—. De hecho,

en el lenguaje de San Pablo eso justamente significa la expresión *"una puerta abierta". "Se ha abierto una buena puerta en Macedonia..."*. Abrirse una puerta significa para el Apóstol presentarse una buena ocasión para convertir gentiles. Y el último título de las letanías de Nuestra Señora es éste: *Reina de las Misiones...*

—¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Virgen María, concebida sin mancha de pecado original! —dijo la dama en voz baja y con los ojos en alto, recordando una antigua oración argentina.

El judío se incorporó. Su enfermedad había desaparecido. Tomó un papel del cajón de kerosén que le servía de mesita y leyó:

"Acordaos, oh Reina sin pecado,
que en el mundo jamás se oyó decir
que ninguno después de requerir
vuestro socorro, fuera abandonado.

Desta confianza tímida animado
también yo traigo al trono de zafir
triste pasado, incierto porvenir
huérfano corazón ensangrentado.

Virgen Madre de Vírgenes y mía,
no deshechéis mis súplicas, clemente
pía y dulce María,

antes bien inclinando amablemente
materno oído a la boca bravía,
romped de un golpe fabulosamente
las cadenas de mi melancolía...".

Cuando volvíamos, la señora del diplomático iba alegre, radiante. ¿Que no será judía esta señora? No parece. Está ajada, envejecida; pero tiene una especie de hermosura delicada, extrañamente virginal; o digamos mejor, *gracia*, porque hermosura propiamente no lo es. Yo volvía triste.

Mi casita en San Fernando con sus siete pipas y el aparejo de pesca, se me perdía de vista. La edición com-

pleta de todos mis artículos, ensayos, cuentos y crónicas por Amorrortu Hermanos me parecía una niñada.

Mi vida me parecía huera y vacía.

Este judiazo es terrible.

Capítulo VIII: *Las Siete Tubas*

Hoy vino con nosotros el teólogo Mungué, que no estuvo ayer. Yo le pasé el papel de las Cuatro Iglesias, y los diálogos interruptorios, que anoté anoche. El teólogo venía armado de libros. Yo previ que nos iba a estropear la entrevista. Se había hecho amigo de donna Prisca y comía en su casa los domingos.

El judío estaba mejor, se había levantado; pero muy postrado. Creo que este hombre no dormía casi nada.

—Explicadas las Siete Fialas y las Siete Iglesias —dijo— los otros dos Septenarios son fáciles.

Yo le recordé que no había explicado nada las Siete Plagas, sino sólo la primera... que usted dice que es la... ¡puah!

—Bien. Los Siete Sellos también los expliqué... no sé cuándo...

Yo miré mis papeles.

—Solamente los cuatro primeros —musité.

—Los Siete Sellos, lo mismo que las Siete Tubas, retoman otra vez todos los sucesos del mundo: *siete* significa universalidad en la Escritura; pero esta vez con referencia directa al fin del mundo. Los sellos manifiestan los sucesos en su esquema secreto, son una sinopsis; las Tubas, en sus causas manifiestas: y todos en escorzo violento hacia la Parusía.

El primer Sello, el Caballo Blanco, comprende las Cuatro Primeras Iglesias, la Monarquía Cristiana; el segundo, la Quinta Iglesia, Sardes, el Protestantismo y el despertar de las guerras mundiales; el Tercero, la Sexta Iglesia, Filadelfia, la Revolución; los otros cuatro el período parusíaco. Sólo que la Parusía está indicada ya

en el Sexto; mas el Séptimo Sello, después de un silencio de media hora —la expectación de la humanidad—, procede a desenvolver los pormenores del fin del mundo; o por mejor decir, del fin del *siglo*.

—Y hay una visión intermedia —dijo la dama— que usted llama la *Signación de los Escogidos*, la Visión Cuarta, Capítulo Séptimo.

El judío se inclinó profundamente y dijo con gozo: *"Me ha salido una discípula"*. La señora enrojeció levemente.

—El autor de este drama divino se mueve continuamente del cielo a la tierra y otra vez al cielo, hasta que la tierra y el cielo quedan unidos y como compenetrados, *"nuevos cielos y nueva tierra"*, la Jerusalén Celeste. Éste es el drama del temor y la esperanza. El Profeta está transido de horror ante la persecución imperial, que parece va a barrer a la Iglesia; pero su corazón está transido de certidumbre del triunfo del Cristo y su Segunda Venida. Él no sabe cuándo será pero sabe que *pronto*: siete veces repite en su libro la afirmación del título, *"las cosas que deben venir pronto"*. Así que después de la descripción espeluznante del Sexto Sello que cierra el Capítulo VI, se sube al Cielo e intercala una visión de confianza, en que ve a todos los escogidos, primero a los de Israel y después los incontables gentiles, resguardados de todo mal, vestidos de vestes blancas, junto al árbol de la vida, cantando la gloria de Dios y enjugadas para siempre por Dios mismo todas sus lágrimas. Es una glosa de la promesa que intercala Cristo en su propio APOKALYPSIS: *"No temáis; no perecerá uno solo de vuestros cabellos"*.

Y al romperse el Séptimo Sello, que representa la nueva efusión de conocimiento profético que dará Dios hacia el fin del mundo, salen y suenan las Siete Trompetas. Trompeta significa *pregón*, proclamación.

Éstas representan el curso de las cosas temporales y las mutaciones de la historia humana, que llamamos *eras*, o *períodos*. Son los grandes *cambios de frente* de la humanidad. Cada uno de ellos es ocasionado por una gran herejía.

Con toques de trompeta se hace evolucionar un ejér-

cito; con toques de trompeta se gobernó el pueblo de Israel en su marcha por el Desierto a la Tierra Prometida; siete veces sonaron las Tubas en torno a Jericó y se derrumbó en sus muros y fue arrasada y entraron los israelitas a la Promesa, a la tierra que mana miel y leche.

La tierra existe por causa de los justos. La verdadera historia es la historia de la Iglesia; o por mejor decir, la escondida y secreta historia del Israel de Dios, sólo asequible a la luz de la profecía.

Las mutaciones grandes de la historia humana vienen por causa de las herejías; porque son las ideas las que gobiernan los sucesos; y las ideas más hondas, o la raíz de todas nuestras ideas, son las afirmaciones religiosas, las *creencias*. Las herejías cambian las creencias.

La Iglesia de suyo es inmutable como la verdad; son las herejías, las mordeduras de Satanás, las corrupciones de su talón las que la hacen cambiar de sitio, "*trasladar de lugar el candelabro*".

Toda la historia del mundo se desenvuelve en función de Cristo; y después de su Primera Venida en función del Cuerpo Místico de Cristo y de su Segunda Venida; en orden a la Prometida y las Bodas. "*Y el Espíritu y la prometida dicen: Ven*".

Así pues las Siete Trompetas de la Visión son siete grandes hitos heréticos de la historia de la Iglesia, siete anticristos, en el sentido en que habla Juan en su carta, precursores y analogados del Último, al cual preparan sin saberlo cumulativamente. "*El que está sucio que se ensucie más*". Las herejías van creciendo en fuerza y malignidad, aproximando al Hombre de Pecado.

Antes que los Siete Truenos de sus voces, viene otro ángel con un turíbulo lleno de incienso, que son las oraciones de los santos; y tomando brasas del altar, después de henchir el recinto divino de humo amoroso las arroja sobre la tierra; donde resurten truenos, voces, relámpagos y un gran terremoto: figura de las grandes conmociones de la historia y sus estrépitos: que son a la vez castigos y providencias.

La Primera Tuba representa el arrianismo, y las invasiones de los bárbaros; la Segunda Tuba representa el Islam y la devastación del Mediterráneo; la Tercera re-

presenta el Cisma Griego, y la Estrella Magna Ardiente es Focio; la cuarta es el Protestantismo.

Aquí se produce una interrupción, que se puede notar también en los otros tres Septenarios antes de los tres últimos miembros: un águila vuela por el medio del cielo y amenaza: *"Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra por los sones de los tres Ángeles que quedan por sonar la trompeta..."*. Es el aviso de que viene la Kali-yuga, la caída, lo propiamente parusíaco. Precipitación; períodos más cortos; ruptura entre las generaciones.

La Quinta Tuba es la Revolución Francesa, el Enciclopedismo y la bandera de sofistas que la siguió, las Langostas, Escorpiones, Centauros del Averno: los Destructores. El otro día les expliqué esta Trompeta.

"Pasó un ¡ay! Vienen dos ayes en pos".

La Tuba Sexta y segundo ¡ay! es la Guerra de los Continentes, la guerra instalada en el mundo *como institución permanente de la humanidad*. Es la *guerra moderna* con sus maravillas nefastas de máquinas de guerra, artillería y gases, la guerra en la cual entra el Oriente, mantenido hasta ahora más allá de una barrera; la guerra **Universal**.

"Y los demás hombres, que no fueron muertos por estas plagas, no dejaron de adorar a los demonios, ni a sus simulacros de oro, de plata, de bronce, de piedra y de leño, que no pueden ver ni oír, ni caminar...".

—¿Quién adora hoy a los demonios y a las estatuas? —preguntó despectivo el teólogo.

—Todos... usted mismo —dijo el judío—. Yo mismo los he adorado. El pecado máximo del mundo de hoy es la idolatría, el pecado contra el segundo mandamiento: *No adorarás la obra de tus manos*, que acarreará después el horrendo pecado contra el primer mandamiento, el odio formal a Dios: el pecado del Anticristo.

—Nadie adora estatuas —cabezudeó Mungué— ni siquiera en la China... No diga sandeces. Nadie adora fetiches.

—Pero adoran la obra de sus manos. ¿Qué importa que no adoren a Júpiter, a Apolo, a Moloc o a Mumbo-Jumbo? Adoran todos, lo mismo que antaño los paganos cultos, el Progreso, la Ciencia, el Arte, el Poder, el Esta-

do, la Raza, la Democracia y la Torre de Babel... ¿Qué importa que no adoren la Venus de Medici? Pero adoran también la Venus de Medici; y le ofrecen sacrificios humanos.

"Y no hicieron penitencia de sus homicidios, ni de sus brujerías, ni de su fornicación, ni de sus latrocinios".

—El Séptimo Ángel y el último ¡Ay!, es la Parusía. El Profeta lo indica indubitablemente. Suspende el sonar de la Trompeta otra vez con tres Visiones: la del Libro Abierto Devorado, que significa otra vez la develación de los Signos de los últimos tiempos; la Medición del Templo, que significa la separación, en la Iglesia, del Altar y los verdaderos fieles por un lado; y del Atrio, que será entregado a los gentiles para que lo pisoteen, y las masas de cristianos tibios que apostatarán por el otro; y por último la Visión de los Dos Testigos, que significa la predicación de la preparación próxima del Advenimiento, y el inicio de la Persecución.

Pero entretanto el Ángel ha jurado por el que vive en los siglos eternos, levantando su mano al cielo sobre la tierra y sobre el mar, por Aquel que creó el cielo y lo que hay en él; la tierra y lo que hay en ella; y el mar y lo que hay allí —ha jurado lo siguiente: *"El tiempo se acabó".*

Después suena su Tuba el Ángel Séptimo; y sigue la descripción de la Parusía vista desde el cielo...

—Terrible amenaza —dije yo—. *No hay más tiempo.*

—Oh, que venga pronto —exclamó donna Prisca.

—Pamplinas y fantasías —irrumpió el teólogo.

Hacía rato que se estaba saliendo de la vaina, que yo lo veía que estaba queriendo meter el pico... o la pata.

El judío lo miró con severidad:

—¿Dónde están las pamplinas?

—En sus interpretaciones, que son fantasías. En su sistema. Usted no sigue sistema alguno, toma de todos los sistemas lo que le parece. Su único sistema es aproximar el fin del mundo a nuestros tiempos. Eso han hecho todos los visionarios que se han metido temerariamente en el Apokalypsis; y todos han acabado mal, han acabado condenados por la Iglesia. Usted, como es pesimista, como ha sufrido mucho, quiere hacer sufrir a los otros.

Quiere irse del mundo a toda orquesta, acompañado de todos nosotros. Ésa es la clave de su sistema. Hace poesía lírica. Interpreta como quiere y *¡no prueba nada!*

El rostro del viejo se contrajo en un rictus amargo.

El estudiante se la había guardado al judío, no le perdonaba aquello de que: *"A ustedes no les enseñan más que apologética. En los seminarios hoy día no se enseña a saber sino a disputar —y en algunos ni eso"*, que le había espetado el judío en la primera entrevista, cuando disputaron sobre Unamuno. Pero esta vez la boca agria del rabino, presta a la contumelia, se dominó:

—¿Qué quiere que pruebe?

—Deje, don Benya, siga —suplicó la dama.

—Las Siete Iglesias, para empezar... —dijo el otro al mismo tiempo.

El viejo abrió pacientemente su libro.

—¿Ha notado usted que los siete avisos son simétricos, como si fueran estrofas de un poema?

—*Son* estrofas —dijo él— aunque no de un poema. Estilo oral rítmico y mnemotécnico... El padre Jousse...

—¿Ha notado la expresión con que cierra cada estrofa? ¿No reconoce esta expresión: *"el que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias?"*.

—Claro que la reconozco. La usó Nuestro Señor varias veces: *"El que tenga oídos para oír, que oiga"*.

—¿Qué significa?

—Pues poner mucha atención a lo dicho.

—Significa un *misterio* —dijo el judío— en el modo de hablar arameo: algo difícil, algo que no todos alcanzan; significa que hay que buscar detrás del sentido obvio un sentido profundo y oculto, no pararse en la faz de las frases. Primera prueba del sentido simbólico y trascendental de la Visión Primera. Si fuesen simples avisos eventuales de un pastor de pequeñas Iglesias regionales, esa fórmula solemne está fuera de lugar y es absurda. *Misterio*, ninguno allí.

Segunda prueba: la Iglesia de Thyatira ni siquiera estaba fundada cuando Juan escribía. Tercera prueba: el obispo Antipas nadie sabe quién es, y mucho menos esa *"tu mujer Jezabel"* que se hace profetisa, enseña a

fornicar y se prostituye a todos. Cuarta prueba: el texto de San Agustín que usted conoce: *"este libro abarca todos los tiempos de la Iglesia"*. Quinta prueba: aquí tengo a Santo Tomás de Aquino...

—¡Santo Tomás! ¡La interpretación simbólica de las Iglesias es enteramente moderna! ¡Qué Santo Tomás ni ocho cuartos!

—El comentario del APOKALYPSIS atribuido a Santo Tomás, que no es de él, pero es de su tiempo —prosiguió el viejo lentamente—, compara a las Siete Iglesias con los Siete Sacramentos y luego dice, más o menos...

Rebuscó en la mesita-cajón-de-kerosén y leyó:

"Conviene de cada uno de los documentos sacar el carácter que corresponde a cada uno de los estados de la Iglesia. La predicación de la Fe a gente que no la habían recibido, o recibida la habían abdicado, es el carácter del primero. Las persecuciones, trabajos y tentaciones del diablo forman el del segundo. Las herejías, errores y malos ejemplos, el del tercero. La potestad temporal y el uso de ella, el del cuarto. La muerte de los justos, y el descuido y el escándalo de los superiores, el del quinto. Las nuevas conversiones, particularmente de judíos, el del sexto. La tibieza universal, indiferencia y apostasía el del séptimo...". Hasta aquí el pseudo-Tomás, sin duda un discípulo del de Aquino.

Y la sexta prueba es la unidad del libro, ya lo dije al principio, si no me engaño: este libro de la *Revelación*, el cual resultaría un perfecto bastardo si viniese del *cruce* de una pastoral con una profecía esjatológica. Y la séptima prueba es que en las dos últimas Iglesias se amenaza claramente con el fin del mundo; luego no son *solamente* dos Iglesias del siglo primero...

El seminarista estaba apabullado pero no convicto.

—Déme las pruebas por escrito, las estudiaré, y el domingo se las refutaré...

—¡Qué cosa más penosa es no poder decir a un hombre ridículo que es ridículo! —me dijo bajito la dama—. ¡Siempre "refutar"!

Yo solté el trapo a reír. El teólogo se volvió furioso.

—Yo no deseo discutir ni refutar... ni menos ser refutado —atajó el viejo—. Yo deseo entender, interpretar...

Cuando me pronuncio por una sentencia, nunca es sin alguna prueba, o digamos *razón* mejor. Pero si me pusiera a darlas, me volvería un catedrático y un sabio, como el amigo aquí —dijo sonriendo imperceptiblemente en su barba—. Yo no estudio para profesor de seminario.

—Déme las pruebas de las Tubas —dijo éste, que había estado anotando en la tapa del libro.

—No, ahora que me ha hecho volver a las Iglesias, vamos a ver una cosa curiosa de ese estribillo que dijimos: *"El que tenga oídos, que oiga"*. ¿Se ha fijado dónde está colocado?

—Al final —dijo Mungué abriendo con ostentación su Nestle griego, interfoliado con hojas en blanco.

—En las tres primeras Iglesias, al final pero antes del *premio*. En las otras cuatro, después del *premio*. ¿Ha visto que en cada una de las iglesias promete un *premio* a los de ella que *vencieren*?

—Por supuesto —dijo el otro—. Eso es obvio:

"El que tiene oído que oiga
lo que dice el Espíritu a las Iglesias:
Al que venciere daré a comer del árbol de Vida
del Paraíso del Dios mío...".

Esto es de Efeso. ¿Y qué hay con eso?

—Hay esto: que como el premio se promete no a toda la Iglesia —donde hay mezcla de cizaña y de herejía— sino a los que venzan o perseveren, resulta que se promete en realidad a la Iglesia siguiente, a los que han de formar la nueva Iglesia... y no a los de la Iglesia ya deficiente y caduca.

—Bien. ¿Y...?

—Y entonces resulta que a las cuatro primeras Iglesias se les promete el premio después de decirles que *oigan*, es decir, que escudriñen; y lo que se les promete, si usted se fija, son premios eternos; y a las tres últimas se les dice primero que oigan, y se les promete después premios que son temporales.

—Muy sutil. Eso es Kábala, me parece. ¿Y que significaría eso?

—No lo sé de cierto. Lo que me importa es hacer

notar la división de 4 más 3 que existe en todos los Septenarios. Ahora bien, el número 4 significa en la Escritura algo firme y sólido, *tetrágono* como dicen los italianos. De donde yo deduzco que las cuatro primeras épocas significan el *apogeo* de la Iglesia, el período de crecimiento hasta el apogeo; y las otras tres de decadencia, el decaimiento, la Kali-Yuga, como dicen los Vedas; el decaimiento por lo menos en lo temporal. Lo cual concuerda con el contenido de los mensajes; a la de Sardes: *"tienes nombre de que vives y estás muerta"*, es decir, herida de muerte; a la de Filadelfia: *"tienes virtud pequeña"*; a la de Laodicea, la terrible nota de *"nauseante"* y los cinco adjetivos urentes: *"cuitada, pobre, miserable, ciega y desnuda"*.

—Eso es una opinión muy peligrosa, señor mío —saltó Mungué Murray—. La Iglesia nunca ha estado tan bien como hoy día. Todos los herejes comenzaron diciendo que la Iglesia estaba en decadencia —y eran ellos los que estaban tales. Usted injuria a la Iglesia actual, la cual ni siquiera conoce.

Y ya se iban a enzarzar en otra disputa, porque al judío le temblaba la perilla. Pero intervino suavemente nuestro ángel de paz.

—Por favor —dijo—. Déjelo que nos explique más las Siete Tubas. ¿Cómo puede ver usted el mahometismo, el arrianismo, el Cisma Griego, la Reforma... en esas extrañas plagas de un tercio del mar, de un tercio de la tierra y los ríos, de un tercio del cielo que se corrompen, se malean o caen?

Con los ojos agradeció el judío la interrupción y volvió a sus papeles.

—Las cuatro primeras plagas antes de los tres Ayes conciernen a la tierra verde, al mar, los ríos y los astros —dijo—, es decir, propiamente a la Iglesia; los tres Ayes postreros conciernen más bien al mundo, *"a los hombres que no tienen el signo de Dios en la frente"*; aunque también a la Iglesia, en cuanto ella está en el mundo.

Estas últimas ya las he explicado en otra ocasión; ellas son universales, mientras las cuatro primeras son parciales; fíjese: un tercio de la tierra verde y frondosa es abrasada por una lluvia de granizo y fuego revuelta

en sangre; y un tercio del mar se hace sangre; y un tercio de los ríos se hace ajenjo; y un tercio del sol, la luna y las estrellas se oscurecen.

La interpretación literal cruda es aquí imposible —no me cansaré de repetir la *regla de oro*—, luego el sentido es literal metafórico. Se trata de devastaciones terribles producidas en el reino de las almas, en el campo del paterfamilias, son grandes siembras de cizaña y no pueden ser otra cosa; y son parciales y netamente separables del cuerpo. ¿Qué mutaciones históricas de la Iglesia corresponden a estas notas?

La primera gran quiebra de la Iglesia de un volumen que se puede llamar de *un tercio* fue el arrianismo, terrible herejía racionalista, cortesana y culta que duró cuatro siglos y amenazó sumergir la Fe: *"despertó un día el mundo y gimió de sentirse arriano"* —dice San Jerónimo. Los bárbaros la trajeron esa herejía, con sus reyes bárbaros prepotentes y mal convertidos, neorricos de la religión y del poder; coincidió con las invasiones sangrientas de los bárbaros no convertidos y con la disgregación del Imperio. Su campo fue la Iglesia misma, es decir *"la tierra verde, árboles"*. El granizo, el fuego, la sangre representan las pérdidas de las cosechas, las casas, las vidas; cosa que sucedió literalmente en las invasiones sangrientas y vandálicas de los hunos, de Genserico, de Alarico. Usted lo habrá leído ya en Bossuet, donde está perfectamente, ¿verdad? No tengo por qué repetirlo.

El monte ingente ardiendo que cae en el mar y lo revuelve en sangre, y mata los vivientes del mar la tercera parte y la tercera parte de las naves, representa muy bien la irrupción mahometana en la tercera parte al menos del Mediterráneo, la devastación de las ciudades costeras del África, Asia Menor, España e Italia, la piratería continua desde Barbarroja a Solimán —hasta Lepanto. Mahoma fue realmente como un gran monte; nacido para profeta, para *leader* religioso, era un genio, quizá destinado por Dios para sacar a los árabes del politeísmo, como de hecho los sacó; pero mal bautizado y peor judaizado, encendió el fuego volcánico de una herejía judeo-católica, que paró a los árabes peor que antes...

—¡Qué exégesis! —dijo Mungué—. Si esto es exégesis, yo soy turco. Con un poco de imaginación...

—Yo he leído —recordé— en un arabista italiano, que Mahoma aproximó a Dios a los árabes sacándolos de la idolatría, la vida nómada y la corrupción, y dándoles unidad de nación; Carlo Alfonso Nallino dice que Mahoma se llamó a sí mismo el Profeta de los árabes y respetó a Cristo, del cual no afirma la divinidad pero tampoco la niega...

—Parece que en cierto modo implícitamente la afirma —saltó donna Prisca— porque dice de Él que es el *"Sello de los Santos"*, mientras se atribuye a sí el título inferior de *"Sello de los Profetas"*. Yo oí en París una conferencia de Luis Massignon. ¿Conoce a Luis Massignon?

—Sí —dijo el judío—, el sabio francés que descubrió en medio del Islam un mártir cristiano del siglo X, el poeta sufita Al-Hallá, martirizado por Cristo; el cual conoció a Cristo por medio del KORÁN, paradójicamente.

—¿Cómo es eso? —dije yo.

—Más bien por medio de la oración —dijo la dama—, en la cual parece que recibió dones místicos comparables a los de nuestros grandes místicos. Massignon publica poemas de este santo salvaje, que hablan de la unión con Dios en los mismos términos que Santa Teresa, sorprendentemente. En los mismos términos...

—Sí —dijo el judío—, parece que milagrosamente fue llevado a conocer la divinidad de Cristo porque en su propia experiencia interior conoció que el Santo, que es el hombre *unido a* Dios, es superior al Profeta, simple mensajero o *lenguaraz de* Dios. De donde si el Cristo de los hebreos había sido el más grande de los Santos, que eso significa *el Sello de los Santos*, no sólo era mayor que Mahoma por testimonio del mismo Mahoma, sino que era realmente lo que Él dijo, consustanciado personalmente con Dios. Eso dice Massignon... Massignon se convirtió al cristianismo ¡por el milagro de Al-Hallá! Es curioso. Era agnóstico, en París; se volvió mahometano en Argelia; y después cristiano al topar con el mártir Al-Hallá.

—Lo martirizaron por eso —siguió ella muy entusiasmada—, porque empezó a predicar la unión interna con

Dios de los sufitas en contra de la religión meramente externa y social del Islam común, es decir, en contra del fariseísmo. Su proceso tiene un extraño parecido con el de Cristo; lo mataron los fariseos musulmanes, le hicieron las mismas acusaciones y respondía análogamente a Nuestro Señor: *esto conviene hacer sin omitir aquello.* Y lo crucificaron. Se dice que estuvo tres días en la cruz, predicando lleno de gozo, y al fin lo remataron y quemaron sus restos... ¡Si será éste el verdadero apóstol de los árabes, la prenda de que se han de convertir un día!

—No lo creo —dijo el otro semita sombríamente—; los musulmanes son inconvertibles. Mahoma los hizo obstinados y antes eran solamente ignorantes. Más fácil me parece que el islamismo se amalgame con el comunismo —otra herejía judeo-cristiana— bajo la acción de Rusia, y que haga la temida unidad del Asia contra el Occidente... Es muchísimo más fácil.

—¡Pero no está escrito que Dios esté obligado a hacer siempre lo que es más fácil! —dijo nuestra Hypathía.

—Así es, señora —dijo el judío inclinándose, pero sin pizca de convicción—. Yo no soy profeta. Pero el islamismo está terriblemente corrompido hoy día.

—Belloc dice que el Imperio de los Turcos puede resurgir en su poderío el día menos pensado —dije—. No se sabe por qué cayó. Es un misterio histórico. Y todos los intérpretes medievales veían en el Islam el camino del Anticristo; hasta hallaron su nombre, *Mahometis*, en el número 666 —dije, apoyando a mi amigo.

—Ese es un juego fácil —dijo Mungué—: hallar cualquier nombre que uno quiera, cuyas letras sumen 666. Yo mismo lo he hecho... con Hitler. Con las letras de su nombre y un poco de ingenio, hice el 666.

—Cada una de estas Tubas es el camino del Anticristo —dijo Benya—. Tiene razón Mungué. Sigamos, si ustedes quieren... La Tercera Tuba es el Cisma Griego.

—También usted es dado a ese juego. Usted es muy aficionado a la Kábala, al Misdrahim...

—Puede que sí —se inclinó el judío—. Bueno. Focio es la estrella grande ardiendo como una antorcha: aquel obispo diplomático, político, fastuoso y buen teólogo. Las plagas se van haciendo cada vez más interiores: ésta

no quema árboles ni ensangrienta el mar limítrofe solamente, sino que cae en las fuentes de las aguas, en la raíz de la doctrina; y sin cambiarla, la hacen amarga y venenosa. Ese es el efecto del cisma: y de hecho, los griegos tienen nuestra misma doctrina: *excepto* la partícula *que* del *Filioque*, que la envenena toda, separándola de su raíz, que es la obediencia a la Iglesia; y por efecto de esto, *"muchos hombres murieron, porque amargas fueron hechas las aguas"*. Ustedes conocen el cariz malsano que poco a poco fue tomando la vida religiosa en Rusia y todo el Oriente. Es como un marchitarse lento que terminó en el ateísmo bolchévico y en una cosa peor, esa Iglesia Ortodoxa unificada que en nuestros días Stalin ha uncido hábilmente a su carro y que anda en toqueteos con los protestantes *para catolizarse en la caridad* contra la Iglesia de Roma. Esa es la apostasía consumada, la idolatría del Estado; es decir la muerte de muchas almas... que beben en los ríos de la doctrina cristiana, aparentemente intactos y no desviados, pero intoxicados.

La señora quiso hablar; pero vio que el judío estaba exhausto. Mungué dijo:

—Belarmino aplicó la Tercera Tuba al Protestantismo: yo lo he leído. Belarmino es doctor de la Iglesia.

—Tenemos mayor perspectiva histórica que Belarmino, por el solo hecho de estar tres siglos después de él —siguió el rabino—. El protestantismo es la Cuarta Tuba, el error oscureciendo la tercera parte del cielo. La pseudo Reforma tocó a los luminares de la Iglesia, empezó por grandes doctores, teólogos, escritores y humanistas: *Herr Dóktor, Mártin Lúther*, como se hacía llamar él, aunque en realidad era más bien un gran predicador violento; pero Calvino sí fue un gran teólogo, el que trabó en sistema la doctrina de esa gran revolución religiosa. Sus pesados tomos de INSTITUTIONES CHRISTIANAE son uno de los libros que han cambiado la faz del mundo; y desde él en adelante, se oscureció la luz de la Fe para un tercio de la Cristiandad.

De esa oscuridad —de los principios del libre examen, de la Iglesia invisible y de la predestinación al mal— surgió la sofística moderna, con sus horribles se-

cuelas, la confusión de sectas, la indiferencia religiosa y el pesimismo: lo que llama Belloc *"la soledad del alma"* La oscuridad pasa de la Cuarta a la Quinta Tuba; porque las monstruosas Langostas, Alacranes y Centauros de esta Tuba surgen en medio de un humo inmenso que oscurece el sol y el aire, por causa de otra estrella que cae: alusión clara a la anterior plaga, así como los enciclopedistas, padres del mundo moderno, son hijos directos e inmediatos de la Reforma. El sol es la Fe; *"estrellas del cielo"* son llamados en la Escritura los doctores de la Fe. Así los llama Daniel.

El judío se reclinó contra la pared, y dejó caer la cabeza como agobiado:

"Los que enseñaron la justicia a muchos
brillarán como estrellas
en perpetuas eternidades...".

—¡Usted es un poeta! —exclamó Mungué—. Usted no es un exegeta...

—¿Qué es un exegeta? ¿Y qué impide que un exegeta sea también un poeta? ¡Juan, el de Patmos, lo fue! ¡El poeta más grande del mundo! —balbuceó débilmente el viejo.

—¡Usted sí que hace un cruce bastardo de teología y novela!

El judío estaba agotado. Tomó un pedazo de papel de estraza, amarillo, con un gesto definitorio y dijo:

—Le voy a leer una definición del exegeta que he hecho, plagiándola del filólogo Wilamóvicks, cuando usted la primera vez me dijo que yo no era exegeta. No lo soy ciertamente, y por eso me limito a leer cuantos exegetas caen en mis manos, sacarles los granos de oro, y ponerlos en limpio. ¡No soy como ese bárbaro que tiene usted en las manos, que ya lo conozco, ese librito bárbaro!

Mungué en efecto había traído, entre otros libros, un Tratado del Apokalypsis de San Juan —traducido del latín al castellano con su explicación interlíneal— por el venerable —Gregorio López— Misionero apostólico natural de esta Corte, Madrid, Benito Cano, 1789. Pero el judío conocía ya el libro y lo abominaba.

—Bárbaro y audaz —dijo— y las aprobaciones bombásticas que tiene al comienzo son más bárbaras que él. Yo no soy un exegeta, y no soy ni siquiera un poeta; pero no soy un bárbaro. Soy un humanista, un hombre que sabe escribir... acerca de lo que conoce —que es un poco de todo. ¡Y que quisiera al fin con toda su alma conocer a Dios!

Leyó:

"¿Qué es un exegeta? Ha habido tantísimos, y tan diferentes en ingenio, cultura, condición y carácter, que no es fácil abarcarlos en una definición. Todos han hecho progresar de un modo u otro la ciencia exegética, hasta con sus errores —o casi todos. Tal vez la definición más modesta sea la mejor: Haga lo que quiera y por el camino que le plazca, lo que de todo exegeta debemos esperar es que siempre y en todo caso sea «vir bonus discendi peritus» —hombre bueno y siempre aprendiendo".

Lo dejamos. A pesar de que estaba postrado, quería acompañarnos hasta el cancel.

Doña Ina Valensí entraba con su hijita Mariányels al salir nosotros. No sé si hablé de la Ina Valensí y de *mi* Mariányels.

Capítulo IX: *El secreto*

19 de junio 1947. He arrancado hoy por fin a don Benya su secreto; por lo menos una parte de él; una parte muy importante.

Estaba con fiebre: *grippe.* Creo que no he abusado de la debilidad de un enfermo. Él mismo espontáneamente y sin pedirme secreto alguno me contó su vida. No hay en ella nada bochornoso, que yo vea, a no ser que sea bochornoso el dolor, la desgracia y la pobreza. Es verdad que esas cosas son bochornosas para el mundo de hoy. *Vae victis.*

¡Cuánta verdad hay en aquel dicho: *"Primero de tener talento, hay que tener permiso para tener talento"*! Aunque quizá la raíz de las desgracias del judío haya sido su endiablado carácter. Pero siempre es un poco endiablado el carácter de los hombres de talento para los mediocres, sobre todo si son mediocres engreídos.

Don Benya tenía horror a los mediocres. *"La decadencia de una sociedad* —decía— *pasa por estos tres grados:*

"1. La Jauja de los mediocres.

"2. La Consagración del mediocre astuto.

"3. La Tiranía del mediocre engreído...".

"La raza inferior que lo ha invadido todo", no era, según su opinión, el pueblo, que siendo humilde no es dañino, sino la raza del mediocre engreído.

Yo creo que exageraba: los mediocres constituimos la estofa común de los organismos, como si dijéramos el tejido muscular, epitelial y adiposo. Un organismo no puede ser todo sistema nervioso.

Pero veamos la biografía de don Benya, que es una novela de aventuras, o mejor dicho, un drama trágico... hasta ahora. ¡Quiera Dios que no desenlace en tragedia! Demasiado ha sufrido el pobre hombre.

Como de casi todos los hombres ilustres, de su niñez no sabemos nada; sino que fue hijo de un señor Samuel Benavides, acomodado propietario de labranzas y casas de alquiler, y que nació en Manrique de la Condesa, en Andalucía; que fue segundo hijo —o tercero, si se quiere, pues nació de parto gémino— y debajo de él había otro varón y tres hembras, siete hijos de familia; y que estudió el bachi en el Instituto Ganivet de Granada y después ingresó en el seminario de esa diócesis. Allí fue compañero del poeta andaluz Manuel Rosales. Cuando estaban acabando la filosofía ingresaron los dos en la orden que regentaba el seminario, los jeromianos. Rosales la abandonó a poco, en el noviciado. Benavides profesó a los dos años de novicio y siguió adelante hasta...

Pero primero hay que dar noticia de su vocación literaria. Estando en el último año de instituto, ganó un segundo premio en unos juegos florales o certamen literario con una oda al teólogo Francisco Suárez, cuyas fiestas centenarias —de él o de alguna de sus obras— celebraron entonces: una oda en alejandrinos, que fue, no obstante el premio, tachada de *rara*. En el seminario escribió una excelente traducción en verso de la *Epistola ad Pisones* de Horacio, inacabada. Digo excelente, porque yo la leí. Parecía una poesía original y de nuestros días, y no una traducción vetusta. El judío tenía un talento versátil y sabía un poco de todo: versificó los hexámetros de Horacio en hexámetros castellanos, 16 sílabas, admirablemente —con rimas pares.

Los jeromianos, notando su aptitud para las letras, lo hicieron repetir retórica y repasar en dos años toda la filosofía, haciéndole cambiar el sistema que le habían enseñado en el seminario, que no sé si era *tomista* o *escotista* —no recuerdo— por el propio de la orden. En ese tiempo empezó a escribir una epopeya del Cid, en verso alejandrino pareado, *transportando*, como dicen los músicos, todo el romancero del Cid al estilo rubendariano,

al modo del poema *Cosas del Cid* del nicaragüense, pero introduciendo la unidad y la estructura propia de la epopeya, a saber, el no comenzar *ab ovo Ledae*, como el poema de Pedro Abad, y cumpliendo con el precepto horaciano:

"...*et in media res*
non secus ac notas, rapit spectatorem...".

Pero también lo dejó inacabado, porque incurrió en un grave disgusto al publicar imprudentemente, con vanidad de autor novel, un fragmento de su obra, y verlo duramente criticado.

Entre la filosofía y la teología, habiendo sufrido un poco de *surmenage*, los jeromianos lo mandaron a América a enseñar letras e historia universal en el seminario de Buenos Aires, donde enseñó 6 años y después cursó dos de teología. Entonces compuso el principal de sus libros, "*el que ha dado dinero*", decía él, y creo que corre todavía impreso, a saber la EPISTOLA HORATII FLACCI DE ARTE POETICA IN METHODIUM REDACTA IPSISMET HORACIANIS STROPHEIS TOPYCE ILLUSTRATA EX DIVERSIS TAMEN LOCIS AD DIVERSA LOCA TRANSLATIS...

Era una especie de *Catena Aurea* de toda la poesía de Horacio ordenada a ilustrar los preceptos elementales de la misma poética de Horacio, con la traducción al pie en verso castellano; un trabajo más bien de recopilación, pero que constituía —según me dijo Mungué, que lo leyó— un pequeño y precioso tratado elemental de crítica literaria. "*Los verdaderos críticos literarios, los más seguros, son los filólogos*" —solía decir el judío—; y afirmaba que la crítica literaria había caído hoy día en el "*impresionismo*", en el subjetivismo y en el diletantismo —y en el desprestigio— justamente por haberse abandonado esa gran tradición clásica del *crítico-filólogo*.

Lo mandaron a Roma a concluir la teología; y así continuaba el joven andaluz a velas desplegadas su carrera de humanista, enfrascado en sus estudios y sin soñar otra vida que una plácida carrera especulativa entre libros y sobre cátedras, cuando le sobrevino como un rayo el suceso que le despatarró la vida. Había sufrido

dos o tres caídas de surmenage o neurastenia de Beard, de que había salido a flote con un descanso más o menos prolongado; no por excesos en el estudio, según él, pues para eso era incansable, sino por choques o desgarrones sentimentales. Padecía de *"neurastenia afectiva"*, como decía él. En realidad, lo que tenía era una gran sensibilidad como todos los dotados de nervios de artista, y había sufrido muchas desgracias y disgustos. Ya en la niñez hubo algún gran disgusto familiar, del cual él se negaba a hablar. Creo que el padre y la madre andaban mal y se peleaban; y hubo, cuando él tenía 5 ó 6 años, algún gran lío o alboroto, que hizo sobre su tierna afectividad una impresión catastrófica. Quedó con una sensibilidad lastimada y dolorosa.

Pero la catástrofe jefe la sufrió a los veinticinco años, cuando estaba por ordenarse de sacerdote. Un telegrama de Granada lo llamó a la cabecera de su padre moribundo; el cual reclamaba a sus hijos para una comunicación importante. Reunidos la madrastra y los siete hijos —uno de los cuales, el menor, estaba enfermo como el padre—, el viejo Samuel les reveló que era de raza judía, bastardo de un noble español; y de la tribu de Leví. Nadie absolutamente lo sabía, siempre había pasado como buen cristiano, incluso un poco santulón y fanático. A los hijos —excepto a Benjamín— les interesó un perfecto ardite que su padre hubiese sido judío o abencerraje; y no se había aún enfriado el padre cuando se liaron en una tremenda discusión sobre la herencia; en la cual el hijo clérigo, que no tenía nada que ver por haber hecho tiempo hacía su *renuncia* de religioso, tomó una parte violenta, por ponerse de parte de su madrastra y los tres hijos menores.

Pero la noticia de que era hijo de un judío lo ponía en una situación singular. Es de saber, si no es sabido, que la orden de los jeromianos tiene una constitución o prescripto que cierra su entrada a judíos o descendientes de judíos conversos hasta el tercer grado; en forma que el ser *cristiano nuevo*, como decían antes, constituye lo que llaman *impedimento dirimente*, es decir, que jurídicamente invalida los actos de admisión o profesión. Curiosa regla, que muestra una orden bien española. Creo

que ahora ha sido derogada, o lenificada; pero en tiempo de Benya se cumplía rigurosamente.

El hombre vio inmediatamente las consecuencias de la revelación paterna: a pesar de su profesión solemne, y de todas las renovaciones de votos que había hecho, y sus diez y pico años de monacato, *él no era jeromiano, no era más que un seglar*, y la sotana que llevaba era lo mismo que estuviese sobre un palo. Estaba enteramente libre de irse de la religión, si quería; todos sus votos habían sido inválidos. El fervoroso místico y plácido estudiante de Roma estaba de nuevo en un cruce de la vida, tenía que timonearla otra vez. Tenía que *optar* de nuevo. Era flojón para timonear.

El modo como dio el golpe de rueda es característico de mi amigo. Si deseaba continuar en la orden, como lo quería de modo absoluto, lo prudente elementalmente hubiese sido callarse la boca —me parece a mí— y continuar hasta que estuviese tan ligado con ella que, de saberse el caso, la *dispensa* del impedimento dirimente fuese como obligada. A mí me parece que los votos se hacen ante todo a Dios. Pero don Benya procedió con su inocencia de niño, con su candor pueril, con su inconmensurable falta de picardía: escribió inmediatamente a su prior general narrándole todo y suplicándole la dispensa del impedimento y su nueva admisión a la orden.

Lo reventaron. Se lo negaron. Aprovecharon la rara coyuntura para deshacerse de él, vaya a saber por qué —estos asuntos eclesiásticos siempre son oscuros—, o porque los había molestado con su carácter independiente e irritable; o porque temían que molestara en adelante; o simplemente porque el sumo prior no quería en general hacer excepciones a esa regla que él consideraría muy importante; o por lo que fuese. Don Benya escribió una carta más devoto que un Luis Gonzaga; y de Roma le vino otra carta dándole batacazo.

Eso se dice pronto; pero es inconcebible lo que significó para el judío. Fue un rayo en cielo sereno, un despeñarse de golpe en un abismo, paseando por una pradera. Con su piel de sensitiva, su imaginación de novelista, su afectividad irritada, se le armó una tormenta interna y un cauterio de fuego que hay que oírlo a él

contarlo, y eso después de tantos años: estuvo siete días en cama con fiebre nerviosa y delirio, pidiendo a Dios la muerte. Un carácter entero, una mentalidad de intelectual y el largo camino ya hecho, al cual se había echado de cabeza, hacían de la vocación de don Benya una cosa absoluta; esa clase de gente no vuelve camino a mitad de la vida. El ser excluido tranquilamente de la orden que amaba sinceramente, y eso de golpe y porrazo y con un simple papirotazo —con una breve carta en latín de cocina— le fue un golpe de muerte.

Fue como la señal de inicio de una serie cruel de golpes: bien vengas, mal, si vienes solo. Se le murió el hermano menor, a quien amaba tiernamente, y eso sin poder él acudir a la cabecera del moribundo que lo llamaba; se peleó terriblemente con su familia; cayó en uno de sus sólitos cansancios nerviosos; finalmente tuvo no sé que manejos o negocios largos y penosos en Roma, que no llevaron a ninguna parte sino a quebrantarle más la salud, refregando la herida. No sé a punto fijo qué fueron. Creo que apeló al papa o al sub-papa; y lo golpearon más aún.

El decía a veces: *"Una vez he estado ya quince días fuera de la Iglesia Católica: es horrible"* y hacía un rictus que quería ser risa, pero era la risa del conejo. Eso tiene que significar que estuvo excomulgado y después le levantaron la censura. ¿Qué otra cosa puede ser? Me figuro que él escribió al papa apelando de la *"Gran Marranada"* —como la llamaba todavía ahora— y de allá le plantaron encima un castigo, tras cuernos palos, quién sabe por qué; es seguro que escribió una carta irreverente, conforme a su bendita costumbre; en el estado que llevaba, era capaz de esto y de mucho más. No sé si por cartas irreverentes al papa hay pena de excomunión. No lo sé.

Lo cierto es que actualmente no guardaba rencor a nadie; el hombre era explosivo, pero no rencoroso. Reconocía que no había injusticia en lo ocurrido, que su ex prior general tenía perfecto derecho a no readmitirlo en la orden a la que sólo de deseo perteneció el cuitado; y que la carta en mal latín acompañada de 1.000 duros que él devolvió por considerarlos una sangrienta ofensa,

era una carta de curia vulgar y silvestre, como se hacen a miles cuando se debe gobernar y dirigir desde un castillo de piedra y por medio de papeles a 25.000 ó 40.000 personas. Es claro que le hicieron un mal enorme; sólo que el mal, decía él ahora, *"venía de Dios antes que de los hombres y era por tanto convertible en bien"*. Eso le decía siempre; aunque a veces ¡cómo se retorcían sus facciones para poder decirlo! De los jeromianos no hablaba jamás, no decía ni bien ni mal; pero amaba cordialmente el recuerdo de muchos de sus antiguos compañeros.

¡Ay! el mundo de hoy es una máquina; y el demonio se apodera a veces de alguna manivela. Todo le fue mal desde este momento al judío desfrailado. Por la carta salvaje que escribió a Roma, le negaron testimoniales y no pudo entrar en ningún seminario; intentó volver a Buenos Aires y se lo impidió la mala salud; vagó por Mallorca y Valencia intentando vanamente *descansar*; hasta que consiguió una cátedra de profesor de historia en el liceo militar de Segovia, por puro milagro. No habían pasado dos años y lo pilla la guerra roja; y además en zona roja: pues estaba por azar en Barcelona. Se libró de ser reclutado fingiéndose loco; se escapó del sanatorio de Lloret del Mar y ganó la frontera francesa; pero lo metieron en un campo de concentración por judío y por carecer de papeles en el momento en que estaba por embarcarse en Marsella para la Argentina. Las tropas de ocupación alemanas lo enviaron a trabajar a una fábrica de Dresde; y después, persistiendo él en fingirse loco, a un campo de concentración. Se fugó otra vez con un compañero y llegó a Italia; y lo atraparon de nuevo ¡santo cielo! por falta de papeles los norteamericanos; y aquí lo tenemos en Cinecittá presto a nuestros experimentos, como un monstruoso animal de uñas limadas, como una serpiente en jaula de vidrio, o un hombre-pantera.

Lo que nunca le pude sacar es la historia del que él llamaba Caín y el último y quizá más grande de los grandes disgustos que acompañaron a la *"Marranada"*. Debo advertir que con esta palabra no maldecía don Benya, puesto que se la aplicaba a sí mismo antes que

a todos otros, diciendo que en aquel asunto él se portó como un hombre, es decir, como un marrano; "*porque lo temible del hombre no es tanto su maldad* —solía decir—, *es su limitación*". Pero le saqué la carta que escribió él en respuesta a su prior general, que es graciosísima y un verdadero "fenómeno" como dicen ahora. Mi hombre tomó la pluma y escribió lo siguiente:

"*M.R.P. Fulano de Tal, etc.*

"*He recibido su atenta carta en latín de curia del 2-VIII-34 por la cual me niega la dispensa del impedimento dirimente de haber nacido hijo de judío converso, y la readmisión en su orden, con lo cual me deja a los 20 años de vida religiosa fuera de ella y en la calle: ni sacerdote ni seglar; baldado para la vida del siglo.*

"*Muy elegantemente ha aprovechado usted la ocasión que se le presentó de deshacerse de mí. Según el derecho canónico no hay nada que decir. No he sido nunca religioso de su orden a no ser de deseo. Su acto es del todo jurídico. Y todo hecho en el nombre de Jesús, al cual nombra usted tres veces en su documento.*

"*Lo que no puedo dejar sin contestación es la carta adjunta del padre consiliario, en la que se me enumeran mis «delitos» con el fin de 'avisarme fraternalmente en orden a que pueda corregirme de ellos en lo sucesivo'.*

"*Las diez cartas que escribí a Roma sobre los abusos que, por desgracia y humana fragilidad, se han introducido en nuestra orden —la suya—, abusos contrarios a las Reglas que dejó N. B. Fundador, no son ni de lejos 'cartas sediciosas'. No seamos ridículos. Por esas cartas es muy posible que sea yo premiado en el Cielo. Así lo espero.*

"*Están escritas con la mejor intención y dicen la verdad. Si en ellas no hay verdad ¿por qué no se ha reído usted de ellas? ¿A qué esa ira. ¿Por qué me dice que 'nunca jamás se ha visto en la Orden cosa semejante, desde el tiempo del infame apóstata Llenas Ordeix y los disturbios de Andalucía'? Eso es ridículo. Yo no tengo poder para producir tamaño efecto. Ojalá lo tuviera: lo usaría para el bien y no para el mal. Reformaría los abusos que denuncio, en vez de hacer sobre ellos mala literatura. Pero algo debía hacer... ¿Qué he de hacer si*

los veo, y me hacen sufrir y chocan a mi sentido moral? Lo que prueban es que tengo amor a la orden y no lo contrario,

"'car s'indigner de tout, c'est tout aimer, en somme...'.

"Esos defectos están bien descritos en mis 10 cartas, y no puedo ni retractarlos ni repetirlos. En esta carta trataré de ir al fondo de ellos.

"No sé si usted lee mis cartas. Yo leo las suyas. He leído con atención sus dos encíclicas pastorales sobre el cuidado de la oración y la elección del trabajo; y, sin lisonja alguna, me han gustado, me han dado devoción y me han parecido excelentes. Nacidas de celo y amor a la orden, repletas de experiencia y buen sentido, abundantes en observaciones ingeniosas, aforismos certeros y sólidos principios, son casi excepcionales en la literatura un poco convencional y por fuerza vaga que representa este género de epístolas.

"Pero son lecciones de náutica en buque con galerna. Es mi deber —o por lo menos mi antojo— decirle que todo cuanto ellas mandan, persuaden y exhortan no pasará de la potencia al acto, ni de la exhortación a la ejecución jamás, a no ser que V. P. sea hombre de poner remedio a la llaga profunda de la orden, que no es otra sino «la confusión de las personas», que es el principio de ruina más común de las sociedades, como dijo no sé cuál gran poeta italiano y muestra la mera experiencia.

"En esta nuestra casa provincial hay muchos profesos que deberían ser simples sacerdotes, muchos doctores que deberían ser simples alumnos, sacerdotes que deberían ser hermanos coadjutores y legos que no deberían ser religiosos; y sobre todo superiores que están lejos de ser hombres superiores. Si su paternidad puede poner remedio poco a poco, aunque sea para el siglo venturo, a esa desjerarquía fundamental, podrá hacer cumplir aquí sus dos epístolas. Y si non, non.

"Cómo se ha introducido este desorden, no es de este lugar averiguarlo. El hecho está allí, y es fácilmente comprobable.

"El P. Simonín ha dicho en el último capítulo provin-

cial: 'Todos los problemas de nuestra provincia se reducen a un problema de cultura'. Yo no lo creo. Todos los problemas de nuestra orden se reducen a un problema de justicia. Una injusticia no reparada es una cosa inmortal; y las injusticias se producen de seguro cuando los que no ven rigen a los que ven, o se entromenten en lugar de oficio ajeno. Si un ciego guía a otro ciego, los dos se van al hoyo, dijo Nuestro Divino Redentor. No falla. 'Vae coecis ducentibus, vae coecis sequentibus' —añade San Agustín.

"Esta ha sido pues mi sedición: pedir que no se sobrepongan al Evangelio *los 'mandatos de hombres', usos y tradiciones y rutinas y caprichos humanos. Pedir el remedio de un abuso capital; menos aún, declararlo solamente. Pero de una manera eficaz.*

"A los demás «delitos» me avergonzaría de responder. El que haya dicho en recreo: 'me revientan los frailes que no se bañan', es una simple travesura y es una verdad. ¿Qué culpa tenía yo de que el superior no se bañara nunca?

"Mi reverendísimo expadre, exsuperior, exgeneral: no siga ese camino que ha usado conmigo, de condenar a los hombres sin oírlos, y a base de informaciones truncadas y parciales. Abandónelo, padre mío. Si no lo abandona, tendrá el lujo en esta vida de hacer daño, pero no el consuelo de hacer bien. O, simplemente, no hará nada. Las cosas que está haciendo usted 'en el nombre de Cristo'... pobre de usted si Cristo existe.

"Que Dios lo guarde, y a mí de usted.

Benjamín Benavides".

Ésta fue la carta que le mandó el bárbaro del judío a su superior general. Yo no entiendo de asuntos eclesiásticos, pero me parece que no puede ser: no puede un súbdito escribir así a un superior, aunque sea un genio. Probablemente querían solamente probarlo, y si él hubiese contestado humilde y devotamente, confesando sus faltas —aunque no existieran, qué importa, hay que ser flexibles un poco en esta vida—, lo habrían readmitido ipso facto. Él mismo confesaba que escribió la carta bajo la presión tremenda de la indignación de su fami-

lia, al ver que lo echaban solamente por ser judío y haber dicho la verdad. Estos judíos pueden estar reñidos entre ellos, pero se solidarizan cuando llega la ocasión. Si esta última carta sediciosa, o bien otra que escribió al papa, fue la que le acarreó la excomunión, no lo he podido averiguar.

El caso es que le dieron en la cabeza. Y desde entonces empezo a andar *de cabeza*, como dicen en España.

¿Se arrepintió el hombre? Jamás. Pero, como dije, a pesar de que sufrió horrores, nunca le oí maldecir de los jeromianos ni hablar de ellos, ni en bien ni en mal, a no ser para acordarse con cariño de alguno de sus compañeros de estudios o padres espirituales; a no ser las ideas comunes o generales que tenía acerca de la vida religiosa en general, que expuse a propósito de fray Fulgencio.

Pero si vamos a eso, ideas volcánicas y ácidas las tenía acerca de todo. Eso venía de su obsesión acerca de la proximidad del Anticristo. Un día me dio un soneto que decía:

"*Ya no durmáis, ya no durmáis*
porque no hay paz en la tierra'[9].

Oh religiosos que coméis a hora
fija, tañida alegre en ritmo clónico
discutiendo del gran poder masónico
o chiquilladas dignas de una lora.

Citáis en una carta destructora
doscientos doce del jure canónico
y morís de vejez o hastío bubónico...
ya no durmáis, ya no durmáis ahora.

Porque no hay ni habrá ya paz en la tierra—
dejad de discutir trigos y hullas
y todo cuanto el mundo de hoy encierra.

La rutina dejad, dejad las pullas,
oid las guerras y el rumor de guerra—
mirad del Anticristo las patrullas".

[9] Santa Teresa.

Capítulo X: *Cabos sueltos*

Doña Priscila Aguílar Aguirre Pueyrredón de Gozzano me invitó a comer hoy en la embajada. Tenía noticias buenas de su marido en Alemania. No comía casi nada, parecía que comía por cortesía; pero su mesa era espléndida.

Después de sobremesa, leímos toda la primera parte del Apokalypsis hasta el Capítulo X, en una Biblia protestante en italiano, subrayando los versículos que no entendíamos; es decir no entendíamos nada, pero pasábamos al lápiz rojo los versículos que el viejo no había explicado todavía, o no recordábamos ya. Después, en su precioso *torpedone* Buick, fuimos a Cinecittá.

Íbamos a ponerle al vejete enigmas y objeciones. Qué enredo en mi cabeza, Dios mío. El Apokalypsis está lleno no sólo de cosas raras, sino de contradicciones...

—Fíjese aquí —me decía doña Prisca—, capo décimo, versillo 4:

"Sella lo que hablaron los Siete Truenos
y no quieras escribirlo...".

Y sin embargo San Juan ya había escrito la revelación de cuatro de los Truenos o Tubas —e inmediatamente escribe los otros tres... ¿Qué puede significar eso?

—Aquí en la nota —respondí— dice el obispo anglicano Charles que eso significa que San Juan no escribió *todo* lo que vio en la Visión Quinta, tal vez porque el mundo no tenía oídos para tales estampidos.

Ella reflexionó:

—Chingado —dijo—. En ese caso dijera: *sella lo más fuerte*... y no escribas *todo*. Pero dice *"sella todo y no escribas"*. ¡Muy fuerte! ¡Como si lo que dice no fuera bastante fuerte!...

Callamos largo rato mientras el auto zigzagueaba por los estrechos ambages del barrio Parioli. Roma es una ciudad soberbia, espléndida, hermosa y humana. Como casi todos los italianos son arquitectos, así como casi todos son cantores, casi todas las casas son hermosas y algunas son un descanso de los ojos y el alma. Las yedras y las glicinas se desbordan en cascadas sobre las tapias de piedra, la vegetación reventaba, las flores de todos colores llamaban los ojos; los pinos y los olmos se mecían suavemente en el cielo purísimo.

—¡Es primavera! —dije yo, por romper el silencio.

—Es primavera... para los otros... —dijo ella; y rompió a llorar en silencio, tan calladamente que no lo advertí hasta después de un largo rato.

—No haga eso, señora —le dije—. Mire que el chofer la ve por el espejito. No se desconsuele. ¡Qué saben los médicos! Mejor es sentencia de médico que de juez. ¡A cuántos y cuántos ha dicho un médico que estaban perdidos, que después han vivido más que él y lo han enterrado! Hágase fuerte.

—Perdón —dijo ella—. Pero es terrible verse deshacer lentamente en mitad de la vida, a los 27 años, en la inacción, en el dolor físico y moral y en la desesperanza. Yo estoy enteramente resignada y hasta doy gracias a Dios Nuestro Señor que me ha dado esta muerte lenta para pensar en mi alma. Pero no es lo mismo decir *"muramos"* que morirse... ¡Cómo resiste el ser humano a la destrucción! ¡Qué cosa terrible son las enfermedades, este cáncer insidioso e implacable! Y lo peor de todo son las turbaciones de la conciencia, cuando uno piensa con pavor en sus pecados, y que Dios me ha abandonado merecidamente...

—¡Adiós! —me dije yo para mis adentros. He caído en medio de un grupo de locos. Don Benya es un maníaco depresivo, ésta es una escrupulosa, el teólogo Mungué tiene la manía de la polémica. Fray Fulgencio es hipocondríaco, además de ser un glotón y un asno; y la

vieja Ina Valensí es una esquizoide clavada. ¿No seré yo también, sin darme cuenta, un tipo raro? Dios los cría y ellos se juntan.

El vejete estaba trabajando en la cocina, pelando papas. La diplomática consiguió del *teniente-carabineri* que nos dejasen verlo; su tarjeta era mágica, los argentinos estamos muy cotizados ahora en Italia.

Hacía tres días que no comía. Al viejo le daba por ayunar a veces, pero en crudo, sin tomar nada más que agua, y decía que le hacía bien al hígado y le despejaba la cabeza. Y cierto que hoy la tenía despejada: pero estaba todo lánguido y desmazalado. La señora le había traído frutas: él probó por cortesía una cerezas.

—Venimos a ponerle objeciones a lo que nos ha explicado, si a usted no le es molestia.

—Mungué... —dijo él con una sonrisa blanca.

—Es verdad que hemos charlado con Mungué: a usted no se le escapa nada. Pero es que yo misma no veo nada.

—Vengan las objeciones.

—La primera de todas es la interpretación simbólica de las Siete Iglesias. No se puede aceptar. Es algo demasiado raro. No está en la tradición de los *Patres* antiguos; y además es ridícula. No es creíble que Dios se haya puesto a hacer un criptograma de toda la historia del mundo, y que encima le haya salido tan vago y brumoso. Se le podría aplicar la *boutade* irreverente del filólogo Nietzsche: "*Es una gracia divina que Dios aprendiera el griego cuando quiso hacerse escritor, y una lástima que no lo aprendiera mejor...*".

—Eso es una blasfemia pura y simple —dijo el judío—. Nietzsche fue un impío, y no tenía la menor idea de lo que es la *inspiración* de la Escritura, como les pasa también a muchos católicos, incluso a algunos que enseñan teología. La inspiración del hagiógrafo es semejante a la del poeta, pero de orden superior. No suprime la persona del escritor, no la oprime ni mutila, antes la respeta supremamente, como es propio de Dios en todas sus obras. ¡La personalidad del ser racional es lo más importante que Dios ha creado y *puede* crear! No es una *dictación*, esa burda idea luterana, que es lo que

presupone Nietzsche al burlarse de la BIBLIA; no es tampoco una elevación o influjo general y común, como el del poeta, que se puede reducir a aquella *"luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo"*. Todo lo que dice el Profeta es palabra de Dios, y es al mismo tiempo palabra de este hombre aquí, de este hebreo helenizado preso en la isla de Patmos, muy versado en la BIBLIA y en toda la literatura apocalíptica del tiempo, y con un genio poético formidable. Tomemos por ejemplo la cuestión del "griego malo" del APOKALYPSIS, a que alude sarcásticamente Nietzsche; no hay tal griego malo. Hay un lenguaje nuevo, forjado por el poeta con los materiales del griego común, hecho especialmente para esta obra, como es propio de todos los grandes poetas... que se fabrican su lengua.

—Como el del Martín Fierro —dije yo.

—Y el de Homero y el de Dante —siguió el viejo—. ¡Se ha derramado más tinta sobre *el lenguaje del* APOKALYPSIS! Han disputado sobre él Sweete y Harnack, Benson y Gunkel, Renan y Hort. El arzobispo de Canterbury, Edward White Benson, distinguidísimo *scholar* anglicano, dejó inacabado al morir un estudio de las "incorrecciones" del APOKALYPSIS, intitulado: A GRAMMAR OF UNGRAMMAR...

La señora, que sabía inglés, sonrió. Yo interrogué con los ojos:

—O sea, *Gramática de la Desgramática*, o algo así. No se puede traducir bien el inglés. Es la lengua más hermosa y más bárbara del mundo —dijo el filólogo judío.

—Pero no contesta usted a la objeción que le puse sobre las Iglesias.

—A eso voy yendo —dijo el otro cachazudamente—. Señora mía: un ignorante puede preguntar en un minuto más de lo que un sabio puede responder en un año; y usted perdone... Dionisio el Magno, citado por Eusebio en su HISTORIA ECLESIÁSTICA, VII, c. 25— ya notó que había en el libro de Patmos un *ungrammar of grammar* —y el viejo rebuscó entre sus papeles y me dio uno de ellos muy descolorido, que yo copio aquí sin entender una letra, porque está en griego:

...διάλεκτον μέντοι καὶ γλώσσαν οὐκ ἀκριβῶς ἑλληνίζουσαν αὐτοῦ βλέπω, ἀλλ'ἰδιόμασι μέν βαρβαρικοῖς χρώμενον, καὶ ποῦ καὶ σολοιηίζοντα...

El culto Dionisio nota que este libro no es helénicamente castizo; pero que en sus mismos barbarismos y solecismos late a veces algo escondido y fuerte. Decir que el poeta se forjó su propia lengua es decir simplemente que fue poeta...

—¿Qué significa *"el que es, el que era y el que ha de venir"*? —preguntó la dama, que tenía en la mano el librejo subrayado de rojo... Es Dios, desde luego.

—Justamente —dijo el judío—, ése es un buen ejemplo, entre tantos, de lo que estaba diciendo...: significa la Divinidad, a la vez Dios y Hombre, pero desde el punto de vista apocalíptico y parusíaco; tres veces nombra a Dios dese modo San Juan en el principio de libro; y si bien se considera, esa frase sola es la respuesta a su objeción, es otra prueba de que las Siete Iglesias tienen un sentido simbólico y profético y no meramente pastoral y local.

—No *manyo niente* —dije yo—. Explíquese.

—Esa frase en griego es un barbarismo mayúsculo:

ὁὼν καὶ ὁ ἦν καὶ ὁ ἐρχόμενος

es un participio de presente, un tiempo de verbo y un participio de futuro sustantivados. Imposible de traducir literalmente al castellano. Solamente en inglés...

—La lengua más bárbara... —dije yo.

—Y más hermosa... —dijo él.

—Que existe... —sonrió la dama.

—Solamente en inglés se puede dar el sabor bárbaro del original: *the Being and the Was and the Coming-on One* como si dijéramos: *el Siendo y el Era y el Viniéndose*, en castellano, si fuera posible. *El que Es*, significa la existencia eterna de Dios, es exactamente el nombre que Dios se dio, cara a Moisés; el que era, el *Era* significa la existencia temporal de Cristo, que tuvo principio y fin y había acabado ya; y el que vendrá, el

que está por venir, el *Viniéndose*, concreta enteramente el nombre de Dios al objeto del libro de Juan, a su visión parusíaca: es la deidad temporal y eterna en cuanto causa eficiente próxima de la consumación del siglo, el Juez y Restaurador catastrófico de todas las cosas... *per ignem* por medio del fuego: el que ha de venir; el que ya, ya viene, el que está viniendo.

—Y dice usted que eso prueba...

—Sí. Refuerza el título del libro, debajo del cual está la Visión Primera, recordando a cada momento su objeto, que es claramente esjatológico. ¿Es posible que un Juan de Patmos, o ni siquiera un escritor mediocre, después de haber puesto el título y el asunto de un gran poema se distrajese en incluir unas modestas cartas particulares a siete amigos suyos? ¿Lo ve usted a Virgilio incluyendo después del *Arma virumque cano* una carta en verso a Augusto y a Mecenas acerca de la buena administración del Imperio? ¡Vamos, hombre! *"El* APOKALYPSIS *es un libro que jamás ha dejado de ser tomado como un todo; y las Siete Cartas son una parte de él, y no tienen existencia posible fuera de él... Su estructura general en forma poemática y simétrica prueba que no son verdaderas cartas, sino composiciones literarias en forma de cartas"* —dice W. M. Ramsay, el que mejor ha estudiado ese Capítulo Primero.

—Pero Ramsay —salté yo, recordando una objeción de Mungué— no da a esas cartas el significado profético lejanísimo que usted les da...

—Ni lo excluye tampoco —dijo el judío—. Se limita a probar su tesis del *helenismo* de San Juan, y a ilustrar el *typo* de la profecía, es decir, su cumplimiento en los sucesos próximos de la caída del Imperio de Augusto. Es de la escuela de Bossuet...

—¿Por qué no escribe usted un libro poniendo a dos columnas la traducción del APOKALYPSIS y su propia interpretación esjatológica?...

El judío abrió los dos brazos en un gesto de infinita desolación, como diciendo: ¡Para escribir un libro estoy yo! En efecto, allí estaba él sobre su camastro de prisionero, laso, abrumado, ayuno, enfermo, en medio de tras-

tos viejos: una imagen viva de la miseria y el desamparo... Pero contestó al momento:

—A tres columnas debería ser, señora... En la primera la traducción directa, con todos los adelantos lingüísticos; en la segunda la elucidación del *typo*, es decir, su cumplimiento en el derrumbe del orgulloso Imperio de Augusto; en la tercera el *antitypo*, es decir, el fin del siglo. La segunda ya está hecha por Bossuet, Bovet, Crampon, Lallemand Sweete, Ramsay y un enjambre de epígonos, que llaman la escuela de Bossuet, aunque de hecho viene de Ribeira y Alcázar; hasta acabar en el padre Alló. Esta escuela desemboca, si no es prudente como su fundador, en el racionalismo: de hecho Alló, a pesar de sus esfuerzos, gira en la órbita de Renan, y dice tranquilamente que el APOKALYPSIS es *"una filosofía de la historia"*; como este singular librejo —sacó de entre el basurero de su camastro un opúsculo en francés— de H. M. Féret — L'APOKALYPSE DE SAINT JEAN: VISIÓN CHRÉTIENNE DE L'HISTOIRE; con aprobación del obispo de Jerusalén que tranquilamente evacúa al último libro de la ESCRITURA de todo su valor profético. De esto a negar toda profecía en la ESCRITURA hay un paso más corto que un tranco de pollo. Y eso es racionalismo. Porque *si* el APOKALYPSIS no es profecía en el sentido más estricto, no hay ninguna profecía en la ESCRITURA, ni siquiera las que anunciaron a Cristo. Derrumbe total.

—¿Cree usted que Bossuet fue racionalista? —clamé.

—No —dijo el judío—, pues explícitamente el galicano obispo advierte que *"su interpretación no excluye otro sentido más profundo"*. Pero la verdad es que *dejar de lado en un libro su sentido más profundo*, aunque no se lo niegue, es de hecho casi negarlo... Y así Augusto Crampón, al exponer el sistema de Bossuet, en su edición de Cornelio Alápide de 1866, nota que se da en él a los grandes símbolos o imágenes del profeta significados a veces insignificantes, fútiles y hasta ridículos; y que para hacer coincidir todos los símbolos con los sucesos de los cuatro primeros siglos se hace violencia a la historia poniendo por ejemplo en tiempo de Valeriano sucesos que pasaron antes, bajo Antonino Pío.

—Eso he notado yo también en Renan —observé.

—Renan es un verdadero falsario —dijo el otro—. Da asco leer L'ANTECHRIST. No se puede fiar uno de él en nada: ni siquiera en los datos concretos que da, en su erudición. El honesto E. W. Benson, en su apéndice de su INTRODUCTORY STUDY OF THE REVELATION OF ST. JOHN, titulado *Identification of the Wild Beast of the Abiss with Nero and others*... toma lo que Renan pone como clave de toda su interpretación del libro; o sea, la identificación de Nerón con la Bestia del Mar y con el 666 ¡y hace pedazos la prueba! dejando de a pie también por tanto al pobre Alló, que ha adoptado esa misma clave, pretendiendo catolizarla. Alló es un dominico que no parece dominico.

—Es verdad —dijo la señora— que identificar el fabuloso ejército de 200 millones de hombres de la Visión Quinta, Tuba Sexta, con la derrota que sufrió Valeriano contra los parthios, parece pobre. Y la Primera Fiala... y todo en general. Toda la profecía parece entonces muy exagerada.

—Lo mismo se puede decir de Ramsay —siguió el judío muy satisfecho al ver los progresos de su discípula—. Ramsay, un erudito y sensato *scholar*, profesor de letras clásicas en la Universidad de Aberdeen, ha estudiado con toda minucia las Siete Ciudades destinatarias de la profecía, tratando de verificar en su historia anterior y posterior las notas que en los Mensajes se les asignan. Es un estudio hecho a la lupa; pero en la misma línea del de Bossuet, que está hecho a la brocha gorda. Historiador y no intérprete, Ramsay se limita a ilustrar el texto lo mejor posible con los magníficos instrumentos disponibles de la gran cultura universitaria inglesa; y lo consigue. El texto sin embargo desborda por todas partes la casi insignificante verificación histórica. Aunque él mantiene en teoría que las cartas no pueden ser simples billetes pastorales, antes forman un todo con el libro escatológico; sin embargo, limitando su alcance al Asia de entonces, se reducen de hecho a eso, a una pequeña profecía, ¿qué digo?, a una pequeña *previsión* a corto plazo, tal cual un hombre perspicaz podría hacerla con la sola luz natural, de sucesos ya en parte cumplidos o cumpliéndose.

En efecto, palabras potentes como éstas:

"...*estás muerta y tienes nombre de vida...*",

"...*confirma lo demás que habrá de morir...*",

"...*te cuidaré en la hora de la tribulación que está por venir al mundo universo...*",

"...*te daré de la Sinagoga de Satanás, que vengan y adoren a tus pies, para que sepa el mundo que te amo...*",

y las fulminantes palabras dirigidas a Laodicea, suenan enteramente en el vacío y no alcanzan una explicación plenaria.

En suma, que si Bossuet y los *preteristas* tuvieran plena razón, se podría parodiar la frase de Nietzsche que usted, mi señora, ha recordado; y decir esto:

Es una gracia que Dios se haya puesto a hablar a los hombres; y que puesto a hablar, haya dicho cosas menos importantes que las que ya sabían los hombres...

Esto es una contraprueba —prosiguió el judío—. Quitándoles su simbolismo referente a todo el decurso de la vida de la Iglesia, quiérase o no, las Siete Cartas se vuelven un apéndice insignificante y se desprenden del APOKALYPSIS.

—Pero dice Mungué, que es un hombre que ha estudiado, que él jamás admitirá ese sentido nuevo, que no está en los Santos Padres y es moderno...

—Eso habría que verlo —dijo el otro—. Pero en fin, concedamos que me equivoco: eso no invalida el resto de mi exégesis esjatológica de la gran profecía. ¿Tiene usted la BIBLIA de Martini?

—No la tengo —dijo la señora—; está agotada, no tengo más que esta BIBLIA protestante...

—El frío y docto arzobispo de Florencia —dijo Benya revolviendo su cuaderno— dice literalmente:

"*Gli Antichi Padri e interpreti, como abbiamo accennato, tutta la profezia di Giovanni riferirono agli ultimi tempi ed al finale giudizio. Cosi San Giustino, Ireneo, Ippolito, Vittorino, Papia, Andrea Cesariense, Aretha, Primasio, Beda...*". Me parece que estoy bien acompañado. ¿Sentido nuevo y moderno? Al contrario.

—¿Y está usted seguro que el APOKALYPSIS tiene dos sentidos literales, uno próximo y otro remoto? —le dije yo.

—En cuanto es posible estarlo, completamente —asin-

tió el viejo—. Por eso se dice en el Capítulo V, 1, que es un libro escrito adentro y afuera. *Afuera* significa el sentido próximo, *adentro* el sentido arcano; y justamente en el mismo libro se promete que el sentido arcano será develado en los últimos tiempos. Después de la Sexta Tuba se habla de un libro ya *abierto*:

"Y vi otro Ángel fuerte bajando del cielo
envuelto en nube con el iris en la frente
y su faz era como el sol
y sus pies como columna de fuego
y tenía en la mano suya
un librito abierto...".

Ésta es la Visión Sexta.

Y después dice que asentó un pie en la tierra y otro en el mar, y gritó como un león. Y al gritar hablaron los Siete Truenos, es decir, las Siete Tubas. Y después levantó la mano y juró. ¿Y qué juró? *"Que ya se acabó el tiempo"*. Y después le dicen a Juan que vaya y le pida el libro *"abierto"*. Y el Ángel lo obligó a comerlo; y *"él fue como miel en la boca pero le atosigó el vientre"*. Y entonces le dijo el Ángel:

"Ahora debes profetizar de nuevo
a las gentes y pueblos y lenguas
y a muchos reyes".

Y luego un poco más allá, Visión Tercera, está el ángel del Evangelio Eterno, que dice exactamente lo mismo...

La señora seguía en su libro lo que decía el judío, que se lo sabía de memoria. Aquí lo interrumpió y le dijo:

—Aquí me parece a mí que hay una tremenda contradicción; no lo entiendo. En la Visión del Libro Abierto le dicen a San Juan que *"selle lo que dicen los Siete Truenos y que no lo escriba"*; y luego le mandan que vaya a profetizarlo a todo el mundo, y por tanto, que lo escriba; y de hecho ya lo escribió, y de hecho, al llegar a esta Visión, ya había escrito los Cuatro Primeros Truenos.

—En efecto es oscuro —dijo el rabino—; pero creo que significa exactamente lo que acabo de decir. Lo mismo que dijeron a Daniel: *"sella las palabras de esta profecía hasta que llegue el tiempo"*, le imponen que no prediga los sucesos en su claridad, digamos, divina, sino en la oscuridad profética; y sólo le imponen profetizar de nuevo a todo el universo cuando ha devorado el libro, lo ha digerido y se ha enfermado de él. De aquí nació en la Iglesia la extraña creencia de que San Juan no había muerto, sino que vendría al fin del mundo con Enoch y Elías a explicar el APOKALYPSIS. Vendrá; pero no él en persona, sino en la persona de los Dos Testigos. Casi todos los padres griegos enseñaban eso: San Efrén Antioqueno, Juan Damasceno, Andreas Cesarense, San Gregorio de Nacianzo y aun quizá San Hilario y Eusebio. Y Juan volverá por cierto a explicar el APOKALYPSIS; pero espiritualmente. En el comentario de Wouters, del Curso de Migne, Tomo 25, se dedica una cuestión entera del Capítulo X a probar que Juan Evangelista ha muerto...: *"An mortuus sit Joannes"*. Claro que ha muerto. Pero para que vea usted, señora...

Yo saqué mi papel con objeciones. Una sola había sido preguntada, y ya era tarde. El judío estaba cansado y doña Priscila más. Yo dije:

—¡Qué lástima! Teníamos una cantidad de preguntas más...

—A ver —dijo el viejo...

—¿Qué significan las *visiones intermedias* entre los cuatro Septenarios? ¿Qué es la *"abominación de la desolación"*? ¿Por qué el APOKALYPSIS tiene tan poco influjo actualmente? ¿Qué significa la oscuridad en el templo?, Capítulo XV, 8. ¿Y qué opina usted del *cristianismo político*, del cual se discute tanto estos días en Roma?

El judío se encogió de hombros. La dama dijo:

—De todos modos, todas estas cosas nosotros no las veremos...

—¿Qué sabe usted, señora?

La dama lo miró con asombro.

—Usted, don Benya, no es por desear mal, pero no puede prometerse... prometerme mucha vida. Yo voy a morir pronto.

El judío se inmutó de golpe y su rostro cambió. Miró largamente la cara marfilina de la diplomática. Después dijo con una voz cambiada y una extraña aseveración:

—Usted, señora, no morirá de cáncer. Tendrá nietos. Y un hijo suyo ya grande le cerrará los ojos.

El efecto de estas palabras fue tremendo. La mujer se dobló como herida en el espinazo, se cubrió el rostro con las manos, y rompió a llorar:

—¿Hijos yo? —sollozó. Le habían tocado un punto demasiado sensible.

—Vivirá usted mucho tiempo y tendrá hijos —aseveró de nuevo el hebreo.

—¿Cómo lo sabe usted? —estuve a punto de gritarle yo; pero no pude. La cara del hebreo se había desencajado toda, como al borde de un ataque de epilepsia. Los ojos habían virado hacia arriba de modo que se veía todo el blanco y casi nada de la pupila. Parecía que no hablaba él sino otro.

La llegada del teniente-carabinieri y del chofer cortó la penosa escena, que se hubiera eternizado, porque ninguno de los tres sabíamos qué hacer. En el viaje de vuelta la señora permaneció silenciosa y calma. No sé si rezaba. Me dejaron en Villa San Francesco, y ella me despidió sin una palabra, con una sonrisa triste. Yo me pasé casi toda la noche sin dormir, pensando en las rarezas que hay en el mundo.

Capítulo XI: *La visión de donna Ina*

Día 7 de julio de 1947. Hoy he presenciado una escena inolvidable. Estoy en un día extraordinario de mi vida. La cabeza me arde y no sé qué pensar. Sobre mi cama duerme una criatura, después de haber llorado más de una hora sobre mi pecho. Tengo que escribir lo que he visto antes que se me olvide, aunque tenga que pasar toda la noche.

La vieja hebrea protectora de don Benya murió. Yo acompañé al judío a su casa, porque ahora no lo dejan salir sino acompañado de uno que responda de él, a causa del accidente del auto; tuve de ese modo ocasión de presenciar una escena imprevista, que me pagó bien el malhumor con que salí; —y me colgaron una hija adoptiva, que no sé cómo me voy a arreglar con ella. María degli Angeli duerme en mi cama, mientras le preparan, aquí al lado, un cuartucho. ¡Pobre criatura!

La vieja anticuaria se murió de uremia. Don Benya recibió el aviso esta mañana, y no sé cómo se arregló, pero al mediodía estábamos los dos en la casita cerca de San Juan y Paulo. Los italianos son gentiles en el fondo, no gustan de atormentar a nadie —al menos la gente del pueblo— y el teniente de carabineros tiene por el rabino una especie de respeto religioso —o supersticioso—. A otro no lo dejarían salir. El caso es que salimos. El viejo alegó que era pariente de la vieja.

La vieja dormía y roncaba —o estertoraba—. Un médico joven salía del cuarto cuando llegamos, con cara de mal humor. —*"No hay nada que hacer ¿sabe?* —nos dijo—. *Uremia, ataque fulminante. Se podría operar, pero..."*. En su cara se traslucía la satisfacción de ser relevado por nosotros.

—*Molto da fare, molto da fare, sa?* Estos seguros sociales son espantosos: veinte veces lo llaman a uno un día; y... veinte mil liras al mes: la cuarta parte de lo preciso para vivir. Lo peor es que hay colegas imprudentes que se descargan en uno, en el más tonto o más escrupuloso. Esto es un loquero... Hielo a la cabeza y denle lo que pida; nada que hacer, nada que hacer... Yo le he dado morfina...

Nos sentamos al lado de la cama, preparados a todo. El cuarto era bastante limpio; pero se bebía de él ese olor inconfundible de las casas viejísimas de Roma. La enferma estaba decentemente enfundada en un camisón deshilachado gastado hasta la trama en los dobleces. Unas vecinas la habían aderezado y llamado al médico, las cuales habían salido a almorzar. Afuera pasaba el *afa* de la siesta, roto por un ladrido o un grito de niño por momentos; y adentro el silencio era impresionante. Aquella mujer sola, pobre, anciana, ¿cómo había vivido? ¿Cómo se había defendido de la vida? Bien, ahora llegaba al puerto...

No tan pronto. Tenía algo importante que hacer todavía.

Abrió los ojos, volteó la cabeza y sonrió con una expresión de dulzura y felicidad inefables. Y empezó a hablar en un castellano extraño, con una lucidez y una fluidez que yo no me la esperaba. Segura y casi imperiosa.

—Sabía que vendrías. Te vi venir en sueños, hijo —dijo, y sonrió de nuevo.

Benya balbuceó:

—¿Cómo se siente usted?

—Bien, muy bien. Me siento inmensamente feliz.

Y después, sin transición ninguna, dijo:

—Benjamín, voy a morir. Es necesario que me bautices.

El viejo la miró e hizo la señal de la cruz. Después me miró a mí, a hurtadillas. Yo entendí.

Y la vieja añadió categóricamente:

—He visto la Santísima Trinidad.

Don Benya se levantó, y comenzó a pasear por el cuarto, que no tenía cinco metros, muy preocupado. De repente dijo:

—¿Hay teléfono aquí?

—¿Para qué?

—Para llamar al médico y al párroco.

—No es necesario, hijo —dijo la anciana muy lentamente—. ¿No es válido el bautismo si lo da cualquier cristiano?

—Es válido —dijo don Benya—, pero el que lo da sin necesidad, peca mortalmente si hay un cura a mano.

—No importa —dijo la vieja—. Bautízame, hijo. Ya sabes que yo no puedo ver a un cura...

—¿No puede ver a un cura y quiere ser cristiana?

—Todo es verdad —dijo ella— lo que enseñan los curas; pero los curas son antipáticos. Por lo menos, así me enseñaron a mí; no los puedo ver. Y no voy a cambiar ahora, que estoy por morir.

—Lo mejor será —dijo don Benya que estaba muy sombrío y preocupado— que haga un buen acto de fe y un buen acto de contrición..., un buen acto de contrición —añadió, frotándose las manos con aire bonachón.

—No los sé —dijo ella—. Tengo que ser bautizada. Así me lo dijo la Santísima Trinidad. ¿Si no me bautizas, Benjamín, y yo me pierdo?

Yo estaba que no sabía si estaba o no en el teatro o en el cine... o en el manicomio. Los dos judíos decían disparates; pero evidentemente se tomaban en serio, con esa tremenda seriedad judía para las cosas religiosas. Yo me inclinaba a pensar que la vieja estaba loca, más todavía que don Benya. El final no me lo preveía. Don Benya bautizó a la vieja; pero no sin saber lo que hacía, no. Con toda conciencia.

Se sentó bruscamente, como quien ha tomado una decisión, y mirando con una sonrisa enigmática a la enferma que lo miraba con helada tranquilidad, dijo, como un médico que se apresta a operar:

—Vamos a ver qué es eso de la Santísima Trinidad.

—Soñé... —dijo la vieja—. Vi un hombre viejo con una larga barba blanca, y al lado un hombre joven con barba como pintan a Jesucristo, pero mucho más hermoso, y en medio de los dos una especie de ángel con dos alas grandes muy blancas, que abrazaban a los dos hombres...

—Bien —dijo don Benya—. Usted sabe que Dios no es un hombre...

La anciana afirmó enérgicamente con la cabeza.

—Ni dos hombres con un ángel...

—Sí... —afirmó ella.

—Que la imagen que usted vio es la que está en el altar mayor de Santa Trinitá dei Monti...

—No —dijo la vieja—. Allí están sentados y yo los vi de pie. Y allí hay una paloma... No. Ni de lejos. Mucho más hermosos.

—¿Qué le dijeron? —preguntó él.

La anciana sonrió.

—Nada —dijo—. Pero me hicieron comprender toda mi vida. Y por qué muero de esta enfermedad. Y por qué he sufrido tanto. Yo he sido muy mala. Y me hicieron comprender qué es lo que tengo que hacer antes de morir.

—¿Qué tiene que hacer?

—Bautizarme y entregarte a ti la Mariányela.

—La Mariányela... ¿y qué hago yo con la Mariányela? Soy un preso, Ina.

—Está en la escuela —dijo ella—. Enseguidita vendrá. También a ella la vi venir, y venía junto contigo, un poco detrás de ti, llorando...

—¿Por qué calle? —preguntó el judío de golpe.

—Por la Vía del Imperio.

—Eso es fácil de adivinar.

—Y al llegar a la Vía Monte Oppio, al cruce, tropezaste, y si el señor aquí no te tiene del brazo, caes.

—Cáspita, es cierto —dije yo.

—No me acuerdo —dijo el otro.

—Es cierto —insistí yo—. Usted venía en la luna, como siempre. Tropezó. Yo lo sostuve. Es verdad.

Entonces se abrió la puerta y entró Mariányela. La traía una muchacha petisa, flaca, muy mal vestida, la sirvienta de doña Ina. Mariányela es un ángel.

Mariányela tiene cinco años. Es una italianita preciosa. Por supuesto que no es hija de la vieja, aunque se arrojó sobre la cama llamándola *mamma*. Es una expósita, la vieja la recogió de meses. La curaron en el hospital de una infección sifilítica hereditaria, estaba he-

cha un desastre, así me explicó el judío, con verdaderos hoyos de pus en la cabeza y las piernas chuecas y contraídas. Ahora es una preciosura, un torito, pesada, rechoncha, fuerte, con una carita de tonta y un peinado hacia arriba de mujer grande. La estoy viendo y se me cae la baba. Pero mañana serán los apuros. ¿Cómo crío yo una criatura; yo, solterón vago y trashumante? Sin contar los requisitos legales...

Pero volvamos al bautismo. Yo no sé si Benya se convenció de la visión, pero sí que se decidió a bautizar. La vieja creía en la Santísima Trinidad, en Jesucristo, en la Virgen, en el perdón de los pecados; y en la Iglesia Católica, con tal que no le trajesen curas, para lo cual tampoco había tiempo. Don Benya tomó un vaso de agua con la solemnidad de un sumo sacerdote. Yo me hice a un lado como diciendo: *Ni quito ni pongo rey.* La *servetta* se quitó del cuello un escapulario andrajoso y se lo puso al ama; y después se arrodilló rezando entre sollozos una oración en la recurría por momentos el estribillo: *"aymé, Dío mío de la beniñitá"*. Don Benya derramó el agua y pronunció en latín *(ego te baptizo)* las palabras sacramentales. La vieja cerró los ojos y sonrió plácidamente. Al poco rato moría, no sin haber dicho antes a su bautizante:

—Benjamín, hijo mío, llega el tiempo de tu liberación. Solamente que antes tendrás que sufrir como nunca en esta vida. Pero será muy corto. Solamente acuérdate de esto: Cain siempre es Caín y Judas siempre es Judas, aunque se vistan de blanco...

Musitó otra cantidad de palabras más incomprensibles aún. Dijo al viejo que le dejaba todos sus libros viejos y su tenducho: que el médico tenía la llave y un papel firmado por ella...

Yo nunca había visto morir a una persona. ¡Qué curioso ese *último suspiro,* con razón los latinos lo llamaban *expirare* y también *emitir el alma*! Es como una especie de mueca amarga, de esfuerzo por retener un suspiro que fuese sustancia, un ave invisible. Apenas murió, la *servetta* se levantó y salió corriendo en busca de ayuda. La nena no hacía más que llorar colgada de la cama, presintiendo instintivamente lo sacro y lo terrible.

El médico vino al rato y después la ambulancia del hospital y un montón de vecinas. El doctorzuelo escuchó gravemente lo que le contamos, y después me dijo:

—¿Y usted cree que estaba en sus sentidos cuando pidió el bautismo?

—¡Perfectamente! —le dije—. Con una lucidez extraordinaria.

—Euforia —dijo él—, euforia catastal característica de la muerte por uremia, sin contar la morfina que yo le di. Estos enfermos se ponen antes de morir en un estado de embriaguez curiosa, algunos charlan por los codos, se les ocurren mil cosas extrañas. ¿Dice usted que contó un sueño?

—Sí; un sueño notable...

—Puede que haya sido una revelación divina —dijo sardónicamente—. De todos modos, el bautismo no le ha hecho ningún daño. Pero hagan cuenta ustedes que han bautizado un palo. ¿Con qué la bautizó? ¿Con agua sola?

—¿Y con qué la voy a bautizar? —dijo Benya.

—Bien, no se ha perdido nada. ¿Y esta nena?

Yo lo miré con desafío y dije:

—Es mía.

La nena no sé por qué había dejado el lecho y se había agarrado a mis rodillas.

Era la hora para don Benya de volver al campo de concentración.

¡Sacramento con la vida y las bromas qüe tiene! Creo que la judía nos jugó una trastada: los judíos mueren judíos; y desde luego a mí me la jugó sin ninguna duda el animal de don Benya. ¡Una nena!

Esa vieja nos hizo el cuento del bautizo.

Capítulo XII: *Final*

Yo sé perfectamente que hago mal —según los cánones literarios y desde ese *punto de vista*, como dicen ahora— en estar escribiendo aquí el curioso caso de Benavides, junto con sus teorías "exegéticas" —ya voy aprendiendo los términos— que pedirían libro aparte. Pero mi gran disculpa es que las dos cosas son unidas y solidarias, causa la una de la otra; porque sin los desastres de su vida, el viejo no se hubiese vuelto apocalíptico: y sin su fe en el APOKALYPSIS y la Segunda Venida de Cristo, posiblemente no podría soportar sus infortunios. En realidad, yo escribo de este modo, porque siendo un sencillo periodista ignoro otra técnica de composición que la de narrar las cosas como ante mis ojos y oídos han ido pasando.

Voy a acabar esta segunda porción de mis papeles —contenida en el cuaderno de los Cuatro Septenarios— redondeando algunos sucesos e incluyendo la poesía que escribió el viejo cuando salió de su extraña enfermedad. Los papeles de Mariányels están arreglados y queda adoptada como hija mía de acuerdo a las leyes italianas.

¿Qué iba a hacer yo? Dejársela al viejo judío era una demencia y un imposible: la nena sin embargo le tiene cariño y le llama tío. Lo chusco es que la hebrea antes de morir le dijo que yo era su padre, y la nena lo creyó con la inocencia de los niños y ahora me llama *papá* con toda convicción, lo cual está hechizándome poco a poco.

Es listísima esta criatura, me parece que es un verdadero portento, algo excepcional. Habla un español sefardí chapurrado de italiano que es un encanto; habla

demasiado para su edad; aunque yo creo que esto es común en las mujeres; baila, imita a las personas que ve, hace de vendedora de libros y de mamá con un muñecón grande que le he comprado, que es un asombro oírla. Verla hacer de vendedora de libros, regatear con el cliente, ajustar la compra, regañar y despedirlo, es una verdadera comedia. Pienso que esta criatura podrá ser una gran actriz, aunque no pienso dedicarla a esa "carrera". Dios dirá. Por ahora la mando todo el día a las monjas carmelitas de aquí al lado. Cuando llega al hotel con su charla de pajarito cantor es una alegría: yo que la recibí como una carga y un fastidio. Se despierta siempre riendo, al revés de mí que me despierto con un humor de perros. Lo primero que hace es venirse a mi cuarto y preguntarme: *"¿Tú me quére, papá?"*. Sin embargo es desdeñosa, lejana y coqueta cuando se le antoja; y cuando se enfada es una fiera, hay que capitular sin condiciones, y aun así... Es un personaje extraordinario. Le he hecho unos versos que mandé al diario, no sé si saldrán; por las dudas los injerto aquí, por lo que valgan. Son la realidad misma:

Eres tan chica y ya eres
lo mismo que las mujeres:
si te quiero no me quieres.

Ya eres huraña o risueña
a voluntad, y eres dueña
de tu gracia... Y pedigüeña.

Estrellita sobre el mar
más dura de conquistar
que el peñón de Gibraltar.

Ya eres coqueta, huidiza,
manzanita con ceniza,
y variable y tornadiza.

y ya sabes la receta
de encadenar a un poeta
sin más que quedarte quieta.

Desconcertadora nena,
que me haces soñar con pena
si serás mañana buena.

Diminutiva giganta
que me aprietas la garganta
si has de ser o no ser santa.

Interrogación que azora
y mucho más, por ahora,
auroral, que Sor Aurora.

Ya sabes, ya sabes bien
el mango de la sartén
y la fuerza del desdén.

Pero, diablillo rosado,
ten cuidado,
no presumas demasiado.

No exageres, *nebodeta*,
pues tiene todo poeta
también humor de coqueta.

Pero aun cuando no exageres
la verdad es que no eres
con veinticinco alfileres
nada más que una pulguita...
y eres ya una mujercita
y una pregunta infinita—
como todas las mujeres...

Pero basta de mi entenada. Pasemos a la dama diplomática, que por cierto ha hecho muy buenas migas con ella —¿y quién no las hará?—. Está mejor, mucho más animada, y se dedica con entusiasmo a leer la ESCRITURA; pero le ha sucedido una seria desgracia, y es que al marido lo han dejado repentinamente cesante, de golpe, por nada, por esas cosas políticas, después que ha trabajado muchos años abnegadamente por nuestro país, pues fue cónsul en Alemania en los peores momentos

de la guerra y pasó riesgos y trabajos inauditos. Ahora mismo estaba cumpliendo en Alemania una misión sumamente dura, es perito, es cumplidor, tiene 18 años de servicio. Necesidad de ubicar a correligionarios y amigos políticos y para eso el recurso perfectamente injusto e inhumano de abrir brechas en el cuerpo diplomático, y de barrer sin mirar mucho lo que se barre: en este caso, una joya. ¿Cómo se extrañan después que los funcionarios roben y coimeen cuando se saben expuestos a eventualidades tan bárbaras, de quedarse repentinamente en la calle? Porque un diplomático no es un cirujano, al cual siempre le queda su bisturí: un diplomático, como un cura, *no puede trabajar por cuenta propia*. Jamás me imaginara yo que esto pudiera suceder; pero, en definitiva, ¿quién está seguro en el mundo de hoy?

En fin, quejarse es del todo inútil; pero me ha dado mucha lástima. Y me dicen que los casos como éste se multiplican.

En cuanto al viejo don Benya no he querido molestarlo en estos días con preguntas, aunque él me interesa cada vez más, porque lo noto muy débil; pero he obtenido de Tonio, que lo atendió un poco, noticias sobre la rara enfermedad que lo postró unos 15 días. Según Tonio era una cosa terrible, de dar lástima a un palo, cómo se retorcía, y las actitudes de dolor silencioso y desesperanza suprema que tomaba en la cama o tumbado en el suelo, sin que se pudiera advertir ninguna herida o causa externa del mal, ni siquiera fiebre. El médico doctor Prosciutti diagnosticó brutalmente que era maña para no trabajar; pero Tonio me aseguró que aquel hombre no fingía absolutamente nada, al contrario, en todo caso disimulaba en cuanto podía la fuerza de sus fatigas. Por de pronto, no comió casi nada en los 15 días, no podía pasar bocado; y eso es difícil de fingir.

Yo no sé si existen enfermedades *místicas*, de esas que provenientes del alma postran y consumen el cuerpo sin herir ningún órgano en particular; creo que en las vidas de los santos antiguos se habla de cosas semejantes. Mungué me contó de un santo español, cuyo nombre no recuerdo, que cada vez que quería hacer oración era acometido de una violenta enfermedad que lo tiraba a

tierra y lo hacía gemir con angustias de muerte; y en cuanto pasaba la hora de la oración, cesaba instantáneamente el acceso. Yo esas cosas no las niego pero tampoco las creo, no sé nada, soy un perfecto ignorante, como un ciego que le hablen de colores. De Jesucristo se narró que sufrió tanto en su alma que sudó sangre. Lo único que sé es que la enfermedad de don Benya le vino de una carta o varias que recibió un día, y que hizo pedacitos; que sufrió tanto que pedía la muerte a gritos; y que las dos veces que yo lo vi estaba como fuera de este mundo y apenas lo pude reconocer.

¡Que Dios sea alabado en sus obras y nos libre a todos de esos desastres!

Lo único que salió en limpio de la enfermedad fue un largo poema en endecasílabos, una *parábola* cuya aplicación al caso Benya no veo; y que yo le saqué apenas acabó de borronearla a fuerza de ruegos —y de una botella de coñac español—. Hela aquí, tal cual:

Parábola Quinta

Llegó, por fin, el fin de mi agria suerte.
Mañana tarde moriré. Estoy cierto.
Hoy ya he sentido el ala de la muerte
y ya me siento casi olor de muerto.

Mi violín hará pausa en plena fiesta,
me tirará la manga el compañero:
¡Tercer violín segunda fila orquesta!—
Caerá el violín, el arco y el arquero.

¡Ridi, pagliaccio! ¡Piccola tragedia!
Ignora el vugo vil nuestros cadalsos.
Dirán algunos que morí de inedia
y he muerto a fuerza de oír acordes falsos.

El que una nota falsa pueda herir
de muerte a un pobre músico... Eso es loco.
¿A quién podré escribiendo persuadir
que un hombre cuerdo muera por tan poco?

Empezó hace tres meses. Un chirrido
oí feroz, que no era *la* ni *si*.
Miré atrás. El Doctor no había oído,
no había oído y me miraba a mí.

Entonces empezó la zarabanda
o no tocaba yo o tocaba bien
pero era sólo en medio de una banda
y había que decir a todo Amén.

Todo esto es ¡ay! de la ambición el fruto.
Valses y tangos para gente joven
hacíamos. El Director, que es bruto,
va y se mete con Bach y con Beethoven.

Metidos a hacer música de cámara
creció horrible la desafinación.
Me hacía mal de una manera bárbara
y me empezó a fallar el corazón.

Conjuré al Director que se calibre—
me multó y despidió con una lata.
El Estatuto del Estado Libre
prohíbe en junio cambio de contrata.

Mis hijos comen de esto. Por un triste
año —me dije— bien podré aguantar...
Me equivoqué. Mi cuerpo no resiste.
Llegó el momento ¡oh Dios! de reventar.

Pues con un alfiler, matar es dable
a un hombre, y no con mil y mil pinchazos,
con uno repetido es peor que un sable
siempre en un mismo punto de los brazos.

Se enconan las heridas y hay un nervio
que la espera más tenso cada vez.
Me trataron de indómito y soberbio
y a tocar me obligaron al revés.

"Un músico que no era un Liszt tampoco
megalómano halló una muerte cruda.
El hombre era evidentemento loco
y que es suya la culpa ¿quién lo duda?".

Se me castiga por tener talento,
cosa que es Dios, no yo, quien ha querido.
Culpa mía no es mi entendimiento—
me pegan porque tengo buen oído.

¿Y quién me enseñó estilo y armonía?
Él mismo Director. Él la enseñaba.
Él la enseñaba, sí; yo la vivía
y ella en el alma se me ensimismaba.

Ritmo que eres Verdad, Vida, Belleza,
Justicia y Orden, pocos te perciben.
Vive por ti toda naturaleza;
pero pocos, poquísimos, te viven.

Todos te ven en el verano plomo
cuando a tu sombra alivian sus congojas.
Aun en invierno yo te veo, como
las agujas de un plátano sin hojas.

Quizá desciendo de esos hombres viejos
que en sus cuevas pintaron animales,
después ánforas, dioses y azulejos
y después construyeron catedrales.

Hada Armonía, ley de todo ser,
que una mañana absorta de mi infancia
te vi y te quise más que a una mujer.
Mi reina, mi alimento y mi fragancia.

Que desde el astro rey a los gusanos
todo gesto acompasas y modulas.
Mociones mides, órbitas regulas
y el mundo riges de un pulsar de manos.

Batir vital que con eterna norma
riges la música del corazón.
Danzas del escultor la esbelta forma
y al sabio brindas la contemplación.

¿Por qué te conocí? ¿Por qué viniste
a mí, pobre muchacho de la Pampa,
levantando a tu beso el alma triste
para hacerme caer en esta trampa?

Mi sufrir es secreto y no es decible
y al no salir del vaso, rompe el vaso.
Ni mi mujer escucha ya. Impasible
se echa a reír y dice: No hagas caso.

No me es posible ya nacer de nuevo,
no me es posible ya volver atrás:
ponzoña se volvió el agua que bebo,
y yo me muero de sed y bebo más.

Hoy, pues, se desenlaza el drama humilde
de un músico en el fondo de la balsa—
haré mi parte sin faltar un tilde,
mi vida no será una nota falsa.

Se ríe de mi horror el filisteo.
Un turista no entiende la nostalgia.
Que un músico se muera de solfeo
es como un hombre que se muera de álgebra.

A la Armonía y al que la ha creado,
que no conozco pero sé que existe,
hoy en mi última noche resignado
brindo la copa de mi sangre triste.

¿Por qué la vida me asestó esta herida?
Yo no lo sé. Ya terminé mi parte.
Algunos hacen arte con la vida
pero yo hacía vida con el arte.

Y me entrego a la noche escalofriante
con paso firme y corazón que llora—
no me arrepiento de haber ido avante
aunque caí en la noche destructora.

Con la vaga esperanza de una aurora.

Roma-Manresa, 1947.

PARTE TERCERA

Toda obra de arte es una confesión; sólo descubriendo los secretos del ser —adivinados a fuerza de sufrir las cosas de aquí abajo— es como la obra confiesa el secreto del poeta.

Capítulo I: *Las Dos Mujeres*

Hacia el término del APOKALYPSIS aparecen en él dos mujeres misteriosas, una Madre y una Mala Hembra.

Una de las reglas capitales de interpretación, que formuló muy bien don Manuel Rosell, canónigo de Madrid en su precioso librito REGLAS Y OBSERVACIONES PARA ENTENDER LA SAGRADA ESCRITURA, 1798, es la recta lectura de las *imágines*. Hay que saber lo que cada figura sensible significaba para los autores y oyentes de los libros sacros. ¡Los *cuernos*, no significan lo mismo para nosotros que para un hebreo, por ejemplo! *Los diez cuernos significan diez reyes.*

Para conocer las asociaciones de imágenes del hebreo, no siendo uno hebreo, no hay nada mejor que la misma ESCRITURA SACRA.

La mujer significa en la ESCRITURA constantemente Israel, es decir, la religión. Dios apostrofa a su pueblo como a una adúltera o lo requiebra como una novia. Los deuteroprofetas abandonan incluso la imagen de *Reino* para insistir en la figura de *Esposa*. Cristo llamó a su gente *"generación adúltera"*. San Pablo representó a la Iglesia con la figura de una doncella, *"virginem castam exhibere Christo"*, una virgen pura que dar en matrimonio a Cristo.

Las Dos Mujeres del APOKALYPSIS representan la religión en sus dos polos extremos, la religión corrompida y la religión fiel, la *Forneguera* sobre la Bestia Roja y la Parturienta vestida del sol de la Fe, pisando la luna del mundo mudable, y coronada de la venticuatral diadema estelar patriarcal y apostólica.

Estos dos aspectos de la religión son perfectamente

distinguibles para Dios, pero no siempre para nosotros. La cizaña se parece al trigo y no será separada hasta la Siega. Por eso son dos los Ángeles que siegan en la Visión Catorce; uno corta la mies madura y otro vendimia los racimos que han de ser pisoteados en el lagar de la iracundia divina, los agraces.

Debemos apartarnos del mal, pero no podemos juzgar al malhechor. El juicio pertenece a Dios.

Una prostituta no se distingue en la naturaleza ni en la forma de una mujer honesta. Sigue siendo mujer, no se vuelve bestia. Está *sentada* sobre la bestia.

Eso es lo que significa también el Pseudo-profeta de la Visión Oncena. Está al servicio del Anticristo, pero se parece al Cristo. *"Hablaba como el Dragón, pero tenía dos cuernos semejantes al Cordero"*.

Cuando vino Cristo eran tiempos confusos y tristes. La religión estaba pervertida en sus jefes y consecuentemente en parte del pueblo. *"Haced todo lo que os dijeren pero no hagáis conforme a sus obras"*. Cristo no abandonó la Sinagoga por eso, sino que se hizo matar por purificarla. De su corazón abierto nació la Iglesia, que primordialmente fue judía.

Cuando Cristo vuelva la situación será parecida. Solamente el fariseísmo, el pecado contra el Espíritu Santo, es capaz de producir esa magna apostasía que Él predijo: la *"mayor tribulación desde el diluvio acá"*, será producida por la peor corrupción, la corrupción de lo óptimo. El dolor sólo remediable por Dios en persona es el producido por la corrupción irremediable, *"la sal que pierde su salinez"*.

Por eso San Juan vio en la frente de la Ramera la palabra *misterio*, y dice que se asombró sobremanera, y el Ángel le dice: *"Ven, y te explicaré el arcano de la Bestia"*. Es el Misterio de Iniquidad, la *"abominación de la desolación"*; la parte carnal de la Iglesia ocultando, adulterando y aún persiguiendo la verdad, *Sinagoga Satanae*.

Por eso la parte fiel de la Iglesia padecerá entonces *"dolores como de parto"*, y el Dragón estará a punto de tragar a su hijo, que sólo se salvará por milagro, y ella se salvará solamente huyendo a la soledad con dos alas

de águila, y aún allí la perseguirá la riada de agua sucia y torrentosa que el Dragón lanzará contra ella... la nueva Esposa pura y sin mácula, inmaculadamente concebida de nuevo.

La esposa comete adulterio... Cuando su legítimo Señor y Esposo Cristo no es ya su alma y su todo; cuando los gozos de su casa no son ya toda su vida; cuando codicia lo transitorio del mundo en sus diversas manifestaciones, cuando mira sus grandezas, riquezas y honores con ojos golosos, cuando —como Israel un día— busca la alianza de un poder terreno contra la amenaza de otro poder terreno, cuando los teme demasiado; cuando reconoce al mundo como una realidad "muy ponderable" y lo mira como una potencia cuya ira procura evitar a cualquier costa, cuyo agrado y benevolencia solicita, con cuya "sabiduría", educación, ciencia, cultura, política, diplomacia está encantada, *"jam moechata est in corde suo"*. Esto es lo que llama el profeta *"fornicar con los reyes de la tierra"*.

"Fornicación" llaman los profetas a la idolatría. *"Fornicar con los ídolos"* significa poner los ídolos en lugar de Dios, el legítimo esposo de nuestras mentes. *"Fornicar con los reyes de la tierra"* significa poner a los poderes de este mundo en el lugar de Dios.

Primero se fornica en el corazón desfalleciendo en la fe; después en los hechos, faltando a la caridad.

El error fundamental de nuestra práctica actual —y aun de la teoría a veces— es que amalgamamos el Reino y el Mundo, lo cual es exactamente lo que la Biblia llama *"prostitución"*. ¿No hay ahora sacerdotes políticos que quieren salvar a la Iglesia por medio de la Democracia o el Racismo o cualquier otro sistema político? ¿No hay actualmente aquí un predicador famosísimo que promete a las masas lisonjeadas una resurrección del mundo, una especie de reino milenario de felicidad temporal, por medio de la *"hegemonía moral y religiosa"* de Italia, entre las naciones, hegemonía prometida y querida —según él— por Dios mismo? ¿Dónde está en la Escritura esa promesa?

Eso equivale simplemente a asimilar a Italia con *"la mujer vestida del sol"*. Eso no está en la Escritura. No

hay en la Escritura promesas de hegemonías para las naciones; para nadie, fuera de Israel. De la Nueva Israel perdonada y purificada.

Si alguna hay, es la promesa de la hegemonía nefanda de la Gran Ramera, asentada sobre el poder político tiránico de la Bestia de Siete Cabezas y Diez Cuernos.

Los sacristanes, los profesores de historia eclesiástica, los monseñores politicones y los vendedores de "artículos para el culto católico" dicen entusiastas que *"nunca ha estado mejor la Iglesia que hoy día"*. Yo así lo creo, pero de *"la mujer vestida del sol"*, no de todo el campo del paterfamilias, donde hay y habrá siempre cizaña, según el oráculo divino.

Ellos hablan de otra cosa: a veces hablan netamente de la otra mujer, confunden las Dos Mujeres. O se confunden a sí mismos con la Iglesia.

Porque *"el mercenario y que no es pastor, viendo venir al lobo huye y se pone a salvo; porque a él no le importa de las ovejas"*.

Un cristiano tentado me decía poco ha: *"Estamos peor que en los tiempos de Cristo. Entonces se podía decir: haced todo lo que os dijeren. Ahora no"*.

Tened cuidado, tened cuidado con los sembradores de cizaña, que son hoy no solamente el *hombre enemigo*, sino también algunos de los siervos del paterfamilias.

La exégesis anglicana de Auberlen y Benson ha visto perfectamente esta verdad; sólo que ellos ignoraban otra, la verdad de la Iglesia visible, y por no verla pervierten todo el conjunto.

Dios mantendrá sus promesas acerca de la infabilidad de la doctrina en el Magisterio Supremo; aun cuando todo parezca anochecido, brillará esa luz.

En los últimos días, el residuo de cristianos fieles y su jefe serán visibles. ¡Y tanto! Serán explosivamente visibles, a causa misma de la furiosa persecución contra ellos; aunque no serán visibles, para los perseguidores, que estarán —conforme está dicho a la Iglesia de Laodicea— *"ciegos"*.

El mundo odiará a los Dos Últimos Testigos, tanto que cuando el Anticristo los mate, *"se enviarán gozosos*

regalos unos a otros". Porque "*el mundo los odiará*" y ellos darán fastidio al mundo entero.

"*Y seréis odiados de todo el mundo por causa mía*".

Así que hoy conviene probar todo espíritu y quedarse solamente con el que es bueno: porque ¡ojo! las Dos Mujeres son gemelas.

Las Dos Mujeres son hermanas, nacidas de una misma madre: la Religión, la religiosidad, el profundo instinto religioso inerradicable en el ser humano.

Y la Bestia de la tierra se parece al Cordero: "*hace prodigios y portentos*", promete la felicidad y habla palabras hermosas llenas de halago. Promete el reino en este mundo.

Éste es el sentido de las Dos Mujeres; son las Dos Ciudades de San Agustín, llegadas a su máximo de tensión contraria, pero siempre mezcladas entre ellas y en sus habitantes. ¡Tened cuidado! Dos estarán juntos en un lecho; uno será elegido y otro será dejado.

Además y después de este sentido general, yo no niego que haya otro sentido peculiar, más concreto todavía. El Apokalypsis tiene dos sentidos literales. Su primer comentador *científico*, el donatista Ticonius, el cual siguió San Agustín, formuló esta "*regla de los sentidos*".

"*Narravit enim Spiritus Sanctus in specie genus abscondens... dum enim species narrat, ita in genus transit ut transitus non statim liquido appareat*". Narró pues el Espíritu escondiendo lo general en lo particular. Y lo malo es que al narrar lo particular pasa talmente a veces a lo general, que el paso no se distingue muy claro...

El significado concreto y ya esjatológico de las Dos Mujeres es éste, según parece: la Mujer Celestial y Afligida es el Israel de Dios, Israel hecho Iglesia; y concretamente el Israel convertido de los últimos tiempos; la Mujer Ramera y Blasfema es la religión adulterada ya formulada en Pseudo Iglesia en los últimos tiempos, prostituida a los Poderes de este mundo y asentada sobre la formidable potencia política y tiránico imperio del Anticristo...

Ésta fue una de las primeras *lecciones* que nos dio el judío después de su enfermedad, hacia mediados de junio; ya éramos un buen grupito en su horrible galpón,

sentados en cajones, sillas rotas y tronos o sedíles de mojiganga, que habían servido para hacer cine. Mis visitas se habían convertido en esa especie de *clases*, porque aumentaban los visitantes, y las habíamos fijado en el sábado y domingo *pomeriggio*, que era el tiempo que él tenía libre. Además de los tres primeros visitantes, Mungué, yo, Donna Prisca —fray Fulgencio había desertado—, estaban dos periodistas españoles, Donna Ina la hebrea, su hijita Mariányels —antes de su muerte subitánea—, un empleado del consulado argentino, un viejo comerciante italiano que había vivido en Sudamérica, y el hijo mayor del teniente de carabineros, que estudiaba ingeniería y "castilla" al mismo tiempo, con la intención de emigrar a la Argentina.

Unos faltaban y otros se añadían, según que uno invitase o no a algún amigo. Pero el núcleo constante era ése. El "Governatorato" había permitido esas reuniones, gracias a la diplomacia de nuestra "diplomática". Algunos días las clases eran un verdadero circo, a causa de las discusiones de Mungué Murray.

¡Ah! venía también uno de los presos del campo, un yugoeslavo de ojos de brasa, que no podía ver al judío. No sé por qué venía.

Capítulo II: *La traducción*

Creo que he salvado al hebreo de la locura, obligándolo a hacerme la traducción rítmica, directamente del griego, del poema del forzado de Patmos.

La enfermedad o recaída en sus disturbios nerviosos que ha tenido durante estos 15 días culminó en su conato de huida, que fue un desastre. Yo no sé qué es lo que espantó al viejo, qué le hizo tratar de saltar el corral, como un caballo espantado. Y casi se rompe el cuello, naturalmente. La huida estaba planeada —o implaneada, mejor dicho— con mentalidad de niño; y lo alcanzaron a pocos kilómetros del campamento, tumbado en un trigal; deshecho. Lo trajeron por la fuerza, y con malos tratamientos según creo; se puso de rodillas ante los *carabín* llorando y retorciendo las manos, y pidiéndoles por Dios que lo dejasen libre porque estaba enfermo y necesitaba cuidados; y además, en el *camp* le amenazaba un gran peligro. El sargento yanqui simplemente se rio y lo arrastró al *camp*; y creo que por esto tiene ahora un lío el sargento yanqui con el teniente italiano.

Lo trajeron hecho una miseria. "*¿Enfermo? —ya lo curaré*" dijo el doctor Prosciutti, y le encajó tres inyecciones de aguarrás en tres días consecutivos. Las inyecciones de aguarrás producen absceso o tumor dolorísimo, y las usan aquí en el *camp* en lugar de camisa de fuerza con los presos recalcitrantes. El viejo dejó de comer en absoluto durante seis días; pero tuvo que ceder, porque le quitaron el agua; y la sed no se puede resistir lo mismo que el hambre. Si hubiese estado aquí la señora, nada de esto quizá habría pasado; pero está en Alemania, la llamó su marido desde Frankfort. Yo le reproché có-

mo era tan idiota de pensar que haciendo la "huelga de hambre" lo habían de soltar, como si le importara a nadie aquí que viviese o muriese. Me contestó que había ayunado para poder dormir, que el ayuno le daba sueño, que había pasado siete días sin poder pegar los ojos, que se sentía en peligro de volverse loco. La causa de su súbito espanto o agravamiento, si es que la sabía, no me la quiso confesar. La señora la atribuía a un fenómeno místico: yo creo que simplemente es la suma de los *déficits* nerviosos diarios, que se acumulan y estallan en crisis. Simplemente, tiene una sensibilidad nerviosa aguda y lastimada; y su situación actual es superior a sus fuerzas.

Le traje varios días a Mariányels para distraerlo; el viejo se consuela con la criatura, pero la nena se espanta y se cansa del viejo; realmente anda ahora con una cara de dar miedo, y a veces se pasa horas enteras inmóvil, con la cabeza gacha y retorciéndose las manos.

Mariányels empezó a negarse a venir; porque esta criatura mía es un angelito y una mariposita, todo lo que usted quiera; pero cuando dice *no*, es *no*.

Al fin lo forcé a que me comenzara la traducción directa del APOKALYPSIS, prometiéndole que yo se la haría publicar. No podía trabajar al principio, pero al fin comenzó con gran conato y pena, poniéndome yo al lado de él para animarlo, y después empezó a entusiasmarse poco a poco y a distraerse. De vez en cuando hacía un día de ayuno completo, y esos días trabajaba más, y hasta me parece que tenía mejor humor. Cuando tenía la mitad del trabajo hecho, me explicó lo que estaba haciendo. "*El* APOKALYPSIS —me dijo— *es un poema de «estilo oral»: el más grande que existe*". El estilo oral es el modo de hablar de los pueblos primitivos, donde todavía la escritura no existe como medio común de la transmisión o expresión del pensamiento. Es una cosa del todo extraña a nosotros, gentes de estilo escrito, en que por causa de la escritura y de la imprenta el lenguaje se ha —por decirlo así— momificado o *algebrizado*, y está ya lejísimo de sus fuentes naturales. El estilo oral es la clave de muchos problemas literarios y exegéticos. El padre Marcel Jousse lo había estudiado en una *memoria* famosa en los fastos lingüísticos, titulada LE STYLE ORAL

RYTHMIQUE ET MNÉMOTECHNIQUE CHEZ LES VERBO-MOTEURS. Es un curioso librito, hirsuto y duro de leer, pero muy importante. Se lo recomiendo a usted que es crítico y literario; recuerde que todo crítico debe ser filólogo. Le dará mucha luz. El librito de Jousse está compuesto de puras citaciones de sabios: psicólogos, etnólogos, antropólogos, escrituristas.... Es un mosaico o un collar de textos, en los que el autor no ha hecho más que ensartarlos, es decir, ligarlos y armonizarlos. Curioso volumen.

Un *poema* de estilo oral no es un poema en el sentido nuestro. No es tampoco, ni mucho menos, *prosa*, es decir, prosa nuestra. No es prosa rítmica, no es prosa poética, no es tampoco el *verso libre* de los modernistas; no es nada comparable a los productos híbridos o artificios de nuestra literatura *civilizada*: *amenuisée* demasiado madura. La BIBLIA, el KORÁN, los VEDAS, están escritos —o mejor dicho *recitados*— en ese modo de poemar hoy perdido, que podíamos llamar la poesía en estado natural, y la versificación en estado naciente. Sólo entre algunos pueblos salvajes se podría recoger hoy algunos ejemplos elementales de este modo de *componer* —entre los touaregs de África y los malgaches de Madagascar— regido directamente por las leyes de la respiración, de la emoción, del gesto, y de la memoria; y también en la vida civilizada, estando en el secreto, en algunas raras ocasiones; como en algunos felices locutores de radio, y el otro día en el tranvía...

Se echó a reír.

...El coloquio o proloquio —porque diálogo no era— de dos borrachos, en italiano, en alabanza del vino, o mejor dicho de los *vinos* de Italia; hecho con verdadero sabor, y de acuerdo a todas las leyes fundamentales del estilo oral. ¡Si yo hubiera podido transcribirlo! Me interesó tanto que me olvidé de bajar, y me pasé dos estaciones, más allá de Plaza Colonna.

Así pues el problema que usted me ha puesto es muy arduo: el APOKALYPSIS, que ahora es una prosa embrollada, restituirlo a lo que fue, es decir, un poema alado, y brillante, o mejor dicho, una salmodia sacra, una especie de cantilena del pensamiento, escrita para ser recitada a gentes no visuales sino auditivas, capaces por tanto, si

ya no de hacerlo ellos mismos, casi, casi...; y ciertamente de retenerlo desde el principio, fielmente en sus memorias, no estropeadas aún como las nuestras por el papel impreso.

Traducir este poema en tercetos, como hizo en Siena el año 1838, Antonio Martini, o en sonetos como hizo bárbaramente Raquel Adler, o en alejandrinos franceses, como hizo monseñor Joseph Blanc, obispo de Dijón, o en cualquier metro nuestro, es un contrasentido: es el lecho de Procusto; y traducirlo en prosa es falsificarlo; pero traducirlo en trocitos de frases cortadas, como hacen algunas biblias modernas, creyendo imitar con eso el estilo oral, es peor todavía.

Las lenguas antiguas son *sistemas* diferentes de las lenguas modernas; tienen leyes fonéticas y recursos sintácticos y poéticos, diversos. El endecasílabo castellano, con sus once sílabas y sus acentos único o doble, que lo rompen en dos o tres trocitos, es a los sutiles *gestos proposicionales* del estilo oral lo que es un vals o un pasodoble a una sonata de Debussy; advirtiendo que la mayor riqueza y complejidad intelectual está de parte del suelto y más natural verso antiguo y no del verso moderno, que es pura y simplemente un "bailable". *Trasponer*, como dicen los músicos es aquí necesario.

¿Qué hacer pues? Probemos esto: tomemos el asonante y el consonante castellano, y eso en la forma más floja, como equivalente del *motagrafe* o *voz-charnela* del estilo oral, ya que de ahí nació por evolución, justamente, la rima; y tomemos las unidades fonéticas más naturales al castellano, las frases de cinco, siete, ocho, nueve, once y catorce sílabas; y reduzcamos la estrofa a una agrupación libre y flexible de *temas*; y lo que puede salir de eso será lo más semejante a la rítmica original.

La traducción no será lo más *literal* posible; pero será lo más *fiel* posible; no lo más fiel a cada palabra separada, como la traducción de un lingüista alemán erizado de lenguas muertas; pero lo más fiel al espíritu y al conjunto... Eso trato yo de hacer...

Dicho esto, el judío comenzó a poner en limpio los sobres de carta y papeles barrilete que borroneaba febrilmente con lápiz. Se paseaba todos los días un largo

rato leyendo en voz alta el texto griego del poema, y después escribía, no mucho cada vez. Tampoco tenía tiempo. Yo como premio le traía a Mariányels, aunque fuera a la fuerza: esa fierecilla tengo entendido que es mi deber acostumbrarla a la obediencia; que si no se acostumbran de pequeños, después es fatal. Cuando volvió la señora, me apoyó decididamente, y el judío trabajaba mucho más.

Le trajo un buen regalo, le rescató una cantidad de papeles suyos en Alemania, no sé cómo lo hizo. El judío se iluminó bastante con esa atención de Doña Prisca. Me dijo que había entre ellos papeles importantes.

Pasaron una tarde entera secreteando, y creo que el judío le confesó en secreto la causa de su enfermedad reciente y de su ataque. Creo que esa causa debe de tener relación con algo de su hermano mellizo, el ricote norteamericano; Tonio cree lo mismo. El día antes de enfermarse el viejo había salido, regresó pálido y turbado, escribió una cantidad de cartas y rompió otras en pedacitos pequeñísimos: Tonio lo vio.

Bueno, lo que a mí me interesa es que no se enferme de nuevo. Ando estimándolo a este viejo.

Cuando me entregó la traducción me dijo:

"He aquí: Poco vale. Es todo lo que puedo hacer. Una buena traducción nunca está terminada. Le entrego esto, y ya estoy soñando en otra mejor.

"No he buscado la suavidad, la dulzura y lo que llamamos hoy la «poesía».

"Mucho menos la corrección limada y peinada. El texto griego está lleno de incorrecciones de gramática, de hendyadis, de repeticiones, de choques en los tiempos de verbo, de disonancias, de todo lo abrupto y lo sincero de una vociferación entre hermanos, patética y palpitante. Eso fue el APOKALYPSIS *en su primera debitación...".*

Yo la transcribo tal cual aquí, al comenzar la quinta porción de estos papeles. Aunque todos ya conozcan el APOKALYPSIS, no importa. Servirá, si la leen, de repaso de lo que está dicho, y de preparación a las difíciles y escabrosas cosas que quedan por decir.

El título dice así:

"Revelación de Jesucristo
que se la dio Dios Poderoso
a mostrar a los siervos suyos
las cosas que se deben hacer pronto
y las significó mandando el Ángel
suyo a su siervo Juan
el que testimonió el Verbo de Dios
y el testimonio de Jesús el Cristo,
cosas que El mismo ha visto...".

Capítulo III: *La Perdida*

Mungé Murray había estado en la recepción de Myron Taylor en el Vaticano, con algunos miembros de la embajada argentina; había oído los discursos en la sala del Tronetto y había vuelto yancófilo hasta los huesos. *"Hay que estar con Estados Unidos* —decía— *porque Estados Unidos está contra Rusia. Cuando Alemania estaba contra Rusia, yo estaba con Alemania. Ahora estoy con Estados Unidos..."*.

Nos aburrió con la descripción de los discursos, y con loas a monseñor Spellman, que él aseguraba sería el próximo papa. Hablaba con ufanía y gran satisfacción de *"la potencia financiera y la potencia política del Vaticano y de la Compañía de Jesús"*. Parecía poner estas cosas en el mismo plano; como si fuesen el brazo derecho y el brazo izquierdo, o la pierna derecha y la pierna izquierda del sumo pontífice... creo que él mismo usó esta metáfora... no es mía.

El hebreo le escuchaba con una sonrisa forzada. Doña Priscila con atención interrogativa.

—La potencia financiera y la potencia política del Vaticano y la Compañía de Jesús —dijo Benya cuando el otro frenó de puro cansado— no son lo que usted cree. El mundo de hoy no les hace caso, a no ser con la intención de traerlos a sus intenciones... *"¿Cuántas divisiones motorizadas tiene el papa?"* preguntó Stalin en Yalta. Pero si "la potencia financiera y la potencia política" son o llegan a ser lo que usted cree, entonces... ¡ay de nosotros! porque en ninguno de los cuatro EVANGELIOS hay ni la sombra de una intención divina de crear una gran potencia financiera y política ¡sobre la Cruz de Jesucristo! ni sobre su nombre.

Y en el APOKALYPSIS hay con toda claridad señalada una gran potencia política y una gran potencia financiera en la persona de la Gran Ramera, que significa la religiosidad adulterada.

La potencia política está significada por la Bestia Bermeja —o como dice el griego, la Fiera Roja— con sus siete cabezas y diez cuernos... *"que son diez reyes"* que representan un gran imperio pagano y satánico, *"lleno de nombres de blasfemia"*, es la fiera que surgió del mar: el Dragón, o sea Satanás, la hizo surgir con su mirada, *"parándose a la orilla del mar"*.

La potencia financiera está representada no sólo en el oro y las gemas que cubren a la Perdida sino sobre todo en el llanto que hacen cuando ella es destruida todos *"los negociantes de la tierra"*.

"Y los emporios de la tierra sobre ella llorarán y
[plañirán
porque su mercancía nadie ya negociará
mercancía de oro y de plata
y piedras preciosas y perlas
y holanda y púrpura y seda y grana...".

Y sigue enumerando el Profeta todas las mercancías de lujo y después las de necesidad, como el trigo y la carne acabando con *"los esclavos y vidas de hombre"*, que también son hoy mercancía.

"Y los mercaderes de esto, que se hacían ricos
parados lejos por miedo de sus tormentos
llorando y gimiendo y diciendo:
¡Ay, ay, ay, la ciudad aquella grande
que vestía de holanda, púrpura y grana
y era ornada de oro y joyas y gemas...".

Y después menciona idéntico clangor de la gran flota mercante del imperio:

"Y todo comandante y que navega el Mediterráneo
y nauta y los que trabajan en el mar
se paraban lejos y gritaban
mirando la marcha del incendio:

¿Quién como aquella capital?
y echaron cenizas sobre sus cabezas
y gritaron llorando y gimiendo:
¡Ay, ay, ay, la ciudad aquella grande
en la que todos se hacían ricos
los que tenían en el mar naves de sus finanzas
en una hora ha sido aniquilada!".

Es pues una ciudad financiera "capitalista" —como diríamos hoy— la aquí designada: el emporio y centro del capitalismo mundial. He aquí dónde irá a parar, caro amigo, su "potencia financiera".

Mungué fue a replicar, pero lo atajó la dama:

—¿No dijo usted que la Mala Mujer representaba la religiosidad adulterada? ¡Y ahora sale con que representa el capitalismo!

—La Ramera representa tres cosas concretas que serán, y ya comienzan a ser, una misma; y se implican mutuamente: la última herejía, la urbe donde esa herejía tendrá su cabeza, el imperio que esa urbe gobernará. Ese imperio será un emporio marítimo, tendrá lo que llaman hoy *hegemonía del mar*... No ha reparado usted en lo curioso del final del Capítulo XII —en algunos códices griegos el principio del XIII—, ese versículo suelto y curioso que dice: "*Y se posó* [el Dragón] *en la arena del mar*...". ¿Por qué después que no pudo tragar a la Mujer Madre ni a su Hijo, ni ahogarlos con una riada, cuando lleno de furor —porque le queda poco tiempo,

"Se va a hacer la guerra
con el resto de su semilla
los que guardan el mandato de Dios
y tienen el testimonio del Cristo".

¿Por qué digo "*se posa sobre la arena del mar*" e incubando con su mirada el báratro movedizo hace surgir de él a la Fiera de las siete cabezas y diez cuernos, con diez diademas y nombres de blasfemia, compuesta de leopardo, de oso y de león?

—No se posa el Dragón sobre la orilla del mar; el que se posa es San Juan —dijo Mungué, que estaba pi-

cado por lo de antes—. La versión anglicana KING'S BIBLE, traduce: "*Y me paré en la orilla del mar; y vi una bestia que del mar subía...*".

Y en efecto —continuó— hay un grupo de códices, designados por los críticos con la letra *Kappa* mayúscula, que comprende el 046 del Vaticano y muchos minúsculos, los cuales traen Ἐστάθην en lugar de Ἐστάθη, es decir, la primera persona aoristo pasivo en lugar de la tercera...

El judío sonrió al salivazo de erudición:

—Es una lección desautorizada y enteramente negligible —dijo—. Solamente la VULGATA, sin contar el *codex sinaiticus* y la inmensa mayoría de los otros, impondría la tercera persona. Pero aunque así no fuese, poco importaría: que la Fiera sale del mar y que la Ramera es un emporio marítimo, un gran puerto, consta hasta el exceso por los otros lugares que he citado. Pero a mí me gusta esa imagen usada del Profeta, la imagen del Dragón posándose sobre la orilla del mar con los ojos centelleantes —mucho más digna del gran escritor que fue San Juan— que la otra sosa y banal de que él mismo estaba en la playa de Patmos y *vio subir del mar una bestia...* como quiere Ramsay. No habría transición ni unión ninguna con la Visión anterior, en ese caso. No; no es posible. Basta tener sentido literario.

—¿Y qué quiere decir? —preguntó la dama.

—¿No han leído ustedes ningún libro sobre el *fenicianismo*, raíz del moderno capitalismo?

—¡No! —contestamos a coro—. ¿Qué es eso?

El judío se puso a buscar entre sus papeles con muestras de fastidio nervioso —sin hallar nada.

—Aquí tenía un precioso ensayo de Chesterton, una parábola, titulada *La galera de oro (The golden Calley)* en que el gran periodista inglés describe el fenicianismo en una alegoría brillante, que es una verdadera profecía... ¿dónde diablos está? No sé qué la he hecho.

—¡La he leído! —exclamó la señora con una palmada en la frente—. Pero no la entendí... ni la recuerdo.

—¿Ni siquiera recuerdan ustedes las imprecaciones de Platón y Aristóteles contra las ciudades portuarias, los vejámenes que proferían los antiguos contra los comerciantes?

—En Atenas, los comerciantes eran metecos —dije.

—Yo recuerdo en Santo Tomás, en el De Regimine principum, cómo denigra el santo doctor a las ciudades portuarias, cosmopolitas, confusas, y corrompidas; y exige al príncipe perfecto para su capital una ciudad interior... —dijo Murray.

—Yo aborrezco los puertos —dijo la señora—: he habitado 6 meses Marsella y me daba asco; y eso que *Marsiho* tiene una ilustre prosapia romana y cristiana, con obispos doctos y santos mártires. Mi marido quiso curiosear el gran lupanar, esas veinte horribles callejuelas, paralelo al mar entre el puerto, la bolsa, la *Mairía* y el Hotel-de-Villa, que ningún turista se pierde... es una curiosidad notable; por cierto, hija de la República —decía él—. Yo lo abandoné en la segunda calleja y estuve siete días peleada con él, me pareció una afrenta que me hizo, querer llevarme por ahí; porque ese cáncer de Marsella es una afrenta de la natura humana; y de la mujer, una doble afrenta. Por cierto que le costó caro, porque le voltearon el sombrero, le echaron barro y se burlaron de él, el hampa que vive allí.

¡Qué horror! Si hay un lugar en el mundo donde la vida sea todavía como mil años antes de Cristo, en Alejandría, o en Babilonia, son esas calles Coutellerie, Bouterie, Caisserie, Lengerie, Cuirateríe, Bonnetterie... donde roncos fonógrafos tocan el *Santa Luchia* y mujeres bestiales con los pechos al aire acometen con palabras obscenas a los transeúntes... ¡aquello no es ni siquiera Occidente! ¡Es el obsceno hormiguero oriental!

La dama estaba encendida y elocuente. El hebreo aseñó con la cabeza.

—Platón... —dijo—. Eso está en Platón... Los puertos.

—Todas las capitales católicas son interiores —sugirió ella—: París, Roma, Madrid, Viena...

—¡Pobre Buenos Aires! —exclamé yo.

—Buenos Aires no es una ciudad, es una nación. Es una isla —dijo el judío.

—¿Pues qué tienen los puertos para ser tan malos? —dijo Mungué.

—El comercio —dijo Benya—. *"Le commerce, c'est satanique"*, decía Baudelaire...

—¡Hombre!, si no hubiera comerciantes... —dije yo.

—El comercio moderno es *propiamente satánico* —aseveró el judío.

Los antiguos despreciaban al comerciante, y eso que el comerciante antiguo exponía al menos su capital, a veces su vida por enriquecerse, como el Antonio y el Basanio de Shakespeare... aquello que dice Horacio en tantos lugares.

"Gaudentes patrios findere sarculo
agros, Attalicis conditionibus
nunquam dimoveas, ut trabe Cypria
myrtoum, pavidus nauta secet mare
luctantem Icarus fluctibus Africum
mercater metuens, otium et oppidi
laudat rura sui; mox reficit rates
quassas, indocilem pauperiem pati...".

Pero el comerciante moderno, el capitalista no expone nada, y se enriquece automáticamente con el sudor y aun la sangre ajena... ¡Pensemos en los comerciantes de armamentos! Tienen un montón de dinero que le produce más dinero, sin que él se mueva, como un peral peras; en virtud de la ley monstruosa de la usura transformada por el mundo moderno en una especie de ley natural. ¡El oro pare oro, literalmente, como si fuese una cosa viva! Y eso es una invención de Satán: Eso es lo que hizo Satán, *"parándose a la orilla del mar"*; primero en los bordes de Troya, la ciudad de Neptuno, Venus y Mercurio; y después en las costas de Tiro y Sidón; después en el gran puerto de Cartago; después en Venecia, Hamburgo, Brema y Génova; después en Amsterdam, después en Londres... —dijo y se detuvo...

—¿Y después? —Interrogamos.

—Ahora en Nueva York. Después... Dios lo sabe.

—Usted —dijo Mungué— no respeta a nadie y echa abajo a todo el mundo...

—El poder de lucrar, que se sirve de la supremacía naval en los mares —prosiguió el otro—, primero fue *lucro*,

y ése es el vicio capital que Aristóteles enrostra a los mercaderes para que no puedan ser nobles, *"tener por fin el lucro, que es una cosa indeterminada..."*; después se volvió *usura*, que es peor que el simple lucro; el cual *"puede rectificarse"*, dice Santo Tomás, mientras la usura es un puro vicio contra natura; y hoy día se ha hecho algo peor todavía, prepotencia: imperialismo, tiranía y crueldad. Y las naciones existen hoy día por eso, lo demás es *epifenómeno*, incluso la religión de las naciones clericales, como notó Karlos Marx. Reparen ustedes cómo Daniel describió los imperios paganos en figura de *fieras*; pero San Juan describe el imperio del Anticristo en figura de *dragón* mezcla de todas las fieras de Daniel y como su resumen empeorado; porque es peor el neo-paganismo, que es apostasía, que el antiguo paganismo, que era simplemente pre-cristianismo.

—Díganos cuál será, de las ciudades del mundo, la Urbe Perdida, la capital del Anticristo —dije yo—, si es que por ventura son una y la misma.

—Eso no tiene brujería —interrumpió Mungué—. La ciudad designada evidentemente por San Juan no será sino que *fue*. Fue la Roma pagana capital del imperio podrido, y sede del culto nefando al emperador hecho Dios... El texto no deja dudas. El Ángel le dice al Profeta:

"Las siete testas son siete montes
sobre que la Hembra sede",

referencia clara a las conocidas Siete Colinas.

—Y *siete reyes son* —insinuó el judío—, no lo olvide, continúe usted.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que su interpretación bossuetiana es indudable como sentido próximo e imagen del *tipo*, que es sin duda la Roma Etnica; pero no excluye, antes pide con el texto mismo *"otra significación más profunda"*, como dijo el mismo Bossuet, que es la misma significación esjatológica de la última Urbe impía, semejante a una Roma Cesárea empeorada al décuplo; y por eso mezcla San Juan en su retrato realmente poco artístico todas las fieras de

Daniel: *"La Fiera IV era desemejante a las otras"* —dice Daniel prenunciando el Imperio Romano—; pero San Juan hace a su nueva y vieja Fiera que *era* y no *es* —es decir que es resurrección adulterada de otra antigua cosa auténtica—, la hace una mezcla de las tres primeras. Será una impía Urbe religiosa y capitalista, cabeza de un Imperio sacro falsificado, es decir, de un imperialismo; según parece claro.

—¿Y cómo es que el *texto mismo pide*, dice usted, esa interpretación remota?

—Entre otras cosas porque dice que *"las siete cabezas son siete montes; y también son siete reyes..."*. *Monte* en la Escritura significa reino y poder político y también hombre poderoso políticamente, como saben ustedes por la explicación del diálogo IV de fray Luis de León sobre este nombre de Cristo: *Monte de Dios*. No es forzoso pues que la Ciudad impía de los últimos tiempos sea de nuevo la Ciudad de las Siete Colinas —aunque tampoco es imposible—; basta que sea una ciudad imperial que domina a siete reinos.

—Pero los reinos del Anticristo serán diez —le dije— *"Los diez cuernos significan diez reyes..."*.

—Sí, pero sabemos por el lugar paralelo de Daniel que el Anticristo derrotará a tres reyes, y entonces los otros siete se le someterán...

—De modo que según usted el imperio del Anticristo consistirá en tres reyes vencidos y siete reyes vasallos...

—Siete, o más —dijo Benya—, poco importa. El número diez señala todos los reinos del universo. El número 10 en la Escritura significa *una cosa completa en lo profano*, así como el 12 significa *una cosa completa en lo sacro* y el 24 *una cosa completa en el Cielo*, es decir, *definitivamente:* los 24 ancianos de la Visión Primera significan la Sinagoga y la Iglesia definitivamente salvadas... Los Doce Patriarcas con los Doce Apóstoles...

Reinó un breve silencio. La señora estaba pensativa y Mungué desatento. Por hacerme el vivo, yo dije:

—Siendo así, si el 10 significa la integridad del orden profano y el 12 el orden sacro, la Revolución Francesa entonces, que cambió el modo duodecimal de nume-

rar por el modo decimal ¿significará la sustitución del orden sacro antiguo por el orden profano, es decir lo que llamamos *el laicismo*?

El viejo se echó a reír.

—Voy haciendo discípulos —dijo.

Mungué saltó entonces bruscamente.

—¿Tres reyes vencidos por el Anticristo y los demás que se le rinden? —dijo—. ¡Zas! Esto concuerda con la situación presente. ¿No hay ahora en el mundo Cuatro Grandes y todos los demás en torno de ellos en la ONU? Un mando con cuatro cabezas no puede ser más que provisorio... Si uno de ellos guerrease y venciera a los otros tres evidentemente se haría el amo del mundo... ¡Rusia! —exclamó volviendo a su idea—. Eso es lo que dijo exactamente Gonzaga de Reynolds en su conferencia de Friburgo. Este viejo suizo es una verdadera autoridad en asuntos europeos. Dijo que Rusia tenía apostados siete cuerpos de ejército en su frontera desde Finlandia a Trieste, con los cuales en diez días podía llegar al Atlántico, como los alemanes en 1940; y después invadir a Inglaterra, como no pudieron los alemanes; ayudada ella esta vez quizás por los mismos alemanes; y, habiéndole así quitado a Norteamérica ese gran portaviones que es Gran Bretaña, rendirla luego por medio de bombardeos bárbaros, y de la quinta columna comunista, como hicieron los ingleses con Italia... ¡Rusia! Si el Anticristo está cerca, no puede ser otro sino Rusia...

El viejo rio de nuevo.

—Me están saliendo discípulos —repitió—. A los discípulos hay que dejarlos un poco hacer pinitos. Esa conjetura suya cabe ciertamente en el esquema de la profecía...

—Pero nada prueba todavía que sea necesaria —dije yo...

—¡Yo tengo otra mejor! —exclamó la señora—. Si se produce la Guerra de los Continentes entre Rusia y Yanquilandia —esa guerra con que nos amenazan los diarios cada día, para que hagan entre tanto su agosto los politiqueros— ganará Estados Unidos. ¡Tienen la bomba atómica esos animales! Yanquilandia vencerá a Rusia y a sus dos aliados orientales, China y el mundo árabe; y

Nueva York será entonces la dueña incubitable del mundo, la ciudad meretricia, capitalista y herética. ¿No habíamos quedado en que, según el Profeta, tiene que ser un puerto, capitalista y anticatólico, o mejor dicho católico falsificado?

—¡Mire! —dijo agitando una gruesa revista en inglés que traía en las manos—. ¡THE LADIES HOME MAGAZINE! Lea esta espléndida y refinada revista neoyorkina que aquí cuesta seiscientas liras, y verá la más completa y sutil falsificación del cristianismo que se puede soñar: un ideal de vida cómoda, lujosa y divertida, con mucho "sex-appeal" por supuesto, y con un marco de algunos vagos y diluidos dogmas cristianos que no comprometen a nada. ¡La he leído toda estos días! —dijo encendiéndose—. Es el ideal de la Añadidura antes que el Reino, o la Añadidura sin el Reino, o el Reino Milenario realizado desde ya y sin Cristo —es decir, el cristianismo espurgado de la cruz de Cristo y de su Segunda Venida... ¡Este es el verdadero Anticristo! Si esto invade al mundo como lo está invadiendo y al fin lo domina... Esto es falsa religión sumamente seductora: esto es peor si cabe que el comunismo.

Benya aprobó gravemente con la cabeza.

—Los dos son peores —dijo— y es más que probable que un día se fusionen, porque proceden de un mismo espíritu, el espíritu del Jardín de Edén y del Paraíso en la tierra. Y quien hará la fusión será la Bestia Segunda; la Fiera de la Tierra, *"que tenía dos cuernos como el Cordero y hablaba como el dragón"*.

—Yo tengo una conjetura mejor —salté entonces, que no largaba todavía mi soñada casita en San Fernando—: no habrá guerra, la guerra es un *bluff*. Los dos colosos que ahora se enfrentan y muestran los dientes se compondrán por el miedo. Se hará un equilibrio de fuerzas, como ha pasado tantas veces en la historia de Europa y habrá trescientos o cuatrocientos años de *paz armada*, pero de paz en fin. ¡Y después de trescientos años, que venga el Anticristo si quiere, que yo de todos modos soy soltero...

El judío sonrió con facha de cansado, bostezó y dijo:

—Mi conjetura tiene en cuenta todas las de ustedes y

es una síntesis... conjetural, por supuesto. Ustedes no tienen en cuenta el enigma que hay en esa Visión Dieciséis, que es dificilísimo: esos diez reyes *"que prestan toda su fuerza a la Ciudad Perdida"* y por otra parte dice que *"la incendian y la aniquilan"*; ¿y cómo puede ser la metrópoli del Anticristo por un lado, e incendiada y deshecha antes de la Parusía por otro? Evidentemente hay aquí dos tiempos, dos momentos diversos. Entonces...

Suspiró profundamente e iba a proseguir, cuando cayó el teniente con un muchacho mensajero vestido de lujosa librea, el cual le entregó, después de identificarlo, un grueso sobre que tenía el timbre de un gran hotel de Roma... El viejo miró el sobre escrito y...

¡Se acabó la visita y la clase! El viejo se conturbó todo, y guardó cuidadosamente los papeles en el bolsillo de su tosca camisa de lienzo crudo. *"No leer cartas por la tarde: después no duermo en toda la noche"*, musitó agitado, después de examinar largamente la letra del sobre. Le temblaban las manos, se había puesto nerviosísimo. A una invitación mía, respondió con una interjección casi grosera. Nos marchamos.

Estoy calando poco a poco lo que pasa, y que él cela tan celoso.

Su hermano el millonario está en Roma, le escribe, y quizá lo ve.

Tiene que haber entre ellos algún negocio o pleito horroroso. Por una razón o por otra, el viejo le tiene miedo al otro, y también le mete miedo: debe tener un secreto de él o el cabo de alguna cuerda que lo puede ahorcar... Así se explican todas esas expresiones misteriosas que yo y Tonio le sorprendemos de vez en cuando:

—*"Mi pluma no es pluma: es una lanza"*.

—*"Si uno tiene aguante con un tramposo, el tramposo cae al fin en su propia trampa"*.

Y lo que le oí esta mañana acerca del miedo:

—*"El miedo es la pasión más salvaje y ciega que existe: hay que tenerle miedo a un hombre potente que nos tiene miedo... La mayoría de las iniquidades y crueldades de la tierra las ha cometido el miedo..."*.

Capítulo IV: *Babilonia*

Volví yo solo hoy a ver al judío. Me interesa tanto o más que sus "esjatologías" el drama de su vida, que para mí es un enigma. ¿No tendré yo vocación de psicólogo... o de novelista policíaco?

Este judío, aunque parezca sano, está muy enfermo y el día menos pensado puede hacer el mayor disparate o sucederle cualquier cosa.

Tuve que esperar que acabara su trabajo en la cocina. Su trabajo es ahora insignificante. La señora o alguien le da dinero, y estoy seguro que el viejo está sobornando a los italianos. O bien le tienen lástima. Las dos cosas a la vez. ¡Qué cara traía de vizcachón viudo!

No me quiso decir nada; me dijo que iba bastante mal, pero confiaba en Dios que su salvación estaba cerca. Nada más. Entonces le pedí me explicara de nuevo lo que dijo ayer acerca de Babilonia, la Gran Ramera o la Ciudad Perdida; porque a mí se me había ido de la cabeza como una pura niebla... "*Tanquam nubes*" —dijo él. Accedió de buena gana, creo que un poco gracias al regalo que le traje.

Ese Capítulo XVII del APOKALYPSIS —me dijo— es un rompecabezas...

Parecería haber en esa visión dieciséis, cuatro o cinco contradicciones insolubles.

1. Parece representar la religión corrompida, farisaica y áulica, conforme a la interpretación de Lacunza; y sin embargo es también una ciudad, y un gran emporio comercial; como si dijéramos, la cabeza del "capitalismo".

2. Está apoyada sobre la Bestia, el pseudo-imperio anticristiano, y por tanto, también sobre los Diez Reyes,

que son sus diez cuernos, y le dan *"su poder, su consejo y su virtud"*; y sin embargo es destruida por los Diez Reyes.

3. Parece ser Roma, porque el Ángel dice que es una ciudad asentada sobre siete montes; y sin embargo, las notas subsiguientes de ciudad anegada de delicias, meca de los mercaderes y enemiga de la Fe, parecen excluir no sólo la actualidad, más aún la posibilidad de que sea Roma...

4. Su destrucción e incendio son pintados como una catástrofe mundial; y de la actual Roma, y aun de Londres —que se puede considerar hoy como metrópoli del capitalismo— si fuesen próximamente víctimas de una catástrofe como la de Nagasaki, no habría para tanto.

5. Las frases que San Juan emplea refieren claramente su profecía, a la ruina de Tiro predicha por Isaías en el Capítulo XXIII de su profecía; y no son aplicables a una ciudad interior, política y religiosa como Roma, sino a un emporio marítimo, comerciador falaz y meretricio con todos los reinos de la tierra, colmado de riquezas y lujos, y perseguidor sanguinario de los fieles, electos y llamados...

—¿Y cómo resuelve usted todo eso? —le dije.

—Como puedo —dijo él— y cuando no puedo, lo dejo. Evidentemente no existe actualmente en el mundo una ciudad tan parecida a la Roma de Nerón —la Roma Imperial y persecutriz del siglo I que San Juan tiene sin duda ante los ojos— que la profecía le calce exactamente; aunque comienzan a vislumbrase en la realidad contemporánea las posibilidades cercanas —y aún diría la *necesidad dialéctica*— de un tal emporio.

Parece claro también que la Ciudad Meretriz y la Capital del Imperio del Anticristo no son una y la misma; porque la primera es destruida e incendiada antes de la Parusía; y en la otra, donde son muertos los Dos Testigos y *"el Señor de ellos fue crucificado"* hay solamente un terremoto que destruye la tercia parte de las casas y mata a siete mil hombres. A menos que...

A menos que sean la misma ciudad en dos momentos diferentes de su historia, el de su apogeo nefando y el de su perdición... Pero no lo parece. Parecería que

San Juan tiene delante de los ojos, en la Visión Octava y luego en la Dieciséis, dos ciudades entonces capitales: Jerusalén y Roma...

Sea como fuere, hay que reservar para el *antitypo* para la Urbe Perdida del futuro, sea simple o doble el otro sentido de la palabra *montes*, también literal aunque metafórico, que San Juan añade inmediatamente:

"Las siete cabezas son siete montes
sobre que la Hembra sede
y siete reyes son...".

La Ciudad Maldita será como la heredera de siete imperios idolátricos que habrá en el mundo antes del Anticristo, rivales del Monte de Dios, que es la Iglesia, el monte que surgió del guijarro; y esa Ciudad Maldita será el Octavo Imperio, y sin embargo será uno de los siete —dice enigmático el texto—; es decir, será la restauración de uno de ellos, como por ejemplo, un neo-neronismo o un neo-islamismo; y así solamente es posible entender esa otra palabra, todavía más paradójica y contradictoria. *"La bestia que ya era y no es..."*.

Yo salté cuando oí eso.

—¿Qué puede significar tal cosa? —le dije—. Siempre me ha desconcertado. Si dijera *"que no era y es"*, lo entendería, sería inteligible: un imperio que dejó de ser, como el romano o el mahometano, y que resurge de nuevo sorprendentemente, como esa cabeza en la Visión Octava de la Bestia que fue herida de muerte, y después prodigiosamente *"su llaga de muerte fue curada y se admiró toda la tierra de la Bestia"*, como dice San Juan. Si esa cabeza es un reino, ya se entiende lo que quiere decir: *Ya no era más y volvió a ser*, es decir, fue restaurado o reorganizado. Y eso dice Belloc en su libro sobre LAS CRUZADAS que podría pasar con el imperio mahometano; cuya caída, según él, no tiene adecuada explicación histórica.

Pero en la Visión Dieciséis, donde reaparece la Fiera del Mar, como cabalgadura de la Meretriz Magna, el texto dice al revés:

"Y la bestia, que era y no es
y ella octava es y de los siete es
y va a la perdición...".

Y sin embargo, esa Fiera que se dice *"no ser"* está allí, sustenta a la Meretriz, le dan los reyes su potencia, mata a los santos, y es vencida por el Cordero... *Si no es* ¡Santo Dios! ¿cómo hace todo eso?

El judío me miró con complacencia y dijo:

—Bien observado. En efecto hay esas dos notaciones contradictorias, aplicadas primero a una cabeza, después al revés a la Bestia y juntamente a uno de sus cuernos, que es octavo y sin embargo es séptimo.

—Ese cuerno —dije yo— tiene que ser el mismo que en Daniel nace de nuevo en medio de los diez cuernos, y se hace mayor que todos; tiene ojos y lengua; profiere blasfemias; vence a los santos: intenta cambiar el calendario y los usos de los hombres, y es aniquilado por la llegada del Reino de los Santos...

—En efecto —dijo don Benya— es el Anticristo.

—Pero el Anticristo ¿será un hombre o un reino? —dije yo—. Porque por momentos parece uno y por momentos otro.

—Es las dos cosas, una en otra —respondió mi maestro— y esto deshace una discusión secular y superflua de los teólogos. El Anticristo será un poder político tiránico, seductor e impío, encarnado en un hombre perverso, *"un plebeyo genial"*, como dice Donoso Cortés, aludiendo quizás a Bonaparte. Es una ley de la historia: siempre un gran movimiento colectivo crea su jefe, así como un gran hombre da su forma y su dirección a todo difuso momento colectivo.

—Entonces ¿es la época la que crea al héroe y no es el héroe, como pretendió Carlyle en HERO WORSHIP, el que crea la época?

—Ambos se crean mutuamente —dijo el viejo— en causalidad recíproca.

—¿Y cómo puede crear lo que *no es*? —insistí yo—. ¿Cómo se explica ese absurdo *"era y no es"*?

—Ese *no es* —reflexionó él— debe significar sin duda la falsedad del Imperio Restaurado —la cabeza muerta y

sanada— que *no es* lo que pretende ser y antes *era*, sino un fraude y una falsificación edificada sobre el engaño y la mentira. Por tanto ese vaticinio concuerda con el anterior, aunque esté formulado al revés. Surge una cosa monstruosa, imitación y máscara de otra cosa que existió auténtica, aunque mala. Daniel dice que aparece de nuevo; San Juan dice primero que muere y vuelve a ser y luego al revés, que era y ya no es. Surge un imperio de embeleco y mojiganga, con la máscara de otro de los grandes imperios históricos. ¿No hemos visto acaso en nuestros pobres tiempos a Mussolini viendo en los italianos de ahora a los soldados de César —y ése fue su gran error político— y a Hitler parodiar a Barbarroja? Falsificaciones... A fuerza de embutirnos *historia* en la cabeza desde chicos, nos han acostumbrado a pensar con frases hechas —decía Nietzsche.

—Así pues, las siete cabezas de la Bestia, que son siete montes, y, por ende, siete reyes, ¿serán siete naciones contemporáneas y vasallas del Anticristo?

—Yo creo que no —respondió vivamente el judío—; o por lo menos que no son *solamente* eso. Son los siete imperios idolátricos que se sucederán en el mando y perseguirán a los fieles hasta el Anticristo, que será el octavo y a la vez el séptimo...

"Cinco cayeron, uno es,
y el otro todavía no viene",

—dije yo—. Sí, en efecto, el séptimo *"que todavía no viene, y durará poco tiempo"* es evidentemente el del Anticristo. Pero ¿cuáles son los otros? *Ecco il problema...*

—Los cinco que cayeron —dijo el hebreo—: son los cuatro que describió Daniel: caldeos, persas, griegos, romanos con la añadidura del mahomético.

"El uno que es", es decir, el sexto que precede al Anticristo, tiene que ser uno de dos:

o el Imperio de los Zares, blancos y rojos edificados sobre el Cisma Griego, sujetador de la doctrina de Cristo al poder idolátrico del Estado, que en nuestros días, sin dejar de ser despótico se ha vuelto ateo y antitético...

o bien el Imperio de los Anglosajones, que hizo triun-

far al Protestantismo en Europa, y después lo desparramó, vuelto veneno modernista, por todo el mundo...

El séptimo, el que ha de venir, será dos cosas a la vez, y así será séptimo y octavo. Será nuevo Imperio, Imperio antiguo, y al mismo tiempo *Fiera*, es decir, poder político satanizado, levantado contra el Dios viviente y enemigo a muerte de la Iglesia —de lo que quede de la verdadera Iglesia...

—¡Qué enredo de cosas! —dije—. Se me va la cabeza.

—Enredo, porque el foco es todavía futuro, y por lo tanto oscuro. Pero basta imaginarlo como presente para que se aclare, hasta un cierto punto. Supongamos por un momento que Moscú conquista toda el Asia y se vuelve mahometano...

—¡Dios! ¡Qué dislate!

—Dislate, sí, pero absurdo, no. El bolchevismo es potencialmente una nueva religión a pesar de su ropaje ateo; y algún día habrá de tomar forma y contextura *dogmática*, tendrá que organizarse en *Iglesia*. Toda religión se formula necesariamente en dogmas y se organiza en Iglesia. Mire el protestantismo: para subsistir, tuvo que arrinconar el *libre examen*, formular credos y hacer parroquias y obispados... o mejor dicho, adaptar los que ya estaban hechos, a la nueva Iglesia reformada. Los edificios mismos de los ex templos católicos son ahora en Inglaterra iglesias protestantes.

—Pero usted dijo que Moscú es el sexto; no puede ser pues a la vez el sexto, el séptimo... y el octavo.

—Supongamos entonces que Nueva York —que era York y que no es York— se vuelve cabeza del mundo y Roma de la nueva religión *modernista*, la quinta herejía que describe Belloc, que es la idolatría moderna, y ya ahora pulula en los Estados Unidos como en ninguna parte del mundo; y que con su hegemonía aparece el nuevo Imperio de los Anglos y la cabeza del Nuevo Catolicismo "democrático, humanitario y progresivo". ¿Qué dice usted? ¿Es esto imposible?

—En gran manera improbable...

—No lo crea usted... Fuera de la enérgica y admirable minoría católica romana —o irlandesa— de los actuales Estados Unidos, el resto de la población profesa una

especie de mahometismo refinado, un "cristianismo" al que —por haber extirpado la divinidad de Cristo— sí lo traslada sobre el mahometismo, como hacen los geómetras en sus demostraciones, coincide con él en todos sus vértices. Sobre este hecho cultural clarísimo fundamentó hace ya siglo y medio el conde De Maistre su profecía de cataclismo sobre Europa: *"el protestantismo vuelto sociniano* —clamó el ferviente gentilhombre de Saboya desde Rusia— *no se diferencia ya fundamentalmente del mahometismo"*. Al fin y al cabo, también los musulmanes creen que Jesús fue un gran hombre, un gran profeta, *"el sello de los Santos"*, como lo llama Mahoma. ¿Renan y Loisy creen más que eso? Quizá menos...

—La fusión de la actual religión yanqui del Progreso, la Libertad y la Democracia con el KORÁN no ofrece obstáculo alguno considerable; falta que aparezca un genio religioso capaz de fundir en imágenes los "dogmas" comunes...

—¡Los "dogmas" comunes! —exclamé aturdido—. ¿Qué dogmas comunes? ¡Mire que confundir a Mahoma con Roosevelt...!

—Mahoma y Whalt Witman son parecidísimos —replicó el cabezudo viejo— hasta en el estilo. ¿Qué dogmas comunes pregunta usted?, pues el capitalismo de los yanquis y la esclavitud de los muslimes; la poligamia y el divorcio; la guerra santa y la "defensa de la democracia"; la creencia común en un Dios solitario, lejano y desconocido; la falta de *sacramentalismo*; el fatalismo y el culto determinista a la "Ciencia"; el monoteísmo y el theoantroponorfismo; y finalmente la *misión* del Islam con la *predeterminación* de Calvino...

—Hay en todo eso puntos de contacto, no lo niego, pero no creo que sean los *vértices*, como usted dice, de la figura. ¡No se puede comparar a los yanquis con los árabes!

—En efecto, religiosamente hablando, sería injuriar a los árabes —contestó el judío impasible— y conste que soy semita y español, no los quiero a los sarracenos... Pero lea usted la vasta encuesta sobre el actual estado de la religiosidad protestante en U. S. A. que ha hecho en su pesada novela ELMER GANTRY mi cofrade hebreo Sin-

clair Lewis... El protestantismo ha retrogradado hoy en general a una masa informe, por no decir infecta. Yanquilandia es actualmente un pueblo ateo, en ardiente fermentación sentimental de una religión nueva...

—Pero la cultura, la cultura, es la que hace toda la diferencia —exclamé—; los yanquis son blancos, son occidentales... Primero creería posible una fusión de los musulmanes con los bolchévicos...

—No se aflija, que todo se andará. El bolchevismo, como notó muy bien Belloc, no es un todo, no es un bloque compacto ateo satánico, como el vulgo lo hace; sino una porción de la magna herejía naciente ante nuestros ojos; porción llamada a integrarse en ella. No por nada el comunismo toma cariz propio en cada nación donde entra, sobre el carácter común de subversión demagógica mesiánica de resentidos sociales guiados por resentidos religiosos... El mesianismo bolchévico, la aspiración impaciente a "edenizar" la tierra por la violencia coincide enteramente con el dinamismo del mensaje de Mahoma, así como coincide con el término de la aspiración de Rousseau, Mazzini, Lammenais... y Roosevelt. Son tres líneas que pueden reunirse un día: —tienen un lado y los ángulos adyacentes iguales— ¿qué digo?, tienen que encontrarse necesariamente, el día que les salga un padre, así como nacieron de una misma madre...

—¿Qué madre?

—La Sinagoga —dijo él haciendo una mueca—. Esas tres religiones son herejías judías... Son las Tres Ranas.

—¿También la democracia? —dije yo— ¡Vamos! ¡Qué exageración! La Revolución Francesa no fue judía.

—Pero lo es el capitalismo, para el cual ella se hizo; y la masonería, por medio de la cual se hizo.

—Eso me parece exagerado; simplista y exagerado —dije.

El judío me miró un momento.

—Yo lo sé —dijo—. Yo tengo un hermano que es judío, capitalista y masón.

Quise aprovechar la ocasión para sacarle el misterio del pleito con su hermano; pero el judío se encerró en su mutismo. En ese momento llegó la señora.

Venía exultante. Traía en la mano un papel en que habían escrito con lápiz colorado:

"Coraggio. C'e speranza: Lavoriamo".

Era de Battisti, secretario de Einaudi, un diputado democristiano que dicen es muy católico. La señora le había dirigido una nota acerca de la dura situación de Benavides, alegando que las fuerzas de este hombre se venían abajo, que la situación en que estaba era superior a su poder de aguante, y que se estaba haciendo con él de hecho un crimen involuntario. Yo creí que el judío iba a saltar de contento, con esta "esperanza" que se le abría después de tanto tiempo. Pero fue al revés. Inclinó la cabeza en una profunda tristeza, agradeció a la señora, con algunas frases entrecortadas, y vimos que estaba por romper a llorar.

Nos marchamos discretamente, después de animarlo como pudimos. En el camino, narré a la señora mi conversación con él, y la interpretación que me había hecho, lo cual la interesaba vivamente. El auto volaba por la carretera de Nápoles que da al Yanícolo; bordeó la ciudad Vaticana y subió este monte. Desde arriba vimos de golpe a nuestros pies el viejo Transtevere, con sus casas viejas y tejados pardos irregulares, todas amontonadas bajo la sombra crepuscular. La señora volvió el rostro de la ventanilla y me dijo:

—¿Qué le parece esta vista?

—No sé. Es curiosa —le dije—. Un apiñamiento humano.

—Parece una ciudad de juguete sobre la cual se hubiera posado una bandada espesa de murciélagos —dijo ella.

Efectivamente, ese aspecto se podía figurar de la masa irregular de los tejados.

Capítulo V: *La otra mujer*

Hoy el judío nos dio una notable clase acerca de la *otra mujer* del APOKALYPSIS –que según él designa a Israel–, hablando con un labio partido y la cara con parches de tira emplástica –pero con una animación y un brío inaudito.

Se peleó ayer a golpes con el yugoslavo de la cocina, que ahora resulta que no es yugoslavo sino turco o druso, pero que vino de Yugoslavia y al cual apresaron en Brindisi, aparentemente dueño de un circo de fieras, pero en realidad haciendo contrabando de armas con la otra orilla. Es un hombre petiso, retacón, fornido, con una espesa barba negra informe, con un aspecto de verdadero facineroso. No me gusta nada ese hombre, tiene unos ojos de hiena; y el odio inocultable que le tiene al judío me tiene en cuidado. Esto puede acabar muy mal.

También, a quién se le ocurre poner a trabajar codo a codo en la cocina bajo el mando de un milanés gordo y bonachón a dos semitas, un turco y un hebreo, y éste con sangre española, y ésta nada menos que de los Benavides de Baeza, los famosos adversarios de los Carvajales. Estaban solos cuando empezó el duelo, pero cuando acabó –por intervención violenta de dos guardias– estaban rodeados de un corro de prisioneros, venidos al ruido, que los azuzaban gritando en todas las lenguas: "*¡Dagli, dagli! ¡Battufola, battufola! ¡Donnerwetter! ¡Allez!* y *¡Mátalo!*". El turco le arruinó la cara al hebreo de mala manera; pero éste, que llevaba la peor parte, le dio súbitamente un golpe oblicuo en la oreja que lo tiró al suelo; y lo hubiese pulverizado a patadas –porque estaba como en un ataque epiléptico, espumajando la bo-

ca—, si no lo sujetan el sargento y Tonio. Todo el mundo declaró a favor, aunque nadie sabía nada, porque al turco lo aborrecen, y el teniente yanqui, que es un *sportman* y sabe apreciar un buen *knock* y la facilidad con que el hebreo se redujo a obediencia, le dio una sanción mínima. El turco está todavía en el cepo.

Lo curioso es que la pelea le ha hecho bien a don Benya. Hoy estaba erecto, aplomado, animado, casi alegre. Este hombre debe tener una enorme energía estancada, y eso es lo que lo envenena aquí. Dicen que si a un caballo frisón habituado al trabajo se lo encierra en un establo con el mejor pienso, el animal se enferma; y si lo mancan, se muere. La energía muscular constreñida se le vuelve angustia, y el animal desesperado empieza a dar vueltas sobre sí mismo; porque los músculos tienen una especie de vida propia, independiente de la voluntad. No lo sé: a lo mejor son cuentos de los psicólogos. El caso es que el hebreo estaba hoy elocuente y brillante. También, hablaba de Israel.

Dijo que la Visión Diez de la Mujer Solar y Lunicalza significa Israel con toda certeza: *"el Israel de Dios"*, y, por tanto, también, la Iglesia primitiva; que de ninguna manera el sentido literal puede aplicarse a la Virgen Nuestra Señora —y el hebreo se descubrió y acató la cabeza al nombrarla— como hacen los *pseudo-exegetas*; *passim*; los que él llama *pseudo-exegetas*.

Soltó una tirada terrible contra los exegetas malos —es decir, contrarios a él— a los cuales llamaba *"charlatanes sacros"*, tirada que hizo estremecer a Mungué. Manoteaba como si se estuviese peleando otra vez con el turco. Se las agarró con un tal William, autor de una VIDA DE MARÍA —*"apreciable en los demás respectos"* dijo— porque decía en el penúltimo capítulo que la Visión se refería en primer lugar a la Virgen María, en segundo a la Iglesia y en tercero a Israel. Pero peor todavía lo trató a un tal Veyga, portugués, del siglo XVII, que según él había escrito un comentario bastante mediocre del APOKALYPSIS, y había insertado en medio, casi un tercio del infolio, una letanía de alabanzas a María Santísima, al modo de *Las Glorias de María* de San Ligorio, muy devoto y respetable desde luego, pero que

absolutamente *"No erat heic locus"*, decía el viejo aspeando. *"Si yo escribo un libro malo de medicina, y pongo en el medio una paráfrasis de la Salve Regina, no seré por eso mejor devoto de la Virgen; al contrario, seré mejor devoto de Nuestra Señora si hago un buen libro de medicina, aunque no la nombre una sola vez... Esa no es la verdadera devoción, a veces es mera santulonería"* —increpaba el viejo. Después se metió con otros autores que no recuerdo, entre ellos un alemán llamado Gunkel, todo para afirmar que la Mujer Celeste no era literal y primordialmente sino Israel, el Israel de Dios.

—¿Dónde has visto en el EVANGELIO, sacro charlatán —decía encarándose con el enemigo invisible—, que el Hijo de María fue llevado al Cielo recién nacido, si su Ascensión fue pasados los treinta años? ¿Dónde dice Lucas que la Virgen María tuvo una lucha personal e inmediata con el demonio? ¿Que se refugió tres años y medio en el desierto? ¡Contesta, charlatán lengua larga, cómo se verifica en Nuestra Señora esa descripción del APOKALYPSIS! ¿Y los dolores de parto? ¿No creemos con certeza que no los sufrió la Inmaculada? ¿De modo que tienes tanta devoción a la Virgen que para satisfacerla pasas por encima no sólo de la razón sino también de la Fe? Eso no es devoción, eso es sensiblería devota...

La señora lo interrumpió, porque si lo dejamos el viejo no acaba más.

—Pero la mujer es la Iglesia —dijo—. Así siempre lo he oído explicar.

—Es el Israel de Dios —terqueó él—, la reunión de los creyentes en la Fe verdadera a través de todos los siglos.

—Así, también es la Iglesia —insistimos.

—Pero no solamente la Iglesia, ni toda la Iglesia —dijo él— y estrictamente la Iglesia de los últimos tiempos, y la conversión de Israel, que entrará en ella cuando hayan apostatado las naciones...

—Así, también es la Virgen María, que es cuello de la Iglesia y la primera y principal hija de Israel —objetó Mungué.

—En ese sentido, desde luego —concedió el judío.

—Entonces, todo es igual y estamos en las mismas —dijo fray Fulgencio.

Fray Fulgencio anda bastante cambiado. Lo han obligado a dejar la Villa San Francesco y reducirse al convento. Ahora viene a ver con frecuencia al hebreo, creo que como pretexto para salir de casa y de sus "investigaciones históricas"; y se tratan amigablemente. Creo que el otro día incluso le trajo una limosna o un regalo. El judío acepta todo lo que le dan y gruñe unas palabras malhumoradas de agradecimiento. Esta vez no estalló como yo temía.

—No, padre —dijo mansamente—, no es igual.

—¿Y cómo lo sabe usted? —dijo él.

—Dada mi posición esjatológica, todo lo exige; y no es posible otra cosa. Entre otros argumentos ¿cree usted que en un libro esjatológico como el APOKALYPSIS puede estar omitido el suceso esjatológico más importante de todos, vaticinado hasta el cansancio por los antiguos profetas y por Daniel y por San Pablo extensamente, que es la conversión última de Israel?

—¿Cree usted que Israel se convertirá antes del Anticristo, durante el Anticristo o después del Anticristo? —preguntó la dama.

—Ése es el gran enigma, señora, del cual hablaremos otro día.

—¿No está indicado eso en la Visión?

—No. La Visión termina bruscamente dejando a la Mujer libre de Satán, en el desierto, y al Dragón posado en el litoral y suscitando a la Fiera Roja y Disforme. Es verdad que la Mujer *"ya ha dado a luz a Cristo"*; pues Israel convertirse es dar a luz de nuevo a Cristo espiritualmente en sus corazones; de modo que parecería que Israel se convierte primero y después viene la lucha con el Demonio, con el Anticristo y con el mundo; pero no hay que olvidar que en el APOKALYPSIS *"ordo temporis sternitur"*, como dice Tyconio Donatista. Pero muchos Santos Padres, y el mismo Victorino Mártir, creen que Israel será el ejército y el reino del Anticristo y sólo se convertirá cuando lo vean a Cristo ya viniendo... *"verán a Aquel que traspasaron"*, como dice Isaías.

—¡Ésa es la opinión de los milenaristas! —chilló Mungué.

—¿Y qué? —dijo el judío.

—¡Está condenada! ¡Está condenada! —dijeron el teólogo y el fraile.

—¿Qué son milenaristas? —dije yo.

—¡No está condenada! —dijo la señora.

—¡Ustedes no me dejan explicar el texto! —dijo el judío, dejando caer los brazos con cómico desaliento.

Nos pusimos a reír como chiquillos de escuela.

—El que quiere hacer una investigación *científica* —siguió don Benya campanudamente— debe mantener su mente abierta a toda hipótesis posible. La *hipótesis milenista* no la enseña hoy la Iglesia ni quiere que se enseñe. Muy bien: ella sabe por qué. Pero sigue siendo una hipótesis, no ha sido condenada por la Iglesia, ni es rechazada por la razón; al contrario, diría yo. Si usted quiere hacer realmente exégesis, tiene que mantener la mente libre de prejuicios y abierta a toda posibilidad, como hace todo investigador *científico*.

—Usted dijo —apuntó Mungué con el índice acusador— que el APOKALYPSIS no ha de interpretarse *científicamente* sino poéticamente...

—Hombre, la ciencia nunca estorba —dijo Benya— y lo que es siempre necesario es el *espíritu* del hombre de ciencia, la mente curiosa y libre; y no el espíritu del predicador, del apologista, del polemista y menos el del santulón fanático —dijo el judío.

—Gracias —dijeron los dos sacerdotes; y la señora sonrió y dijo:

—¿Y el texto?

Benavides tomó su Nestle y leyó para sí un rato. Mariányels, que estaba sobre mis rodillas, se levantó sin decir una palabra y salió. También salió el teniente yanqui, que había venido con Tonio con el pretexto de aprender castellano, pero yo creo que para vigilar al viejo a ver qué decía.

El vestido de sol es la fe verdadera y la luna bajo los pies es el mundo cambiante; y la corona de doce estrellas es la plenitud de la doctrina y los predicadores de ella; ese símbolo significa siempre eso; por eso se dice que en el fin del mundo "*el sol se oscurecerá y caerán las estrellas*"; y aquí mismo en esta Visión hay una gran caída de estrellas, la tercera parte de las estrellas

del cielo, arrastradas por la cola del Dragón que es arrojado del cielo y cae a la tierra *"por poco tiempo"*. Eso significa la gran cantidad de doctores del error que habrá en el fin del mundo *"pseudoprofetas y pseudocristos"*. ¿Se han fijado ustedes en cuántos genios intelectuales, doctores del error, estrellas caídas, hay hoy día en el dominio heterodoxo? Eso nunca se vio como ahora.

—Siempre se vio —dijo el mónaco—. El talento no tiene nada que ver con la fe. La fe viene del corazón.

—Nunca tanto como hoy —replicó el judío cortésmente—. ¿Qué grandes intelectos tuvo antiguamente la herejía?

—¡Giordano Bruno! —dije yo.

—Ese y muy pocos más —dijo Benya—. ¡Y mire hoy día! En todas las naciones hay grandes catedráticos de la AntiIglesia, voceros potentes de la impiedad. En todas las naciones ha habido desde el protestantismo acá verdaderas dinastías de *langostas-centauros-escorpiones*, que se van pasando el cetro literario de la guerra al Infame. Mire a Francia por ejemplo: ya que mentó a Voltaire: *"le roi Voltaire"* como le llamaron, y Victor Hugo, y Sainte Beuve, y Renan, y Gide, y este Sartre de ahora. Y al mismo tiempo Cristo va naciendo espiritualmente en el corazón de muchos judíos eminentes: el gran rabino de Roma convertido ayer mismo y René Schwob, y Shalom Asch, y...

—¡Y usted! —le dije.

—Gracias por lo de eminente, aunque sea mentira —dijo el hidalgo hebreo; y sonrió.

—Pero dígame —seguí yo—: esa caída del Dragón del cielo con la tercera parte de las estrellas ¿no significa la caída de los ángeles malos?

—Ésa es la imagen genérica que tomó el escritor sacro del repertorio de tópicos esjatológicos, pero imprimiéndole aquí un significado propio —repuso vivamente el maestro— porque ha de saber usted que la literatura esjatológica, que es muy abundante, maneja un material común de imágenes, especie de alfabeto de símbolos, a la cual cada escritor, y Juan *nominatim*, que es el más genial de todos, imprime su cuño propio y contrae a su propia visión o intención fundamental. Aquí las estrellas

significan concretamente doctores religiosos; como en toda la Escritura, por lo demás.

—A usted hay que matarlo o dejarlo —dijo la señora—, porque tiene respuesta a todo.

—Siga con el texto —dije yo.

—Las dos alas como de águila son el don de profecía, solaz del alma de la Iglesia en la última tribulación y única defensa suya; en el capítulo octavo al final, hay un águila que vuela por el medio del cielo profetizando el juicio; y el mismo profeta Juan está representado en su mismo libro como un águila, según la interpretación tradicional de los cuatro Animales como los Cuatro Evangelistas; aunque yo me inclinaría a creer que representan los Cuatro Profetas mayores.

La persecución de la serpiente a la Recienparida es la lucha de Israel con el demonio; quizá esta guerra nuestra que ha estallado contra los árabes es su comienzo. El aluvión que desata el Dragón de su boca para ahogarla son las grandes persecuciones y luchas que ha sufrido y sufrirá mi pueblo antes de regenerarse, y la tierra que se abre y traga el río significa que los judíos escaparán gracias a las mismas contingencias tumultuosas del mundo y de la época, que se traga ya los grandes movimientos humanos, ahora fractuosos, y deciduos ¡como se tragó por ejemplo a Hitler!

—¡Hum! —exclamó doña Prisca, que era muy germanófila—. ¿Y no le parece a usted, que el resultado cierto de esta guerra será que el mundo musulmán, uniéndose después de tantos siglos de fraccionamiento, echará al mar a todos los sionistas?

—Ciertamente no —exclamó Benavides un poco tocado—; los árabes quizá se unirán, tienen que unirse; pero el Reino de Israel, recomenzado ahora, no perecerá; aunque quizá será apretado internacionalmente por todos lados y ésa será su *"soledad"* y su *"desierto"*.

La soledad y el desierto serán ante todo la intensa vida interior que espera al Israel combatido, que eso significa siempre el *desierto* en la Escritura: *"la llevaré al desierto y hablaré a su corazón"*. De esta vida interior surgen los profetas, así como de la guerra surgen los héroes. Juntas brotan en estos casos de esfuerzo y de

presión en un pueblo las virtudes cívicas y los carismas espirituales: recordemos la España de la Reconquista. El valor civil es hermano del coraje religioso: en tiempo de los Macabeos no había en Israel fariseísmo ni saduceísmo. Recordemos los Benavides de Baeza: en tiempo de Fernando el Zorro (el Católico) dieron ellos dos hermanos mellizos, uno que fue capitán de Gonzalo de Córdoba y pereció en lucha con los Carvajales, otro que fue un místico... al cual yo tengo... buena razón de conocerlo —concluyó oscuramente. Mungué me miró y me guiñó el ojo.

Yo iba a preguntar al viejo si ése fue su antepasado el que cayó con la judía; pero en ese momento entró Mariányels muy siseñora como había salido, y se fue derecho al viejo y se recostó a su lado, como un ternerito. El viejo la miró con ternura pero ni la tocó, sabiendo cómo era de arisca la nena. Ella reclinó contra él su cabecita dorada, compradora como ella sola la nena mía. El viejo le había regalado hoy una caja de dátiles.

Mungué no estaba conforme... ¡Cuándo!

—Yo creo —insistió— que la Mujer Celeste es simplemente la Iglesia y la caída del Dragón que pone en la tierra con su cola el tercio de las estrellas es ni más ni menos la caída de los Ángeles...

—No lo es —dijo el viejo—. ¿No ve que esa caída es nueva y misteriosa? ¿Qué querría decir entonces esa

"Voz grande que dice en el cielo:
ahora ya está la salud y la virtud y el Reino
y la potestad del Cristo
porque es arrojado el acusador de nuestros hermanos
que los acusaba día y noche
y ellos lo han vencido por la sangre del Cordero
y el Verbo de su testimonio
y no amaron demasiado sus vidas
hasta la muerte.
Por consiguiente alegraos ¡oh cielos!
y los que habitáis en ellos;
guay de ti, la tierra; y a ti, el mar
porque bajó el diablo a vos

poseído de furia crecida, sabiendo que le queda poco tiempo?".

La caída primera de los ángeles fue antes de la creación del hombre, cuando no había a quien acusar en el Cielo, ni a quien perseguir en la tierra y el mar, ni mártires *"que no amaron demasiado sus vidas"*, ni mujer a quien perseguir, ni universo a quien seducir.

No. Esta caída significa el poder nuevo y formidable que adquiere Satán al fin de los tiempos, poder que quizá le corresponde por natura, habiendo sido el Ángel prepuesto al gobierno del mundo sensible, según opinaban los padres griegos; sólo que ahora está atado, como dice el mismo APOKALYPSIS: *"es un perro atado con una cadena"*, como dice San Agustín.

—¿Y por qué se rompe la cadena? ¿Por qué lo tiran del Cielo a la tierra?

—Por la iniquidad de los hombres y alguna otra razón misteriosa que no sabemos, *"es necesario que sea soltado un tiempito"*. En el libro de Job es donde está pintado el Mandinga —¿no le dicen así en su tierra, Delrey?— como acusador de los hombres y adornado del nombre de *Satanás*, que significa *calumniador*; y a ese lugar alude evidentemente San Juan. Pero he aquí que de chismoso y malédico se vuelve perseCutor directo; y suscita un hombre perverso, a quien reviste de la plenitud de su poder mendaz...

—¿Y cuál es ese su tamaño poder? —dije yo, con más humor que reverencia—. ¿Hacer trucos de prestimano, hacer aparecer fuego o hablar a una estatua, como lo hace Raymond o Fregoli? Eso ya era conocido en tiempos de Ginecillo de Pasamonte y el Retablo de Maese Pedro.

El judío se ensombreció.

—El poder del demonio será tremendo —dijo con voz seria— y se desatará en todas direcciones; en operaciones ocultas y nefandas de magia y espiritismo, en el poder mortífero e idolátrico de la "ciencia moderna", que ya ahora puede arrojar fuego del cielo con la bomba atómica y hacer hablar a una imagen con la televisión combinada con la radio; en la tiranía implacable de la

maquinaria política, en la crueldad de los hombres anarquizados y vueltos *"fieras de la tierra"*, en la seducción sutil de los falsos doctores, que usarán el mismo cristianismo contra la cruz de Cristo, una parte del cristianismo contra otra y a Jesús contra su Iglesia, como hace su amigo Víctor Hugo en esa composición virulenta *Un Martyr* que me trajo usted el otro día y en todo el libro de LES CHATIMENTS, y en todos sus libros... Y, en fin, en terribles tormentos interiores, que, sobre los exteriores, sufrirán las almas fieles: sometidas a noches oscuras interminables que no se resolverán en esta vida, a conflictos de conciencia desgarradores. Porque la mística católica quedará reducida a su parte pasiva, habrá como una supresión provisoria de los favores divinos a las almas, mientras Satán suscitará falsas místicas y éxtasis nefandos. Habrá almas que lucharán sangrientamente toda la vida sin resultado aparente contra sus defectos o contra tentaciones supremas, sufriendo *el bofetón de Satanás* sin la gracia sensible; porque *"el sol se oscurecerá, la luna se volverá color sangre, y caerán las estrellas del cielo..."*.

Nos quedamos en silencio. Yo miré con temor y ternura a mi Mariányels. Mungué interrumpió con voz ronca:

—Y eso, usted ¿cómo lo sabe?

—Lo sé porque ya ha comenzado —musitó el extraño viejo— y de algunas cosas tengo experiencia.

Fray Fulgencio se levantó bruscamente y enderezó hacia la puerta. Todos nos despedimos. Al salir vi en el último banco, sentado con la boca abierta, al mendigo de la Via Manzoni, un viejo vago. Ya lo he visto tres veces aquí, oyendo las prédicas del judío que no entiende ni una palabra; pero hoy estaba atentísimo. Debe ser judío. Aunque me dijo la señora que también va a las prédicas protestantes. A lo mejor es uno de esos maníacos religiosos, que tienen una indigestión de imágenes religiosas en la cabeza.

Lo que no me gusta es que me parece que se entiende demasiado bien con el turco.

Este campamento es un jardín zoológico.

Capítulo VI: *El retiro de la Iglesia*

Este viejo es un polimaníaco; yo sabía que tenía la manía de la *evasión*; pero no sabía que tenía la del suicidio; que —ahora me doy cuenta— debe de ser su pariente o prolongación. Además, tiene la manía de *ellos*. ¿Quiénes son *ellos*? Nadie lo sabe. Pero él maldice y teme a *ellos*.

Hoy amenazó de muerte a *ellos*; pero con su propia muerte. "*Les arrojaré por la cabeza un cadáver*", gritó al final de su clase, que hoy no fue ya "clase" sino sólo conversación privada. ¿Qué más da?

Resulta que cayó don Panini, el capellán del *camp*, un friulano alto y gordo que nunca está en su tienda y dice una misa de un cuarto de hora que la entienda Mandinga, en plena clase; y de parte del vicario de la Urbe, monseñor Marchetti-Selvaggiani, intimó al hebreo prohibición formal de predicar sobre la Escritura. El carácter del viejo tenía la siguiente reacción, que es bastante común en los tímidos, frente a las agresiones: cuando lo agredían se acoquinaba todo, como un niño, o peor que un niño mejor dicho, porque los niños a veces dicen que no —hay que ver a Mariányels cuando dice que no— y el viejo responde siempre que sí.

A mí si me dijeran que soy un perro judío aullaría: ¡No!; pero don Benya balaría suavemente: *tiii* —aunque es verdad que en su caso sería menormente falso. Bien, el hebreo se acoquina; pero después a la hora o a las tres horas o al día siguiente —es decir, cuando ya no hay caso— reacciona con una energía y con una réplicas tan filosas y contundentes que pondrían *knock out* a veinte Paninis y Marchettis. Que es lo que hizo hoy. Bajó la

cabeza como un cordero y baló que sí; y a la hora ¡empezó a despotricar contra la burocracia eclesiástica! que si lo oye el papa lo excomulga, y si lo oye L'UNITÁ, lo nombran redactor en jefe.

Fui yo el que reaccioné:

—¿Qué daño hace esto, reverendo? ¿Se cree usted que somos protestantes? Esto no son prédicas ni clases, sino simplemente charlas. ¿Está prohibido a los católicos leer la BIBLIA y conversar acerca de ella?

Panini me miró desde lo alto como diciendo ¿y usted quién es?

—Soy un periodista extranjero; ¡soy de la tierra de Martín Fierro!... *"Martino Ferro di Folco Testena"* —le dije.

—El que es mandado no es culpado —dijo el capellán, o algo equivalente en italiano; y se fue.

—¿Quién demonios nos habrá denunciado al vicariato? —inquirió la dama—. Porque esto no parte de Panini. A ése le importa un ardite. Alguien nos ha denunciado. Deben haber dicho que somos milenaristas. Aquí basta mentar el milenarismo para conmover al vicariato... Hacen una cuestión de Estado.

—¿Qué demonios es milenarismo? —dije yo.

—Señores, juguemos limpio —dijo la dama, volviéndose, con un imperio que yo no le conocía, al reducido auditorio—. ¿Quién ha sido? ¿Usted, fray Fulgencio? ¿Usted, padre Murray?

—¡No! —gritaron con sincera indignación los acusados...

—Pues alguien ha sido —dijo ella.

—Debe de haber sido el turco —dijo Benya.

—¡El turco no sabe si el vicariato existe, mecachis! —dije yo.

—Bien, sea quien sea, es seguro que nos han acusado de milenaristas.

—¡Pues yo quisiera saber qué es eso! ¡para hacerme enseguida milenarista!

—Milenaristas —dijo Mungué con malicia— son ciertos individuos que leen mucho el APOKALYPSIS, que creen que el fin del mundo está cerca, que arisquean con las autoridades eclesiásticas y hasta las critican, y que creen

que la Iglesia Católica, al fin del mundo, será *retirada*.

Todos miramos a Benavides, que estaba con la cabeza gacha y soltamos la carcajada. Justamente anteayer Benya había mencionado *"el retiro de la Iglesia"*.

Benya dijo meditabundamente:

—San Pablo, y después San Cipriano, y después San Jerónimo, y después San Gregorio Magno, y después San Vicente Ferrer creyeron, es decir, *opinaron* que el fin del mundo estaba cerca ¡y se equivocaron! Pero llegarán otros que lo creerán ¡y no se equivocarán! Y nada impide que aquesos seamos nosotros aquí.

—Con razón los condena la Iglesia —dije yo por broma—. A nadie le gusta morir pronto; y a la Iglesia, menos.

—Pues no señor —saltó él—. En el APOKALYPSIS la *"Esposa y el Espíritu* —es decir, por hendiadis, la Esposa inspirada por el Espíritu Santo— *dicen: Ven, ven, ven, Señor Jesús"*. Y Jesús responde: *"Vengo pronto"*.

—¿La Iglesia quiere *"ser retirada"*? —preguntó Mungué.

—Pues sí, señor. San Victorino Mártir continuamente dice que la Iglesia será quitada: *"El coelum recessit tanquam liber qui involvitur"*; y el intérprete interpreta: *"el cielo es plegado, es decir, la Iglesia es quitada"*; *"de medio fiet"* —escribe Victorino en su bajo latín— que en latín significa más todavía: *"La Iglesia liquidada"*.

—¡Eso es una herejía más grande que una casa! —gritó fray Fulgencio Mónaco.

—No tanto —dijo el viejo—. Domingo Soto defendió que la Iglesia *"desaparecería"*. Yo no lo sigo, conste. Pero quiero decir que esa opinión no fue condenada...

—¡Pamplinas! —dijo el monje, acudiendo a su exclamación favorita—. La Iglesia será perseguida solamente.

—¿Creen ustedes que antes del fin vendrá una gran apostasía?

—Eso es de fe —intervino Mungué—. San Pablo lo dice y Nuestro Señor mismo afirmó: *"Cuando Yo vuelva ¿creéis que hallaré fe en la tierra?"*

—¿Creen ustedes que una apostasía general sería posible si la Iglesia estuviera vigente, llena de pureza, de justicia, de caridad y de luz? Es imposible. La gran apos-

tasía hace concebible la gran persecución; pero la gran apostasía no es concebible sin una contaminación...

—Siempre ha existido contaminación —dijo la señora— y existirá, según la parábola de la cizaña: *"hasta el tiempo de la siega..."*.

—Justamente —dijo el viejo— y *hacia* el tiempo de la siega es cuando el lolio, que esa planta y no la cizaña ni el abrojo indicó el Divino Maestro, es cuando el lolio se parece más al trigo...

—¡Ojo! —dijo Mungué— la Iglesia siempre se distinguirá de las sectas por sus cuatro notas: una, santa, católica y apostólica.

—Ni los faros se ven bien en tiempo de niebla —pronunció sibilinamente el rabino...

—¡Eso es herejía protestante! —acusó Fulgencio— ¡El error de la Iglesia invisible!

El viejo lo miró en silencio un instante, y prosiguió:

—La condición del mundo cuando vuelva Cristo será análoga a la que tenía cuando lo dejó. El Rey de los Profetas para ver al mundo futuro, desde aquel montículo de Jerusalén desde el cual se veía el Templo, y ¡ay! el Calvario, no tuvo más que mirar su propia situación presente, ponderarla con amargura, y ampliarla en todas direcciones; y por eso el Maestro, al profetizar la Gran Tribulación Final, incluyó en la profecía parusíaca, como núcleo y *typo* de ella, la predicción previa de la caída de la Sinagoga y el Templo, abreviado fin del mundo judaico. ¡Vio las dos cosas juntas, en la misma perspectiva, aunque en diversos planos, no lo olviden!

—Yo sigo sosteniendo... Yo sigo sosteniendo... —empezó Fulgencio Mónaco.

—Eso que usted ha dicho es la única manera, según expone Billot con toda claridad, de salvar la objeción racionalista de que Cristo se equivocó flagrantemente acerca del fin del mundo —atajó Mungué Murray—, es decir, de salvar la divinidad de Cristo. Porque si Cristo erró, no fue Dios. Cristo profetizó doble, con dos sentidos literales.

—¡Pero no es la pura respuesta a una objeción, como las que manejan ustedes en clase! ¡Es el reencuentro de la ley fundamental de la profecía, la ley del *typo* y el

antitypo! ¡no es el cabo del ovillo, es el centro! ¡No es una defensa, es un descubrimiento, un nuevo mundo!

—Como usted quiera —dijo Murray con insólita cortesía—; pero lo que importa es que esa teoría suelta la objeción y es fundada...

—Más que fundada, cierta y necesaria —dijo el viejo—. Ahí está la objeción enteramente nítida: en su profecía esjatológica; en el llamado *Apokalypsis Sinóptico,* que es el Capítulo 24 de Mateo, Cristo vaticinó o la ruina de Jerusalén o el fin del mundo; y en entrambos casos se equivocó. Si predijo la ruina de Jerusalén, él la predice como inmediata al juicio final, con toda la sintomatología meteorológica de los esjatologistas: sol, luna y estrellas en danza, incluso *"el Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes"* de Daniel. Pero si predijo el fin del mundo, como mantienen los padres antiguos, entonces se equivocó netamente al decir: *"En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo esto sea cumplido"*.

—Bien. Maneja usted las objeciones como si estuviera en mi clase —dijo Mungué sonriendo.

—*Anch'io sono pittore,* cocinero antes de fraile. Pero en su clase de usted se inventaron efugios ridículos, en el primer momento al menos se llegó a defender que el vaticinio de Cristo estaba en verso ¡en verso! y además en estrofas iguales: alternadamente una estrofa se refería al fin del mundo y otra a la eversión de Jerusalén. Eso, y hacer de Cristo un payaso o un prestidigitador era lo mismo. Hicieron reír a los sabios protestantes y los confirmaron en su error. Pero que Cristo describió a la vez dos sucesos análogos ya lo habían visto Maldonado y San Agustín; y otros Santos Padres que cita allí el gran exegeta castellano.

—¿De modo que entrará a reinar el fariseísmo en la Iglesia, como antaño en la Sinagoga? —dije yo alarmado—. La promesa de Cristo de asistencia perenne a su Iglesia y su conducción por el Paráclito... eso parece destruirla de raíz.

—Y la destruye —dijo el Mónaco.

—¿Por qué? —dijo el rabino—. Las mismas promesas o parecidas fueron hechas a la Sinagoga por los profetas;

y justamente en el punto en que esas promesas estaban por fallar, envió Dios a su Hijo para mantenerlas; el cual dijo: *"En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos, haced pues todo lo que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras"*. Pues la doctrina no faltó nunca; faltó el ejemplo.

—Pero eso es sumamente peligroso de predicar —dijo Mungué—, porque el pueblo perderá la confianza en la Jerarquía.

—Yo no lo predico: solamente lo temo —dijo mansamente el judío.

—Es que no lo debe decir siquiera, ni pensar, ni soñar —dijo Fulgencio.

—En nombre propio, no —dijo él—. Pero soñarlo ¿y quién pondrá puertas al soñar? ya lo soñó Juan en el APOKALYPSIS, según creo.

—¿Dónde? —desafió Mungué.

—En cuatro lugares: la Iglesia de Laodicea, la Segunda Bestia, la Medición del Templo y la Gran Ramera.

—¡Pamplinas! —dijo Fulgencio—. *"Clara non sunt explicando cum oscuris"*. Esos lugares son oscuros; la promesa de Cristo es clara.

El judío dejó caer los brazos con desaliento y se puso con aire cansado a hojear su BIBLIA.

—¿Qué demonios es propiamente el fariseísmo? —dije yo, recordando mi disputa con la superiora acerca de Mariányels.

—¿Pues no lo conoce usted? —dijo el judío, cansado—. Está en los EVANGELIOS.

—En el *Elenchon contra fariseos*, Mateo, Capítulo 23 —dijo el teólogo.

—En todo el EVANGELIO —bramó el viejo— Cristo no hizo más que luchar contra el fariseísmo. *"Non sum missus nisi ad oves quae perierunt domus Israel"*. Fui mandado para las ovejas de Israel que perecieron.

—¡Qué exageración! —gritó Flor de Lino—. ¿Y los milagros? ¿Y la doctrina? ¡Eso es lo principal de la vida de Cristo!

—¿Cuál fue la empresa personal de Cristo como hombre, su hazaña y su trabajo, lo que unifica toda su acción? ¿Cuál fue el corazón de Cristo, si él fue un hombre de

corazón? Ciertamente no fue una dulzura blandengue, un sentimentalismo melancólico, blanducho y llorón hacia los hombres, y aún hacia los animales, como lo pintan hoy, incluso las estatuas de los templos, *d'aprés* Renan o *d'aprés* Tolstoi —dijo el viejo—. Ésa no fue la personalidad de Cristo, no fue su corazón.

—Nosotros somos devotos del Corazón de Jesús —dijo el monje— como el que más.

—¿Cuál fue pues su personalidad? —interrogó el teólogo Mungué...

—La lucha contra el fariseísmo, ese "*pecado contra el Espíritu Santo*" que le impedía su manifestación mesiánica y hería terriblemente su amor a los hombres y a los pobres y a los débiles... sin contar su amor al Padre —y a la Verdad. Ésa es la clave de su carácter, quizá la principal, la que engloba todos los rasgos de su espléndida personalidad humana —declaró Benya—. Yo sé lo que es el fariseísmo, aunque no lo sepa definir —añadió—. Lo he probado en mi carne.

—¡Pamplinas! El fariseísmo se acabó.

—Nunca —asestó Benya—. Ni se acabará. ¿Qué es lo que puede producir la Magna Tribulación, la peor prueba, si no el Magno Pecado, el *peccatum ad mortem* que efectivamente infirió la muerte al que era la Resurrección y la Vida?

—"*Si eres deveras Hijo de Dios, baja de la cruz y creeremos en Ti*" —dije yo con un vago temblor.

—En efecto, ésa es la esencia del fariseísmo —Benya se volvió hacia mí con una sonrisa aprobatoria—. Crueldad, soberbia religiosa y resistencia a la Fe. Pero Cristo desde la cruz pudiera responderles: "*Creed en Mí y bajaré de la cruz*". En efecto, cuando los judíos crean en Él, y los gentiles hayan caído en el pecado de muerte, bajará Cristo de su larga Cruz, que es toda la historia de la Iglesia.

—Esta conversación no me interesa —dijo Fulgencio.

—El fariseísmo viene a ser como... los fariseos son "religiosos profesionales"... como el profesionalismo de la religión —dije—, recordando una frase de Gustavo Thibon.

—Ése es solamente el primer grado del fariseísmo,

en todo caso —reflexionó el viejo—. A ver si podemos describirlo por sus grados:

El *primero:* La religión se vuelve meramente exterior...

El *segundo:* La religión se vuelve profesión, *métier, gagne-pain.*

El *tercero:* La religión se vuelve instrumento de ganancia, de honores, poder o dinero.

—¡Es como una esclerotización de lo religioso, un endurecimiento o decaimiento progresivo! —saltó el teólogo.

—Y después una falsificación, hipocresía, dureza hasta la crueldad... —dije yo.

—Jesucristo en el Evangelio condenó a los fariseos —machacó fray Florecita— y con eso basta.

El judío se había quedado como absorto. Después prosiguió con una voz hueca y ronca...

—Yo tiemblo de decir lo que oso apenas pensar... Mi corazón tiembla delante de Dios como una hoja de árbol al pensar en el misterio del fariseísmo. Yo no puedo indignarme como el Divino Maestro; yo, miserable gusano, le tengo miedo —y de hecho se estremeció bruscamente todo su cuerpo, y dos lágrimas asomaron a sus ojos.

—Los otros grados —prosiguió— ya son diabólicos. El corazón del fariseo primero se vuelve corcho, después piedra, después se vacía por dentro, después lo ocupa el demonio. *"Y el demonio entró en él"*, dice Juan de Judas.

El *cuarto:* la religión se vuelve pasivamente dura; insensible, desencarnada.

El *quinto:* la religión se vuelve hipocresía: "el santo" hipócrita empieza a despreciar y aborrecer a los que tienen religión verdadera.

El *sexto:* el corazón de piedra se vuelve cruel, activamente duro.

El *séptimo:* el falso creyente persigue de muerte a los veros creyentes, con saña ciega, con fanatismo implacable... y no se calma ni siquiera ante la cruz ni después de la cruz... *"Este impostor dijo que al tercer día iría a resucitar"*; de modo que, oh Excelso Procurador de Judea... Guardias al sepulcro.

—Bien, eso pasó una vez y no volverá más... —dijo Fulgencio—. La hipocresía no prospera hoy día en la Iglesia de Cristo. ¡Está la gracia de Dios!

—¡Dios lo quiera! —dijo Benya—. Pero ésta no es hipocresía vulgar: es diabólica, profunda, inconsciente casi. "*Corruptio optimi pessima*", es la corrupción de lo mejor, de la religiosidad, cosa que no tiene remedio, como la sal que pierde su salinez. La hipocresía somera que pintó Molière, por ejemplo, es casi inofensiva. Tartufo es un vulgar estúpido. Lo otro es mortífero. Cuando en la Iglesia ha salido un ramo de fariseísmo, Dios lo ha curado, pero alguien lo ha pagado con su sangre, desde Cristo hasta Juana de Arco, y hasta nuestros días. ¡El proceso de Bartolomé Carranza! ¡Y el caso de Jacinto Verdaguer! No digo que estos últimos no tuviesen sus defectos y faltas, los tenían y aún grandes, como Savonarola; pero dieron la vida en el fondo por repugnar al fariseísmo. Se entabla una lucha trágica entre la moral viva y la moral desecada, entre la mística real y la "*mística convertida en política*", que el hebreo alemán Max Scheler ha estudiado bastante bien en una monografía bastante buena... cuyo título olvidado... ¡ah, sí! El conflicto trágico en la Moral. Justamente Max Scheler lo estudia en Cristo. Vence la moral viva —hasta ahora— y siempre; pero sucumbe el que la lleva en sí como una vida y una pasión.

—¡Pamplinas de judíos y alemanes! Es tarde. Vámonos —rezongó Fulgencio.

—¿Y no nos iba a explicar los cuatro lugares del Apokalypsis? —dije yo, que no me habían dejado hablar casi nada.

—Estás perdido, Benavides, porque vos llevas adentro la moral viva —exclamó Mungué, quizá en guasa, quizá en serio...

El hebreo acusó el apóstrofe como si le hubiesen dado un golpe. En vez de reaccionar con tristeza reaccionó con furia, o mejor dicho, estalló ahora la reacción al golpe del Panini. Empezó la diatriba tremenda contra los fariseos, con frases volcánicas, candentes, cortantes, que parecían de los antiguos profetas, si ya no lo eran. Por supuesto que ya ni recordaba a Panini, a quien

respetaba; ni mucho menos al cardenal Marchetti. Su alocución era impersonal, dirigida a *ellos*; pero esos *ellos* parecía que los estuviera viendo: apuntaba, manoteaba y gesticulaba como si se estuviera peleando de nuevo con el turco. Entonces fue cuando soltó la amenaza melodramática: *"Les arrojaré mi cadáver"*. Nosotros, no lo podíamos calmar, ni aun movernos del asombro. Si hubiese estado todavía Donna Priscila, sin duda lo hubiese calmado o al menos le hubiese traído para el final un vaso de bromuro. Se había marchado cansada al empezar la discusión con Mungué, que fue más prolija de lo que yo en estas crónicas anoto.

Lo más curioso es que solo nomás acabó en bromuro y no en un ataque de nervios. Al acabar su sermón, que cerró con la precisión de un orador ejercitado, estaba calmo y hasta erguido el viejo, aunque muy sonrosado y *pantelante*, bañado en sudor. Nos despedimos y nos marchamos, dejando los *cuatro lugares* de la ESCRITURA para otro día. Fray Fulgencio estaba impresionado. Me dijo: *"Este hombre va a acabar mal"*; pero no con tono truculento, como tantas veces, sino con cierta compasión y ternura, que yo no le conocía. Me dijo iría a hablar a la señora del "problema" de ese hombre; pero no del problema que era "ese hombre" para el vicariato, sino al contrario, del problema personal de ese prójimo.

Mariányels está resfriada y con fiebre; y yo, solterón inexperto, no sé cuidarla y ando más azorado que gallina cloeca. Me escriben de Buenos Aires que el diario anda mal. Lo peor es que dice el director que mis artículos, que ahora versan sobre religión y no política, interesan menos. Bien, que me pague los cinco meses que me debe. La cuestión es que también a mí el diario me interesa menos.

Capítulo VII: *Los ojitos de fray Fulgencio*

Hoy ha habido una comida familiar en la Villa San Francesco para despedir a un sacerdote colombiano que, acabados sus estudios, se vuelve a su tierra, y estuve frente a fray Fulgencio, que se hizo comensal, creo que para escapar de la monotonia del convento, con el pretexto de que el colombiano lo cuidaba cuando estaba enfermo. ¡Dios! ¡Cómo me olvido del Apokalypsis en estas largas crónicas, y eso que pensé al comenzarlas que escribiría algo como otro Apokalypsis de 80 ó 90 páginas a lo más. Bien, todo se andará. Allí estaba el hombre vacuno en frente mío, con los ojitos azules y buenos de su madre renana o muniquesa; y... olía mal. Olía a su padre.

¡Qué rabia me dio! ¡Venir a una comida sin bañarse en todo el invierno y quizá ni en verano! Me propuse no hablarle en todo el tiempo, y me puse a hablar con una señora colombiana, de la embajada, ¡que es sordomuda! y ha aprendido a hablar en una de esas escuelas María-Heurtin. Pronunciando despacio y con muecas, y haciéndole algunos gestos entiende de un modo asombroso; y ella a su vez habla con voz disona y muchísimos gestos, la mayoría inelegantes y ordinarios, pero vivísimos; porque el gesto en ella no es adjunto coqueto de la palabra como en las demás mujeres, sino puro y simple medio de expresión. Pero al rato de hablar así cansa mucho. El mónaco me miraba con ojos de cordero degollado, porque sus dos vecinos del lado no lo atendían y se habían retirado un poco de él disimuladamente. Me interpeló dos o tres veces. Me preguntó cómo estaba Benavides, qué era lo de su fuga, si había terminado su traducción, y qué pensaba yo de sus doctrinas.

Yo vi que no podía dejar de hablarle; y que él conversaría de macanas, como siempre. Así que le dije:

—El fariseísmo, no sé por qué, es más odioso en la mujer que en el hombre.

Estaba pensando en la superiora del colegio donde va Mariánvels, con la cual me había enojado, y naturalmente, la había clasificado como "farisea".

—¿Qué fariseísmo? —preguntó él, como si le hablara de un animal paleontológico.

—La esclerotización de la religión: la santulonería en todos sus grados.

—Nuestro Señor en el EVANGELIO —dijo él con calma, dejando pasar un carro entre cada palabra— condenó a los fariseos.

—Merejkowski —le dije yo— ve el desastre del mundo actual en el ateísmo; pero no ve el fariseísmo.

—¿Quién? —dijo él—, después de una pausa ante otro animal paleontológico.

—Merejkowski.

—¿Quién es? —preguntó sin curiosidad alguna.

—¿No ha leído usted LOS MISTERIOS DEL ORIENTE? Merejkowski, el gran escritor ruso, el autor de la vida de Juliano el Apóstata. ¡Gran escritor religioso! Hay una traducción muy buena hecha por Dumesnil de Grammont y publicada por los Artesanos del Libro.

—Hoy día hay muchos libros —observó él gravemente.

—A mí me lo quitó don Benya. Dice que a mí me puede hacer daño y a él le sirve. Pero yo lo he leído todo sin daño maldito. A mí me parece perfectamente católico. Empieza estampando la señal de la cruz y sacrificando su libro —su hijo, dice él— a la gloria de la Trinidad. Hace una profesión de fe en la cátedra de Pedro; y venera a la Virgen Santísima. Si eso no es ser católico...

—Esos rusos son muy malos —dijo el monje.

—*"¡Gloria a la Santísima Trinidad! ¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! ¡Gloria al Trébol Divino!"* —exclamé en voz alta.

Mi interlocutor se quedó interlocado.

—Así comienza Merejkowski su libro —le dije— que es verdaderamente notable. Escrito en 1925, después de

la otra guerra y la catástrofe rusa. Prevé la nueva guerra y el derrumbe del mundo moderno.

—Hoy he bendecido un matrimonio —dijo él desentendiéndose tranquilamente de Merejkowski— o mejor dicho, una bodas de plata de veinticinco años de casados, y les hice una alocución de tres cuartos de hora solamente, pero bien teológica. ¡Muy teológica! Les dije que Dios quiere la cooperación de los hombres. A Adán lo creó Él solo y a Eva también la creó Él solo... pero... después...

—Aunque parezca mentira —le interrumpí— que Mandinga no haya cooperado.

—Pero después quiere la cooperación de los hombres —concluyó cachazudamente.

—Pues como le iba diciendo —dije yo en voz profesional—, celebrando usted con su teología esas bodas de plata —¿sabe lo que dijo una correntina una vez acerca de las bodas de plata?— con su alocución usted ha refutado sin saberlo a Merjkowski, en lo que puede tener de no católico Merejkowski.

—¿Qué dijo la correntina? —preguntó la señora muda de al lado.

—En casa de mi tío Celestino había una vieja sirvienta correntina. Cuando celebró sus bodas de plata, prepararon una grande fiesta. La correntina, cargada de manteles y de vajillas de plata, llamó aparte a mi primo Toto y le dijo: ¿Y qué quicé ecí eso de las bodas de plata? Yo imité la tonada correntina. El Toto le dijo: pues mi papá y mi mamá, como han vivido ya juntos veinticinco años. —¡Ah! —saltó la vieja—. ¡Qué lindo! ¡cherubichá! ¡Ahora se casan!

Todos en la mesa rieron, hasta la muda. El monje se rio un rato después de los demás, sin haber entendido el chiste.

Yo me iba convirtiendo en el centro de la conversación.

—Merejkowski —dije— exalta el matrimonio y el amor conyugal en una forma que parece rozar la herejía, según don Benya. Pero en realidad también exalta la continencia perfecta, como prenda de la resurrección de la

carne. Yo francamente no veo las herejías que ve don Benya en Merejkowski.

—El matrimonio es un gran sacramento —dijo el mónaco— pero solamente en Cristo y en la Iglesia.

—¿Por qué *solamente*? —preguntó la sordomuda. Fulgencio no le hizo caso, se volvió hacia mí y me dijo bajito, aunque creo que ella entendió:

—Las mujeres no han nacido para la teología.

La muda también se volvió hacia mí sin hacerle caso.

—¿No ha creado Dios al hombre y a la mujer? ¿Y no dijo que todo lo por Él creado era bueno?

—¡Pues sí, señora! —le dije—, pero después ellos de por sí se hacen malos. También todos los niños son buenos, y después ¡mire usted lo que sale cuando se hacen hombres!

—Pues si el sexo de suyo es bueno —continuó la muda haciéndose la sorda—, es señal de que el sexo existe de algún modo en Dios, que es principio de todo lo bueno.

Comprendí que la muda, si no había leído a Merejkowski lo había pasado raspando. Merejkowski dice que el Espíritu Santo es en Dios el principio femenino. Pero creo que esta ocurrencia está hoy día desparramada por muchos libros.

—Pues sí —le dije—, claro está: bueno es, y si es bueno, de algún modo tendrá que estar en Dios; pero de un modo tan... *diferente*, que vamos, es como si no estuviera...

—¡Oh, oh! —dijo ella con grandes aspavientos—. ¿Tan diferente que ya sea otra cosa distinta?

—Para ser muda, habla mucho esta mujer —dije yo—. ¡Qué serán las otras! —y luego en voz alta:

—¡No tan calvo, que se vean los sesos! Estará en Dios de un modo tan *diferente*, que no conviene predicarlo a la gente, porque la gente infaliblemente lo entenderá mal; y de ahí saldrán grandes males...

Me asombré yo mismo de mi teología. Quisiera que estuviera don Benya para oírme. Pero fray Fulgencio se estaba enojando.

—Eso son porquerías —dijo con fuerza poniéndose colorado.

—Ustedes los curas —dijo ella moviendo los labios

como bagre fuera del agua— no han acabado todavía de perdonarle a Dios que creara la mujer. Ahora lo aceptan como hecho consumado; pero en su fuero interno siguen pensando: *"Si hubiésemos estado nosotros allí, no habría pasado esto"*. Por desgracia, ahora ya está hecho. Por lo tanto ¡a no decir nada, y a separar todo lo posible a los hombres de las mujeres! ¡Eso es lo que hacen ustedes los curas!

Las otras dos mujeres que estaban en la mesa, y habían cesado un momento de charlar como catas, se echaron a reír; y una de ellas dijo: *"Dolly, eso está bien, lo pones en uno de tus libros"*. Fulgencio quedó un poco apabullado; pero comprendí en su carota colorada que se preparaba un *retour offensif* y me apresuré a cortarlo.

—Santo Tomás en uno de sus libros —dije— rotundamente niega que pueda el sexo hallarse en Dios. Eso es una herejía antigua, venida del Oriente, que no sé cómo se llama, según me explicó mi amigo el rabino. Y no es la única herejía que hay en Merejkowski, por lo menos en forma disuelta o aproximada... *latente* —dije, recordando la palabra exacta de don Benya—. También cree que debe venir pronto la *Iglesia del Espíritu Santo*, que es un error condenado de unos herejes llamados *fraticelli*, de la Edad Media. Decían que después de la revelación del Padre, que es el ANTIGUO TESTAMENTO, y la revelación del Hijo, que es el EVANGELIO, debe venir una tercera —coronamiento de las otras dos—, que será la del Espíritu Santo. Sólo que ellos, la esperaban de la santidad individual ¡de ellos mismos!; y el ruso ése la espera del pueblo ruso, que según él realizará la síntesis de las antiguas religiones del Oriente, principalmente de Egipto y Babilonia, que él se pone a encomiar y purificar exageradamente —proseguía yo como escuelero diciendo la lección, pues esto lo había oído el día antes al rabino—. ¡Figúrense! ¡La síntesis de las otras religiones! ¡Modernismo puro! Eso puede ser muy bien el prepararle el camino al Anticristo. *"Aparecerán falsos Cristos y falsos profetas"*, cuyas profecías, sin embargo, se cumplirán, por desgracia.

La atención general no me había seguido en mi fa-

tigosa repetición, y los demás se había desentendido de mí, incluso la muda, que bostezó ampliamente.

—¡Merejkowski es un hombre que profesando a Cristo prepara al Anticristo, así lo cree el maestro Benyal —dije para terminar.

—Estos rusos son todos unas bestias —dijo Fulgencio.

—Tienen la mentalidad eslava; apocalíptica, exaltada, mística, sutil y... muy inteligente —corregí yo—. El principio del libro es espléndido, aunque pesimista hasta allá... Claro, el hombre había pasado la tormenta del bolchevismo, al cual llama *"antropofagia rusa"* y la extiende a todo el mundo... *"Yo quisiera equivocarme* —dice— *pero de más en más me parece que la barca, no sólo de Rusia, sino del mundo todo, está por irse a pique"*.

—Hay autores muy malos, que, como las víboras, arrojan su veneno a distancia sin que uno lo sienta —observó mi único oyente...

La comparación me paró. Yo conozco víboras. Sonreí.

—No crea —le dije—. Tiene Merejkowski una refutación del ateísmo que es fantástica. No es una demostración abstracta, sino más bien, como dicen hoy, *existencialista*.

El ateísmo de hoy es una cosa única, dice, porque en la antigüedad el ateísmo era cosa privada y hoy el ateísmo es la cosa pública, y la religión es cosa privada. Por eso empezaron los liberales a "respetar la religión" como "cosa privada"; para después suprimirla; si no ellos, sus hijos los comunistas. Si Dios no existe, dice un judío alemán genial, que se convirtió al catolicismo y después perdió la fe y se suicidó, llamado Weiniger...

—Y esos autores son los peores, que se introducen de un modo sutil, sutil —dijo Florencio, que por lo visto seguía pensando en lo suyo sin oírme siquiera, haciendo con una mano unos gestos esféricos para poder pensar, como quien acaricia una calabaza—, ¡de un modo muy sutil! —concluyó enérgicamente; y dejó el tenedor y el cuchillo.

Yo, que había empezado a hablarle de Merejkowski, de fastidio que me daba y por gusto de fastidiar, me di cuenta que era impenetrable. Renuncié a explicarle la

refutación del ateísmo hecha por Weiniger. Pero me di cuenta también de algo —enteramente insólito—: que Flor de Lino había comido muy poco, de un modo comedido y casi del todo pulcro. ¿Qué es eso? ¿Está enfermo, o lo está convirtiendo don Benya? Sería un milagro.

La literata colombiana me tomó del brazo tranquilamente —como hacía ella, que hablaba tanto con las manos como con los labios—, y reanudó su conversación teológica.

—Merejkowski en el fondo es milenarista —me dijo—: yo lo he leído en la traducción de Giuliotti. Pero de un milenarismo malo, que espera el Reino de Cristo en la tierra antes de la Venida de Cristo, y obtenido por medios temporales, y consistente en un esplendor de la Iglesia también temporal... Y no es el único; pues hay muchísimos hoy día que esperan igual, incluso católicos, sabiéndolo o sin saberlo. Es milenarismo malo.

—¿Y hay algún milenarismo que es bueno? —le dije—, asombrado un poco de lo bien que hablaba. La otra me miró un momento, recelosa al parecer.

La señora Prisca me había explicado el otro día lo que era el milenarismo, pero yo no lo había *captado* muy bien, y lo tenía algo confuso, de manera que opté por seguir posando de defensor de la ortodoxia. En el fondo creo que consiste en creer que habrá dos resurrecciones universales, lo cual tiene tanta importancia como saber si hay habitantes en Marte. Por mí que haya tres, si quiere. A mí me basta con una.

—Francamente, yo no lo sé —me dijo mi bella interlocutora; porque no era fea la sordomuda, a pesar de ser literata—. Yo sé que la Iglesia ha condenado antañísimo un milenarismo malo, que llaman kiliasmo o milenarismo carnal; y los demás actualmente no le gusta que se enseñen, quizá por su parentesco con el malo, aunque de hecho no los haya condenado...

—Ni los condenará —dije comenzando a recordar lo oído a donna Priscila—, porque creo que San Agustín mismo, instigado por San Jerónimo a reprobarlos, respondió que no lo haría, porque lo habían enseñado muchos mártires, y Padres antiguos...

—Los Padres más antiguos —dijo ella animándose

mucho— y casi toda la Iglesia primitiva... Pero yo no quiero meterme mucho en eso —agregó con precaución—. Dicen que es el punto más difícil del APOKALYPSIS, el Capítulo XX; y que de su interpretación depende en cierto modo la de todo el resto. Pero ¿quién sabe? —dijo pensativa—. Quizá hasta el fin del mundo no se sabrá cierto el sentido de esa profecía, hasta que se cumpla. Por eso la Iglesia no ha condenado ninguna de las dos opiniones, pero se opone a que se predique una de ellas, por ser peligrosa. ¿Quiere decir esto que no es verdad? No. Hay verdades peligrosas... para los niños por ejemplo —y con un mohín del terso mentón me indicó a fray Fulgencio, que hablaba con su vecino...

—Pero la mayoría de los teólogos actuales —dije— apelando a mi erudición...

—La mayoría de los que hoy se dicen teólogos —y sonrió otra vez hacia el mónaco— ha adoptado la otra, la de San Agustín en su segunda posición, pues de joven el africano fue milenarista; y despotrican contra el milenarismo.

Hacen bien, es lo más cómodo, y para eso están ellos, para despotricar y disputar. Pero la hipótesis milenarista es la más conforme al sentido literal...

—Y con ella se interpretan mejor los profetas antiguos —dije yo.

—¡Eso lo iba a decir yo! ¿Quién se lo dijo?

—La señora Priscila Pueyrredón...

—¡A mí también! —dijo ella, y nos echamos a reír los dos. Los dos estábamos jugando a los teólogos de segunda mano.

Con esto y con los brindis, saludos y etcéteras se acabó la comida. El joven colombiano era muy simpático, y brindó con gentileza y elocuencia sudamericana del norte. Pero yo, del brillante porvenir que él prometió con entusiasmo a la Iglesia colombiana, de las esperanzas, que lo entusiasmaban, en la joven América que venía quizá, en los designios providenciales, a sustituir con sus fuerzas vírgenes a la caduca Europa... de la fraternidad universal de los pueblos, cansados de guerras, y unidos en progresista coro bajo los auspicios de la democracia cristiana... empecé a dudar si no era también

milenarismo, y no del bueno... si es que hay uno bueno...

Cuando salíamos, me sacó aparte fray Fulgencio, que apenas había tocado la comida, y me empezó a preguntar con mucho interés por la salud de don Benya y cómo iban sus asuntos. Me asombró. La primera vez en la vida que lo veía preocuparse por el prójimo. Realmente a este hombre le pasa algo.

Había estado en el vicariato a pedir espontáneamente para el judío permiso de leer libros prohibidos, pues le alarmó ver que el judío leía de todo; y hablando de él con un sacerdote de los que hacen expedientes —estos clérigos se conocen todos, han estado juntos en el seminario, etc.— empezó a interceder por él: e interesó primero a su amigo el pinche y después a un monseñor de buen corazón, que prometieron empeñarse por la suerte de Benavides, a quien él les pintó como un enfermo que sufría muchísimo. El buen don Fulgencio carece de toda percepción de los sufrimientos morales; pero el dolor físico sí estremece su corazón gordito, a través de sus ojos azules.

Yo tengo esperanza en esos dos ojos azules, a pesar de las diatribas del extremoso don Benya; en esas dos plácidas florecillas de lirio.

Al subir a mi cuarto, antes de dormirme bajo el *afa* de la campiña romana —Mariányels dormía como un angelito en su coqueto gabinete rosa— rompí todas las notas que había tomado del libro de Merejkowski para hacer un artículo, creyéndolas una gran cosa a causa de la filípica que me había dado acerca de él don Benya esa mañana; —menos una que estaba en el reverso de una carta de mi hermana, y además, me pareció muy buena:

XXIV "La democracia, como todo poder humano, puede ser una fuerza mala o buena, positiva o negativa, relativamente a lo religioso, según a quien sirva. ¿Cuál es pues el dueño a quien sirve la democracia atea? Ella misma lo ignora. Pero si la madre lo ignora, la hija, la social-democracia, lo sabe bien. La madre no fue bautizada y la hija se levantó contra la Cruz. El alma de la democracia es el ateísmo social y contemplativo; el alma

de la social-democracia es el ateísmo militante, o mejor dicho, según la expresión de Bakounine, el «antiteísmo» en la acción social.

"Que toda la humanidad diga como el demoníaco Kirilof: «Si Dios no existe, yo soy Dios» y... que en lugar del Reino de Dios venga el Reino del Hombre; sobre esto reposa la nueva Iglesia Universal, la Internacional".

Así dice el ruso éste apocalíptico.

Besé a Mariányels, que se movió suavemente bajo el calor del día, con los cachetes encarnados. Al dormirme veía yo los ojitos zarcos del bueno e insoportable fray Fulgencio.

"Tenía los ojos celestes
como potrillito zarco".

Capítulo VIII: *La "abominación de la desolación"*

Fuimos esta tarde a Ostia Tiberina. Lo sacó la señora al viejo para hacerlo ver por su médico; y me recogieron a mí al mediodía. Le costó a donna Prisca no sé cuántas molestias con la *prefettura* y la embajada norteamericana, pero al fin salió con su intento y estaba contentísima. Está muy delgada, demacrada casi; pero tiene mejor color; el ánimo siempre plácido y gentil. Es un ángel esta señora.

El viejo también estaba contento. Toda la mañana habló con el médico, que es una eminencia, no recuerdo el nombre, un nombre medio feo; y parece que se entendieron a maravilla. Después conversaron la señora y el médico sobre la manera de ayudar al hebreo. Me dijo ella que el especialista le hizo soltar todas las drogas e inyecciones y se rio de los tres diagnósticos del doctor Posciutti. Él opinó que don Benya no es un enfermo, ni menos un maníaco, sino simplemente un hipersensitivo que está puesto en una *situación* superior a sus fuerzas. A mí me parece que ese diagnóstico es todavía peor que los otros; porque entonces no tiene remedio. Desa *situación* no podemos sacarlo nosotros.

Al llegar al Campo Verano presenciamos una escena curiosa. Tuvimos una *pana* de media hora y nos entramos al cementerio. Había un entierro discutiendo con el capellán. Enterraban a un obrero, y se había venido el comité comunista al cual perteneció en vida, a banderas desplegadas con la hoz y el martillo; y no podían comprender que el cura no quisiera echarle el responso, y aun quisiera impedirles la entrada en la capilla. Discutían a gritos en romanacho, y nosotros entramos a pa-

cificar. Era una comedia. Yo me acordé de la definición que dio un día don Ángel Cisera de los "responsos": "*Responso* –dijo don Ángel a un grupo de parroquianos de su pulpería– *es que cuando muere uno, lo llevan a la iglesia, se reúnen los curas alrededor, y hacen «responsable» a los médicos desa muerte...*". Estos obreros parecían tener una idea similar del "responso".

Al fin llegaron a una transacción –el capellán era un buen romagnolo, y además estaba solo– y fue que las banderas e insignias se quedarían a cincuenta metros de la capilla, y entrarían solamente el cadáver, los seis amigos y la familia. *"Porque éste haya sido un pobre obrero, no se le debe privar de nada de lo que se hace con los ricos; porque Jesucristo dijo que todos éramos iguales"* –éste era el argumento de los amigos del muerto. ¡Vaya a leerles usted los decretos del vicariato! Para ellos, Jesucristo fue una especie de Togliatti magnificado.

El chofer nos llamó a gritos. En el auto empezó don Benya a explicar lo que habíamos interrumpido ayer, a requerimiento nuestro, y tomando pie del responso de los comunistas. Lo escribiré todo seguido, y lo que me acuerdo; pues el viejo hoy habló casi solo. Estaba eufórico, se ve que estaba contento de su nuevo médico.

–El mundo quiere unirse –dijo– y actualmente el mundo no se puede unir sino en una religión falsa. O bien las naciones se repliegan sobre sí mismas en nacionalismos hostiles –posición *nacionalista* que ha sido superada –o bien se reúnen nefastamente con la pega de una religión nueva, un cristianismo falsificado; el cual naturalmente odiará de muerte al auténtico. Sólo la religión puede crear vínculos supranacionales. Bien lo probaron los romanos al instituir como necesaria liga de su inmenso imperio pagano la religión obligatoria e idolátrica del Emperador: *"Numen Imperatoris"*. Esa religión tenía delante Juando cuando describió la Bestia; y el carácter, el nombre, el signo y el culto de la Bestia; o, en griego, de la *Fiera*.

La presión enorme de las masas descreídas y de los gobiernos o bien maquiavélicos o bien hostiles pesará horriblemente sobre todo lo que aún se mantiene fiel; la Iglesia cederá en su armazón externo; y los fieles *"tendrán*

que refugiarse" volando *"en el desierto"* de la Fe. Sólo algunos contados, *"los que han comprado"*, con la renuncia a todo lo terreno, *"colirio para los ojos y oro puro afinado"* mantendrán inmaculada su Fe, esos contados 144.000 de la Visión Cuarta y la Doce, agrupados en torno a los Dos Testigos. Es curioso que en la Cuarta Visión todos ellos pertenecen al pueblo hebreo, con la excepción de dos tribus, Dan y Efraín; y en la Duodécima son llamados *"vírgenes"*. Ésos son el *santuario*; el *atrio* será pisoteado por los gentiles *"por un poco de tiempo"*; lo cual quizás significa que no todos los demás se perderán, pues alrededor de los fidelísimos San Juan divisa en el Cielo *"una multitud innumerable de todas tribus y razas y lenguas"*.

Esos pocos *"no podrán comprar ni vender"*, ni circular, ni dirigirse a las *masas* por medio de los grandes vehículos publicitarios, caídos en manos del poder político; y, después, del Anticristo: por eso serán pocos. Las situaciones de heroísmo, sobre todo de heroísmo sobrehumano, son para pocos; y si esos días no fuesen abreviados, no quedaría ni uno. Pero la Iglesia no está por hacer, ya está hecha; hoy está construida, inmensa catedral de piedra y barro, con una luz adentro. No desaparecerá como si fuese de humo: quedarán los muros, quedarán al menos los escombros, y en los altares dorados y honrados con huesos de mártires se sentará un día el Hijo de Perdición, el Injusto, cuya operación será en todo poder de Satanás, para perdición de los que no se asieron a la verdad mas consintieron con la iniquidad.

Un mundo nuevo lleno de maravillas técnicas que no darán la dicha a los hombres se construirá con la argamasa de la omnímoda mentira, el fraude religioso y la opresión y el engaño del pobre. Los dueños dese mundo podrán hacer llover fuego del cielo y hacer hablar a la imagen de la Bestia. En medio de una algarabía de voces, de propagandas y de tangos, el papa dice actualmente por radio desde el Vaticano, a un mundo enteramente desatento y aturdido, viejas verdades que suenan a retórica. Pero la radio y la televisión serán dentro de poco del dominio exclusivo del Príncipe deste mundo; y *"aquel inicuo"* que de él recibirá poder para hacer pro-

dígios mendaces podrá hablar un día y por televisión ser visto hablando por las multitudes reunidas en plazas y templos, a todo un universo aterrado y exaltado, *"que estará delante de él como una oveja delante del lobo"* —dice el libro del Zend-Avesta: el lobo vestido de piel de oveja.

La Iglesia creó la Cristiandad Europea, sobre la base del Orden Romano. La Fe irradió poco a poco en torno suyo y fue penetrando sus dentornos: la familia, la sociedad, el trabajo, la cultura, las costumbres, las leyes, la política. Hoy día todo eso está cuarteado y contaminado, cuando no netamente apostático, como en Rusia; un día será *"pisoteado por los gentiles"* del nuevo paganismo. Ese es el atrio del Templo. Quedará el santuario, es decir, la Fe pura y oscura, dolorosa y oprimida; el recinto medido por el profeta con la *"caña en forma de vara"*, que es la esperanza doliente en el Segundo Advenimiento, la caña que dieron al Ecce Homo y la vara de hierro que le dio su Padre para quebrantar a todas las gentes.

—Así pues desaparecerá la Cristiandad...

—Así la Iglesia quedará intacta... —dijimos nosotros.

—No desaparecerá la Cristiandad: será profanada. Ni quedará intacta la Iglesia visible: dentro de ella habrá santuario y atrio. Habrá fieles, clero, religiosos, doctores, profetas que serán pisoteados, que cederán a la presión que tomarán la marca de la Bestia. ¿No han leído ustedes en la biografía del general de Sonis de aquel obispo francés que se hizo masón para llegar a ser obispo y que después sedujo a una hija del general de Sonis?

La Cristiandad será *aprovechada*: los escombros del derecho público europeo, los materiales de la tradición cultural, los mecanismos e instrumentos políticos y jurídicos serán aprovechados en la continuación de la nueva Babel: la gran confederación mundial impía. ¿Cómo, si no, podría levantarse en tan poco tiempo? ¿No recuerdan ustedes que Havellok Ellis recomienda que se conserve, por su valor estético, documental y cultural *"la Misa cantada en Barcelona"*? ¡El responso de los comunistas!

Esto más o menos fue lo que discurseó el hebreo

en el automóvil. En Ostia comimos tallarines al *succo*, huevos fritos y castañas con pan gris de algarroba en un mesón y después vimos la pequeña ciudad, el ferrocarril papal, el templo de Neptuno, el anfiteatro —es decir lo que queda— y el mar. Hacía un calor húmedo y aplastante. Al fin nos sentamos en el viejo teatro griego, a la sombra de un muro, y el viejo desapareció, diciendo que quería *"hacer ejercicio"*. ¡Con este sol! Lo que quería era pillar una insolación, para darnos trabajo a nosotros. Recuerdo que la señora me dijo:

—Esa estatua allí prueba la inmortalidad del alma...

Había un torso griego delante de nosotros, sin cabeza y con manos y piernas rotas, lavado por la lluvia y dorados los perfiles por el rabioso astro.

—Fíjese —dijo Donna Prisca—: hay algo en el hombre que está por encima del espacio y del tiempo; y ese algo ¿cómo podría morir?

¡Yo entiendo esa estatua! ¡Yo comprendo lo que el escultor quería decir!

—Entonces, dígamelo a mí, porque a mí no me dice nada. Está bien dicho, desde luego —le dije—. Pero no lo entiendo.

—No se puede decir con palabras, sino con mármol —sonrió ella—; y ese desconocido me lo dice a través de dos mil años: y desde Tebas o Atenas. Ha hecho un simple cuerpo humano, lleno de arrogancia y de sumisión a la vez; y con él ha dicho para siempre mil cosas acerca de la Grecia y acerca de su propia visión del mundo y acerca de sí mismo.

—Quisiera saberlas —dije yo— para hacer un artículo. Pero desde el momento que usted, señora, se las reserva... Bah, son cosas que usted ha leído en los manuales, y ahora le parece que las ve en la estatua; y como usted también ha esculpido, o dibujado al menos, a lo mejor son cosas que usted *quería* decir. Lo que cree ver en la estatua, está en sus ojos.

Y después para no desabrirla, le hice un cumplimiento acerca de sus ojos. ¡Cómo son las mujeres! Cayó el viejo con la melena y la barba húmeda, todo arrebatado del sol, descalzo. Se había ido a nadar en el mar, y

nos contó, con su habitual exageración, que "*casi se había ahogado*".

La señora le rogó que explicara lo que había omitido ayer, ahora que no estaba Mungué para interrumpir.

Se sentó en el caliente escalón de piedra. Tenía uno de sus cuadernos, no sé de dónde los sacaba.

—No habrá una "*Nueva Cristiandad*" —dijo exabrupto—: ni la de Solovieff y sus discípulos Berdiaeff y Rozanof, ni la de Maritain, ni la de Pemán, ni la del padre Lombardi y don Sturzo. Ésas son ilusiones vanas de un mundo que teme morir. El Imperio Romano es el último de los grandes imperios, después del cual seguirá el del Anticristo. Entender de otro modo a Daniel y a San Juan es imposible. Una tradición patrística que remonta a los Apóstoles y es quizá apostólica, como opina Cornelio Alápide, los ha leído, así unánimemente. No habrá un Imperio universal después del Romano, sino sólo *imperialismos* como el inglés.

La Ramera sobre la Bestia es el Imperio Romano idolátrico, restaurado al fin de los siglos por el poder del mal. El buen Cornelio Alápide dice audazmente: "*Digo que Babilonia, aquí y en el capítulo siguiente, Roma es: no la cristiana que hay ahora, sino la infiel y pagana que fue en tiempo de San Juan y la que de nuevo será en el tiempo del Anticristo*". Y después construye con ingenuidad los sucesos futuros: el Anticristo derrotará a tres grandes reyes y todos los demás se le someterán: el Anticristo hará destruir a Roma por los reyes vecinos a ella, vasallos suyos; establecerá su sede en Jerusalén y hará perseguir a los últimos fieles y al último pontífice, que, conservando el título de obispo de Roma, quizá esté escondido y fugitivo en otra parte, en Jerusalén misma.

Pero quizá —¡y Dios lo quiera!— la segunda Roma, la Roma escatológica del *antitypo*, no sea geográfica sino sólo metafóricamente la Roma de Italia actual. Nada impide que sea una gran ciudad imperialista, capital del capitalismo y meca de la religión adulterada, espejo aumentado de la Roma neroniana. Porque, eso sí, en San Juan está claro que esa Babilonia de que él maldice es

la religiosidad pervertida. ¿Y por qué no puede ser la Europa entera?

Eso *salta fuera* —dijo el viejo en cocoliche— del texto y de los lugares paralelos. El principal déstos es el de la Segunda Bestia, una fiera que surge de la tierra como la otra surgió del mar, es decir, de la Iglesia en contraposición al mundo; la cual aunque habla como dragón *"tiene dos cuernos semejantes al Cordero"*. Esta Bestia es la que *"actúa"* y reduce a la práctica, es decir, *ritualiza* todo el poder de la otra, dice el Profeta. Ella es la *propaganda sacerdotal*: ella organiza la adoración idolátrica, impone la adoración del *ícono* nefando, controla las sanciones de lista negra para los que no se someten y suscita la gran persecución sangrienta. Esta bestia es pues evidentemente un movimiento religioso, una herejía parecida al Cristianismo, la última herejía, la más nefanda y sutil de todas, la adoración del Hombre; encarnada ella quizá en un genio religioso, una especie de inmenso Lutero, Focio o Mahoma. Quizá sea un antipapa y los dos cuernos signifiquen la mitra episcopal. No lo sabemos.

Pero la perícopa de la Prostituta Empurpurada es todavía más convincente, a mi juicio. San Juan dice ante su vista que *"se asombra con asombro grande"*, cosa que nunca dice en todo su libro, pletórico de visiones asombrosas y aún monstruosas; como por ejemplo la de un tercio de la tierra destruido o el ejército de los doscientos millones. Y ese asombro asombroso del Profeta, es subrayado todavía por dos asombros más: en la frente de la Perdida está escrita la palabra *misterio* y el Ángel lo dice luego: *"Yo te diré el arcano de la mujer y la bestia"*. ¿Qué es lo que hay en esa Reina Inmunda para asombrarse tanto?

Si no hay más que la Roma Étnica y la persecución de Nerón, como sostiene Munguí, *d'aprés* Bossuet, Ramsay, Renan y tantos otros, no hay asombro posible: eso estaba delante de Juan como un hecho cotidiano y de todos sus oyentes y lectores. El mismo culto idolátrico del Emperador, religión obligatoria del Imperio y lazo de unión social de sus multiformes profesos —que aduce

Ramsay—, no justifica la palabra *misterio* ni la palabra *arcano*, ni el *asombro grande*.

Ese culto era lógico. El pesado sofista Gibbons, en su HISTORIA DE LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO pugna por probar que las diez persecuciones, cuyas proporciones reduce cuanto puede, no eran diabólicas e inhumanas, sino algo legal y natural, dado que los cristianos disolvían el vínculo social del Imperio, y toda sociedad tiene el derecho a defenderse. Sólo consigue probar que eran *lógicas*; es decir, que no eran incomprensibles ni misteriosas. Lógicas; aunque diabólicas, desde luego.

El diablo y la maldad humana estaban detrás de esa lógica. Pero lo que es realmente monstruoso es la realización última de esa maldad humana, su segunda hipóstasis, cuando la Mala Hembra estará realmente *"ebria de la sangre de los santos y fornicará con los reyes de la tierra"*.

Fornicar en el lenguaje profético significa invariablemente *idolatrar*. *"Fornicar con los ídolos"* es en Isaías, en Jeremías y en Zacarías poner a un ídolo en lugar de Dios, el esposo de Israel. *"Fornicar con los reyes de la tierra"* es poner a los poderes políticos en lugar del Dios vivo y trascendente. Pero la Roma Étnica no idolatraba a los reyes de la tierra; al contrario, los sojuzgaba y aplastaba.

"Estar ebrio" es estar alegre, petulante y glorioso. La sangre no embriaga, la sangre repugna. El gozo de la muchedumbre pagana en el Coliseo y su *"¡cristianos a las fieras!"* no eran sino, testigo Tertuliano, un afecto maligno, sombrío y silencioso, un sadismo triste que no puede llamarse propiamente borrachera.

"Emborracharse con la sangre de los santos" describe bien el afecto farisaico de sacar gloria de los sacrificios cumplidos por los verdaderos fieles; ese afecto que maldijo Nuestro Señor diciendo: *"¡Ay de vosotros, que edificáis tumbas suntuosas a los antiguos profetas, y si hubiéseis vivido en su tiempo, les hubiéseis dado muerte, como lo hicieron vuestros padres"* —y como estáis a punto de hacer conmigo, que soy el Profeta Sumo, por Moisés prometido! Llenarse la boca con las glorias de los mártires y los santos sin imitarlos en nada, y hacién-

dolas señuelo para explotar al prójimo en provecho propio... Eso sí que es asombroso y es lo último, es *"la abominación de la desolación"*.

"La abominación de la desolación" es un hebraísmo que significa como si dijéramos nosotros la peor inmundicia, la última basura. Los israelitas usaron de esa palabra para designar el sacrilegio máximo: a los ídolos puestos en el templo de Dios. Y esa *"inmundicia de su fornicación"* dice San Juan —el cual no se arredra ante las palabras más fuertes— se la bebe Babilonia Magna en un cáliz de oro. Y ella es la sangre de los santos y los mártires de Jesús.

Me dijo hace poco un sacerdote español: *"En mi tierra los que ahora más se llenan la boca con «nuestros gloriosos mártires y nuestra gloriosa cruzada», para apoyar en ella sus ventajas personales, son los que primero huyeron o más astutos se escondieron, a fin de no ser mártires"*. A éstos, si ello es verdad, la sangre de los mártires se les ha vuelto gloria y provecho; y discursean acerca de ella con petulancia de borrachos. Pues bien, guardando proporciones, es lo que sin duda significó Juan con su asombro grande delante de la Gran Corrompida. Su corrupción no aparece a la vista, como un tumor o un cáncer. Está vestida de escarlata, raso blanco y oro, está resplandeciente de gemas. Por eso su corrupción se llama *Misterio* y *Arcano*.

Calló el viejo y le temblaron las manos. Nosotros estábamos consternados. Si esto es así, realmente el mundo que está por venir es muy difícil. ¿y cómo haremos para manejarnos en él? La señora se cubrió el rostro con las manos.

El viejo volvió a hablar y su voz era bronca y trémula.

—Pero para eso se nos ha dado la profecía —dijo—, para nuestro consuelo. Si no la tuviéramos, la tribulación sería inaguantable y la confusión inextricable. Pero en la Escritura, ha dicho el Crisóstomo, están marcados los males futuros para que cuando vengan no nos aplasten. En el libro de las visiones de Santa Brígida, vio la santa al apóstol Juan diciendo a Cristo: *"Tu, Domine inspirasti mihi* —leyó el viejo— *misteria ejus et ego scripsi ad consolationem futurorum, ne fideles tui propter fu-*

turos casus everterentur". Es lo mismo que dijo el Crisóstomo, solamente que la santa sueca lo vio en forma plástica.

—Usted nos aterra —dijo doña Priscila.

—No aterraría si no estuviese yo aterrado —respondió el viejo—. Pero para mí las profecías apocalípticas no son terror, sino fuerza. Lo que me aterra no es el APOKALYPSIS.

La serie de desgracias que me han perseguido implacablemente hasta reducirme a este estado de pura miseria, sin la gracia de Dios, me hubiesen hecho perder la esperanza, y caer en la tentación terrible del calvinismo, de que hay hombres predestinados infaliblemente por Dios a la perdición. Pero la fe me sostiene; ella me persuade que mi destino es quizá ser un testigo de las angustias de la época, de las cadenas de mis hermanos, del desorden del mundo, de los dolores de la inteligencia oprimida, de la caótica subversión que acecha hoy poderosa, hasta el último instante, debajo de los pequeños y de los grandes amores del corazón humano.

Se rio incongruentemente después desta tirada, que leyó en su cuaderno, y se ató pulcramente las sandalias sobre sus pies limpísimos. Estaba enteramente tranquilo y feliz el viejo. Si tuviese muchos días como el de hoy estoy seguro que se curaba sin muchos médicos. Tiene razón el médico nuevo, que este hombre no es enfermo, sino que *"lo enferman"*: no es un enfermo sino un enfermado; está puesto absurdamente y sin esperanza en una situación que va a contrapelo de sus gustos, sus hábitos, sus inclinaciones y sus sentimientos. De ahí los insomnios y los ataques de congoja.

Eso es peor todavía que estar enfermo, porque esa situación es absolutamente imposible de cambiar por cualquier lado se la mire. La señora trabaja enteramente en vano, me lo temo mucho. Sin embargo, sólo el saber que la señora trabaja, ha cambiado al viejo.

Cuando llegábamos a San Francesco venía Mariányels muy siseñora de la escuela con Lola, la sirvienta. La señora paró el auto y la levantó. Era patético el hambre que se le veía de acariciarla y la timidez de hacerlo, por timidez de enferma. Al fin le saltaron las

lágrimas. Yo me puse a bromear acerca del peligro de ahogarse del hebreo y de la inmortalidad del alma de la estatua. Llegamos tarde al *camp*, estaba cerrado el cancel, y nos llevamos un reto serio del teniente. Yo pido a Dios que no me dé jamás la obligación de hacer sufrir a la gente inútilmente. El viejo se volvió a saludarnos, y dijo oscuramente:

—Ánimo, señora, usted será liberada antes que yo.

La señora me preguntó en el camino si le había oído hablar a Benya de suicidio. De suicidio no, pero pedir a Dios la muerte a gritos, eso, cada dos por tres. El médico quería saber eso, según ella.

Capítulo IX: *La política*

Don Benavides es dulce y violento. En la situación en que está, ambas cosas le son fatales. Si don Benya fuese rico; si fuese un jefe militar o un superior religioso... o un señor feudal, como sus antepasados, su carácter le serviría preciosamente; tiende a aguantar y tener paciencia hasta el último límite; pero al tocar éste, estalla como un huracán; se va del seguro. En el *camp* lo que se necesita es un carácter duro y agresivo, en continua alerta y hostilidad hacia todos. Sólo así lo respetan a uno y puede uno manejarse.

Hace dos días que llueve interminablemente sobre Roma, *llueven cuatrines* dicen aquí, porque la cosecha lo necesitaba. No salgo de casa sino para ir a ver a Mariányels, que está en la clínica Salus; se me ha enfermado mi angelito, el resfrío degeneró en bronquitis y fiebre alta.

La lluvia me gusta a mí:

"Este día es triste, es lluvioso y gris
cae una llovizna como un gran tamiz
los árboles lloran, cantan las terrazas
yo miro los árboles llorosos, las casas
y el día que es lluvioso y gris...".

Se acabó mi carrera de periodista. El diario ha quebrado y creo que lo han puesto preso al director. Me enteré por un telegrama de La Nación en la embajada; no han tenido la atención de avisarme con una carta, yo seguía tan garifo mandando mis crónicas semanales.

De todos modos ha sido una buena experiencia. Mis sueldos los cobraré... en el valle de Josafat.

Estoy leyendo el cuaderno número 4 de don Benya, un cuaderno de tapas salmón con lomo de tela, grueso como un libro, 146 hojas, Reconquista, industria argentina. Está lleno de cosas heterogéneas, algunas ininteligibles. Voy a ver si puedo aprovechar los fragmentos que hay aquí acerca de la política. Don Benya no ama la política, a la cual sin embargo conoce y juzga desde un punto religioso, desde *su* punto de vista. Me convenció que la candidatura a diputado de Castellani en 1945 fue un error. Yo tenía la idea de que era *"una buena broma"* —como creo dijo él mismo— dado que era imposible que ganase; y que si por un milagro ganara, se hubiese limitado a callarse, cobrar y votar. Pero en realidad hubiese sido arrastrado a discusiones inverosímiles y estrafalarias y hubiese estado como en un baile de negros. Puede ser.

Benavides juzga sin entusiasmo a los partidos democristianos que han surgido en esta postguerra: dice que pueden detener un tiempo al comunismo, pero que no pueden durar; y censura, a veces agriamente, a los clérigos y aun prelados que se han embarcado en ellos, a veces con un afán un poco grotesco. Dice que la empresa trágica de Mussolini y Hitler era ni más ni menos que la resurrección del Imperio Romano, la última intentona; y que fracasó; o bien porque la cosa era en sí imposible, o bien porque los arquitectos carecieron de los dotes requeridos, principalmente de prudencia política, moderación y equilibrio moral, cosas que sólo da una religiosidad profunda; una mística. Pero el trozo donde está este pensamiento va tachado y cruzado por esta frase en tinta roja: *"Aruspicem post factum rideo"*, que significa: *"Me río de los profetas que adivinan hacia atrás"*, frase que le he oído muchas veces.

Del comunismo pensaba muy mal, a pesar de su gran amor a los pobres; y a pesar de ser uno desos tipos que alguien llamó *"nobles opositores"* y que yo llamo *"los insubordinados del orden"*, como San Martín, como el Cid Campeador, y como Martín Fierro y el Quijote. Yo le llevé una cantidad de números de L'Unità y de

Don Basilio para información, y lo encontré después de la lectura enteramente asqueado. *"Esto es canallería pura* —me dijo—: *yo esperaba encontrar algo, por lo menos una chispa del fuego que hay por ejemplo en Proudhon. Aquí no hay más que barro. Mentiras, calumnias, maniobras sucias y entera mala fe. Excepto, eso sí, los discursos de Togliatti, que es un buen periodista y un hombre de coraje"*. Sin embargo, cuando llegó la victoria electoral de De Gasperi en abril, no lo encontré muy entusiasmado: *"Para los medios que se han usado* —me dijo—, *es una derrota"*. Yo me escandalicé. *"Estas elecciones prueban* —me dijo— *que más de la mitad de Italia ha dejado de ser católica, a pesar de los chillidos de júbilo que da ese locutor español de Radio Vaticano"*. Tenían audiciones de radio escogidas de vez en cuando los presos.

—¿Cómo es eso? —exclamé—. ¡Si por el comunismo han votado una tercera parte; y ni aun eso.

El viejo sacó del bolsillo un sobre viejo lleno de números.

—Fíjese —me dijo—: han votado en contra de la Iglesia la mitad justa de los italianos, hombres y mujeres. No olvide que el comunista no es el único partido italiano antirreligioso: están las dos fracciones socialistas, Nenni y Saragat; está el Partido Liberal, el Republicano y otros menores; hasta en el Movimiento Social hay muchos anticlericales. ¡Sume los votos! ¡Piense lo que esto significa! Después de los mandatos formales de muchos obispos y las exhortaciones del mismo pontífice en persona, votar por estos partidos era, si ya no apostasía formal, al menos rebeldía rotunda a la autoridad eclesiástica. Y esto se ha producido. Éstos son los hechos.

Leyó el folleto L'Italia dirimpetto ai nuovi tempi del padre Milanesi —creo que este apellido que don Benya usa es, en realidad, Lombardi— y escuchó por radio a este célebre orador dos veces. Organizaron en el *camp* una solemne audición para todos los prisioneros y asistió el teniente italiano, el capellán y todos los guardias. Éste era un predicador que "hacía furor" en este tiempo en Italia, recorría Italia y llenaba de oyentes los teatros. Al viejo no le gustó nada. En el cuaderno que

tengo hay dos fragmentos, del 27 de febrero y del 2 de marzo de 1947 que voy a copiar y que expresan con todo desenfado la impresión y el juicio que le mereció. ¿Qué mal puede hacer ya ahora a don Benya el que eso se conozca?

Italia dirimpetto ai nuovi tempi

Si realmente este folleto representa el fondo de la predicación del celebrado conferenciante, su "mensaje", como dice él, entonces se explica su popularidad, pero queda en tela de juicio su solidez evangélica.

No se apoya en el cimiento firme de la Fe y de la ESCRITURA, sino en una opinión humana discutible; más aún, claramente repudiable a la luz de la teología si se toma en un sentido absoluto; una especie de *mesianismo* italiano.

Mezcla la religión, el patriotismo y la política. Rebosa de un *progresismo* optimista del todo superficial y aun pueril. Halaga el restablecimiento de la Italia vencida en guerra, con la imagen falsamente religiosa de una especie de *desquite* espiritual, una especie de *milenarismo* humano. Temerariamente hace promesas magníficas incluso de prosperidad material, en nombre de un Dios enteramente antropomorfo; más aún, italomorfo. Enseña que Roma, en virtud de la religión católica, es la verdadera capital del mundo. Finalmente, hace el cartel del partido democristiano de De Gasperi, como encarnación del ideal cristiano social, que según explica simplistamente sería la "síntesis" del comunismo y del liberalismo. Parecería pues que la Iglesia —o la *"filosofía cristiana"* como dice él— sería la continuación de dos herejías y no se habría encontrado a sí misma hasta después que estas dos herejías han devastado al mundo.

Se ilusiona con una nueva era de triunfos y prosperidades que debe venir al mundo en pago de lo que ha sufrido en la guerra; y eso, por medio de Italia, la cual, naturalmente, se hará dellos la mejor parte, evidentemente olvidado de la palabra de Cristo acerca de *"las guerras y rumores de guerra"* que según el Salvador serían *"el principio de los dolores"*. Milanesi se promete

bonachonamente que estas de ahora son *"el fin de los dolores"*. ¿Cómo lo sabe?

Es un pseudoprofeta. Y nadie lo estorba en la Iglesia, todos son a aplaudirlo y empujarlo, según parece incluso los profesores de teología. ¿Qué teología es ésa?

Contra este abuso del sentimiento religioso, esta *mística devenida política*, y esta pueril falsificación de las profecías pronunciadas en favor del pueblo de Israel, que este temerario hablador traspasa a Italia, se levantan todas las profecías auténticas: el sermón esjatológico del Salvador, las tremendas predicciones de San Pablo y el APOKALYPSIS. En ninguna parte está escrito que en medio de la gran apostasía vendrá un paréntesis de vivísima fe y caridad en el orbe, y después se reanudará la apostasía, lo cual es además históricamente inverosímil. Y el orador sin embargo reconoce la apostasía de Europa y cita acerca de ella la autoridad del sumo pontífice en su sermón de Navidad.

Milanesi muestra al mundo dividido en dos bloques, anglosajón y ruso, liberal y comunista. Diga lo que quiera después de esto, a esta división no escapa ni Italia. La mitad de Italia es hoy prácticamente atea y el partido *democristiano*, es decir, casi la otra mitad, es *democrático*, vale decir, filosóficamente liberal, y sólo políticamente *clerical*; y está apoyado por el bloque anglosajón, como los comunistas por los rusos.

Ninguna nación, fuera de Israel, tiene promesa o elección especial de Dios en la ESCRITURA. Ni siquiera la elección de Roma como sede permanente del vicario de Cristo, hecho providencial sin duda, consta en la BIBLIA como hecho necesario. No es un dogma de Fe, es una opinión teológica; que tiene en contra suya las opiniones nada menos que de Suárez y Belarmino.

Al contrario de lo que se promete Milanesi, la opinión de la corrupción de Roma en los últimos tiempos está mucho más fundada en la tradición y en los textos. En efecto, si el APOKALYPSIS debe entenderse *esjatológicamente*, y si debe entenderse primero literalmente que alegóricamente, entonces la gran ciudad llamada Babilonia y descrita como la Gran Prostituta es simplemente Roma, una Roma futura gangrenada; cuya caída por

obra de los *reyes* secuaces del Anticristo ilumina los últimos capítulos de la Revelación como un gran incendio.

Opinión terrible y que me hace temblar; pero que hay que tener el coraje de contemplar, como posible al menos, si se tiene fe en la inspiración de la ESCRITURA...

.....

Hasta aquí llega el primer fragmento del diario del vejete, que me hizo recordar una frase que le oí varias veces: *"Así como Dios ciega, decían los antiguos, a los individuos que quiere perder, así cuando decreta perder a una nación, le suscita una legión de oradores brillantes"*. El viejo no les tenía amor a los "conferencistas". Los trataba de divulgadores de ideas ajenas, que por poco que los halague el aura popular, caen en el error de emitir ideas propias y sustraerse al control del verdadero sabio; el cual casi siempre, como Moisés, suele ser tartamudo.

El otro fragmento se refiere a la conferencia que le oyó el hebreo por radio:

Il nostro momento

El fondo doctrinal de esta conferencia, es decir, *mensaje*, envuelto en su profundo patetismo y una elocución realmente brillante, es deleznable. Es una recomendación del partido "democristiano" de De Gasperi; y una recomendación no ya política o filosófica sino *religiosa*, basada en un razonamiento teológico falso, y un temerario profetismo, con patrioterismo vulgar y sin verdadera filosofía.

Ahora bien esta conferencia —vulgar intervención en política— no ha sido parada por el vicariato hasta ahora por lo menos. Veremos lo que pasa si el partido de De Gasperi fracasa.

Ese partido, junto con los similares nacidos en Francia, Bélgica, Hungría, son llamados en ella *"directamente inspirados en las enseñanzas cristianas"*. ¿Es así de verdad? Ojalá me equivoque; pero temo que no sea más que una alianza de la burguesía con el clericalismo en defensa de la "propiedad". Cristo no dio recetas económicas o financieras, mas simplemente dijo: *"Abando-*

nad vuestras riquezas en favor de los pobres en todo lo posible; y tendréis el Reino de los Cielos". Creo que el "democristianismo" no es más que el viejo liberalismo católico un poco aderezado. Tengo la impresión —y ojalá yerre, lo repito— de que será barrido por el socialismo radical, como un kerenskismo cualquiera.

El temor al comunismo mueve a algunos sacerdotes a apoyar la religión en cualquier movimiento político que parezca poderoso; pero apoyarse en forma cautelosa; de modo de poder dejarlo en cuanto sea vencido. Antes fue el facismo, ahora el democristianismo.

Esa "política" es sucia; es antiparusíaca, y por ende no es cristiana. Busca en los hombres el remedio de males que solamente en Dios lo tienen. Milanesi alega el ejemplo de los que convirtieron a los reyes bárbaros con la consecuencia, prevista y buscada, según él, de la conversión de todo el pueblo. Muy mala excusa: él se dirige a todo el pueblo, y no trata de convertir, por ejemplo, al mariscal Badoglio o al ministro Scelba. Olvida que aquellos santos antiguos no prometían a los reyes bárbaros el triunfo en las batallas o las glorias de este mundo, sino a lo más como *"añadidura"*; los aterraban con la muerte y el juicio y les predicaban el Reino de Cristo y la *metanoia* total: *"quema lo que has adorado y adora lo que has quemado"*. Y si eran verdaderos santos, como lo eran, codiciaban el alma del convertido para Dios infinitamente más que los efectos "políticos" de la conversión, las cuales abandonaban con olvido en manos de Dios mismo y su providencia. Es calumnioso atribuir a San Ambrosio, a San Leandro y a San Remigio cálculos "vaticanistas".

Si la Europa se ha de convertir, si la Iglesia ha de reflorecer, cosa que no sabemos, no será sin que sea limpiada de fariseísmo, mundanismo y estolidez la parte de ella que está contaminada de los males del siglo en todo el mundo; sin un reflorecimiento previo del espíritu, la inteligencia y la disciplina en el clero y en los fieles. Y esa limpieza la puede hacer Dios, en sus inexcrutables designios, por medio del triunfo de la idea socialista y la persecución que ella trae consigo.

Las Langostas han terminado de atormentar al mundo

durante cinco meses de años. Entramos quizá en la Sexta Trompeta; el prepararse de la Guerra Continental, con los cuatro Ángeles —los Cuatro Grandes.

En 1939 comenzó una guerra nueva, la guerra de la bomba atómica, que ha dejado al mundo postrado y aterrado... Si se sustrae a esta fecha 150 años, tenemos justo 1789, el comienzo de la Revolución Francesa, que marca el fin de lo que llamó Holzhauser la *"era protestante"*, es decir, la Cuarta Tuba...

.....

Hasta aquí el segundo fragmento. Yo no sé si estos juicios tajantes son borradores de cartas, como pareciera darlo a entender una palabra en lápiz rojo al margen: es muy capaz este viejo bárbaro de haberlos mandado a De Gasperi o a algún amigo indiscreto, comprometiendo de ese modo su situación. Es un hombre que sabe verdades: o cosas que él estima verdades y ése es el oficio más peligroso que hay, que es para pocos, para gente muy rica y bien respaldada la espalda. Andad a decir la verdad, moriréis en el hospital. Le hablaré a la señora y le *prohibiremos* que escriba más cartas sin mostrarlas a uno de nosotros, que somos como quiera que sea sus amigos sinceros; para que no estropee las gestiones que estamos haciendo para sacarlo de su infierno.

El tercer fragmento que pertenece a este tema es un juicio de un libro de don Struzzo, un sacerdote italiano, titulado LA GUERRE MODERNE ET LA PENSÉE CATHOLIQUE. Yo se lo regalé. Me dijo que el libro tenía muchas cosas buenas sueltas, aciertos particulares; pero que el conjunto le repelía. Dijo que este autor era un *intelecto conceptual*, sin intuición. Yo le objeté que don Struzzo era un gran intelecto práctico, se había distinguido en la acción, había organizado un partido católico y sido en Sicilia concejal, alcalde y diputado. Replicó el empaquetado viejo que eso no empecía, que puede darse el *intelecto conceptual* y palabrero combinado con la *mafia de agibilibus*: que eso no constituía el intelecto capaz de filosofar sobre lo concreto, de reducir los principios generales al juicio de lo contingente; don precio-

so que es de muy pocos y señala al verdadero pensador, como Tomás de Aquino.

Dice así el artículo de don Benya:

Este último de sus libros convence decisivamente a don Struzzo de mediocridad intelectual y pensamiento radicalmente inseguro, mezcla de religión y de política, revelando su vocación verdadera de político democristiano, o sea, de cura politicante.

Justamente lo contrario pretende probar él en el ensayo preliminar *Mi vocación política*, donde pretende que su verdadera vocación era intelectual, que sus veinte años de "actuación" política que lo enalzaron a... diputado y fundador de un partido político... fueron cosa forzada; la cual actuación no había dejado más resultado —confiesa él— que *"la formación de su sistema sociológico..."*. Entonces no dejó ningún resultado.

Su sistema sociológico no existe, reduciéndose a la repetición de lugares comunes de las encíclicas pontificias —que no son muy manuales de sociología, como creen algunos, sino directivas pastorales—; lugares comunes orientados hacia un foco de evolucionismo o progresismo liberal, que es lo peligroso en él, y lo vuelve de un cura *politicón*, un cura peligroso.

En efecto, en este análisis de la guerra moderna, realizado con buena erudición y con poca penetración, don Struzzo proclama como supremo remedio del mundo la Liga de los Pueblos, una nueva "Sociedad de las Naciones", esta misma sociedad que ahora vemos formándose o deformándose; de la cual vendrá *"la extirpación de la guerra como medio de justicia entre las naciones"*; medio bárbaro y salvaje que finará seguramente en esta nueva era (¿la era atómica?) *"como han finado ya la esclavitud, la inquisición y la vendetta"*, dice el clérigo; y digo yo que creo que ninguno de esos tres ha terminado, antes existen hoy día en otra forma: *empeorados*.

Hace una distinción entre el papado, al cual adula, y el pueblo cristiano, al cual denigra en bloque, según la cual el pueblo cristiano ha abandonado el sentido —strúzzico— de la moralidad tratándose de la guerra, en tanto que el papado ha dicho siempre serenamente la

verdad... abstracta; —y aquí se despepita por probar, con frases sueltas, que los papas últimos han sido, en definitiva, anglófilos-aliadófilos. Se espanta de que haya habido católicos germanófilos, incluso en Germania. Se queja amargamente de que periódicos y pensadores católicos no hayan tomado más en serio a la difunta solemne sociedad ginebrina. Aboga por la fundación de una nueva sociedad ginebrina que no sea ginebrina, y en donde la Santa Sede, representada por sacerdotes inteligentes como él, y algunos jesuitas, tenga su parte... ¡Que el demonio sea sordo! ¡Cruz diablo!

¡Dios mío! En suma: es la vulgar actitud conciliadora y contemporizadora del *"evolucionismo teológico"*, la herejía más difundida y menos conocida de nuestros días; que tiene como raíz el no pensar en la Parusía, ni tenerla en cuenta, ni creerla quizá, *sin negarla explícitamente*; polarizando las esperanzas religiosas de la humanidad hacia el foco del "progresismo" mennesiano. Puede que Dios realmente sacara una nueva era del caos presente, pues nada hay imposible para Dios; aunque no fuese con paz de don Struzzo, precisamente por agencia de la ONU ginebrina o washingtoniana; pero puede ser también que no la saque ¿qué sabemos? Y el examen de las profecías escatológicas de la Palabra parece indicar más bien que no la va a sacar. Un día este siglo (el ciclo adámico) tiene que agonizar —en la tribulación mayor que hubo desde el diluvio acá— y morir. Y resucitar. *"Terribilis locus est iste; aliud non est nisi domus Dei et porta coeli"*.

Hay una especie de rehúse oculto del martirio en esta posición, que es también la de Maritain y —menos acusada— de Chirstopher Dawson; un buscar la Añadidura por medio del Reino y una evacuación de la Cruz de Cristo...

.....

Estos fragmentos del viejo me alarman vagamente y me ponen triste; o será quizá la lluvia. Veo el pino de enfrente chorreando agua y las casas de Roma en cubos borrosos no reales, como un dibujo al plomo sobre el cual la lluvia posara su inmenso difumino.

¿Qué gana el viejo con escribir esto? ¿Qué anillos

de oro, qué collar de perlas, qué martas cibelinas le dan por este trabajo?

Si existe eso que él llama *fariseísmo*, ¿no le toca a él esconderse, sabiendo sus pocas fuerzas, y no asumirse la misión de luchar con él? ¿Por qué se entró en la jaula de un tigre sin ser domador? ¿Y quién le manda a un niño querer domar a un potro?

Salí a tomar un taxi para ir a ver a Mariányels. No había taxis. Tomé el 57. La ciudad de Roma, lavada y limpia con la lluvia, en la música sorda de su inmenso rumor, me enternecía. Los romanos son tan arquitectos que por todas partes saltan a los ojos mansiones, moradas y chalets espléndidos, pequeñas maravillas de dibujo, color y forma... ¿Es posible, Dios mío? ¿Es posible que esta ciudad, la más gentil y acogedora de la tierra, haya de ser...? Son delirios de un encarcelado enfermo sobre delirios de San Juan en Patmos, condenado *ad metalla*. Yo querría vivir siempre aquí, esta ciudad es la más hermosa del mundo, mejor que Venecia, rotos ahora los lazos que me unían al hórrido Buenos Aires. Y lo curioso es que los romanos quisieron emigrar a Buenos Aires, centenares de romanos. Nadie está contento con su suerte. ¿Dónde iré a parar yo?

En el grueso cuaderno del judío que llevo hay poesías a Roma. Hay una que es un requiebro y una adoración, escrita hace veinte años, cuando el viejo era estudiante de la Gregoriana. Hay una sola estrofa:

"Dos años estuve en Roma, no le escribí poesía
los versos son a las novias, las madres no hay para qué
pero los asombros mudos reflorecerán un día
y será el poema inmenso, ungido en óleo de Fe".

Las otras son recientes, y dicen todo lo contrario. El viejo ve a Roma por otro cristal. Son tres sonetos a la antigua italiana.

1

Embudo y seno sobre las colinas
de cielo y tierra y báratro profundo
cúpula, cuenca y cráter, cristalinas
corren a ti las lágrimas del mundo.

Al cielo azul cantan tus fuentes binas
pero también —y en un saber me fundo
no ajeno— al lado de las fialas finas
hay agua sucia, hay sangre y fango inmundo.

Sobre séptuble monte hay siete Romas
y una enterrada, do de los cruentos
muertos por Dios la venganza grita.

Y yo veo ¡ay de mí! sobre las lomas
en próximos crepúsculos sangrientos
venir, según los infalibles cuentos,

otra sobre un dragón, roja y maldita.

2

En la candente luz de pana y grana
nácar, naranja, azul—, la vista elevo
oh Urbe: cada vez paisaje nuevo
cada *rión*, cada *vial*, cada ventana.

En una misma calle el nuevo Evo
con siete edades más se uñe y hermana
Venus-Madonna, Cristo con Filebo
los *yeeps* y pinos de la Nomentana.

Oh ciudad la más bella y vulnerable
del mundo, que hoy con nuevos ojos veo
la faz turbada en guiño inimitable.

De un oscuro y recóndito deseo...
El antiguo jamás sacro apogeo
verás. Ya ha entrado en ti la indesarraigable

cizaña del traidor y el fariseo.

3

Roma fue al mundo tribunal y foro
campo de Marte, templo de las leyes,
en el tiempo en que el Cónsul a sus bueyes
volvía, libre del pretil sonoro.

Después fue catedral, mármol y oro
cuando de Europa congregó los reyes
los nuevos pueblos y las vastas greyes
con la bélica Cruz y el santo coro.

Fue una pila después de agua bendita
santería y museo, pebetero
currutaco de dandys de levita.

Y hoy, manceba servil del extranjero
con sus victorias falsas, su honda cuita,
sus muertas ruinas, su doblez maldita,
es un lujoso y vasto cenicero.

13 de mayo de 1947.

Capítulo X: *El suicidio*

Esta vida es absurda. No gana uno para sustos. Ese campamento es una monstruosidad, habría que deshacerlo cuanto antes. Me he llevado el sofocón de mi vida ¡y lo que vendrá todavía! Complicado ahora en un proceso criminal, ¡culpa de ese maldito viejo! ¡Y con Mariányels con sarampión y cuarenta grados de fiebre!

Estos europeos son locos. La guerra los ha vuelto a todos locos. Mejor volver a la Argentina. Aquí peligro acabar mal. Me llevo a Mariányels a mi tierra. Dios me la conserve. Temo por su vida. Da miedo como está.

Yo, que me he deshecho de mi familia —o mejor dicho, se han deshecho ellos de mí o Dios nos ha deshecho a los dos—, tener que pasar disgustos y preocupaciones imponentes por extraños que se me han vuelto una falsa-familia... De hecho en este mundo parece que no se puede vivir sin familia. Los que no la tienen propia, se ocupan de la primera al paso.

Pero es mejor que narre la desgracia y las corridas de hoy antes que me venza el sueño. Por más que... ¡bah! ¡qué sueño! Nunca me vence a mí el sueño y nunca me viene antes de las dos de la madrugada; y hoy menos. Sueño de periodista.

Me estaba lavando hoy al mediodía para ir a comer, cuando me llama Tonio por teléfono, y me anuncia que el judío se ha suicidado y está dando las boqueadas. No entendía nada al principio de la voz entrecortada de Tonio; ni tampoco entendí más que eso del largo monólogo agitado que me debitó el mayordomo. Fue como un golpe en la cabeza; pero un golpe que no me aturdió, al revés, me puso en plena actividad, con una lucidez

extraordinaria, como un baldazo de agua helada a un hombre adormilado. Corté el interminable monólogo de Tonio y llamé a la señora: teléfono ocupado. Llamé a Mungué, que vive ahora en la iglesia argentina de la Plaza Risorgimento o Rinascimento, o no sé cómo la llaman; estos italianos son "rinascimento" y están más muertos que un clavo en un poste. Mungué había salido en excursión a Montecassino con Trotta, el rector del seminario de La Plata, y otros turistas. Conseguí comunicación con doña Priscila; es decir con la mucama: la señora enferma en cama con cólicos o vómitos, si quería darle algún recado..., no le dije nada.

Salté a la plaza Don Mignone a tomar un taxi: no hay. Tomé el 57 para ir a Piazza Pitágora, donde siempre se encuentran. ¿No se le ocurre al maldito trolebús cortársele la electricidad apenas tomó carrera, y pararse tranquilamente a mitad-camino, como está ocurriendo cada dos por tres ahora en Roma, no sé si por sabotaje, o de viejas que están las instalaciones? ¿Qué remedio? Pregunté al guarda cuánto tardaría y me contestó con un chiste en romanacho, y un viajero añadió que lo mismo podría demorarse un día que un minuto; el cual bajó y salió corriendo a su oficina. Yo hice lo mismo y en el camino topé un taxi vacío. Que parecía una cafetera vieja y podía hacerme si quería el mismo chiste del ómnibus; o peor.

Apenas estuve sentado en unos cojines que parecían cabeza de vaca o taburete de zapatero, se me enfrió la herida, como dicen, y comencé a sufrir y entristecerme. Este *camp* es una monstruosidad; me da la impresión de una cloaca subterránea muy limpia por fuera, pero que de vez en cuando eructa hediondeces, como muestras de la porquería oculta: grescas, robos, homicidios, y vicios ocultos que no quiero saber pero adivino con toda certeza; y al mismo tiempo virtudes y heroísmos extraordinarios, como flores ajadas o joyas embarradas flotando o revolviéndose en la sucia corriente; lo cual aumenta aún la piedad y el horror. La crueldad humana es muy grande y hoy día anda suelta. Hay allí un rumano que es un patriota heroico; y el viejo suicidado —¡Dios mío!— era un ejemplo de paciencia; de misericordia con el pró-

jino y de amor a la verdad; como yo nunca he visto en mi vida.

Empecé a sentir su sino fatal como si fuese un hermano o mi padre mismo. Nunca en la vida he sentido tan profunda, seca y desesperada tristeza. Si hubiera muerto el hebreo me hubiese alegrado; pero ¡suicidado! Cuando llegamos al cancel tenía ganas de tirarme al suelo, y ponerme a llorar como un niño. Pero ¡qué! Ni las lágrimas me eran posibles, era una desolación seca y hórrida. El hebreo era una mosca tocada por una gótula de D. D. T.: imposible la salvación. Se agitan largo rato, vuelan, se frotan las patas y las alas procurando limpiarse; pero están muertas. El veneno prosigue implacablemente disolviéndoles el armazon de quitina que sustenta su vida, como a nosotros el esqueleto. Cuanto más se mueven es peor: están muertas.

Ahorcado en el gran galpón viejo donde vivía. El galpón estaba cerrado con llave, con guardia a la puerta, y no me dejaron entrar. Acababan de abrir las ventanas, que habían estado cerradas toda la mañana y en completa oscuridad el cuarto. Golpeé con los nudillos una ventana y no me hicieron caso: adentro se oían voces conciliadas. ¡Un sacerdote! —dije yo. El guardia me dijo que ya estaba dentro el sacerdote. Tenía orden de no dejar entrar a nadie hasta que se cumpliesen las primeras investigaciones.

De repente se abre la puerta y sale, como escupido, ¡don Fulgencio! El mónaco estaba conmovido —la primera vez que lo veo emocionado— y con dos lágrimas en los ojos. También por primera vez tuve hacia él un movimiento de simpatía: el pobre tiene buen corazón. ¡Pensar que yo le había puesto el sobrenombre de "vaca sagrada"! Había venido por casualidad a ver al viejo, por recomendación de la señora, y tampoco a él lo habían dejado entrar: si serán bestias; y cuando le abrieron la puerta era tarde, el otro estaba muerto, la cara horriblemente desfigurada; le dio la absolución *sub-conditione* y salía a toda prisa a buscar los santos óleos. Lo vi por primera vez sin su pachorra ordinaria; salió corriendo y yo le acompañé a mi taxi.

Cuando volví al galpón habían abierto, y salía To-

nio, y detrás de él el teniente italiano, un sargento yanqui, dos guardias y el doctor Prosciutti. Entonces recibí el segundo choque del día esta vez en otro sentido contrario; pero estaba tan poseído que la noticia no me alegró siquiera, me excitó más. "*No es él* –gritaba Tonio–, *no es él. No es él; per bacco!, les digo que no es él: Gatta ci cova qui; c'é un grosso sbaglio*". Tomé a Tonio por las solapas, y casi con violencia le hice explicarse. ¡Dios mío! Según él, el muerto no era don Benya.

Corrí al lugar trágico y los demás detrás de mí. En efecto, no era Don Benya: había que estar miope para confundirse. Tenía sus vestidos y se daba un aire a él, la misma talla y un vago parecido de barba y melena, de las cuales habían retirado una bufanda negra y un sombrero enorme, y, por supuesto, el cáñamo delgado blanco y fuerte que le había roto el cuello, amoratado la cara, hinchado la horrenda lengua y causado la muerte en pocos momentos. ¿En dónde demonios había visto yo esa cuerda? El traje lo había visto mil veces, el mameluco pardo y gastado del judío, las sandalias y la camisa azul, el sombrero y la bufanda. ¿Se le ocurre a un hombre para matarse ponerse bufanda en un día bochornoso de junio? Había un banquito debajo que el suicida había despedido de un puntapié: estaba al lado de la cama. Mi instinto de periodisa despertó al instante.

Me detuvieron de inmediato como testigo y me tirotearon de interrogaciones. Por supuesto que identifiqué al instante al muerto, lo mismo que Tonio; era el viejo italiano atacado de delirio melancólico, al cual don Benya prestaba infinidad de servicios y había tomado, por decirlo así, bajo su protección; y con el cual el doctor Prosciutti lo confundía continuamente; ¡no sé por qué! También el doctor éste viene una hora al día cuando se le antoja. Y el capellán estaba ausente; ¿por qué? Ahora, con esta investigación van a salir a flor muchas cosas. Este *camp* es un puro abuso. Pero ¡cuidado con la investigación! ¡El sargento yanqui es bastante bruto, sabe cuatro palabras de italiano, y nos trata con ese gesto altanero y despectivo con que las tropas de ocupación tratan a los romanos. ¡Que tomen las huellas dactila-

res! !—pedí yo. Que telefoneen por expertos a la cuestura y fotografíen todo. ¡Qué va! No me hicieron caso. ¡Para lo que importa aquí un muerto más o menos, en esta casa de muertos! Aquí todo lo van a hacer a mano limpia; y si no sale un desaguisado, será porque Dios es grande.

¿Dónde está pues don Benya? No lo sé. Nadie daba razón de él. ¿Fugado otra vez? Pues está listo si se ha fugado.

Me hicieron sentar en una banqueta mientras *levantaban* el sumario. Me puse a fumar una pipa y sin saber por qué —es difícil rezar fumando— a rezar en el rosario negro de la señora. La escena me horrorizaba. Pero no perdía un solo dato della, empezando por el muerto, que me hipnotizaba. Hay aquí tres cosas raras: el banquillo está demasiado lejos, el nudo corredizo demasiado bien hecho, y el muerto demasiado vestido para un día de primavera. Este loco ha debido entrar en el cuarto de Benavides y vestirse cuidadosamente sus ropas ¿por qué? Hay tres pequeños *demasiados* que me intrigan; pero me guardaré muy bien de decirlos. Esto parecería un asesinato y no un suicidio. El muerto tiene un gran chichón en la cabeza. Sobre la banqueta en que estoy hay manchas recientes de cera: alguien ha andado aquí de noche: bien, don Benya mismo, quizás. No. Don Benya usa la electricidad, lee hasta altas horas de la noche.

Mientras presenciaba pacientemente el desfile de testigos, llegó la señora. El chofer la sostenía. Estaba palidísima y con el paso incierto de una enferma: se había empolvado y puesto colorete, pero las dos rosas de *rouge* explotaban en su cara lívida como dos manchas. Se dirigió a mí directamente sin hacer caso de nadie y sin mirar el cadáver: el centinela venía detrás, muy enfadado. Cuando supo que el decesado no era don Benya se puso auténticamente roja: toda la sangre le afluyó a la cara. Se sentó con cansancio a mi lado y con toda calma sacó del *cabás* su pasaporte diplomático y dio explicaciones al teniente. Constaté una vez más el efecto mágico que el pasaporte argentino —con el sello Mis-

sione Argentina, Ambasciata Reppública Italiana, Buenos Aires— producía en Roma.

Expliqué todo a la señora, desde el momento que recibí la llamada; y le dije la sospecha que tenía de que allí *"había gato encerrado"* como decía Tonio. Aquello olía a crimen. Ella sacudió la cabeza: no, cosas de loco, qué iba a buscar razón en las acciones de un demente. Le dije que mirase un poco el nudo corredizo y el nudo en la viga, hechos con toda perfección. Dijo que los locos son habilísimos y muy astutos para llevar a cabo sus obsesiones, que las planean minuciosamente y que ese pobre hombre estaba hacía tiempo pensando en el suicidio: vino a buscar a don Benya, no lo encontró y se suicidó. ¿Por qué se cambió de ropa? Cosas de locos. Me llamaron de nuevo para interrogarme por el paradero de don Benya. Las interrogaciones procedían a tropezones, con largas interrupciones, esa gente no tenía nada qué hacer. La señora sugirió que tal vez habría salido con licencia. Llamaron a medio mundo, nadie lo había visto salir, el centinela negó que hubiese salido, aunque con cierta vacilación; y al fin confesó que sí, que quizá se había dormido un momento, sólo un momento, ¡quizá! *"¡può darsi!"* y empezó a quejarse incoherentemente de lo poco que les pagaban, que no les alcanzaba para matar el hambre, y que los comunistas tenían razón ¡él tenía cinco hijos! La señora parecía divertirse con la comedia, pero yo estaba que no daba más. Cuando nos dejaron marchar era el atardecer, había cesado el viento, chillaban los vencejos lanzados como flechas en el cielo plácido, que en el occidente era una mancha naranja y oro.

Al llegar al cancel cerca de la piscina ¿a quién vemos llegar muy tranquilo, con su paso incierto de pajarón lastimado, sino a don Benya; con su trajecito negro raído y demasiado ancho de los días de fiesta? Cuando supo lo ocurrido se puso pálido y dejó escapar una especie de bramido o sollozo. ¿Dónde habría estado? En la clínica a ver a Mariányels y en la Biblioteca Nacional. ¿Desde cuándo? Desde ayer tarde. ¿Con qué permiso? Sacó un papel arrugado con fecha de tres días atrás, que ya había caducado, y valía solamente por una

tarde, yo temblé al pensar lo que se venía. ¿La llave? Se la dejó a Tonio. ¿El mameluco, el chambergo, la bufanda? Estaban a secar afuera; no había pensado que se los podían robar. Lo acompañamos al galpón sabiendo que iba a tener necesidad de nosotros. El viejo iba en silencio, con la cabeza gacha, indiferente al parecer. Lo van a hacer *sonar*.

Lo arrestaron apenas llegó y un guardia incluso le quiso poner manillas. El viejo lo rechazó de un empujón violento y casi se armó una gresca seria. No contestó a las primeras preguntas que le dirigieron: miró al cadáver con atención concentrada, tocó la cuerda, después se dirigió despacio a la cama, levantó el banquillo y empezó a escudriñarlo todo, como buscando algo. Habían encendido la electricidad y lo miraban como gatos a un ratón. El viejo se inclinó en un rincón, levantó la tapa del cajón donde tenía sus papeles y libros, y sacó un bodoque de andrajos que tiró al centro: las ropas del muerto. Después se adelantó hacia nosotros, pero al momento se inclinó y levantó del suelo un papelito; y de nuevo lanzó el ronco gemido o sollozo, como un hombre a quien están operando sin anestesia, una mezcla de dolor y temor contenido. Su faz se puso repentinamente fija y sus ojos brillaron. El sargento le tomó de la mano el papelito, que era el aro dorado de un cigarro fino. ¿Qué quiere decir esto? El viejo meneó la cabeza y se dejó caer con abatimiento sobre una silla.

Pero cuando lo embistieron de nuevo respondió con notable viveza y con toda tranquilidad dio cuenta detallada de todas sus andanzas. Había salido la tarde anterior, había ido a la clínica a ver a su ahijada, estaba cerrada, durmió enfrente, en un banco de la Piazza Mazzini, donde un guardián lo despertó tres veces para echarlo; volvió a la mañana temprano y no pudo verla: por orden del médico, la tenían a oscuridad completa; fue a la Biblioteca Nacional donde leyó dos libros, tenía los *tickets*: COMENTARIO DEL APOKALYPSIS de Alló y ROSMINI de Brunello. Comió en un fondín Trattoria Excelsior, tenía la factura: acelgas y tallarines, 200 liras. Volvió a la Biblioteca hasta el atardecer, y después al sanatorio, donde por fin le dejaron ver a la niña, a la

cual encontró bastante mal. Y se vino de vuelta tranquilamente. Yo respiré cuando vi que todo lo que había dicho se podía constatar con testigos: si es que estos bárbaros se toman el trabajo de querer constatarlo; si les da la loca son muy capaces de fusilarlo, o encerrarlo para siempre sin más trámites. Lo único que no pudo explicar el judiazo fue ¿cómo salió? Se limitó a decir que no había encontrado obstáculo; pero confrontado con los dos centinelas, el de noche y el de hoy, dijo que no se acordaba cuál era el que le había dado el pase. ¿Qué habrá hecho? ¿Habrá saltado la verja o se trata de una buena *mancia*, como están aquí en uso? Lo segundo es más probable. El sargento se guardó el permiso atrasado con *cara feroce*. La señora se levantó y depuso que ella le había conseguido el permiso, pero que el viejo no lo había usado a tiempo por estar enfermo. El sargento no dijo nada. Lo van a embromar a don Benya; aquí no perdonan nada. Delante nuestro lo esposaron y lo llevaron al calabozo.

Salimos amargados y cansados, hacia la Clínica Salus, comentando el hecho. Para mí no hay duda que el pobre demente melancólico se había entrado en el galpón de noche —Tonio había perdido la llave, dijo— trayéndose las ropas, se había vestido con ellas quien sabe por qué, y se había acostado en el camastro de Benavides: *alguien* entró y le dio un golpe en la cabeza que lo dejó exánime; y al amanecer lo colgó. ¿Por qué esperó al amanecer? Vaya a saber; quizás por falta de cuerda. ¿Quién era ése *alguien*, cómo salió, en dónde se escondió? Vaya usted a saber, quizá fue el Turco u otro cualquiera, esto está lleno de criminales. ¿Y el motivo? Misterio. Como crimen esto no tiene pies ni cabeza, pero estoy seguro que don Benya dijo la verdad y también que no ha sido suicidio, sino simulación de suicidio.

—Se ha querido matar a Benavides —dijo la señora—. En la vida deste hombre hay algo oculto, algo terrible. A los que les pasan cosas terribles, es porque llevan en sí algo terrible.

Se sintió mal de nuevo la señora al entrar en la Urbe y bajó en su casa, me rogó que fuese yo a la clínica: —Mi nena está muy mal, tiene los ojitos terriblemente

irritados y un aspecto casi de muerte, la boquita entreabierta, fiebre alta. Sarampión, infección intestinal y y una afección a los ojos. Por nada no me dejaron quedar a velarla. Mañana temprano iré de nuevo a verla... ¡Si serán brutos esta gente!

Tengo tristeza de la crueldad humana. La crueldad humana anda suelta. Esta época es dura. Ha habido tantas injusticias y brutalidades en esta guerra, que la gente se ha endurecido, cada uno parece haber dicho: *"¡Sálvese quien pueda, y el prójimo contra una esquina!"*. Aquí en Roma hay muchísima liviandad, las mujeres parecen haberse desequilibrado con el alboroto de la guerra —y los hombres son de por sí mismos desequilibrados— y en las iglesias no hacen más que predicar contra la liviandad, pero la crueldad es peor. Aunque creo que las dos cosas marchan juntas. Quisiera estar escondido en un rincón de la Patagonia cavando la tierra y enseñando a la gente a ser buenos unos con otros, pero ni para eso sirvo. Por de pronto, ahora estoy detenido, con prohibición de salir, y a disposición del sargento sumariante. Y tengo miedo por don Benya y por mi niñita enferma.

Son las dos, y no tengo ni pizca de sueño, aunque me duelen los ojos y la cabeza. No dormiré en toda la noche, lo estoy viendo como si lo hubiese pasado. Mi madre y mi hermano muertos sin haberlos vuelto a ver, mi familia no me quiere, no tengo nada que hacer en el mundo, estoy solo. A lo mejor se me muere la nena, y se muere la señora de la embajada. ¿De dónde habrá sacado don Benya que no es cáncer? ¡Pamplinas! El sí que tiene un buen cáncer encima ahora.

Hay para suicidarse. Pero el viejo del *camp* no se ha suicidado, no, no se ha...

"No dejarlo mal a Dios —dice don Benya—. *Aguantar para no dejarlo mal a Dios. Que Dios, por lo menos por nosotros, no haga un mal papel en este mundo"*.

¿Quién sabe si no estamos ya en los tiempos del Anticristo?

Don Benya ha escrito este soneto, en estos días pasados. Pero ¿es soneto? *De Profundis*, se llama:

Clamo hacia Ti desde lo más profundo,
perecí si no escuchas mi oración.
El peso enorme del dolor del mundo
gravita en mí culpable corazón.

¿Quién sostendrá su rostro verecundo
a Ti, si empiezas a pedir razón?
Pero yo en esperanza sobreabundo
bajo el llover lustral de tu pasión.

Mi alma y mi pueblo lavarás, y blanca
con él albor que el batanero arranca
harás la veste de los que han venido.

De la tribulación grande y el llanto
mayor que fue desde que el mundo ha sido...
Desta edad cruel y manca
tú arrancarás un canto
que cubrirá el bramido
del Anticristo y el tremendo espanto.

Y allí será una nota mi querido.

PARTE CUARTA

"Revelación de Jesucristo
que se la dio Dios poderoso
a mostrar a los siervos suyos
las cosas que se deben hacer pronto
y las significó mandando al Angel
suyo a su siervo Juan
el que testimonió el Verbo de Dios
y el testimonio de Jesús el Cristo
cosas que él mismo ha visto".

Capítulo I: *La cárcel*

No recuerdo bien dónde he dejado el hilo de estas descuidadas crónicas, que creo mejor dejar ir ya rápidamente a su fin. Los tristes y asombrosos sucesos que las cierran pesan demasiado en mi ánimo para dejarlo demorarse en digresiones doctrinales. Por lo demás, acerca del final del APOKALYPSIS, el Anticristo y el Milenio, no nos dijo mucho don Benjamín Benavides, y he tenido que recurrir a extractos fragmentarios de sus papeles, a veces bastante oscuros, y hasta ininteligibles para mí. Ya no está él para sacarme de dudas.

Nada hubiéramos podido hacer por él sin la intervención afortunada del presbítero Lira Infante, un chileno que conocí en el consulado, actualmente gran amigo mío, por lo menos de mi parte; porque él es muy retraído y un poco huraño y no nada efusivo. Entró en el momento más oportuno, y fue el ancla de la Providencia; o el *ángel*, no sé cómo se dice; aunque físicamente se parece más a un ancla que a un ángel. No quiero decir que sea feo, pero no es ningún espíritu luminoso; es petiso y desgarbado, moreno, de movimientos lentos pero de gesticulación rapidísima; aunque hay como una luz cotidiana, a veces muy viva, en sus ojos tristes. ¡Lo que corrió ese hombre y lo que movió para salvar a don Benya del fusilamiento! Y para lo que sirvió todo al final...

Recordarán mis posibles lectores que hace ya cerca de un año dejamos preso al judío Benjamín Benavides sospechado de asesinato. Una muerte misteriosa ocurrió en su cuarto en su ausencia, muerte de un recluso demente que vagaba por el *camp* sumido en incurable y violenta melancolía, a la cual muerte se había tratado de

revestir, sin éxito, de las apariencias de un suicidio. Don Benya fue a parar a la prevención y después a la cárcel del Monte Mario. Tenía una coartada perfecta, comprobamos todos sus movimientos en la noche del crimen y la mañana siguiente, pues por suerte durmió en una plaza, y dos guardias y varios transeúntes lo vieron y lo recordaban, así como en la Clínica Salus y en la Biblioteca Nacional; pero pensar que eso podría servirle de algo —como creía doña Priscila Pueyrredón— era de una ingenuidad también perfecta. Era un deshecho humano, un recluido, un hombre sin papeles —incluso sin papeles de mil liras— y por tanto un *sospechable* nato y neto; y un buen fusilamiento podía servir muchísimo contra el desorden de la manga de bestias feroces del *camp*. El golpe estaba en sacarlo de las garras de la justicia militar y ponerlo en las manos humanas de la justicia italiana. Eso fue lo que consiguió el cura chileno. Y después el doctor Gozzano lo sacó de la cárcel... para llevarlo a la perdición.

Vivía el cura chileno pobremente en un convento de palotinos, donde decía misa y confesaba, rodeado de libros y de potes de remedios, hornillos eléctricos, *bollitores*, botellas y redomas. Se hacía él mismo la cena, no sé si era vegetariano o algo así; y tomaba mucho mate; por ahí nos hicimos amigos, el mate es un gran amistador. Fuera de la lectura, su ocupación preferida, o digamos *deporte*, era deshacer líos; o por lo menos cargarse de ellos, si no tenían deshecha posible. No hacía eso que llamaba pomposamente "dirección espiritual", sino que hacía lo que podríamos llamar *amistad*; arreglaba o mejoraba la gente a fuerza de amistad, para la cual tenía una capacidad notable. Visitaba a enfermos incurables, familias en la miseria, y viejas repelentes, a veces sordas o tontas, con las que hablaba —o escuchaba— pacientemente a veces las horas muertas. Y no era tonto él, leí varios ensayos que había publicado en una revista chilena ESTUDIOS: un verdadero escritor, aunque irregular y raro por momentos. En suma, uno de tantos tipos raros que hay en la Urbe; pero éste, excelente tipo. Mungué se aficionó a él, y comenzaron a discutir del *Milenario*. Acerca de su capacidad de amistad que le traía muchas

pesadumbres y sinsabores, don Benya le hacía mucha broma, y una vez le escribió el siguiente prosaico soneto:

¿Por qué diablos nací con la desgracia
de ser propenso a dar mi corazón
y darlo sin ninguna precaución
porque con precaución no tiene gracia?

¿A Cristo, que hoy quererlo es una audacia,
a la verdad, que es peligroso don,
al Arte, dueño incómodo y mandón
y hasta —digamos— a la Democracia?

—Esto de Democracia es consonante
a no ser que se entienda rectamente
pues tiene dos sentidos este nombre—.

¿Por qué me hicieron demasiado amante
y demasiado poco inteligente
para este mundo de hoy, que Dios descombre?

Bien, Jesucristo era también un hombre
y mucho más que yo seguramente...

Lo chusco fue que cuando este chileno se estaba moviendo como un demonio —porque cuando se ponía en actividad era nervioso e infatigable— en favor del judío, el pasmarote de don Benya estaba enteramente tranquilo en su celda, o por mejor decir, indolente y apático: *caído*, digamos. Daba la impresión de que el estar bajo un proceso criminal por el aquel de ser cosa determinada, le resultaba más soportable que la situación indeterminada del campamento; como esos enfermos que prefieren la operación quirúrgica mortal a la enfermedad interminable. Dormía bien; creo que de pura debilidad, pues la comida de la cárcel era abominable; o, mejor dicho, no era comida. Vivía prácticamente de pan, nosotros le traíamos cuanto era posible; él si un plato —¡un plato!— del rancho carcelario le hacía daño al estómago, no lo tocaba, tenía en eso el instinto del perro; con lo cual se pasaba días enteros a agua sola; porque hay que saber

que el pan blanco que apañaba, para poder conservarlo, tenía que partirlo a mitad rata con el carcelero. Los domingos el capellán le traía la comunión, o bien comulgaba en la misa de los penados; no lo sé.

El caso es que la cárcel en general le *probó*; aunque nos confesó que tenía a veces por las noches terribles pesadillas despiertas o especie de ataques de congoja y ansiedad que le deshacían el alma y dejaban el cuerpo molido como una alheña —no sé lo que es alheña—. Pero esto yo creo que el viejo lo tenía en todas partes. El caso es que en la cárcel leyó y escribió mucho; y eso prueba que no estaba tan mal. Del fusilamiento hablaba con toda tranquilidad, lo cual prueba que no creía en él. Hasta hizo un poema, o varios, tomándolo como tema. Nos pedía que le llevásemos libros, comentarios del profeta Daniel, y de todos los profetas mayores y menores, biblias en todos los idiomas y una gramática griega. Era imperturbable en el pedir libros. Algunos libros le conseguimos de prestado en la American Library y otras bibliotecas. Los devolvía intactos —quiero decir, como nuevos— y pronto; los cuidaba mucho. Lo veíamos una vez por semana, y la señora, al final dos veces. La señora le alivió muchísimo la suerte con sus limosnas, con las *manchas* a los guardianes, y sobre todo con su angelical dulzura. Lira Infante venía como una exhaltación y le hacía firmar papeles. Nunca le daba muchas esperanzas; pero para el viejo aparentemente lo mismo era.

El poema sobre su fusilamiento que me entregó un día —pues cuando hacía un poema ardía porque fuera leído— ocasionó una confusión graciosa: la señora lo tomó como alusivo a ella, y se enfadó. El poema no creo que valga gran cosa, porque tiene los versos irregulares; pero el hebreo se distraía escribiendo y para él era una especie de remedio; sin embargo al cura Lira le gustó mucho. Dice así:

Parábola Tercera

Estábamos yo y otros condenados
a muerte en la crujía
esperando tranquilos el día
de pagar los —presuntos— pecados.

Estaba a poca marcha
de la ciudad la cárcel sobre el río
ya comenzaba el frío
se veía la escarcha.

Venían a vernos mujeres
del Ejército de Salvación
o quizá de la Congregación
de San Casimiro de Amberes.

Nos hacían sermones
nos traían cigarrillos ¡bah!
A través de la reja, ya
nos fastidiaban con sus devociones.

De repente tocóme a mí
en vez de la otra que era... ni siquiera lampiña
una jovencita, una niña
con un hocico fresco de rosa y de alhelí.

Tenía una cabecita hueca
llena de pájaros y trinos
charlaba sin cesar desatinos
su móvil rostro una continua mueca...
Nada de religión
era la condición
que le había exigido yo a la otra cloeca.

Cuadriculada pegada a los hierros
su cara me eclipsaba la mañana
yo arrimaba la mía como un niño con nana
y ella hacía mohines perros.

Me bañaba en un baño de alegría
dificultosamente yo me alegro
pero después el día era más negro
más duro el muro, la cárcel más fría
¡y cuán largo esperar el otro día!

Cuando al fin me dejó hablar
le confesé que yo tenía la culpa
que mi defensa era una abyecta pulpa
y era mucho más malo que ella podía pensar.

Que sufría *lo que no hay idea*
que desde niño fui predestinado
a hacer un gran pecado
o alguna cosa fea.

Cada día repetía mi confesión
y me sentía más malo cada día
pero ella ningún caso hacía
y me daba noticias del Mundo y la Nación.

Era una chica de la aristocracia
sin duda, que pasaba el rato,
o cumplía algún voto barato
charlando por los codos con mi enorme desgracia.

Eso sí, nunca daba señales de disgusto
siempre dispuesta, frívola y banal
como si en todo el mundo no hubiese ningún mal
y yo no fuese un verdadero susto.

Era peor, evidentemente
que antes, pues me hacía pensar
pero al fin no sé cómo, de tanto oírla hablar,
me decidí a morir decentemente.

Hacer lo que dijese el confesor
la sociedad y el carcelero
y mostrarme duro y entero
y dar el cuello tieso simulando valor.

Dar por verdad cuanto dijese
de mí el fiscal con su cajón de sastre
y aceptar la vergüenza, la muerte y el desastre
callado, en cuanto yo pudiese.

Colgado lengua afuera sobre una extraña tierra
el delito pagar de haber nacido
y aceptar como pena de vivir lo vivido
mi lista horrible y vacua de "crímenes de guerra"

Pues como un clavo saca mal que bien otro clavo
la pena que me daba la niña sólo el verla
criaba en mis entrañas como una oculta perla
y de algo que no entiendo me volvía el esclavo.

Y al fin creció de un modo mi dolor increíble
que esperaba con ansias el innoble garrote
y pedía con lágrimas entregar el gañote
por no soñar con ella, y ese beso imposible

Pero ya estaba escrito que tengo mala estrella
y cuanto yo deseo siempre sale al revés:
vino conmutación de la pena, y después
la cadena perpetua. No la vi más a ella.

Me leyeron el hórrido decreto aborrecido
a trabajos forzados y continuos desvelos
se borró la luz toda de la tierra y los cielos
y desapareció como había venido.

Y ahora sudo sangre que es fétido beleño
y lo peor de todo, de todo, es que he soñado
vienen los días malos, y tiemblo, y aterrado
no creo. Me parece que todo ha sido un sueño.

Estábamos los siete condenados a vil
garrote, y aguardábamos el tremendo momento
pero sin esta herida, sin este gran tormento
mirábamos la reja y atrás el cielo añil.

Y ahora una figura no real tapó todo
y la muerte no es nada comparada a la herida
y nos han dado muerte continua estando en vida
pero quizá en el fondo prefiero de este modo.

Total, la vida es corta y estaba ya perdida
y cuando sueño en ella soy feliz y beodo.

Éstos son los versos, malditas sean las musas. Dice Schopenhauer que cuando en una conferencia o proclama uno dice algo acerca de las mujeres en general todas las mujeres presentes se consideran personalmente aludidas en particular; creo que lo dijo Schopenhauer; una dactilógrafa de él no le quiso copiar un libro que escribió acerca de las mujeres, porque se dio por aludida, aunque creo que no había dactilógrafas en ese tiempo y ese libro de Schopenhauer lo compuso la Editorial Tor. Pero en fin, no nos enredemos: el caso es que la señora leyó la parábola y no le gustó nada: se ve que se vio retratada en la muchachita de cabeza huera; de hecho ella hablaba con el viejo a través de las rejas. Se enojó. También yo. A quien se le ocurre mostrarle esos versos, que si no son prosa yo no sé lo que digo. La señora dijo, con bastante desabrimiento: "*Esta parábola no es exacta*".

El viejo había puesto en su vida su genio y en sus poesías solamente su ingenio; o, mejor dicho, había querido hacerlo, y había fracasado en los dos, como Oscar Wilde.

Al domingo siguiente cuando fuimos a visitarlo, yo le pedí de sopetón que me compusiera un retrato del Anticristo; a lo cual me contestó: "*Vammori ammazzato!*" que es una maldición bastante fea que usan los romanos. La señora preguntó suavemente a qué se refería la Parábola Tercera. Él contestó que a ninguna persona concreta, ni siquiera a él en particular como "*persona subjetiva*" —dijo—, sino que era simplemente eso: una parábola *tout simplement*. La señora observó que las parábolas de Nuestro Señor Jesucristo tenía un significado bien claro. El viejo dijo que sí que lo tenían; pero que ese significado ("*contenido*", decía él) no siem-

pre era historia, sino que a veces era poesía. Doña Prisca se mostró un poco chocada y dijo que las parábolas de Nuestro Señor no contenían otra cosa sino la pura verdad; a lo cual el hebreo retrucó, un poco apurado, que también la poesía, cuando era verdadera poesía, era casi casi la pura verdad; sólo que él era muy mal poeta; donna Prisca entonces soltó la pregunta directa de quién era en este caso la vieja bigotuda y la muchacha casquivana y hueca que *salían* en el poema. y el viejo sonrió. Tomó otra copia de la versada —o el original sería— y se la dedicó a la señora con la pobre estilográfica Duchessa de 2.000 liras que le habíamos regalado; sólo que en vez de ponerle su apellido, le puso: *"Per la Duchessa Mathilda"* y al pie del verso debajo de su ilegible firma, escribió las siguientes palabras:

"Sonetto amoroso scritto da Michelagniolo Buonarroti, pittore, nel anno mille cinquecento trenta: la donna significa Firenze".

Conversamos luego de otra cosa: y salimos creyendo que la mujer de la parábola significaba Baeza, Segovia, Buenos Aires, España o alguna otra ciudad geográfica; pero el padre Lira nos explicó que la mujer no significaba sino —a pesar de las apariencias en contrario— la Inspiración, la Sabiduría, el Don de Profecía, la Contemplación, o bien simplemente la Gracia de Dios; la cual si es así, a mi humilde juicio, está bastante mal retratada. Se enojó el padre Lira. Pero yo digo ¿para qué escribir versos que nadie los va a entender? ¿Y por qué se han de enojar los poetas en vez de alegrarse, cuando uno les pregunta qué significan sus poesías?

Varias otras *parábolas* me dejó el viejo, que quizá las vaya publicando a medida que toque turno, excepto las que están a medio hacer o inacabadas, porque hay varias que terminan en punta, y otras que podrían ofender, y otras, que, francamente, ni yo las entiendo.

Capítulo II: *Retrato del Anticristo*

Voy a copiar ahora resumiendo un papel en que Benavides consignó lo que la Iglesia enseña en general acerca de esa misteriosa y pavorosa figura que desde 2.000 años ha se conoce con el apodo de *Anticristo*. Puede servir como el *retrato* del Anticristo, que el viejo respondía, cuando le pedíamos lo hiciera, que ya estaba hecho, o no era cosa de hacerla él.

Para el viejo el Anticristo era una cosa real, y aún diría que —subjetivamente y en su mente— una cosa *presente*. Creía al pie de la letra que iba a venir, tan ciertamente como el cometa Halley o la desintegración del átomo. Le llamaba *"la clave metafísica de la historia humana"*. Cuando le pedíamos que nos hiciera su retrato —y la señora Priscila, temperamento novelesco, era literalmente golosa de eso— siempre se excusaba diciendo que habría que tener en los labios la brasa de Isaías, las llamas del Dante, el tizón de Milton, las cenizas de Baudelaire y encima de esto el poder verbal de Hugo y la fuerza simbólica de Claudel —¡échale un galgo!— para tentar esa empresa, que, por lo demás, ya estaba hecha por los escritores eclesiásticos antiguos y modernos. Una vez me remitió a un libro de Tomás Maluenda, que nunca pude encontrar en ningún lado. Otra vez me dijo que si quería *"vislumbrar de lejos"* —así dijo— el alma del Anticristo que leyese a Nietzsche y al conde de Lautréamont. ¡Vaya chiste! Lo que queríamos nosotros era que él que lo había leído todo nos diese el resultado y nos hiciese una síntesis de una vez. Pero eso tiene el leer demasiado, que uno no puede sintetizar. Además, parecía que al Anticristo el viejo Bena-

vides no lo hubiese leído, sino que le hubiese *visto;* y que esa vista lo hubiese dejado sin palabra. Más el resumen que saqué yo de sus notas es éste:

. . . . . .

Todos los antiguos escritores eclesiásticos dijeron, o mejor dicho *tradiderunt* (transmitieron) que en la consumación del mundo, cuando el Orden Romano será destruido, habrá diez reyes —o varios reyes, como San Agustín interpreta, número definido puesto por el indefinido— que llama la Escritura los diez cuernos de la Fiera: que procederán por cierto del Romano Imperio pero no serán emperadores romanos, los cuales el orbe románico destruirán; y de entre ellos, cuerno undésimo, surgirá el Anticristo. Esto leían ellos con toda claridad en el Apokalypsis y en Daniel.

Un *"cuerno pequeño"*, es decir un rey oscuro y plebeyo, que crecerá quizás de golpe, en medio de ellos y a la vez como *fuera de ellos*, porque es el undécimo, el apéndice, fuera del número perfecto y del orden consuetamente admitido, un *parvenu*, un inmiscuido entre las naciones el cual vencerá a tres reyes, a los mayores, o los cercanos *"y los otros se le someterán"*. Yerran pues todos los que opinan que los diez reyes de Daniel y el Apokalypsis han sido los diez emperadores que han perseguido a la Iglesia, como Nerón, Domiciano, Trajano, Antonio, Severo, Aureliano, Decio, Maximiano, Valeriano y Diocleciano; porque ni vivieron en el fin del mundo, ni a tres de ellos postró el Anticristo, ni la sucesión de sus reinados puede tomarse por la simultaneidad que claramente predican los libros santos.

El Anticristo no será un demonio sino un hombre demoníaco, tendrá *"ojos como de hombre"* levantados con la plenitud de la ciencia humana y hará gala de humanidad y humanismo; aplastará a los santos y abatirá la Ley, tanto la de Cristo como la de Moisés; triunfará tres años y medio hasta ser muerto *sine manu*, no por mano de hombre; hará imperar la *"abominación de la desolación"*, o sea, el sacrilegio máximo; será soberbio, mentiroso y cruel, aunque se fingirá virtuoso; fingirá quizá reedificar el templo de Jerusalén para ganarse a los judíos, pero para sí mismo lo edificará y para su

ídolo Maozím; idolatrará la fuerza bruta y el poder bélico, que eso significa Maozín: *fortalezas* o *munimentos*; y quizá adorando al mismo personal demonio Mavorte o Marte, que adoraron los paganos; pero él será ateo y pretenderá él mismo recibir honores divinos; en qué forma no lo sabemos: como hijo del hombre, como verdadero Mesías, como encarnación perfecta y flor de lo humano soberbiamente divinizado, como Fuhrer, Duce, Caudillo y Salvador de los hombres, como Resucitado de entre los muertos.

Fingirá quizás haber resucitado de entre los muertos; ¿usurpará fraudulenta la personalidad de un muerto ilustre? ¿O restaurará un imperio antiguo ya muerto? Reducirá a la Iglesia a su extrema tribulación, al mismo tiempo que fomentará una falsa Iglesia. Matará a los profetas y tendrá de su parte una manga de profetoides, de vaticinadores y cánteres del progresismo y de la euforia de la salud del hombre por el hombre, hierofantes que proclamarán la plenitud de los tiempos y una felicidad nefanda. Perseguirá sobretodo la interpretación y la predicación del APOKALYPSIS; y odiará con furor aun la mención de la Parusía. En su tiempo habrá verdaderos monstruos que ocuparán sedes y cátedras y pasarán por varones píos religiosos y aun santos porque el Hombre del Delito tolerará un cristianismo adulterado.

Abolirá de modo completo la santa misa y el culto público durante 42 meses, 1.260 días. Impondrá por la fuerza, por el control de un estado policíaco y por las más acerbas penas, un culto malvado, que implicará en sus actos apostasía y sacrilegio; y en ninguna región del mundo podrán escapar los hombres a la coacción de este culto. Tendrá por todas partes ejércitos potentes, disciplinados y crueles. Impondrá universalmente el reino de la iniquidad y de la mentira, el gobierno puramente exterior y tiránico, una libertad desenfrenada de placeres y diversiones, la explotación del hombre, y su propio modo de proceder hipócrita y sin misericordia. Habrá en su reinado una estrepitosa alegría falsa y exterior, cubriendo la más profunda desesperación.

En su tiempo acaecerán los más extraños disturbios

cósmicos, como si los elementos se desencuadernaran; que él pretenderá dominar en su potencia. La humanidad estará en la más intensa espectativa, y la confusión más grande reinará entre los hombres. Rotos los vínculos de *familia*, amistad, lealtad y consorcio, los hombres no podrán fiarse de nadie; y recorrerá el mundo, como un tremor frío, un universal y despiadado *sálvese quien pueda*. Se atropellará lo más sagrado y ninguna palabra tendrá fe, ni pacto alguno vigor, fuera de la fuerza. La caridad heroica de algunos fieles, transformada en amistad hasta la muerte, sostendrá en el mundo los islotes de la Fe; pero ella misma estará de continuo amenazada por la traición y el espionaje. Ser virtuoso será un castigo en sí mismo, y como una especie de suicidio.

El Anticristo será aniquilado por el arcángel Micael. Después de su muerte tendrán los hombres por lo menos 45 días para hacer penitencia; quizá muchos más, años enteros. Probablemente será de origen judío, subido al poder supremo por demagogia, intrigas, maquiavelismo y los más fríos y calculados crímenes; y también probablemente los judíos serán su *guardia de corps* y el instrumento de su potencia, al principio por lo menos. A su caída tendrán los fieles libertad; pero atónitos, derrotados y dispersos, no se reorganizará la predicación, ni por ende la Fe, sino pasado algún tiempo.

La sombría doctrina del bolchevismo no será la última herejía, sino su etapa preparatoria y destructiva. La última herejía será optimista y eufórica, *mesiánica*. El bolchevismo se incorporará, será integrado en ella. Sobre la doctrina del Anticristo tenemos cuatro puntos ciertos: *1*. Negará que Jesús es el Salvador Dios (Joa. II); *2*. Se erigirá como salvador absoluto de la humanidad (Joa. V); *3*. Se divinizará (II Thes. II); *4*. Suprimirá, combatirá o falsificará todas las otras religiones (Dan. VI). Vendrá de los judíos y será de ellos, en parte al menos, recibido como Mesías; y que será judío de nacimiento, circunciso y que observará el sábado, al menos por un tiempo; y que su ciudad capital será Jerusalén. Belarmino lo da como cierto y Lactancio, Jerónimo, Teodoreto, Ireneo como lo más probable. No impugnará el cristianismo en nombre del cristianismo, co-

mo Lutero y sus secuaces; pero aprovechará y reducirá a sí mismo todo el cristianismo falsificado que existirá entonces.

No será rey hereditario, se elevará del suelo y obtendrá la púrpura por fraude y homicidios; reinará apoyado en el Asia y sujetará el Occidente. Gog es un rey y Magog es su tierra; y los hebreos entendieron siempre, según la tradición refiere, por el nombre de Magog a los escitas, *"tan blancos como crueles"*, es decir la gente del Cáucaso y más allá de los Urales; pero el ejército de Magog se compondrá de toda la tierra; pues el profeta Ezequiel enumera en él nominalmente a los persas, los etíopes, los hispanos (Tubal) y los nórdicos (Togormá). Este ejército será destruido por fuego según está escrito: *"Fuego y azufre lloveré sobre él y sobre el ejército suyo"*. Estas bromitas que están haciendo ahora con la "desintegración del átomo", bien podrían dar una sorpresa y "encadenarse" —o desencadenarse— como los hombres de ciencia y hombres de técnica no imaginaban.

Hará portentos tales, mentirosos y embaidores, que pasmará a los hombres. La Escritura pone tres ejemplos concretos: hacer caer fuego del cielo, hacer hablar la imagen de la Bestia, y una muerte y resurrección amañada; pero nada dice, ni podía decir, acerca del *modo* de ellos. Estos portentos están ya casi al alcance de la magia de la moderna "Ciencia", que cada día es menos ciencia y más magia, y magia negra por cierto; porque la moderna tecnología o tecnogogía se está moviendo más cada día fuera de la órbita del conocimiento de Dios y del hombre, y hacia el dominio utilitario y temerario de las fuerzas cósmicas; y aun hacia la destrucción y el estupro del universo. Los hodiernos ensoberbecidos "sabios" se han evadido hace mucho del respeto a los senos de la naturaleza, que hacía a los griegos —testigo Aristóteles— prohibir la disección de los cadáveres; y están invadiendo el dominio de los ángeles, *guiados quizá por uno dellos*, porque lo que llamamos *ether*, decía la antigua teología y Santo Tomás lo recoge, es el *lugar de los ángeles*; la porción de la materia creada en la cual el ángel *mora*, en el sentido

en el cual un ángel puede morar en lo material; es decir, el elemento desde el cual el espíritu puro puede ejercer su acción sobre lo sensible creado; la médula del cosmos, el fluido nervioso del mundo, el puente de la materia al espíritu, consustanciado a él, no por naturaleza sino por ordenación creadora.

Y nada más. Si Roma será o no destruida, conforme a la letra de una descripción apocalíptica, no lo sabemos, aunque muchos Santos Padres lo creen:

"*Romanum, inquit, nomen, quo nunc regitur orbis, (horret animus dicere sed dicam quia futurum est) tolletur de terra, et Imperium in Asiam revertetur, ac rursum Oriens dominabitur: atque Occidens serviet...*", exclama Lactancio; y lo sigue San Agustín, interpretando a San Pablo, en el Capítulo I del Libro XX de CIVITATE. San Victorino Mártir netamente asevera que *"la Iglesia será quitada"*; pero eso no significa que será extinguida del todo y absolutamente, como opinó Domingo Soto, sino su desaparición de la sobrehaz de la tierra y su vuelta a unas más oscuras y hórridas catacumbas.

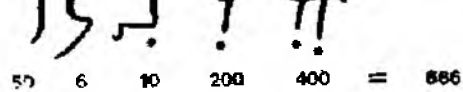
Todo lo demás son conjeturas bordadas con más o menos probabilidad por los exegetas; esto que va arriba está en la ESCRITURA y la tradición literalmente. Del famoso 666, nombre o *cifra* del Anticristo, la sentencia más cierta es la de aquellos que confiesan su ignorancia; que son todos los autores sensatos, incluso los que se abandonan a componer con las letras que los griegos usaban como números, los nombres de Nerón, Diocles, Mahoma, Lateinos, Teitán, Mal Duce, o Sajón. Muchísimos nombres son posibles. El sabio Arethas compuso siete: λαμπέτης (ilustre) τέιτων (titán o astro-rey) ὁ νικητής (el vencedor) κακός ὁ δηγός (el mal dus) ἀληθής βλαβέρός (dañino de veras) παλαιβαρκάνος (antiguo envidioso) ἄμνος ἄδικος (cordero maligno). Los helenistas protestantes como Melanchton y Theodorus Bibliander (Buchmann), se dieron a la fácil tarea de componer con el 666 el nombre del papa, de un papa particular o del papado en general; y Belarmino, que no carecía de humor, les respondía *ad hominem* componiendo con números griegos que

suman 666 el apodo de σαξειος *el Sajón*, es decir, Lutero.

En nuestros días un padre dominico, José Dussot, hebraista y helenista, se dio a componer nombres en griego cuyas letras sumaran 666. El primero que compuso fue el de la francmasonería, que traducida al griego efectivamente da 666 —aunque con la pequeña trampita de poner ἀλήθο en lugar de ἀληθη. Véanlo:

Η´	α	λ	η	θ	ο	λ	ι	θ	ο	τ	ο	μ	ι	α
8	1	30	8	9	70	30	10	9	70	300	70	40	10	1 = 666.

Lo que demuestra quizá la interesante monografía del Dussot es que el nombre del Anticristo, cuando venga, deberá ser escrito en letras hebreas para que dé 666. En efecto, la palabra θηριον, *Bestia*, con que San Juan llama al Anticristo, puesta en letras hebreas da 666



50 6 10 200 400 = 666

y lo mismo pasa con el nombre de *Nero Cesar* puesto en caracteres mosaicos, el nombre del bestial tirano que para San Juan es el *typo* del Archimalvado futuro... Nero K'sar.

.....

Hasta aquí el papel del vejete, es decir, la parte sana del papel. Hay después un *excursus* donde discute si Enoch y Elías (personajes bíblicos que se cree que no han muerto aún) vendrán en carne y personalmente al fin del mundo a luchar contra el Anticristo; o bien los Dos Profetas del APOKALYPSIS representan simbólicamente la Jerarquía y el Profetismo. El viejo discutió eso con una caligrafía ininteligible y concluyó *las dos cosas*: que es una manera cómoda de concluir discusiones.

Lo mismo concluye en la otra discusión de si *"el Anticristo será un individuo o un cuerpo colectivo..."*, un partido, una sociedad o un movimiento ideológico. El viejo concluye que será ambas cosas *"en causalidad recíproca"* —así pone—, es decir el jefe de una gran here-

ja mundial y un gran movimiento que engendra su jefe. Pero como eso es una ley histórica constante, que no hay caudillo sin causa, en hecho de verdad el viejo se decide por la sentencia tradicional del Anticristo-persona, en contra de la opinión contraria que data del tiempo de Lutero; aunque había sido ya como bosquejada por los intérpretes alegoristas.

Finalmente, siguiendo su costumbre, Benavides termina su papel componiendo tres sonetos; o dos y medio, mejor dicho, pues como verá el lector, el tercero le quedó en estado informe, a medio hacer; si no es que el aeda acudió aquí a las escuelas modernas de poesía, como esa que llaman —o llamaron— *Palabras en libertad*. Los sonetos son éstos:

Visiones

1

En uno de mis *miedos veladores*
soñé que iba pasando a mis dos lados
el gran rebaño de los resignados
llevado de uno de los peleadores.

Iban tranquilos y trincando flores
los a dar leche y lana destinados
iba nervioso y belfos espumados
el guardián de los dientes mordedores...

Y todos iban por la senda abajo
reseco polvo de caminos viejos
a una ciénaga triste

muy satisfechos de ir por el atajo
balando entre el chillar de los vencejos
sin la luz de los ojos que ven lejos...
¡Ay, el pastor! ¿Adónde te escondiste?

2

Yo vi. Quisiera no haber visto... He visto
la turba aterecida amedrentada
como ante el lobo ovejas en manada
ante el Que es Contra-del-Antiguo-Cristo.

Dos demonios, Mavorte con Mefisto
uno en su porte y otro en su mirada
iban; y en la corona y en la espada
un triple *seis* carbunclo trimegisto.

Lo vi moverse en un plateado lienzo...
Era un Anfiteatro enormemente
pleno de testas, trípodes e incienso
que esperaba el Mensaje.... De repente
ojos de llama y diademada frente
apareció, movióse, habló. Y la gente
cayó de hinojos. Un sollozo inmenso...

3

Blancura de hostia bajo tu pezuña
metafísica clave de la historia
si a tu madre violaste y diste muerte
te crees libre y eres libre solo
como es el hombre, intersección de mundos
concreción de una red inmensa de
circunstancias e impulsos...
Hijo de la injusticia y del Pecado
helóse mi alma del espanto, pero...
Las Tablas de la Ley del Monte Moria
como el gusano sin que nadie observe
quién lo sembró de la carroña nace
nace de la carroña de que pace
y en que hierve...
La eterna tiranía y el instinto
de explotar hombre al hombre y el humano
veneno horrible de endiosarse en vano
y el puño armado en sangre hermana tinto...

El último soneto evidentemente no le salió al viejo.

Las márgenes del papel están llenas de listas de consonantes escritas en letra muy menuda, en esta forma:

garduña
uña
pezuña
acuña
Cataluña
zuña
empuña
vicuña

Esto prueba que es verdad quizá lo que me dijo un día Mungué que el judío no era en verdad un verdadero poeta, sino un hombre culto buen versificador. Un verdadero poeta no necesita hacer lista de consonantes; y cuando se pone a hacer un soneto, lo hace.

Esto es todo lo que puedo dar a mis posibles lectores de estos enredados y fragmentarios papeles acerca del Anticristo.

Capítulo III: *La injusticia*

Hoy le saqué al viejo un artículo que escribió sobre la injusticia, aunque el título que le puso, para adaptarse al temario, fue *Reflexiones sobre la justicia.* Lo escribió para un certamen o juegos florales que hicieron en Brescia, para conmemorar el centenario de la aparición de la PSICOLOGÍA y la ÉTICA de Rosmini, los hermanos del Instituto de la Caridad. Contra todo lo que presumíamos ¡sacó un *accessit!* Estaba tan contento de este modestísimo triunfo que se daba por satisfecho del trabajo de escribirlo en la cárcel sin libros y de haberlo traducido al italiano sin diccionario. El *accessit* no comportaba ni una sola lira; la honra tan sólo. Lo publicaron los hermanos en una revistucha con el pseudónimo de Aureliano Martínez Robles.

Aquí se ve lo que hubiera producido este viejo cascarudo de tener los incentivos normales que tiene un escritor en su vida; cuando en medio del desierto de hielo en que vive es capaz de sacar de sus entrañas, como una araña flaca, tal cual parsimoniosa tela.

Reflexiones sobre la Justicia

La injusticia es el disolvente más tenaz que existe.

Una injusticia no reparada es una cosa inmortal.

Provoca naturalmente en el hombre el deseo de venganza, para restablecer el roto equilibrio; o bien la propensión a responder con otra injusticia; propensión que puede llegar hasta la perversidad, a través del afecto que llaman *hoy resentimiento.*

Es, pues, exactamente, un veneno moral.

Hay una sola manera de no sucumbir a sus efectos: ella consiste en aprovecharlos para robustecer en sí mismo la decisión de no ser jamás injusto con nadie. ¡Ni siquiera consigo mismo!

Con ayuda de los dolores que provoca en el alma la injusticia sufrida —que en los seres de gran temple moral son extremados—, hay que saber ver la fealdad y la deformidad de las propias injusticias-posibles, pasadas y futuras; y de la injusticia en sí.

El que ha sufrido una gran injusticia en sí mismo, y no ha respondido con otra, no necesita muchas consideraciones para contemplar el punto de San Ignacio de Loyola: *"considerar la fealdad del pecado en sí mismo, aun dado caso que no estuviese prohibido"*. Vemos la fealdad del pecado más fácilmente cuando otro nos lo inflige, que cuando nosotros lo infligimos.

Devolver injusticia por injusticia, o golpe por golpe, no remedia nada. La venganza, que dicen es *"el placer de los dioses"*, es un placer solitario y estéril. La *vindicta* es el placer de los dioses, así como el quijotismo es su deporte.

Nada más común en nuestra época que la indignación por la injusticia: es una de las características de ella. Esa indignación es natural; y nadie dirá que sea mala. Pero el remedio que se busca ordinariamente es malo, porque casi siempre implica otra injusticia.

Repartir la tierra a los campesinos: para eso hay que arrebatarla primero por la violencia —y con injusticia en muchos casos— a los boyardos. Los boyardos cometían injusticias con los *mujicks;* sea: los tenían reducidos a un estado de primitivismo, les sustraían quizá el salario justo, pecado que según el catecismo *"clama al cielo"*.

Pero el bolchevismo, que usó como instrumento político el estribillo *"¡la tierra a quien la trabaja!"* ha acabado por socializar la tierra y convertir al Estado en el Gran Boyardo, de manos más duras y corazón más pétreo que todos los otros juntos.

Pagar con una injusticia la injusticia aumenta la injusticia. El péndulo empujado de un extremo se va al otro; y comienza el movimiento interminable del mal, *"el*

abundar la iniquidad", que dijo Cristo destruiría en los últimos tiempos hasta la misma convivencia.

Esta actitud de digerir la injusticia resulta a la postre la mejor venganza. En efecto ¿qué se propone el odio? El odio se propone —o buscar inconscientemente, pues hay odios inconscientes— esencialmente *destruir*. ¿Qué mejor venganza que ofrecerle el resultado contrario, el ensanchamiento del alma propia, la purificación y mejora de la vitalidad interna?

Pero ¿dónde está la alquimia que convierta ese veneno en medicina y alimento?

"La ponzoña más dura y obstinada
es la injusticia social...
Una injusticia que no es reparada
es una cosa inmortal...".

Si ¿dónde está el medio? Séneca decía: "*Si alguien te ofende no te vengues: si el ofensor es más fuerte que tú, tenle miedo; si es más débil, tenle lástima*".

Esta consideración, pronunciada a un hombre bajo el peso de una injusticia real y seria, tiene la virtud de ponerlo prodigiosamente furioso.

El medio de digerir la injusticia es un secreto del cristianismo. Es la actitud heroica, y aparentemente imposible a las fuerzas humanas, de devolver bien por mal, de bendecir a los que nos maldicen.

El Evangelio contiene muchos secretos, muchos abismos de filosofía moral. El Evangelio asume a Séneca a las alturas de la eficacia total.

Las fuerzas psicológicas del hombre son limitadas y pueden sucumbir a un gran dolor moral.

"*Consolar al triste...*" —y eso no con palabras sino con ayuda verdadera, es la mayor de las obras de misericordia.

Un gran dolor moral no consiste en un conjunto de imágenes lúgubres que se pueden espantar o apartar con reflexiones, distracciones o palabrería devota, como creen los santulones. Es pura y simplemente una herida, a veces una convulsión y una tormenta, que puede descuajar al alma y romperle sus raíces.

Un gran dolor no pasa nunca como un nublado tras del cual nace el sol, según la manida metáfora. Penetra en el alma, la cambia, se incorpora a ella y permanece ya para siempre. ¿En qué forma permanece, como veneno o como espuela? Ése es el problema.

Un golpe grande que carezca del adecuado lenitivo puede desmoralizar para siempre a un hombre, intimidarlo, anularlo —y aun amargarlo y pervertirlo. Ése es su efecto natural. Recordemos al SYLAS MARNER de la gran novelista inglesa María Evans.

Todos los remedios de la filosofía, elaborados tan sabiamente por Séneca y Boecio, son de efecto local; y en los casos graves son del todo insuficientes. Sólo el amor cura las heridas del alma. Y sólo un amor sin medida las heridas desmedidas.

Cristo amó a la humanidad de ese modo.

El amor del prójimo es el único remedio de la injusticia social: pero el amor que trajo Cristo es un amor desmedido. Él le señaló caracteres enteramente excepcionales: tiene que ser de obras más que de palabras, tiene que llegar hasta a amar al enemigo, y dar la vida por el amigo.

Y para diferenciarlo de la caridad farisaica, el Maestro señaló su raíz, que es la justicia, y su flor, que es la misericordia. *"Dais limosnas; pero habéis abandonado lo fundamental de la Ley, que es la misericordia y la justicia..."*.

En este gran remedio del veneno de la injusticia, que es ahogarla en el amor, se cumple quizá la promesa de Cristo a sus discípulos: *"Et si mortiferum quid biberint, nihil eis nocebit"*. Beberéis venenos y no os harán ningún daño. El resentimiento es literalmente un veneno.

Esto no nos fue dicho, obviamente, para que bebamos cianuro a ver qué pasa, sino para que tengamos confianza cuando nos sintamos psíquicamente envenenados.

Éste es el milagro que dijo Cristo harían sus discípulos *"mayores de los que Él hizo"*. Claro que él también lo hizo primero.

Pero qué gracia. Él era Él.

Amar a los enemigos parece imposible psicológicamente; sobre todo cuando uno los tiene; y más aún cuando los tiene encima. No se puede aprehender a la vez a un hombre como enemigo y como amable; y nuestro amor depende de nuestra aprehensión. No puedo amar sino lo que es *"bueno para mí"*.

Además, parecería que eso de amar a todos destruye la actividad moral, paraliza la lucha contra el mal, infunde una apatía y una inercia budista, convierte a la sociedad en una tropa de borregos silenciosos o dulzones.

Pero hay que advertir, al que hiciere estas objeciones tolstoyanas o gándhicas, tres cosas:

Jesucristo no dijo que *"no hay enemigos"* como Buda; al mandarnos amar aún a nuestros enemigos, implica esa gran división entre los hombres, y no deroga el natural amor a los amigos, *mayor que a los enemigos.*

Jesucristo no dijo: amad *más* a vuestros enemigos o amadlos *igual* que a vuestros amigos... Eso sería contra el orden de la caridad, cualesquiera sean las expresiones acaloradas de los santos, cuando tomados de la locura de la Cruz parecerían a veces expresar lo contrario.

Jesucristo dijo *"Amad a vuestros enemigos"*: pero no dijo: *Poneos en las manos de vuestros enemigos.*

Cuando no hay jueces capaces de irrumpir contra la iniquidad cunde la injusticia, se propala el resentimiento y se vuelve casi imposible la convivencia. Esto profetizó claramente nuestro Redentor: *"Porque abundó la iniquidad se resfrió la caridad en la mayoría"*. Como una de las partes de la caridad es la *amistad cívica*, que Aristóteles explica es la base de la *convivencia*, se sigue que el resentimiento vuelto plaga endémica pone a la sociedad en condiciones casi invivibles. Eso es lo que está pasando hoy.

El resentimiento, esa especie de *rencor abstracto* ha sido bastante explicado por Nietzsche y Max Scheler para ser ignorado por nadie. Basta abrir los ojos, tropezamos con él a cada paso.

El "resentimiento", así con comillas, no es vulgar rencor, odio o despecho; es indignación reprimida mal o insuficientemente, por fuerza y no por razón, que se

irradia concéntricamente de objeto en objeto y de zona en zona anímica, hasta contaminar, cosa curiosa, el mismo entendimiento. Hay hoy día *ideologías de resentidos* expuestos en lenguaje científico y con las mayores apariencias de objetividad. Max Scheler ha descubierto el resentimiento en las ideologías socialistas, en muchas herejías medioevales, en la apostasía del emperador Juliano —en lo cual le precedió la aguda observación de San Gregorio— y hasta en el libro DE CONTEMPTU MUNDI del papa Inocencio II.

Pero esta definición del resentimiento y su análisis en:

Indignación por una ofensa
represión violenta,
tristeza,
ansia de vindicta o venganza,
desplazamiento concéntrico a objetos lejanos
irradie sentimental
contaminación intelectual

son cosas de pedantes. Bergson lo definiría rápidamente:

ira ulcerada o bien
rencor en septicemia.

Esta septicemia no tiene más penicilina que una gran inyección de amor tan tremenda que sólo es posible por la Fe y por la Gracia —ayudados de intermediarios humanos, como suele Dios hacer sus cosas. *"Dios y ayuda"* como dicen en España.

El amor a los enemigos no excluye la lucha contra la injusticia que está en ellos; antes a veces la impone.

Hay algunos que tienen la misión o el deber profesional de luchar por la justicia. Sea que ella nos alcance personalmente o no, la injusticia es un mal terrible, perceptible a los que poseen el sentido moral —sexto sentido que diferencia al noble del plebeyo— y luchar contra ella es obra de procomún, aunque en ocasiones parezca como una locura. Don Quijote tuvo esa

locura, que en el *ideal caballeresco*, creado por la Iglesia en Europa, no era locura.

Decía uno:

Dios que permitiste contra
mí, la mayor injusticia
y vida nueva y caricia
me das ¿para qué? ¡Recontra!
Tu ley santa me confronta,
primero perdonaré
y después olvidaré
y habiendo vida y milicia
lucharé por la justicia
y un día veremos qué.

Hombres hay que la injusticia
no pueden tragar ni ver
pues los enferma, anoser
que luchen por la justicia
morirían de ictericia
si no luchan. Dejenlós
quijotes los llaman los
emboscados, que son tantos
ellos son locos o santos.
a mí me hizo de ellos Dios.

Unos locos y otros santos
son; y otros entreverados
yo nací por mis pecados
de estos que hoy ya no son tantos.
Llena de lacras y espantos
esta época no los pare
quien hallarlos deseare
no vaya a cortes de rey
porque ellos nacieron buey
¿y a dónde irá el buey que no are?...

Los que tienen el deber profesional de luchar por la justicia son los jueces (los juristas), los gobernantes (los pastores) y los soldados (los guerreros). Desgraciadamente la época moderna ha transformado a los jue-

ces en máquinas, a los gobernantes en economistas y a los soldados en militares; y padecemos una gran escasez de caballeros andantes.

Los caballeros andantes son los que tienen, más que el deber profesional, la pasión, la manía y el vicio de la justicia. Esta disposición natural —sea temperamental, sea adquirida— de suyo debería coincidir con el deber profesional; de hecho hoy día andan los dos a veces separados. De suyo, así como sacerdotes deberían ser ordenados los que tienen *carismas*, así jueces deberían ser nombrados los que tienen quijotismo, como pide la Escritura: (Eccl., VII-6) *"Noli quarere fieri judex, nisi valeas virtute irrumpere in iniquitates; ne forte extimescas faciem potentis, et ponas scandalum in cequitate tua"*. El juez débil no sólo no hace bien, pero causa escándalo: porque se espanta a la faz del potente; por lo cual, el hagiógrafo pide al que quiere ser hecho juez —o gobernante— que tenga *"fuerza para atropellar la iniquidad"*; y simplemente disuade a todos de *"buscar ser nombrados magistrados"*.

Las reinas de la Edad Media se hacían perdonar de los leprosos la pompa y la alegría de una época quizá más feliz que la nuestra —pues tenía reinas santas en lugar de "estrellas" de cine— besándole las llagas. Hoy día los leprosos se tienen que contentar con autógrafos. Rita Hayworth ha visitado el Leprosario de Barcelona. Los diarios de hoy lo cuentan; y cuentan una anécdota. Dicen que la Rita (la Gilda) recorrió el lazareto acompañada de una monjita joven y no mal parecida, que allí presta sus servicios. Al salir se volvió a ella y le dijo:

—Hermana, yo no haría lo que usted hace aquí por un millón de dólares.

La española le contestó muy templada:

—Yo tampoco.

Esta anécdota es muy vieja: me la contaba a mí mi difunta abuela cuando yo era niño de teta.

La represión del natural deseo de venganza por razones intelectuales o por amor de Dios produce en el alma esa *"hambre y sed de justicia"* a la cual se prometió la bienaventuranza. Ella es la *sublimación* del ren-

cor y de la natural pasión por la *vindicta;* pasión por el restablecimiento del equilibrio moral. El odio a la injusticia padecida se convierte en horror de la injusticia sufrida por los otros. Los sentimientos heridos no se cicatrizan —como pasa por el olvido en las heridas pequeñas— sino que comienzan, como si dijéramos, *a sangrar hacia arriba.* Por eso nuestro Salvador lo comparó a una pasión tan pertinaz y luchadora como el hambre.

"Esto que me ha pasado jamás cicatrizará", se oye decir a veces: *"Sí que cicatrizará"* es la respuesta vulgar, a veces falsa. Tiene razón el herido muchas veces. La respuesta exacta es: *"Conviértete en un herido de Dios, deja atrás a los hombres. Sé místicamente cruel contigo mismo"*.

Esa herida siempre abierta nos hace solidarios del dolor del mundo; nos establece en comunidad con todos los que sufren; y hacerse solidario del dolor del mundo fruto del pecado fue la razón de tomar cuerpo y naturaleza humana el Verbo de Dios. Hombre sin pecado. San Pablo decía que llevaba en su cuerpo los estigmas del Cuerpo de Cristo: y que su vida real estaba escondida con Cristo en Dios. Hombre en medio de los hombres, capaz de interesarse por todo lo que era humano, lleno de virtudes sociales, o como dicen hoy, de "humanismo", ganándose el pan con sus manos y predicando la salvación con desinterés sumo y en medio de riesgos y molestias indecibles, el Apóstol de los Romanos, llevaba escondida su llaga secreta, que era la razón de su poder. *"Mi debilidad es la razón de mi fuerza"*.. *"Cum infirmor tunc fortior sum" ("Cuando soy débil es cuando soy más fuerte").*

Nunca fue más fuerte que cuando atadas las manos, inclinó el cuello a la segur del verdugo. Entonces fue saciada su sed de justicia y las palabras de sus cartas, pasadas de sangre, se volvieron eternas.

Todo esto es más o menos sabido, pluguiera a Dios que fuese practicado. Que esta época es dura e injusta, todos lo dicen. Que esta época es la peor época que ha existido, lo han dicho hombres parecidos a nosotros en todas las épocas.

Lo que interesa sería saber qué va a salir de todo esto.

Pues bien, no pueden salir más que dos cosas, o una restauración de la justicia o la ruina total de la convivencia.

O se produce una gran efusión de amor fraterno, que habrá de tener caracteres casi milagrosos, por el cual sea restaurada la justicia en todas partes, arriba y abajo, en la Iglesia lo mismo que en el Estado, en la sociedad y en la familia, en la vida pública, en el comercio y en el trabajo, en las leyes externas y en el corazón de los hombres —que es de donde todo lo demás brota...

O las actuales condiciones de iniquidad campante y triunfante se continúan y multiplican, prevalecen de más en más los sin corazón y sin ley —"*sine afectione absque foedere, sine misericordia*"— se produce un universal e implacable sálvese quien pueda y las masas egoístas y atemorizadas caen bajo el poder de los tiranos violentos o mistificadores sutiles, o de esa mezcla de ambos que ha de ser el Gran Emperador Plebeyo; ese "*Hombre de la Iniquidad*" que hace ya dos mil años la Cristiandad apoda con el dictado apostólico de Anticristo.

Aureliano Martínez Robles

Capítulo IV: *El ídolo*

"Haced reverencia a la imagen
corpórea material y visible,
del Dios verdadero".

El pregonero vestido de peluche negro y oro, como un gran abejorro revolcado en polen, repitió la solemne intimación levantando la larga tuba de bronce, aunque aunque todos sabían que la voz imponente y desgarradora —como el grito de Tarzán— salía de los grandes altavoces colocados detrás de él y en el interior del ídolo. Los fieles arrodillados en torno de la estatua en la vasta plaza inclinaron hasta el polvo la frente. El heraldo o muezín después de una pausa voceó por tercera vez, añadiendo la invocación *"del Dios verdadero y vivo"*.

Todos besaron el suelo y se estremecieron —quiero decir, todos los que estaban adorando—, al mismo tiempo que la gigantesca estatua empezó a moverse. Los que pasaban por la calle o por las aceras, no hacían caso; a lo más se detenían un momento. Pero los fieles estaban absortos.

La estatua volcó como dos guadañas los dos descomunales brazos inferiores sobre la masa de los fieles, mientras cruzaba las dos manos medias sobre el pecho, y elevaba, las dos manos superiores, con los dos tazones de incienso, sahumándose a sí misma, casi hasta su cabeza de cinocéfalo, oculta en nubes aromáticas y más alta que los altos pinos. El cuerpo se estremeció, semejante al del hipopótamo y del vientre blanco salió un quejido. Las enormes fauces bostezaron. Las dos pier-

nas cortas y robustas hechas en tiempos en que se sabía lo que era trabajar en bronce se rebulleron.

Los brazos inferiores, en su poderoso envión, derribaron varios adoradores, tomándolos de las cabezas y hombros, y enviándolos todos juntos a un montón lamentable, lastimados algunos y todos humillados y confusos. Pero ninguno protestó ni se quejó.

Es una prostitución adorar un ídolo así —pensé yo—. Pero no puedo negar que tenía un verdadero temor ante la gran estatua verdosa. No parecía obra de hombres. De hecho, la leyenda tradicional aseguraba que había aparecido de golpe en una noche, trasportada por manos invisibles, por manos que no podían ser de hombres.

Se sabe que una estatua de bronce no puede ser Dios. Ninguno de los adeptos al ídolo lo pretendía. Pero hay imágenes más o menos milagrosas, más o menos curativas y eficaces. De hecho, los adoradores de la estatua aseguraban que eran felices, y que sentían continuamente una profunda sensación interna de seguridad y alegría; se producían entre ellos curaciones milagrosas; y en todas sus empresas siempre tenían suerte y el triunfo los acompañaba.

Esto no lo negaban ni los mismos enemigos del ídolo. Al contrario, algunos de ellos atribuían a la estatua más prodigios, o más descomunales, que los mismos fieles; lo cual no era óbice a que lo aborreciesen.

Los enemigos del ídolo tenían alquiladas casas, bohardas o balcones alrededor de la plaza, y desde allí tiraban al ídolo flechas, y hasta tiros de escopeta, de noche. Poca mella le hacían, a lo más le quitaban trozos del dorado; sin contar con que casi todos los tiros fallaban. De vez en cuando, eso sí, un bodoque hacía temblar el monumento y le arrancaba bramido sordo; de lo cual se enfurecían los fieles, pero también creo que una cierta satisfacción les daba. De hecho, a quien más aborrecían ellos era al indiferente, al que transitaba calle abajo calle arriba sin darle al ídolo más beligerancia que una mirada distraída. Al enemigo lo necesitaban.

A mí el ídolo me daba en los nervios: esto me nació

no sé cuando y me fue creciendo paulatinamente. Como yo no pertenecía a ninguno de los tres grupos, pues el ídolo me producía repulsión y temor, y no me dejaba indiferente, me sentía como en el aire y como extraño a todos, sin congeniar con ninguno. Eso no era voluntario en mí, ni tampoco lo podía evitar; y ésa fue mi tragedia.

No sé como nació en mí el aborrecimiento; quizá por el aburrimiento. En Magnópolis se topaba al ídolo hasta en la sopa. Como extranjero llegado a Magnápolis a ganarme la vida, yo estaba en la disposición de aceptar con respeto todo lo de la rica y potente ciudad, o al menos callar la boca ante lo que no gustara, como se debe hacer en el extranjero. Y el ídolo al principio hasta me atraía. El ceremonial era atrayente, las gemas y metales ricos de los vasos y candelabros deslumbraban, las vestiduras de los prestes eran suntuosas y magníficas. Las funciones del 6, 15 y 25 de cada mes, donde se echaba el resto, me tuvieron al principio de espectador infalible. Las lentas y exquisitamente medidas evoluciones de los oficiantes, todos de la misma altura, y vestidos de chapa de oro con florones rojos; la penetrante voz de los niños del coro, la vociferación de los oráculos, la música y el incienso en la tibia luz del crepúsculo hacían un espectáculo de esos que lo retienen a uno horas enteras y hacen languidecer la voluntad, como escuchar el canto de un arroyuelo, o mirar las olas del mar.

Poco a poco empecé a virar. Creo que más que el ídolo empezaron a cargarme los idoladores. Tenían todos una misma manera de ser, y nunca estaba uno seguro de entenderlos del todo: creo que ni entre ellos se entendían, aunque de fuera se mostraban siempre cordialidad desmedida. Debo confesar que una vez el ídolo me derribó en uno de sus ciegos manotazos; pero ya hacía tiempo que yo le sentía tirria; justamente me derribó porque me arrimé para verlo de cerca; de cerca solamente se veía su fealdad. De lejos, al crepúsculo y entre el incienso, daba impresión de majestad y fuerza.

Era un fastidio: uno no podía hablar en la ciudad de miedo a ofender sin querer a uno de los idoladores,

y ser acusado a los sumos sacerdotes. Por más cuidado que uno tuviese, las ceremonias, ritos, prescriptos, tabús y chibolets del ídolo eran demasiados y demasiado complejos para recordarlos todos cada momento, si uno no dedicaba toda la vida a eso, y dos horas diarias de estudio, como hacían los idoladores. Además, algunas de las prescripciones eran ya arcaicas, y de ninguna manera se podía saber ya su objeto ni su fin; y yo, las cosas que no las entiendo no las puedo recordar. Se me van de la memoria, sobre todo si no me gustan.

Empecé a luchar contra esa obsesión, de acordarme, con disgusto del ídolo a cada momento, y verlo por la noche en sueños envuelto en nubes verdosas. Pero fue inútil. Cada mañana al levantarme me decía: *El ídolo no existe. Es una fantasía tuya. ¡Afuera!*

Pero ahí estaban las trompetas de bronce para desengañarme; y las ceremonias del 6, 15 y 24; y las insignias por toda Magnápolis; y en el hotel en que vivía estaba lleno de idoladores —de modo que en la mesa a veces me pasaba callado todo el tiempo, porque no los entendía o me daban en rostro: eran muchos y yo era extranjero. Alguna vez, ante una afirmación demasiado absurda, me sulfuré y me descaré y con una fresca hice callar a alguno. Me fue siempre mal. A la larga la pagaba. No se podía tocar al ídolo sin pagarla. Los únicos que andaban siempre impunes eran sus enemigos. Más todavía que sus amigos.

Esta gente no leía más que el *Manual de los oráculos* —o mejor dicho se lo sabían de memoria— y despreciaban toda otra literatura. "*¡Calidad y no cantidad!*" —decían—. Yo no niego que los oráculos eran buenos, pero ¿los practicaban ellos? Yo creo que los que mejor se sabían los oráculos, eran para aplicárselos al prójimo. "*La justicia y la verdad son el culto del Dios vivo; y todo otro culto sin esto es idolátrico*", decía el oráculo CLXIII. Muy bien. Pero ellos hacían lo contrario; o por lo menos esa justicia y esa verdad la entenderían ellos y era el monopolio de ellos. Un día me atreví a discutirle un oráculo a un idolador pequeño y gordito, cara de bruto, que estaba solo conmigo y un bock de cerveza, una tarde sofocante de agosto. "*Vea, amigo* —le

dije— *juzgado con criterio estético, el dios es repugnante, es inarmónico y disonante... Ahora, juzgado a la luz de la religiosidad, usted dirá*". Se puso lívido. "*Usted carece de los ojos de la fe* —barbotó tartamudeando—. *Usted es ciego. El dios es supremamente bello*". Se levantó de la mesa y salió. A los pocos días me cobraron en la caja del hotel una multa picante por haber trasgredido una ordenación mínima, que todo el mundo traspasaba: la de entregar la llave al portero al salir. El idolador me había denunciado.

¡Y a eso llaman libertad de conciencia!

Sentí que empezaba a volverme estúpido, intimidado y perverso. No se puede vivir en contra del ambiente en que uno vive. Empezaba a prestar crédito, o al menos a dubitar, a las consejas increíbles que del ídolo contaban los enemigos. Que los gemidos que exhalaba el ídolo, como vacaré empachado, venían de infelices idoladores que el ídolo recogía al azar de sus manotazos y engullía por una gigantesca estoma que tenía en el tórax entre los tres pares de brazos; que el infeliz se iba muriendo lentamente adentro sin dejar de adorar al ídolo: esto decían los enemigos. Y curioso es que los idoladores lo admitían en lo esencial, rechazando solamente al pormenor de la víctima, que ellos sostenían no era sino un enemigo. Pero yo creo seguro que los gemidos venían de un fuelle, colocado allí por los sacerdotes, que servía también para el *sí* y el *no* de los oráculos. Sin embargo, cuando empecé a odiar y temer al ídolo, empezó a vacilar mi racionalismo, y las fábulas empezaron a parecerme probables. Por eso digo que empecé a idiotizarme.

Proyecté marcharme a otra ciudad. Total, no ganaba tampoco tanto y ante todo la salud, como decía mi abuela. Claro que era una aventura y una molestia, después de tantos años de pacífica residencia; pero... ¿qué se hace ante la fatalidad? No estaba ya en mi mano dejar de pensar en el ídolo, y mi alma ansiaba un poco de paz. Pero he aquí que me dijeron que en todas las otras ciudades era lo mismo, que cada una tenía su ídolo; por lo menos, todas las ciudades de que se tenían noticias en todo el contorno. ¿Cómo pudo suceder eso?

¿Cómo había acontecido eso repentinamente? En mi niñez estoy seguro que no era así. Aunque no acabé de creer esa información, sin embargo bastó para hacerme dudar y la duda bastó para quebrar mi voluntad, e impedirme toda decisión. Recordemos que en ese tiempo era yo un intimidado.

Además la empresa era demasiado difícil: pase libre no me iban a dar, y los prestes del ídolo tenían centinelas apostados en todas partes, digo, en todas las puertas y largo los muros. Oí decir que tenían orden de dejar seco de un tiro a quien intentase salir de las murallas. Y varios esqueletos sospechosos en las cercanías de los fosos parecían hacer buena esta noticia alarmante.

Cuando me vi sin salida, me entró una especie de angustia muy penosa, que aunque enteramente absurda, me hacía mucho daño y arruinaba mis negocios. Me pasaba los días enteros discutiendo con el ídolo; y aun las noches, pues dormía muy mal. Cómo me habré puesto, que hasta me entró en la cabeza —o medio entró— la descomunal sandez de pasarme a los enemigos. Pero los enemigos eran perfectos idiotas que no hacían absolutamente nada, antes bien parecían amigos disfrazados. Los amigos sin disfraz, con el fastidio y todo que les tenía, todavía eran mejores; porque al menos tenían poder real, se consolaban con sus ceremonias y se ayudaban en sus negocios. Esto fue en el tiempo de la angustia. Claro que estando así, yo no era yo mismo.

Me las empecé a ver muy negras, y hubo un momento en que me di por perdido; menos mal, el recuerdo de mi abuelo el arquitecto y sus hazañas de *pionero* me salvó; y también la amistad de una buena señora, que aborrecía también al ídolo, pero no le hacía tanto caso. ¿Por qué tenía que hacerme mala sangre? ¿Me faltaba algo en la ciudad? ¿Me obligaban a adorar a la estatua por si acaso, y ni siquiera verla? Yo le explicaba que había en toda la ciudad una especie de niebla verdosa, una atmósfera sutil, que a mí me envenenaba. ¡Pamplinas! —decía ella—. Esa atmósfera se la hace usted. ¿Tiene más que dejar de hacer caso? Está bien; pero ¿cómo se deja de hacer caso? Pues dejando. Era

española; son tremendas las españolas. ¡No hacer caso! ¡Ponerse fuera de alcance! Al principio me parecía imposible... pero probando y probando comenzó a dar resultado. Claro que no hubiese perseverado en probar sin los continuos y tercos imperativos mulares de la tía Ina.

Empecé a *dar de mano* al ídolo, a empujarlo poco a poco a razonable distancia, a mirar la parte grotesca del asunto. ¿Qué derecho tenía yo a querer que fuera destruída esa legendaria y centenaria consolación de miles de personas sólo por mi gusto? Empecé a ver que había en mí algo de pretensión ridícula. El ídolo no podía caminar; y si yo no me ponía a tiro, no me podía manotear. ¿La celebración obligatoria del 6, 15 y 24? Podía cerrar los ojos. No sería un rato muy delicioso; pero no sería más que un rato. Comprar un *Manual de los oráculos* y aprender de memoria 10 ó 12 de los oráculos más fáciles, no era cosa del otro mundo. Seguirles la corriente a los idoladores, aunque uno no viese a dónde van a veces, tampoco es imposible. Al fin y al cabo, casi todos ellos son hombres buenos, aunque con ese toque todos de la reserva y los tapujos y no tocarles los puntos neurálgicos. Con razones y cautela se puede arreglar uno con todo el mundo; y ellos pasan por todo; lo único que no pueden perdonar es la inteligencia y la alegría. Pasar algunos disgustos en este mundo es inevitable; y cuando se ve uno en un gran apuro —como el 24 pasado, el "Día del Alimento", que no tenía el certificado de asistencia a todas las fiestas del semestre— se arregla uno como puede; y entre hombres siempre hay arreglo.

Apenas comencé con este tratamiento comencé a andar mejor. El ídolo me empezó a parecer grotesco en vez de horroroso, y vi la cara de cinocéfalo, el vientre de hipopótamo y los seis brazos de araña que antes no veía sino a modo de sombras imponentes en medio del incienso. Pero me guardaba muy bien de reírme para fuera. Cuando uno comienza a ver las cosas de la vida como grotescas, no se vuelve ya loco: todos los locos son trágicos y terriblemente serios. Y yo comencé a ver que el ídolo estaba un poco ladeado y *tenía grietas*.

Fue una gran emoción aquel día. Este asunto de las grietas es capital en Magnápolis. No se sabe por qué una gran cantidad de edificios se agrietaban de alto a bajo de la noche a la mañana; anteayer mismo el gran rascacielos del *Consolidated*. Es cosa sumamente seria que ha sido discutida incluso en gran concilio de los Prim'ordines; los peritos en arquitectura y geología no dan pie con bola. La gente anda furiosa y pide que se aplique la pena de muerte a todo arquitecto cuya obra se cuartee; pero resulta que los edificios que se quiebran son los antiguos, cuyos constructores han muerto mucho ha; y por lo demás ninguno se cae, todos se agrietan solamente. *Yo tengo la impresión de que esta ciudad se va a venir abajo todo entera o casi, con ídolo y todo, un día*; pero yo no lo veré. Tiemblo de miedo al escribir esto: si estos papeles los hallase un idolador, estaba yo listo. Y para qué los escribo, yo no lo sé; para que no se me pudran dentro.

Los arquitectos no dan importancia a la cosa y dicen: "defecto de construcción" —la mayoría de ellos— y maldicen a los grandísimos asnos de los antiguos. Hay un grupo de arquitectos que sostiene que el fenómeno se debe al tiempo, a la temperatura; ha habido dos inviernos muy fríos arreo y dos veranos excesivamente calurosos, con sequía persistente. Pero hay un grupo de arquitectos-geólogos que opina se ha ido formando paulatinamente una gran oquedad, especie de sótano de forma oblonga, debajo del piso de la ciudad, efecto de la misma gran civilización de ella y del exceso de rascacielos y fábricas. Los aborrece toda la gente y los llama *los cataclismeros*. Ellos han fundado un club con ese mismo nombre. La mayor parte son unos pobres muertos de hambre.

Yo no busco dolores de cabeza, y evito las discusiones: vivir y dejar vivir. No creo que Dios me tome en cuenta tres ceremonias fingidas que hago cada mes sin creer en ellas. Sé que dudan de mi fe aunque sin poder probarme nada, y me han puesto el mote *sine-Deo-in-hoc-mundo*. Mientras no pase de ahí, no importa. Yo creo en Dios, no soy ningún judío; y que el ídolo sea la imagen exacta o no del Dios verdadero, no

me meto. Yo no lo puedo creer, pero no impido a nadie que lo crea; y cuando de noche me gritan la contraseña: *"¡corpóreal"* contesto fielmente *"material y visible"* o bien *"imagen"* inmediatamente les vocifero: *"del Dios vivo y verdadero"*. Yo creo que existe un Dios vivo y verdadero, que creó el cielo y la tierra e hizo salir el sol; y que existió su Hijo Jesucristo, un gran profeta salido de mi raza, el cual vivió en el mundo e hizo lo que pudo y lo que hizo fue excelente; y lo que no pudo El, no lo vamos a hacer nosotros.

Claro que este dolor de cabeza continuo que tengo me lo gané con el esfuerzo enorme que tuve que hacer para vencer la obsesión y el miedo del ídolo; paciencia, pasan los años, ¿qué se va a hacer? Todos los viejos tienen achaques, cuento ya 48 años. El carácter se me ha envilecido un poco, he perdido aquella alegría, coraje y humor de antes, me he vuelto cobarde y perverso un poco. A veces tengo días de gran depresión y una tristeza muy profunda, un tedio de morirse; y pienso si no fuera mejor haber tratado de saltar la muralla a riesgo de un tiro cuando era aún tiempo, ahora es tarde; o haberse plantado en decirle a gritos a los idoladores acerca de la belleza del ídolo, que podía ser bello, pero yo lo veía feo, ¡qué tanta historia! a uno a fuerza de garrotazos le pueden hacer confesar que es un asesino, pero no le pueden hacer creer que es un asesino si no lo es: o últimamente, podría haber llevado un buen martillo a la fiesta del 6, ponerme al alcance del manotazo y hacer trizas a golpes las zarpas articuladas del ídolo, que al fin y al cabo, como dice la invocación, no es ningún espíritu. Claro que eso era la muerte, quizá allí mismo linchado ipsofacto, quizá en el vientre del monstruo entre tormentos espeluznantes. Morir, morir... es fácil decir *quiero morir* pero morirse de veras es otra cosa. Hoy día ya no es tiempo de caballerías, yo nunca he sido un Don Quijote, a no ser intelectualmente o imaginariamente. Solamente quisiera sanar de este dolor de cabeza. El ídolo por cierto no me lo va a quitar.

Ahora mismo me levanto y me voy a almorzar con Ina: bastante he trabajado hoy. Después de comer me pongo mis pantuflas y fumo mi pipa. Después me

acuesto: no duermo pero descanso. Después dos horitas de oficina, pero facturas y arqueo, no voy a perder más tiempo en escribir estas memorias que las tengo que esconder a llave y recatarme del último de los dependientes peor que si fuese yo un asesino. Después, paseo hasta la plaza del ídolo, la función vespertina, cena, pantuflas, pipa, acostarse de nuevo; no duermo tampoco mucho pero descanso. ¿Descanso? Los días que no veo al ídolo en sueños...

¿Para qué vivo yo? ¿Por qué no me habré matado ya, como Mathurin, Leví, Jorge, o Diego Dutraz? Tengo ya más amigos del otro lado que de éste. Creo que lo que me conserva en vida es esa misma visión horripilante pero curiosa: *"la ciudad que se hunde con ídolo y todo, aunque yo eso no lo veré"*. Pero lo que uno sabe cierto que acontecerá ¿acaso no lo ve? Toda la vida he sido más curioso que una pititorra: cuando pibe mi gran deporte era entrar al teatro sin pagar. Y esto de ahora lo veo como una escena de circo o de cine: la gran Urbe Magnápolis que se hunde de golpe con ídolo y todo; lo mismo que veía antes el ídolo entre nubes verdosas con geta de chino y panza de bagre antes de poder verlo así a pleno día, como pasa ahora. ¡Vaya a saber si no son alucinaciones mías! Pero no. Las grietas son reales, las grietas en la ciudad las ven todos, aunque las del ídolo las veo yo sólo. Pero son reales.

¡Lo que es si llego yo a ver eso! La gran ciudad Magnápolis...

. . . . . .

Este cuento o lo que sea estaba entre los papeles del viejo en la sección del *Anticristo* bajo el título general de *Los tres sueños de un apóstata*, que no eran más que dos, es decir, éste, que estaba sin título, y el siguiente llamado *Los dos cardenales*. El tercero faltaba, a no ser que lo fuese un escrito inacabado y horrendo llamado *El último cristiano*, en que parece el viejo quiso emplear la túnica literaria del conde de Lautréamont y no le salió; como a Picasso cuando quiere pintar como Gauguín o Van Gogh.

O quizá lo destruyó el viejo como tantos otros que

destruyó por honradez literaria, por prudencia... o por antojo. Estos papeles me los dio la señora hace poco. En la cárcel el viejo le regaló muchos manuscritos por comida; o mejor dicho, no por comida, seamos bien pensados, sino en prenda de gratitud; porque el judío, contra lo que creí al principio, no era desagradecido. En mí mismo lo vi, al final me dio muestras de verdadero cariño y ternura. Lo que hay es que un mísero no puede ser agradecido.

—No me cabe en la cabeza —decía la señora— que aquí en plena Roma, un hombre cristiano, tan preparado —acentuaba el *tan* a la catalana—, y enteramente inocente... tenga que perecer en medio de torturas atroces, en una situación injusta y despiadada, y no haya medio de sacarlo. No me cabe en la cabeza.

—Señora mía, usted se cree que todo lo que se hace en el mundo es justo.

—Es que esto no *debe* ser.

—Oh señora. Debe-ser y No-debe-ser han sido devorados por Así-es.

—No señor —se obstinaba ella con femenina estolidez—; lo que no debe ser en el fondo no es.

Yo me echaba a reír y le decía:

—¡Oí, oí! ¡Idealismo trascendental!

Ella se enojaba:

—¡Usted parecería que ni cree en Dios...!

La verdad es que yo me hacía el bacán, pero en el fondo lo sentía tanto o más que ella.

Capítulo V: *Los dos cardenales*

El día que llegó a Roma la noticia de la quema de Juana de Arco, una tarde de invierno de 1432, el cardenal Orsénigo, joven arzobispo de Venecia que se calentaba al hogar las manos, le dijo al cardenal Orsini, obispo de Elatea, que hacía lo mismo con sus dos gruesos borceguíes forrados de gamuza blanca sobre el parafuego.

—El obispo Cuchone o Cochone ha quemado por fin a esa curiosa mujer guerrera de Francia.

—¿Ah, sí? ¿Aquella hechicera?

Yo dudo mucho, eminencia, que haya sido en realidad una hechicera. Hacía la guerra a favor de su país natal con el fin de salvarlo de la anarquía.

—Bien. En todo caso, ¿quién le manda meterse en política?

—Con una santa intención.

—El infierno está lleno de santísimas intenciones. El hecho real, material y tangible, es que se metió en política. Tengamos sentido común, sentido de la realidad. Cuentan que andaba vestida de varón, ¡qué ridículo! Todas las mujeres son así, cochinas o alocadas. Vestida de varón ¡qué cochina! Así lo he leído por lo menos en el diario. No hay que creer todo lo que dicen los diarios, pero éste es un diario católico. Si la mitad de lo que dice es cierto, esa mujer Arca o de Barca era una loca de atar. Loca de mal género por añadidura.

—Para andar vestida de hombre, podía tener una razón.

—¿Qué razón posible puede haber? Eso solamente ya es pecado mortal, según los teólogos. La angurria

de meterse en política, como si fuese un hombre ¡un hombre preparado! El que se mete en política debe saber lo que hace, y los riesgos que corre.

—Quemar viva a una persona por meterse en política, eminencia. Si quemáramos a todos los que no debiendo, se meten en política...

—Ta, ta, ta, ta, ta. ¡En este momento quisiera ser quemado vivo! Tengo los pies helados. Nunca se ha visto en Roma invierno más riguroso... Yo no digo que me alegro de ese hecho desagradable *faccio per ridere;* pero mucho peor es el infierno, caro mío colega.

—Es un hecho atroz. Esos sucesos violentos no le convienen mucho a la Iglesia...

—De acuerdo. Pero uno que otro de vez en cuando, para poner en su sitio a los alocados, es necesario. Su eminencia sabe lo que es la natura humana. La inmensa mayoría de los hombres se gobierna por el temor. Evidentemente yo no soy un tigre: y como hombre, y como galantuomo, preferiría que se hubiese retractado la mujercita, y que se hubiera podido salvarla. Mala voluntad contra ella no había. Puede que la hubiese de parte de los ingleses, pero no de la Iglesia. La Iglesia es madre tiernísima de todos... Si se hubiese retractado...

—¿Y si no podía retractarse?

—¡Tatatatata! ¡Cómo! ¡Mi joven amigo! Usted me asombra. Dos buenos teólogos le aseguraban que podía remitir su conciencia rústica a la de ellos, más preparada; y firmar la retractación tranquilamente. ¡Una mujer ignorante, que pretende gobernarse por visiones! ¡Y visiones imaginarias, no intelectuales! ¡Voces!

—¿Y si decía la verdad? ¿Si realmente Dios le hablaba a través de su imaginación?

—Dios no puede, mi caro muchacho, hacer visiones ni voces con el fin de dar a las mujeres encargos terrenales en procura de fines políticos... franceses. ¿No es eso lo que nos han enseñado en la Gregoriana? Sabemos por la teología que tal es el criterio de las visiones veras: *Honestatem finis in spiritualibus.*

—De todos modos, si acaso fue una mujer engañada, no fue ciertamente una mujer perversa...

—Y eso ¿cómo lo sabemos?

—El obispo Guillermo de Noth...

—¿Está aquí ése?

—...que es de sus partidarios...

—¿No le habían vetado el acceso a Roma?

—...me informó detenidamente de todo el caso; y aseguró a su eminencia que es una cosa muy oscura...

—Oscuras son siempre todas esas cosas francesas. Hay que gobernarse por el buen sentido italiano. ¡Al hecho, a lo material, a lo tangible! ¿Podría subsistir la Iglesia si se permitiera al pueblo gobernarse por su cabeza, y que cualquier visionario del demonio, sin la menor consulta a la Iglesia docente, fuese el propio juez de sus relaciones con la Divinidad? ¡Qué locura! Eso es justamente el principio y el almácigo de todas las herejías: la conciencia propia, el juicio propio, como dice San Bernardo.

—De todos modos, yo encuentro también esto de real, material y tangible: el castigo ha sido riguroso, cruel, aun dando que haya sido una pobre mujer engañada por el diablo o enferma de la cabeza. El fuego es demasiado... tangible.

—Esos "pobres engañados" pueden engañar a miles, así es de loco y de ciego el pueblo; y hacer temblar el armazón de la Iglesia. Mejor que muera uno a tiempo que no muchos después. Si muere un poco más penosamente de lo que merece, paciencia. El purgatorio todos tenemos que pasarlo; ¡y es mejor pasarlo en esta vida!, como dijo Santa Catalina de Génova. El fuego es luminoso. Al pueblo, para hacerle entrar las cosas en la cabeza —no es fácil sabusté— hay que dárselas mondas y lirondas, sin complicaciones. Hechicera, y ya está. ¡A la hoguera! porque el desobedecer a la Iglesia Visible es pecado mortal; y pecado es igual a infierno: basta. Así se enseña a las masas. El arte del gobierno consiste en los grandes gestos, en las grandes actitudes significativas.

—Significativas ¿de qué? ¿De la verdad, supongo?

—De lo que el populacho puede pispar de la verdad, de una aproximación o imitación de la verdad, potable a la plebe. Mi caro amigo, convénzase; usted es

joven y sin experiencia: yo he tenido que luchar en Piamonte con los catarinos; al pueblo, para hacerlo feliz, a veces hay que engañarlo. Sin mentir por supuesto. Dejarlo que él se engañe. La verdad pura no es potable a todos.

—Orsini, eso yo no creeré jamás. Dios es la verdad. Y su Verbo, que es su sabiduría, corre las plazas y en las calles habla, como está escrito.

—¿Eso es lo que dice su amigo el franchute?

—Sí. También yo lo digo.

—Dios es la verdad, pero, ante todo, Dios es el Poder, sin el cual no se puede enseñar precisamente la verdad; que por eso en el Credo lo llamamos Padre Todopoderoso y no precisamente Padre Verdadero o Veraz. También yo sé citar la ESCRITURA.

—Mi Dios no es otro que la Subsistente Verdad.

—Su Dios de su eminencia será muy hermoso, pero no construye. Lo único que hace es poner escrúpulos y tropiezos. El mío es el Dios verdadero, porque construye. Verá usted el Orfanatorio de San Miguel que voy a levantar yo en el Transtevere, y que por siglos recordará los Orsini, y la caridad de la Iglesia Romana. Caro jovenzuelo. Usted es muy joven y todavía no *entró* en la dignidad que le ha sido conferida. Un cardenal debe resguardar el bien general de la Iglesia, principalmente el bien espiritual. Si un cardenal tuviera que preocuparse de una bruja que queman en Francia, en Alemania, o en el país que descubrió el otro genovés, que lo llaman *Brasile* o *Buonos Airess*, lucida estaba la Iglesia. El principio de la jerarquía al suelo. No se puede imaginar, su eminencia, la masa enorme de intereses de todas clases que hoy día están pendientes de nuestra dirección. ¡Eh, eh! La Iglesia ya no consiste en doce pescadores, y un profeta que siendo Hijo de Dios puede hacer milagros... ¡Las obras, las obras! ¡El equilibrio de toda la Cristiandad, las relaciones diplomáticas! El bien más universal es el bien más divino; y el bien más universal se hace por medio del poder.

—Yo amo más la verdad que el poder. Yo no amo el poder sin la verdad.

—*J'aime plus ceci, j'aime plus cela...*; etcétera. El

trato con ese francés le está haciendo daño, mi caro cofrade nuevo. Déjelo en paz a éste. Mi consejo. Los franchutes son románticos y noveleros, no tienen el sentido de la realidad y de la diplomacia que tiene nativamente un italiano. Eso mismo que han hecho en Ruana o Rueno es típicamente francés. En Italia lo hubiésemos evitado con una pequeña *combinazione*. El obispo Cuchone es mentalidad francesa pura; y la actitud de esa mujer De Arca es típicamente francesa: noveleros todo. Y ¿cuando topan dos franceses, qué otra cosa puede nacer sino una botaratería?

—Orsini, el vicario Noth es un hombre inteligente y pío. Es una ánima santa.

—Orsénigo, yo le digo a usted que ése es un tergiversador y un hombre peligroso, que dará mucho que hacer si no lo frenamos a tiempo. Si ése llega a ser cardenal, que es lo que anda buscando sin duda, hará mucho daño en la Iglesia. Créame, hay que hacer lo que yo dije en el consistorio: conseguir que el rey de Francia le impida estos sospechosos viajes a Roma.

—Pero, ¿no es nuestro hermano? ¿El papa no le llama hermano? ¿Cómo podemos en conciencia impedirle la libre comunicación con el papa?

—No seremos nosotros a impedírselo, sino el rey de Francia.

—Y ¿eso no es política?

—¿Cuál?

—Eso. Cortarle el paso al obispo Noth porque no es amigo del partido Orsini. ¿No es eso meterse en política lo mismo que la mujer quemada en Roana?

—Oh, Santísima Madonna del Prato de Monteveltro! ¡Míren por donde sale éste! (Cayendo de golpe en el dialecto). ¿Ma qué le pasa hoy a Sua Echelenza? *Osté sta male de la testa*. Esto *será* política o no *será* política como la de la moquere loca de Roana. Ma *eya ayá e una moquere; e nosotro acá... somo nosotro!*

.....

Éste es el segundo de los *Tres Sueños* del viejo. El otro llamado *El último cristiano* no se puede descifrar. Éste lo he colocado aquí porque lo conseguí al final,

aunque me parece que era mejor en el cuaderno tercero. Pero me lo dio el judío con el mazo de los últimos papeles, al salir de la cárcel. Cumplo como testamentario lo mejor que puedo.

Capítulo VI: *El otro suicida*

La *vida oscura* de este hombre tiene la transparencia de un niño —me dijo Lira Infante, contándome las complejas averiguaciones que hacen ahora los jueces sobre el pasado de don Benya— pero a los que no ven en profundidad les parece oscura. Un hombre torcido puesto delante de un hombre muy recto, le parece más torcido que él; porque no lo entiende. Benya es un niño intimidado; por tanto es un enigma para los hombres intimidadores...

La causa parece que va bien. Lira ha interesado por él a una cantidad de personas y no se está quieto un momento: tiene una caridad infatigable. Pero la señora es la que está más profundamente preocupada: ella lleva todos los hilos. Está mucho mejor de salud, en apariencia al menos. Su marido ha vuelto de Alemania y espera de Buenos Aires nombramiento. El que anda más indiferente es don Benya, atónito, como agotado: debe estar ya hastiado de todo. No se queja más de su salud, por lo menos conmigo; no porque no sufra, sino por una especie de timidez o pudor que le inclina a tragarse sus cosas. Lee y escribe, aunque me declaró que el escribir aunque sea cartas le cuesta un esfuerzo considerable. Yo para escribir tengo una facilidad loca.

Mi nena se está haciendo grande y cada día más inteligente. La llevo a la cárcel y dice mil monadas, cuando no le da por quedarse muda. Al viejo le encanta verla, aunque no dice nada, limitándose a mirarla serenamente con sus ojos claros, que se vuelven luminosos *"Angelotta"*, le dice, y también, no sé porqué, *"divina provedenza"*.

Días pasados, descomunal noticia; hubo otra muerte en el *camp*: ¡el Turco! Lo encontraron degollado en un cuchitril. Don Benya al saberlo no hizo más que ensombrecerse y decir cachazudamente que le gustaría ver la navaja de afeitar homicida: una navaja muy fina, de contrabandista. Al día siguiente don Benya no hizo más que hablar del muerto, asegurando con aplomo que era el autor del *suicidio* anterior, *"aunque no el principal"*, y afirmando con horror nuestro que *"era un poseído del demonio"*. Era un bruto ignorante, *seconde me*.

Disertó acerca de la posesión diabólica, diciendo que ella existe en nuestros días, aunque no se note, porque no existe en el ambiente el *reactivo* que la hace visible. Dijo que muchos de los que pasan por locos son poseídos, y muchos también de los que pasan por muy cuerdos; que los grandes perversos de la historia, desde Tiberio hasta Jack-the Ripper, lo han sido.

Los grandes perversos no son locos ni degenerados: son lúcidos y agilísimos como fieras. La psicología del perverso el pueblo la define bien cuando afirma que son *"sin corazón"*; toda la parte media del psiquismo humano, la afectividad, la efusividad cordial, la liberación de sí mismo, está como abolida y sustituida por un egoísmo absoluto; instintos robustos conectados sin medio con el entendimiento, el cual está al servicio de la voluntad y no al contrario; intelecto de medios y no de fines: el fin del perverso es la voluntad pura, la afirmación del propio *yo* por ella misma. Empezó el judío a discurrir prolijamente sobre la *voluntad pura*, la voluntad vaciada y suelta, el gusto del mando por el mando, el poder por el poder y el hacer por el hacer, que conduce al gusto de destruir. Empezó a hacer afirmaciones rotundas y siniestras, dignas de Edgardo Poe. Dijo que esos hombres *sine affectione, absque foedere, sine misericordia, sin corazón, sin lástima y sin ley* abundarían en los últimos tiempos y obtendrían la supremacía, sobre todo cuando apareciese *"el ejemplo de la Augusta Fiera"* como decía. Hablaba como si tuviera una persona concreta delante de los ojos, como quien dibuja y no como quien diserta.

Parece que los jueces italianos, que de suyo no son

sañudos, encontraron indicios si no pruebas de que la opinión de Benya acerca de la muerte del primer loco era probable; y así habiendo encontrado un chivo emisario más cómodo, el fusilamiento de don Benya ya no era tan necesario. Evidentemente para él eso fue un gran respiro, pero no se dio a extremos de alegría, porque el volver al horrendo *camp* no era ninguna perspectiva luminosa; y además él abrigaba un temor oculto, plenamente justificado, como adelante se verá, que lo hacía trepidar. Cuando firmaba las peticiones, ruegos y apelaciones que Lira Infante le traía —o cuando no las firmaba y las dejaba sobre el taburete días enteros— se disculpaba con una sonrisa blanca: *"No es fácil encontrar árbol a gusto para ahorcarse"*. Nosotros lo animábamos mucho: *"Una cosa después de otra, don Benya... ¡Vendrá la libertad!"*. Él seguía con los ojos lejanos una senda invisible.

A Mariányels cuando venía siempre le preguntaba si se iba ella a hacer monja. Ella respondía que sí, y comenzaba a decir misa. Sabe también predicar e ir en procesión cantando con un estandarte hecho de un palo de escoba y un trapo, la monita. Está como chivo de dos madres, todos la miman. La señora siempre me la pide, dice que la quiere adoptar como hija de acuerdo a la nueva ley argentina; yo le digo que la adoptará *cuando yo le falte*. El tutor legal ahora es don Benya y sin él no hacemos nada. El nuevo Colegio de Santa Inés donde la mando, me gusta mucho. Yo pago todo.

Esta niñita es un rayito de luz muy tenue pero infalible para tres personas por lo menos; tan poquita cosa y tan eficaz ella. Confieso que sin ella yo no haría muchas cosas, que están bien; ni dejaría otras, que están mal. En cuanto al judío; ella es la que más ablanda su ánimo agrio y lastimado. Ser feliz de ver una cosa es una felicidad barata.

Es grande cosa tener la felicidad fácil.

Capítulo VII: *El Milenio*

Los papeles acerca de los tres últimos capítulos del APOKALYPSIS los quemó al salir de la cárcel; —o se los llevó consigo a la tumba— o a donde esté ahora, que sólo el demonio lo sabe. Y es una lástima, porque eran un buen mazo.

Tengo que limitarme a reconstruir de memoria los comentarios orales de esos papeles y las divertidas disputas de Murray con Lira Infante, que era milenarista, aunque de los buenos —si es que los hay—. Era *lacunziano*, había escrito un libro sobre el hebreo jesuita Lacunza, espurgando —según decía él— su famoso tratado sobre la venida del Mesías de sus puntos hirientes, que lo habían mandado al Índice; y había fundado en Chile una sociedad lacunziana. Vino a Roma a buscar aprobación para su libro, consiguió "en vez *"un buen palo"* según decía él —y nunca decía más— y se quedó aquí. Tenía una pequeña renta, de la cual más de la mitad se le iba en sus excéntricas obras de caridad.

Recuerdo las dos principales disputas con Murray, unos quince días antes de salir el viejo de la cárcel. El locutorio estaba un poco frío —o era la vista de las rejas la que me lo metía en los huesos— un otoño hosco se insinuaba en Roma; Mungué Murray trajo tres libros contra el milenarismo, uno de un gran teólogo español sobre la teología de San Pablo; otro de un astrónomo catalán que sabía de todo; y el tercero de un escriturista francés, también de la más alta *"fosforescencia"* —como decía el capellán chileno; pero éste no les dio beligerancia ninguna. Nunca discutía, por lo menos en orden; argumentando y respondiendo, quiero decir; sino

que hacía observaciones cortantes, sueltas y ocurrentes, verdaderas "salidas", que a veces se salían hasta el disloque, que era cosa de oírlo; con gran gesticulación de nervioso. Por ejemplo, el Murray le leyó un párrafo del gran teólogo, y Lira Infante después de abrir mucho los ojos exclamó alegremente: —"*¡Oh imbécil! ¿Qué te has creído. ¿No ves que San Pablo tiene barba y San Juan es lampiño?*"; la cual estupidez en su lengua quería decir que no valía nada el argumento del otro, que decía: "*En San Pablo no está el Milenio... Luego en San Juan tampoco*". Como si los escritores de la ESCRITURA estuvieran obligados a decir todos lo mismo. Y además, añadió el viejo Benya, eso de que "*no está en San Pablo*" no lo conseguía tampoco probar el "*interfecto*" sino a base de una interpretación suya propia, "*nueva*", insulsa y forzada, de unos versículos de la Carta a los Corintios; a no ser que sean de los Tesalonicenses.

El escriturista francés lo arrebató Benya de atrás de la reja, alegando que no lo había leído y *tenía* que leerlo. Del astrónomo, el chileno dijo desdeñosamente que *si* no veía más en los astros que en la teología, que podía vender el telescopio; que se esforzaba como un enano en probar en su libro de "vulgarización" llamado EL FIN DEL MUNDO que el Milenio no era de la Tradición de la Iglesia; lo cual es obvio. "*¡Toma, pues la opinión contraria, mucho menos!*" —dijo él—. Estábamos en la discusión. Don Benya de árbitro, la señora y yo de padrinos, el doctor Gozzano, el diplomático, de espectador aburrido —había venido por el asunto de sacar de chirona a Benya— el cual al mediar el debate saludó a todos en general y se mandó a mudar, dejándonos debatiéndonos. Ganó el chileno por puntos, es decir, haciendo reír al auditorio.

—Pero ¿qué argumento *positivo* tiene usted? Usted no hace más que titear al adversario...

—Y ellos insultarnos a nosotros, que es peor —dijo el roto—, porque eso es patear a un hombre atado, cosa que no hace jamás un criollo. Ellos primero nos espetan el decreto reciente de la Congregación del Índice prohibiendo enseñar el milenarismo —es decir, para no mentir, una *especie* de milenarismo que allí se especifica—

y luego empiezan a pegarnos cuando nos tienen atados. ¡Que desaten primero, maulas!

—Pero ustedes no dan asentimiento interno al decreto del Santo Oficio del 21 de julio de 1944 —dijo Mungué, que lo traía en un papel copiado...

Benya levantó los brazos cómicamente. El chileno replicó vivamente.

—¡Es falso! Yo doy asentimiento interno, externo y eviterno; y no necesito darlo tampoco porque nunca he creído lo que allí se prohíbe enseñar... Son ustedes que lo enseñan, y les debía castigar la Iglesia. ¡Ustedes!

—¡Ustedes! ¿Yo? —hizo Mungué.

—Es claro. Se ponen a atacar al milenarismo con expresiones gruesas y unos argumentos tan revueltos e insulsos que de hecho lo *enseñan:* le dan a la gente curiosidad de conocerlo, y hasta de abrazarlo *a priori* —dijo Lira, riendo.

—Eso es lo que me pasó a mí —dije yo también riendo—. ¿Yo qué sabía del milenarismo? Y ahora leo sobre él todo lo que encuentro. ¿Y qué me importa a mí que haya dos resurrecciones o cinco? Lo que me importa es yo resucitar en cualquiera.

—No resucitará si no se pliega a lo que manda la Iglesia Jerárquica —hizo Mungué sombríamente.

—¿Y qué es lo que cree usted, pues, en fin de cuentas? —preguntó a Lira la señora.

—*Yo no creo que Cristo haya de reinar mil años en la tierra visiblemente, ni después ni antes de la resurrección total o parcial de los muertos* —dijo.

—Eso es lo que prohíbe el decreto enseñar —dijo Benya—; usted está en regla. Pero entonces usted no es milenarista.

—¡Y dicen que lo soy! —dijo Lira—. Yo lo que creo es la interpretación literal del Capítulo XX de la Revelación más probable que la otra, exegéticamente hablando. Y me consuela tenerla yo para mi uso, mientras la Iglesia no defina que es falsa, que no lo definirá, se *los* digo como si lo viera.

—¿Qué dice esa interpretación? —preguntamos.

—Nada más que esto: que habrá dos resurrecciones, una enseguida del Anticristo, otra después de un largo

período de tiempo, en el cual tiempo "*reinarán los santos con Cristo*", visible o invisiblemente, no me meto. Eso dice literalmente y categóricamente el de Patmos. Y el pasaje de San Pablo en *Corintios XV*, 22, lo mismo que su paralelo el de *Tesalónicos IV*, 13; no lo contradice nada, antes al contrario calza allí sin el menor esfuerzo. Y ese largo período de tiempo entre una y otra resurrección es ni más ni menos "*el día del Juicio*" —que como los de la Creación, no ha de ser un *día* solo— pues dice el sagrado texto:

"*Y vi tronos*
y sentáronse sobre ellos
y les fue dado el juzgar...".

Que es lo mismo que prometió Nuestro Señor a los Apóstoles refiriéndose al Último Día que según yo pienso, no será un solo día.

—Claro que sí —dijo la señora—. Yo nunca he podido imaginarme el valle de Josafat atestado de gente, ni menos a Jesucristo reinando en Jerusalén como un Carlomagno o un Salomón, con su canciller, sus ejércitos y su ministro de Agricultura.

—Eso es teología para negros, como dice mi amigo Ramón Doll, teología como la de esa película de negros GREEN PASTURES, que es muy buena, entre paréntesis: representa al cielo como los negros de Harlem lo imaginan.

—Cómo será el reinado de Cristo, no lo sabemos aún —dijo Lira—, sino en la medida de lo que dice literalmente el texto.

—Ésas son cosas muy oscuras, trascendentes y futuras, que no sabremos hasta que se cumplan —sentenció Benya—. Solamente hay que tener lo que el texto de la revelación revela. ¿Cómo podríamos imaginar —o inventar— un suceso que es más milagroso que la creación del mundo, podemos decir? Eso sería temeridad. Ni siquiera los antiguos judíos, con profecías detalladas en la mano, imaginaron bien el *cómo* de la Primera Venida de Cristo. ¡La imaginaron al revés los desdichados!

—Pero si al caer el Anticristo han de resucitar *algunos* justos ¿por qué no todos? —le dije yo al *roto*.

—¿Y por qué no resucitaron todos, sino *algunos* santos, cuando Cristo resucitó? —replicó vivamente.

—Porque Dios así lo quiso —dije aturullado.

—Exactamente —sentenció Benya.

—Pues el texto sacro dice que en la *"primera resurrección"* vivirán algunos; *"y el resto de los muertos"* no vivirán hasta que se acabaron los mil años. Y esos *algunos* de la resurrección primera los especifica allí claramente: *"Los degollados por el testimonio de Jesús y los que no adoraron la Fiera ni su imagen ni recibieron su marca ni en la frente ni en las manos"*. Y aun quizá por eso reciben ese privilegio y premio especial: porque soportaron la lucha más acerba de todas, pues, como dice San Agustín, *"los mártires de los últimos tiempos serán los más grandes de todos, porque los primeros mártires lucharon contra los emperadores, pero los últimos combatirán contra Satanás mismo"*.

—Puede ser —dijo Benya—, y pudiendo ser no veo por qué se ha de impedir a la pobre gente que lo piense así, si eso les engorda, como lo han pensado casi todos los Padres Apostólicos, y los primeros escritores eclesiásticos hasta el mismo San Agustín; con tal que no deriven a imaginaciones extravagantes, como el buen viejo Papías... el discípulo del Evangelista, según cuenta Eusebio en su HISTORIA.

—¡Y aunque deriven, es igual! —saltó Lira Infante—. Cada uno tiene la imaginación que Dios le ha dado, y con ésa debe salvarse: eso no se compra en la tienda... Que Papías se imagine el reino de Cristo como un paraíso terrenal lleno de vides exuberantes con racimos enormes; eso ¿qué daño hace?, lo único que prueba es que el discípulo de San Juan era de Hierápolis de la clara tierra egipcia de las viñas y olivares...

—¡Vamos, hombre! —dijo Mungué con fastidio—. Estamos frescos. La imaginación es la loca de la casa: es la perdición de la teología...

—Tiene usted razón —replicó el sutil chileno—. La teología formulera y racionalista de nuestros días *está*

perdida por falta de imaginación; es estéril, es desencarnada, es enteca y sin jugo de interés humano para todos, hasta para ustedes que la enseñan y la monopolizan. ¡Hay más interés humano y más teología viva en un soñador como el conde De Maistre, y un orador como Donoso Cortés que en todos estos adobes! —continuó, tirando uno de los libros—. La imaginación es el centro de la vida psíquica y por su unión con el afecto es el sustento de la esperanza... ¿Creen hacer una gran hazaña matando la imaginación en teología? ¿Y Dante?

Y poniéndose serio empezó a decir lentamente, como quien recita.

—Toda esperanza eficaz tiene las plantas en el apoyo que la imaginación le presta. Si no podemos hacernos una idea concreta de lo que deseamos, propendemos a dejarlo caer de nuestra mente y se nos sale del foco de nuestro interés actual. Ahora bien, no ha de ocultársenos que de muchos años acá se está haciendo un trabajo que consiste en retirar poco a poco todos los apoyos sobre que la imaginación popular sostenía la creencia en la inmortalidad. Si persistimos en cerrar una tras otra todas las salidas por donde busca el hombre concebir su destinación final, al fin abandonará su empresa y se empeñará en otro camino. Si los hombres mantienen una esperanza, aunque sea encarnada en formas toscas, y nosotros persistimos en decirles que su realización no puede tomar ninguna de las formas que ellos pensaban podría, acabarán por volver riendas y decir que la esperanza misma es ilusoria. Eso ha pasado ya. Eso parece ser actualmente la consecuencia de nuestra demolición de lo que llamaríamos *el paisaje de la vida futura*...

El chileno gesticuló amplio con las dos manos, y concluyó enfáticamente, imitando los *remates* del padre Milanesi.

—...*El paisaje de la vida futura*, en cuyo lugar no hemos colocado ¡sino la Nada!

—Bien —dijo Benya.

—Tiene razón —dijo la señora.

—Es un trozo de uno de sus artículos —comentó Mungué.

—Sí —asintió el roto—, pero no es mío, es del teólogo inglés Gemble.

—De modo que entonces el milenarismo... se trata... de concretar... es una cuestión de propaganda... se trata de alimentar la imaginación de la plebe... lo mismo que las GREEN PASTURES —dijo Mungué.

—La imaginación de la plebe, y de la superplebe —todos somos plebe— se alimenta necesariamente; no es posible dejarla en seco, y en religión mucho menos —dijo el otro—. Mire usted lo que pasa: se acabó el milenarismo antiguo y la gente inventa toda clase de milenarismos modernos... Por algo el decreto del Santo Oficio dice: *"sea antes, sea después de la Parusía"*.

Hoy día muchísimos católicos, incluso escritores, incluso predicadores, incluso sabios como Berdaieff o Dawson, sueñan con una especie de gran triunfo temporal de la Iglesia vecino a nuestros tiempos y anterior a los parusíacos. En eso soñó León Bloy, y Veuillot y Hello y toda la escuela de apologistas románticos franceses, comenzando por Chateaubriand y Lammenais. En eso sueña Papini. ¿Y es otra cosa que eso el fondo del llamado *mensaje* del gran orador Milanesi? ¿Y es eso otra cosa que un milenarismo anticipado, tan *imaginario* y mucho menos fundado que el mío?... Yo por lo menos no sueño en el vacío.

—Es verdad —dijo don Benya—: nuestra época está llena de profetismo, como todas las épocas de crisis; porque queremos saber adónde vamos, pues sin saber adonde va, nadie puede dar un paso. Y los profetas de hoy se dividen rigurosamente en dos: los que creen que los actuales son *dolores de parto* y los que los creen son *dolores de agonía*; los cuales remiten el *enfantement* de la Nueva Era para después de la Parusía...

—Los primeros preparan el Anticristo —dijo ferozmente el roto—. Los segundos creen en Cristo.

—¡No lo permito! —clamó Mungué— ¡Yo soy de los primeros! ¡Yo creo firmemente, más aún *yo veo*, con Bartolo Holzhauser y tantos otros profetas, que Dios debe todavía un gran triunfo a la Iglesia, mayor que la conversión de Constantino, con la conversión de Europa y la entrada en la Iglesia de toda Asia y África! ¡De

otro modo no se habría cumplido nunca el vaticinio de Nuestro Señor de que *"habrá un solo rebaño y un solo Pastor"*. ¿Cuándo se ha cumplido eso, dígame usted? Vea las revelaciones de Fátima en Portugal, donde la Virgen dijo a la Pastorcita que Rusia se convertirá...

—No dijo así —interrumpió la señora—. Dijo que se convertiría Rusia si se consagraba al Corazón Purísimo de María.

—Bueno: si *la* consagran.

—No, si *se* consagra ella.

—¡Si *la* consagran!

—¡Si *se* consagra!

—¡Neorrománticos! —decía Lira entre tanto; y el viejo judío dijo: —¡Dios lo oiga a usted Munguí! Yo también lo deseo, pero...

—Pero ¿qué?

—Mire, en este tomazo que me trajo usted, que no tiene nada de "Suma Teológica del siglo XIX", como pretende el título, sino que es la colección de una revista religiosa de Barcelona, están coleccionadas con gran fe una cantidad de profecías privadas que predecían ya para el siglo pasado la resolución del conflicto entre la Revolución y la Iglesia, con el Gran Triunfo, el castigo fulminante del mal, el Gran Emperador y el Pontífice Angélico; que algunas de ellas ya fijaban en Pío IX y el *pretendiente* de Francia Enrique V. Melania de la Saletta, Don Bosco, la Beata María Taigi, la profecía de Blois, Isabel Eppinger, Rosa Colomba, la religiosa de Pisa, la Venerable Madre Venerini, el Venerable Bernardo Clauti, Isabel Canori-Mora, el padre Neckton, la estigmada de Oria, Catalina Emmerich, la Sor Natividad, y qué se yo cuantos otros, hasta llegar a Santa Coleta y San Cesareo de Arlés... sin olvidar a San Francisco de Paula y San Alonso Rodríguez...

—¿Y se equivocaron todos? —dijo la dama consternada.

—En los castigos tremendos que anunciaron, no —dijo el judío—; más bien se quedaron cortos. Pero en el triunfo temporal, fulminante y espléndido, de la Iglesia, ciertamente no lo hemos visto ni se ve por ninguna parte.

—Ni se verá —dijo el chileno.

—Hubo un famoso abate francés, cura de Saint-Denis, que se puso a interpretar a Nostradamus, creyéndose el nuevo Nostradamus; y se lo creyó tanto y tan bien que encandiló a muchísimos; Víctor Hugo lo quiso ver, y Renan lo mandó llamar —los incrédulos son supersticiosos—; escribió muchísimos folletos que Napoleón Tercero prohibía por *legitimistas* y llegó con sus CENTURIAS DESVELADAS en la mano hasta el cardenal Antonelli que le hizo un chiste sutil, hasta Enrique V que lo escuchó con entusiasmo, y hasta Pío IX que lo oyó con paciencia...; pues bien, este profeta, el abate... como demonios se llama, lo tengo en la punta de la lengua... ¡Sapristi!... ¡algo terminado en oi!

El judío tenía una memoria portentosa; pero a ratos le fallaba.

—Como sea —dijo—; allí en la *Nazionale* están sus opúsculos; este nuevo Nostradamus después de haber leído toda la Francia contemporánea en los cuartetos oscurísimos del judío-católico del siglo XVI ¡de un modo que deja pasmado! ¡Napoleón pintado con pelos y señales! ¡Pero, claro, barajando y combinando entre sí los versos! —Y después de predecir la caída de Napoleón III su enemigo, que se verificó, y la subida de Thiers, que era previsible, vaticinó la ascensión de Enrique V, la cruzada de Francia en Europa, el triunfo de Pío IX y la mar en coche; toda la triunfología ilusoria del siglo trabajado y ansioso, y no acertó una sola en cuanto se metió en el verdadero futuro... ¿Dónde está Enrique V, el gran emperador europeo? Murió en el destierro, el pobre conde de Chambord, con su blanca bandera lises de oro...

—Esos son locos: le hacen el juego al Anticristo, como Wells y los profetas ateos —dijo Lira—, porque desacreditan las verdaderas profecías y preparan el encaje de esperanza temporal ilusoria, parecido a la de los judíos del Anteadvenimiento, en que se acomodará el Anticristo. Basado en las profecías falsas, o profecías verdaderas deturpadas, el Anticristo engañará a muchísimos cristianos... a todos los cristianos que entonces *"no estén en vela"*, como nos amonestó el Cristo. ¿Có-

mo se llama ese abate? ¡Me lo tengo que leer! ¡Bonita paliza le voy a dar en mi LACUNZA VINDICADO...

—El abate Drioux, o Duruy; o Saint Roux... o Mambrú —dijo Benya pujando por recordar.

—¿Quién fue ese Nostradamus? —preguntó la señora.

Pero en ese momento, el guardián con un enorme cencerro, que hacía retiñir los oídos, nos conminó a mandarnos cambiar... *Visite finite, signori!*

Yo bajé meditabundo los diez o doce escalones enriscados del vestíbulo, llevando del brazo a la señora, que no rodara. Mungué venía detrás nervioso. Yo pensaba: *"Esto es algo serio; cuidado. La Iglesia lo ha prohibido. Hay que andar con cuidado. Cuando la Iglesia prohíbe una cosa..."*. Y al llegar al último escalón me volví hacia el chileno, que iba el último, y le grité por broma.

—¡Che, rotito! ¡Cuidado con el milenarismo! ¡Todavía te van a dar otro palo! ¡La Iglesia no quiere hoy día que se hable del Anticristo!

El chileno, que venía el último, se quedó tan parado como si hubiese recibido un palo: trastabilló en el escalón de arriba, se frenó, se agarró al sórdido pasamano de madera de pino. Su figura menuda parecía desde abajo enorme contra la luz lívida de la ventana con rejas, como una silueta a la tinta china en un vitral. Hubo un instante de silencio y después la vocecita penetrante y lenta del capellán de la Santa Sindone:

—La señal más cierta de la aproximación del Anticristo será cuando la Iglesia no querrá ocuparse de él, conforme dice San Pablo: *"Cuando digan, henos aquí en plena paz y prosperidad, entonces súbito vendrá la pataleta..."*.

Me eché a reír de la última palabra, ciertamente poco paulina; y entonces Lira Infante empezó a bajar diciendo:

—Así dice Rudolfo Flaviano en su PREFACIO AL LEVÍTICO...

Capítulo VIII: *Los mil años*

Ha ocurrido un contratiempo en el asunto de don Benya, que creíamos liquidado. La orden de libertad que estaba ya dada ha sido revocada, y eso por el mismo *Governatorato: "fino a un più pieno e compiuto rischiaramento dei fatti"*, dice el papel.

Lo supe por el doctor Gozzano. Iba caminando al Círculo Argentino, en la Plaza Esquilino, frente a Santa María Mayor —al lado de la embajada— y me topé con él que venía en un taxi y me alzó. No había intimado con este hombre que me parecía huraño y adusto, y hasta antipático; como suelen parecernos quizá todos los maridos... digo los maridos de las mujeres cuya amistad cultivamos; "el propietario". En realidad es simpático, culto y cordial; se había metido a fondo en el asunto del viejo y de hecho era él quien había dado a Lira Infante la solución; o por lo menos los contactos o resortes prácticos a mover. Lo que le tiene huraño es la injusticia que le han hecho y la incertidumbre de su destino. Conversamos largamente, recogimos a la señora y fuimos a la cárcel a consolar al viejo; donde lo hallamos en una nueva discusión —o la misma de ayer— con Mungué y Lira.

Al alzarme Gozzano me anunció con alegría que su mujer estaba mucho mejor. No puede usted figurarse cómo ha ganado en este tiempo: está irreconocida. Usted no lo nota porque la ve siempre; yo a mi vuelta de Alemania me pareció otra: la dejé un cadáver. Tiene ánimos, tiene alegría y trabaja. ¡Alabado sea Dios! ¿Y quién es Mariányels? —me preguntó de golpe.

—Es mi nebodeta, una huerfanita que yo recogí.

—Ella quiere adoptarla.

—Ya la he adoptado yo.

—Podíamos adoptarla entre todos. ¡La hija de la colonia argentina en Roma!

Yo no contesté. No me hacía gracia la conversación. Cuando subió la señora empezó a insinuarse suavemente, como ella suele, por el mismo camino. Se ve que lo tenían hablado con el marido. ¡Cualquier día no siendo hoy! Mariányels es mía.

Cuando lo vimos al viejo tan entusiasmado, convinimos en no darle la mala noticia hasta el final. Pero voy a contar ahora lo que pasó, y después resumiré la discusión. Cuando el diplomático con diplomacia le adelantó la noticia quiso saberlo todo; quiso ver la copia de la nota llegada a la embajada, se ensombreció, masculló entre dientes y al fin sonrió con tristeza, al mismo tiempo que se entendía con una mirada de inteligencia con la diplomática. Después dijo volviéndosenos: *"Ha llegado alguien a Roma que no estaba estos días... Gracias de todos modos, doctor Gozzano"*.

—¿Quién? —le dije.

—Caín —y no dijo más. No lo sacamos de ahí. Lo dejamos hosco y cejijunto.

Mas la discusión de hoy fue deste modo: tomó la palabra el chileno, que hoy había traído libros (BIBLIAS en todos los idiomas) y los papelotes de su obra LACUNZA VINDICADO.

—Yo no soy milenarista porque eso convenga a la "propaganda" católica; sería más imbécil que los cuentos de Constancio Vigil. No se puede fomentar la religión con cuentos. Conocí aquí en Roma un obispo español que me dijo: *"Yo no creo en la misteriosa Ilum"* de Manresa; pero eso hace bien al pueblo. Yo no soy de esa raza. Una vez me dijo un diputado católico de mi tierra: *"Yo quisiera creer en Dios porque eso es un gran consuelo"*. Yo le dije: *"La cuestión con Dios es saber si es o no es, aunque no consuele. Ni tampoco puede consolar si no es. Me hace acordar al poeta Baudelaire, que había inventado que era amado por una reina oriental, la princesa de Cachemira, que moría por él; dudo mucho de que eso le consolara, aunque le sir-*

diera para blasonar con los amigos. Pero esto no es verdad, es una invención de Teófilo Gautier: Baudelaire era muy inteligente. El que era un idiota en verso y en prosa era Gautier...".

Este era el estilo del chileno. Yo le dije:

—El prólogo de Gautier a las FLORES DEL MAL es muy bueno.

—La grandeza del tema le dio a Gautier un reflejo de grandeza. Pero si usted mira el fondo, es pura tontería...

Como le iba diciendo... Si yo dijera: "Ya que de alguna manera la grey cristiana ha de imaginarse el triunfo definitivo de Cristo, preferible es que lo imagine sobrenatural y después de la Parusía, que no este turbio milenarismo natural en boga hoy día, hijo del racionalismo, del miedo y de las rabiosas ganas de vivir de todo enfermo...".

Si yo dijera: "ya que de todos modos el milenarismo es psicológicamente necesario, preferible es el milenarismo de los Santos Padres...", haría un razonamiento verdadero. Pero no en ese razonamiento se basa el milenarismo mío; que es el bueno —no lo olviden.

Mi basamento es que no me resulta tragable de ningún modo la interpretación *alegórica* del Capítulo XX del APOKALYPSIS...

—La interpretación de San Agustín —dijo Mungué.

—La *segunda* interpretación de San Agustín, cuando, apremiado por San Jerónimo, que le ponderaba los peligros del milenarismo en su corrupción *carnal* —muy reales entonces— creó genialmente el *mito* de la edad próxima, la edad de la Iglesia de Thyatira...

—¿Cómo mito? — dije yo.

—Mito en el sentido que decimos hoy, de grandes imágenes *reales* que presiden como ideal colectivo los movimientos y las creaciones de la historia ... Una especie de Parusía parcial se avecinaba, la destrucción del imperio de Constantino y la inmensa tarea de la creación de la Cristiandad europea, hoy deshecha...

—Para siempre —dije yo.

—De ningún modo —dijo Mungué.

—No lo sabemos —dijo Benya.

—Dejen hablar —dijo Lira Infante.

—No entiendo —exclamó la señora.

—El vicio de hoy es dar esa interpretación como exclusiva —siguió el *rato*—, lo cual se guardó muy bien San Agustín de hacerlo, lo cual es convertirla en literal, lo cual es *contradictio in adjecto*. Y eso, eso es pura y simplemente dar por tierra con toda interpretación del APOKALYPSIS. Porque si hemos de interpretar por fuerza alegóricamente un capítulo, no sé por qué no podemos hacer lo mismo con todos los demás; y entonces, con toda la ESCRITURA.

Perece la *regla de oro* de San Agustín, perece la doctrina exegética de Santo Tomás, perece la reciente consigna de Pío XII en su encíclica sobre la ESCRITURA... y el mismo sentido común, hombre. El APOKALYPSIS se vuelve un centón de adivinanzas, como en Luis de Alcázar; se vuelve las *centurias* de Nostradamus... ¡Los tres Ángeles son la Fe, la Esperanza y la Caridad! ¡Las tres Ranas son la idolatría, el judaísmo y los herejes! ¡Las Siete Fialas son los Siete Vicios Capitales! ¡Las Siete Tubas son las Grandes Órdenes Mendicantes! Vamos, hombre.

—Es que la interpretación alegórica es la más razonable —dijo Mungué— y la que usted llama literal tiene enormes dificultades... Es un cuento de hadas.

—La alegórica vuelta literal, si bien se mira, tiene *contradicciones*. Prefiero un cuento de hadas a la cuadratura del círculo —dijo el otro—. Es forzadísima y hace del texto mangas y capirotes; se mete por él como Pedro por su casa: *pintar como querer*. ¿No ha leído usté el texto hombre?

—Léalo usté —dijo la señora— y a ver las contradicciones.

—Basta poner el texto y la interpretación a dos columnas, y el entendimiento se ve precisado a hacer cabriolas. Vean un poco:

"*Y vi un Ángel descendiendo del cielo...*".

Así comienza el Capítulo XX. Ese ángel sería el Ángel de la Ascensión de Cristo —que fueron dos— o

bien el emperador Constantino... o Carlomagno: ¡es igual! ¿Y esa conjunción Y del comienzo? Esa conjunción *kai* que es la continua bisagra del estilo joaneo, une esta Visión con la anterior, como una narración seguida, naturalmente! ¿Y cuál es la Visión anterior? La derrota del Anticristo y el Mal Profeta con todos sus ejércitos; es decir, el fin del mundo, según ustedes. Y después de narrar la Parusía, tranquilamente el escritor sagrado, sin decir *agua* va, recula veinte siglos o cuarenta, y se planta en la Ascensión de Cristo...

—Hombre, se trata de una *recapitulación*. Antes de descubrir la gloria del cielo, echa un vistazo fugaz a toda la vida de la Iglesia Militante y Triunfante. Es como un paréntesis...

—Vamos a ver esa *recapitulación*... fugaz:

"Vi a un Angel descendiendo del cielo...
(La Ascensión o bien el triunfo social de la Iglesia)
que tenía la llave del abismo...
(el abismo es el corazón de los impíos)
y en su mano una cadena grande...
(la cadena es el poder de la gracia)
Y apresó al dragón, la antigua serpiente
que es el diablo y el Satán
y lo ligó por mil años
(le quitó el poder que tenía con el paganismo)
y lo mandó al abismo
(al corazón de los malvados)
y cerró y selló sobre él
para que no seduzca más las gentes
(para que no las haga idolatrar)
hasta cumplirse mil años
y después deberá ser soltado breve tiempo".
(es decir, el tiempo del Anticristo)

—No me parece tan mal —dijo la señora.

—¿Cree usted que el demonio no seduce hoy a las gentes?

—Hoy sí; pero en la Edad Media...

—¿Cree usted que no seducía a las gentes en la Edad Media?

—No tanto —dijo ella sonriendo— como ahora.

—Porque estamos lejos de ella ahora. ¿Y el mahometismo, y el cisma griego, y los albigenses, y el siglo Catorce, y el siglo de Hierro del Pontificado —para no salirnos de la Cristiandad y dejando a un lado la inconmensurable idolatría de la mayor parte del mundo?

—Bueno: continúe usted; me doy por vencida.

"Y *vi tronos*
(las diócesis episcopales)
y se sentaron en ellos
(los obispos)
y dióseles el Juicio
(la excomunión y demás sanciones eclesiásticas)
y las almas de los decapitados
por el testimonio de Jesús
y la palabra de Dios
(éstos son los mártires y santos, todos los que se han salvado)
que no adoraron la bestia en su imagen
ni aceptaron su marca en la frente
ni en las manos...
(es decir que no pecaron o bien se arrepintieron)
vivieron y reinaron con Cristo mil años;
(gozaron de Dios en el cielo desde su muerte)
el resto de los muertos no vivieron
(los condenados al infierno)
hasta cumplirse los mil años,
(hasta el fin del mundo, en que resucitarán)
ésta es la resurrección primera
(es decir, la muerte de los justos)
beato y santo el que participa
de la resurrección primera
(en el bautismo y la vida de la gracia)
en ellos la segunda muerte poder no tiene
(la condenación al infierno, o bien el pecado)
más serán sacerdotes de Dios y el Cristo
(sacerdotes en el cielo)
y reinarán con Él mil años".
(es decir, hasta el fin del mundo)

He aquí la interpretación alegórica del Milenio, que representaría toda la vida de la Iglesia; y después vendría de nuevo la narración del Combate del Anticristo en otra forma diversa: el diablo suelto de nuevo, Gog y Magog, un ejército de los cuatro vientos de la tierra, el asedio de Jerusalén por huestes como la arena del mar, fuego que cae del cielo, y el diablo enviado al infierno, donde —dice San Juan— también la Bestia y el Mal Profeta serán torturados día y noche por todos los siglos...

—Bien diverso parece eso de la otra Visión del Anticristo —dije.

—Tan diverso que ya no se pueden conciliar... —yo a lo menos, no puedo hacerlos coincidir —añadió modestamente.

—Y ¿cómo es eso de la *resurrección primera*? ¿Es la gracia de Dios, es la vida del cielo, o es la resurrección simplemente?

—Eso se lo dirá a usted Mungué... Son las tres cosas, o juntas o sucesivamente. ¡Las tres cosas! ¡A la *muerte* de los justos le llamaría San Juan "*resurrección*".

—¡Pues vaya una manera de hablar claro!

—Y algunos añaden además que es la canonización de los mártires sobre la tierra —dijo el chileno con sorna.

—¡De modo que para usted esta lección de San Agustín es un puro disparate!... —exclamó Mungué.

—*Absit* —dijo el otro—. Es una anticipación, una *imagen* o una *imago* que informó como un ideal viviente toda la maravillosa obra misionera y organizadora de la Iglesia del Medioevo. Pero si usted la saca de allí, y le quiere dar sentido literal, dígame usted qué es lo que no se puede hacer con ese método de cualquier Visión del APOKALYPSIS.

—La verdad es —intervino don Benya, que estaba silencioso y como abstraído mirando al doctor Gozzano— que muchos teólogos de nota, mi maestro Billot entre ellos, dan a esa Visión un sentido más concreto; creen —y yo lo he creído mucho tiempo— que esos mil años son literales, pero preparusíacos; que son el tiempo del gobierno social de la Iglesia, que comenzó con Carlomagno y terminó en 1789. Según ellos, el demonio es-

taría ahora desatado; como parece indicar la oración de León XIII que rezamos al fin de la misa.

—Así lo creo yo —dijo Mungué— y lo tengo por más que probable.

—Puede creerlo —concedió el chileno— *"con tal de no excluir otro sentido más arcano"*, como dijo Bousset, su maestro de usted.

—Así quedamos siempre en las mismas —dije—. No sabemos si hay una o dos resurrecciones, no sabemos si hay un reinado de Cristo sobre la tierra después Anticristo; o si la caída de la Bestia engulle al mundo en fuego y azufre y transforma de golpe la humanidad en el Paraíso superterreno de Dante, después de haberla calcinado.

—No quedamos en las mismas —dijo don Benya— porque quedamos en una u otra, condicionalmente; y excluimos ese gran *triunfo temporal* de la Iglesia antes de la Parusía, que me parece un peligroso ensueño contemporáneo...

—¡Es un anzuelo del Anticristo! —clamó el chileno—. ¡Es él quien prometerá realizar ese ensueño, con las solas fuerzas del hombre ensoberbecido! ¡Él prometerá la paz, la prosperidad, el nuevo Edén!, y se pondrá a edificar sacrílegamente la nueva Babel.

—¡Ay, cómo me gustaría que fuesen verdad sus teorías, padre Lira! ¡Ése sí que es ensueño! ¡Y se cumplirían en él con tanta plenitud y magnificencia toda las grandes profecías! ¡Y la fiesta de Cristo Rey! Parece que eso es más conforme a la naturaleza, ese estado de crisálida de la Humanidad antes del vértigo angélico de la deificación definitiva del hombre...

—Y ésa es otra imagen del Dante —dije yo—: *"nati a formar l'angelica farfalla"*.

—No basta que a nosotros nos guste —dijo don Benya.

—Así es —dijo Lira Infante—. Acuérdese señora: acerca de Dios, la cuestión es saber si es o no es, consuele o no consuele.

—Y aquí no podemos saber si es —...dijo ella.

—Hasta que lo veamos... Pero sí, señora: es. Si las cosas de Dios son más grandes que toda nuestra

imaginación ¿quién nos impide soñar verídicamente en Dios?

Daba tristeza oírlo hablar de *soñar* a ese pobre flaco de barbas grises detrás de unas rejas y con las amenazas más grandes sobre su cabeza, con enemigos infinitos: porque los enemigos en la oscuridad son infinitos. Así me lo dijo él un día. Pero entonces debía tener en su oscuridad el pobre hombre una estrella. Porque de no, ya tenía que haberse muerto.

El doctor Gozzano lo desmontó del ensueño con la mala noticia del nuevo enredo de su proceso; pero no le dijo todo, sino sólo que su prisión se prolongaba un poco. Le dolió mucho, con todo: el más leve roce en este punto lo desbarata. Tiene emociones *verticales*, una palabrita le origina una tormenta corrida, que le levanta hasta las últimas heces del fondo de su tristeza. ¡Pobre hombre! Sin embargo, le prometió a Lira Infante hacerle la crítica del libro del padre Alló, para su revista.

La poesía nace de la contemplación. Pero la literatura nace del aburrimiento. Nunca ha escrito tanto el viejo como en la cárcel. Hoy me dio unos versos que dicen:

No hago nada

Corazón, tente en pie sin doblegarte
de la injusta opresión a la insolencia
aunque estoy loco, tengo yo mi arte
"*Nam furor saepe fit laesa patientia*".
Luchando sin más armas que mi triste
corazón contra el mal peor que existe
¿no hago yo nada? Lucho
sangro y no caigo al suelo. No hago mucho
pero hago más de lo que puedo...
Centinela aterido
no dejo sospechar que estoy herido
ni dejo conocer que tengo miedo...
Herido helado aguanto la bandera
no deserto la inhóspita trinchera
y aunque sé que la muerte me ha podido

estoy de pie y estoy ante ella erguido
marcando el S O S de la brega
a un auxílio que no me llegará
sino un momento tarde si es que llega
y que muerto de pie me encontrará...
La otra mitad la hará sobre mi tumba
otro infeliz después que yo sucumba...
Corazón, tu mitad se ha hecho ya.

Capítulo IX: *El viejo polemiza*

El viejo me mandó una carta, con su juicio acerca del libro de Alló que Lira Infante le había suplicado.

Quería que le hiciese sacar tres copias; pero no pude.

Estuve una semana paseando con Mariányels: fuimos a Livorno y a Pisa. Me porté mal con el judío, me olvidé de avisarle que salía, mi súbita ausencia tiene que haberlo contristado. Para mejor, Gozzano, la señora, y Lira Infante han desaparecido, creo que están trabajando como negros por librar a Benya —o será el asunto del nombramiento— o uno de los tantos que tiene Lira. Encontré en su zahúrda del Palatino un papel para mí que decía:

"*Por favor, vaya a ver a nuestro Joel* —así lo llamaba— *en nuestra ausencia, que no se vaya a colgar. Salimos para bien de él, las cosas van mejor... Muy oscuro, muy oscuro. Rece a San Expedito. El diablo está cazando moscas con el rabo...*".

La Torre Inclinada, el Presbiterio, las puertas cinceladas del Duomo blanco y negro, los estragos del bombardeo en el viejo Cementerio, donde desapareció para siempre el Juicio Final de Benozzo Gozzoli... ¡Bah! ¿que me importan a mí los monumentos de los antiguos? Si no fuera por Mariányels que se asombra de todo, ríe como una loquita y pregunta mil cosas... Me acuerdo que hace once o doce años, cuando era joven, vi estos mismos monumentos con la boca abierta, con el Baedeker en la mano, era joven entonces. Es claro que siempre que uno ve las maravillas del cincel de Ghiberti se queda embobado; pero ¿de qué sirve eso? Todo esto ha pasado. Esto pertenece a un mundo abolido. ¿Puede

esto hacer algo para salvar al mundo de hoy? A mí el arte ya no me interesa, el arte antiguo quiero decir, eso que llaman *cultura*. Está bien para los jóvenes, los adolescentes, que tienen que gastar en algo el ardor de la vida. Creo que esto es lo mismo que dicen los comunistas; pero a mí ¿qué me importa? Yo lo siento así.

Pero Mariányels, me obliga a tomar interés en la vida. Me hace un efecto mágico esta criatura. Veo por sus ojos, y las cosas rejuvenecen cuando se las explico. A lo mejor ella es ahora mi *pabulum vitae*. Le oí decir al viejo un día que él no tenía *pabulum vitae*. No sé lo que es, aunque el latín ya se entiende: pabilo de la vida. Le pregunté por qué se afligía al pepe, por qué no se quedaba quieto leyendo, estudiando y escribiendo, aguardando de ese modo su liberación, que algún día sin duda llegaría. Me miró con unos ojos terribles y me dijo que no tenía *pabulum vitae*. Lo empecé a sermonear diciéndole que él tenía la culpa si estaba enfermo de los nervios, porque *no aceptaba la situación:* que aceptase la situación y sacase de ella todo el partido posible; y quedaría sano de los nervios. Explotó repentinamente en ira, se puso fuera de sí, se me vino encima como a pegarme, que si no me retiro me pega. Y después retrocedió con un enorme esfuerzo, y tropezando en algo cayó de espaldas. No me atreví a acercarme, me fui, lo dejé que se arreglara. Pero entonces me di cuenta que de veras estaba enfermo: ¡había que ver la transformación súbita de su rostro, siempre apacible! Se puso hecho una fiera. Al otro día me pidió perdón, me dijo que eran accesos como los que tenía su abuelo, en los cuales era totalmente irresponsable. Yo le pedí disculpa a mi vez de haberlo herido sin querer. Me dijo entonces suavemente, con una voz sorda, que no hay cosa peor que a uno que sufre decirle que él se tiene la culpa *y que sufre porque quiere*. Nadie sufre porque quiere. Eso es fariseísmo, así dijeron los fariseos al ciego nato, y también los amigos de Job. Y él al fariseísmo no lo podía aguantar.

No creo que sea fariseísmo, todos hacemos lo mismo: cuando vemos uno en la miseria, empezamos a buscarle una razón de por qué tiene que estar en la mise-

ría: una razón en el otro, naturalmente. ¡No me voy a echar yo la culpa de que los otros sufran!

Pero me estoy desviando de lo que interesa, que es la polémica del viejo cascarrabias contra el libro del padre Alló.

Comentario al APOKALYPSIS por Alló O. P.

Este es un libro sobre el APOKALYPSIS que dicen es el comentario más "moderno" de todos; y al cual Paul Claudel llama "*exhaustivo*". *Exhaustador* sería mejor. El gran poeta francés ha sido enteramente desviado por él; y la conferencia que con el título de INTRODUCTION Á L' APOCALYPSE pronunció poco ha en el Instituto Católico de París sería un puro macaneo si su profundo instinto católico no salvara al poeta en dos o tres puntos.

Alló es un ecléctico, henchido de erudición, que sigue la teoría de Bossuet; pero racionalizándolo aún más, a la manera de Renan. Está poseído de celoso fuego contra el Milenarismo. Lo tiene presente con ojeriza en todo el verboso volumen; y lo refuta especialmente al final, Capítulo XX, pág. 298, c.

Para él, el APOKALYPSIS no sería más que una profecía de la caída del Imperio Romano y el triunfo de la Iglesia con Constantino, profecía a bien corto plazo por tanto; pero a través de la cual se puede leer como en filigrana una especie de alegoría de las persecuciones y triunfos de todos los siglos, especialmente la del siglo que será el postrero; la cual queda así diluida y alejada de la perspectiva del libro en forma de convertirse en una remota *alusión*. El libro tradicionalmente parusíaco, esjatológico por excelencia, contendría pues solamente una poética *alusión* a la Parusía, y a lo más una referencia directa de unos pocos versículos del fin.

La *Parusía* o *Presencia* de Cristo, que San Juan describe con truenos, terremotos, catástrofes, intervenciones angélicas y destrucciones universales, quedaría pues reducida en la realidad, si seguimos a Alló, a un pasado suceso histórico que se rememora en el Ponte Milvio; y el subsiguiente Reino feliz del Cristo, primera resurrec-

ción y juicio de todos los hombres por los Santos, vendría a ser la historia posterior de la Iglesia hasta nuestros días —la cual se debe prolongar todavía por miles y miles de años— con todas sus lagunas, deficiencias, suciedades, vergüenzas y dolores.

Habría que convenir pues que San Juan es bastante exagerador y que su estilo es absolutamente truculento; o por decir verdad, tan irreal y fantástico que rayaría en lo incomprensible.

El comentador Alló no vacila en calificar al último libro de la Escritura de *"filosofía de la historia religiosa"*... Harnack y Renan aplauden. Queda evacuado pues su carácter de *profecía*, o sea, predicción del futuro, pues sólo es una especie de profunda reflexión sobre el pasado. Las maravillas en él prometidas a los fieles y perseverantes se verifican desde ya *en el cielo*, conforme al dogma de la inmortalidad del alma y la vida futura. El libro de las Visiones sería pues una alegorización poética de la creencia común y elemental en la vida futura... ¡Listo!

¡Mire que llamar *"filosofía"* a este libro eminentemente concreto! Convengamos en que todo lo sufren las palabras.

Convengamos también en que el título del libro no ha sido por ende inspirado —¿se tratará de una *interpolación?*— pues está errado de medio a medio: *¡revelación!* ¡Qué revelación ni qué niño muerto! Es una glosa poética de lo que está mil veces revelado incluso por la razón natural, si Platón no miente. Es una orgía de imágenes orientales que revisten, en forma que condice poco con nuestro gusto occidental, verdades que la razón natural o la fe simple pueden percibir en forma más sobria y enjuta. Puesta en limpio, he aquí la concepción exegética del padre Alló —es decir, la de Renan.

En suma, Alló es un racionalista fucado, que prevaliéndose de la interpretación alegórica de San Agustín —que es asertiva y no exclusiva— y de la teoría de Bossuet —que expresamente previene no excluir *"otros misterios más arcanos"*— reduce lo profético en San Juan al mínimo; por no decir al nulo.

Si éstos son los resultados lógicos del rechazo de la

hipótesis milenarista, ellos constituyen evidentemente un poderoso argumento *ab absurdo* en su favor, que se puede expresar de este modo: *Rechazar la interpretación literal del Capítulo XX del* APOKALYPSIS, *conduce fatalmente al racionalismo exegético y a la sustracción de la profecía.*

Con el sistema de Alló podríanse interpretar alegóricamente todas las profecías mesiánicas referentes a Cristo y probar que el Rey Mesías que esperaban los judíos no es otra cosa que la Humanidad, reflejada principalmente en sus genios y grandes hombres —como enseñan muchos rabinos modernos—. Se puede escribir paradójicamente un libro como el de Alló probando esto. Yo podría hacerlo.

¡Ah, bellacos, os conozco! ¡No os atrevéis a creer que es profecía y no os atrevéis a decir que *no es profecía*! Ese es el asunto.

Examinemos ahora los argumentos directos que contra el milenarismo Alló propone. Son tres: el primero consiste en identificar la *primera resurrección* con la gracia, el cielo y las canonizaciones de los mártires; es decir, no es argumento sino afirmación del sistema *petitio principii*.

El segundo arguye de la existencia de Gog y Magog pueblos infieles, al final del mundo, que el *reino milenario* predicho por el evangelista no tiene los caracteres de *universal y absoluto* y por ende no puede ser otra cosa que la actual Iglesia Militante.

El tercero alega que la Visión 18 del *Reino de los Mil Años* no es una visión consecutiva a las otras, sino una *recapitulación* simultánea a todas las visiones precedentes, antes de preceder a las dos últimas visiones, 19 y 20 de la Resurrección única, el Juicio Final y la Jerusalén Celeste, que no sería otra cosa que la vida del cielo; la cual efectivamente acompaña y luego corona la existencia de nuestra Iglesia Militante.

Así Alló en el *Excursus* después del Capítulo XX, pág. 298 de la edición Lecoffre, París, 1921.

Esta interpretación reduce el APOKALYPSIS a una especie de poema alegórico bastante estrafalario —como lo juzgan Renan y Loisy y lo traducen Charles y Cou-

choud— hecho para consolar a los primeros cristianos bajo la persecución neroniana con la esperanza común del cielo y de la resurrección. Nada tiene que ver pues con la profecía parusíaca de Daniel —*"con la cual coincide sólo en el género"*, afirma Alló— ni tampoco —concluimos nosotros— con el Sermón Esjatológico de Nuestro Señor; posición que pugna con la entera tradición de la Iglesia.

Examinemos en pormenor los tres argumentos:

1. La *"primera resurrección"* del Capítulo XX significa *solamente* lo que interpretó San Agustín, a saber, la *resurrección espiritual que causa la gracia* —pues San Juan dice de ella en su Epístola I *"translati sumus de morte ad vitam"*— la cual produce el *cielo* de las almas separadas y la gloria terrestre que la Iglesia tributa a los mártires; y en eso consiste el Reino Milenario de Cristo y no otra cosa...

A lo cual la respuesta obvia es que aqueso es por cierto el Reino de Cristo comenzado y si se quiere *esencial* e invisible, con lo cual queda en salvo la autoridad agustiniana; pero que es imposible que *tan sólo* eso esté significado por la letra del APOKALYPSIS, si no se quiere imponer al sentido literal un retorcimiento inaceptable.

En efecto, la conversión a Dios no se llama nunca *resurrección* en el NUEVO TESTAMENTO, sino a lo más *nuevo nacimiento;* y es un contrasentido verbal llamar *resurrección* a su contrario la *muerte*, cualquiera sea el efecto feliz que es subsiguiente a ella en los justos. La muerte es muerte; a lo más, *tránsito*. ¡No se puede llamar al *término a quo* con el apellido del *término ad quem*, que es como si yo llamara a la ciudad de La Plata estación Constitución!

Más absurdo todavía resulta llamar *resurrección* a las honras actuales tributadas por la Iglesia a algunos de los mártires; ésa es la famosa "inmortalidad de Augusto Comte". La vida del cielo es una cosa sublime, una nueva vida portentosa, pero heterogénea para nosotros a la vida que tenemos y conocemos, tan arcana a nos e invisible que terrenalmente hablando es como si no existiera; y la vida de la Iglesia y los justos sobre la

tierra está tan plagada de deficiencias, dolores y males que llamarla *resurrección* –San Pablo la llamaba *muerte*–, aun con el adjunto de las canonizaciones en San Pedro, es simplemente abusar del lenguaje humano. El mismo tener que unimismar estas tres cosas heterogéneas (gracia, cielo y fiestas) para llenar la locución cristalina de *resurrección primera* muestra lo forzado de la interpretación exclusivamente alegórica.

2. El Reino de los Santos y el encadene de Satán no pueden ser cosas absolutas, sino relativas y *místicas*; porque de otro modo ¿de dónde saldrían ese Gog y Magog que al cabo de mil años sublevan a los pueblos de los cuatro ángulos de la tierra para asediar a la Ciudad Santa? ¿Y cómo se puede entender un asedio de los mortales a una ciudad miraculosa habitada por resucitados a los cuales preside nada menos que Cristo? Es el segundo argumento de Alló, que se hace eco de una razón del cardenal Billot contra el milenarismo craso.

Este punto difícil está contestado satisfactoriamente en lo posible por Lacunza en el Tomo IV de su VENIDA DEL MESÍAS.

Hay una primera respuesta de simple lógica: *"Clara non sunt mutanda propter oscura"*. De que sea difícil de entender o imaginar un suceso que vendrá en un tiempo al nuestro remotísimo, después de mil años –y que está solamente indicado en 3 versículos a modo de colofón– no se autoriza a concluir contra pasajes claros que refieren sucesos capitales de nuestra historia y de nuestro ciclo adámico.

El Reino Milenario puede extenderse a todo el mundo en un primer momento; y en el curso de larguísimo tiempo puede perder *"los cuatro extremos de la tierra"*, o sea las comarcas más lejanas; y eso, sin intervención directa y continua de Satán al principio, más por sola limitación y desidia humana. Y el reino de puros resucitados con Cristo visible a la cabeza, que Bossuet y Billot con razón consideran incomprensible es una imaginación arbitraria, no esencial a la hipótesis milenaria. Basta figurarse, por ejemplo, el Reino de Israel restaurado y triunfante con el Templo de Jerusalén; y allí apariciones frecuentes de Cristo y los santos, análogas a

las apariciones innegables de los 40 días postpascuales; y una vida de los fieles, o de muchos de ellos, parecida a la vida celeste y terrena de los grandes místicos históricos. Eso no es contradictorio, ni imposible, ni absurdo, ni ridículo.

3. "La Visión 18 del Reino Milenario no es una nueva visión consecutiva, sino un salto atrás y una «recapitulación». Ella es por tanto «simultánea» a las visiones antecedentes, de las que constituye como un presupuesto o resumen...", apunta el padre Alló. La respuesta a esta afirmación arbitraria es rápida y contundente como un rayo:

En ese caso debería estar al principio y no al fin del libro.

¿Cómo se olvidó de eso el autor sacro —o digamos con respeto—, el Espíritu Profético? ¿Después de haber descrito la última persecución, las plagas postrimeras y el fin del siglo como cuatro o cinco veces, se acuerda de golpe que Cristo ha venido y ha subido al Cielo y que existe la Iglesia?

Por lo demás, esta arrojada idea no resiste al menor examen. Superpóngase la 18 a las demás Visiones precedentes, a ver si resulta un resumen o recapitulación. Ni por pienso. Es del todo nueva y diferente.

En efecto, si resume todo el libro ¿dónde están todas las plagas, catástrofes y dolores de los sellos, las tubas y las fialas de ese Reino Triunfante de Resucitados?

Si resume solamente las *visiones interpuestas* de ángeles, bienaventurados, elegidos, sellados, ancianos y *animales* querúbicos en el cielo, ¿qué mezcolanza es esa de la vida celeste, ultraterrena, arcana, con un reino terrestre, que vence a los reyes de la tierra, deshace al Anticristo y juzga a los mortales?

Pero la razón definitiva contra esta interpretación alegórica y forzadísima es que transforma a la *Revelación* prometida en el título del libro en una *"philosophie de l'histoire religieuse pour tous les temps"* —como dice expresamente Alló—, es decir, *poesía alegórica trascendental* —como el poema *Lo Stioale* de Giuseppe Giusti, por ejemplo— en vez de profecía. Quedaría el APOKALYPSIS por debajo de LA DIVINA COMEDIA y el nivel

más o menos del PILGRIM PROGRESS de Bunyan. Esto es renanismo y racionalismo puro.

Hasta dónde puede llevar este racionalismo es dado verlo al final de la refutación que hace Alló del kiliasmo. Después de haber tachado, con Eusebio, al discípulo de Juan, Papías, de *"menguado intelecto"*, Alló previene a sus dóciles lectores que las expresiones del APOKALYPSIS: *"vengo pronto"*; *"estoy a las puertas"*; *"tiempo breve"*, etcétera, no significan propiamente *tiempo breve*, sino un tiempo que puede ser o bien corto o bien largo... *"un lointain absolument indefini"* una lontananza del todo indefinida, o por mejor decir, *necesariamente largo*: *"des siècles et des siècles, une succession très longue"*... ¡Para significarnos una sucesión muy larga de siglos, el hagiógrafo inspirado del Espíritu Santo escribió no menos de siete veces *tiempo corto*!

¿Luego miente la ESCRITURA? No, no miente, porque —dice Alló— se pone *"en el punto de vista de los que viven el Más-allá de los que hacen todos sus cálculos en la eternidad, y para los cuales mil años son como un día"*. Muy bonito. Pero en ese caso ¿para qué diablos nos ha sido dado a los míseros mortales, para quienes mil años *no son* como un día, ese libro escrito para que lo entiendan *"los que viven en el Más-allá"* —y además el padre Alló... por revelación posiblemente— libro divino donde una palabra ἐν τάχει (*pronto*) significa exactamente lo contrario de lo que significa entre los mortales? ¡Vamos!

En realidad, ese alerta continuado del Apóstol: *"Vengo pronto, el tiempo es corto"* no es más que la repetición de la palabra directa de Cristo acerca del *"ladrón nocturno"*, la Muerte, dirigida ahora no ya solamente a los particulares sino al entero siglo, y sus grandezas caducas, y sus ilusiones invencibles de pervivencia terrena y "de progreso indefinido"... Y significa *tiempo corto*, literalmente *tiempo corto* y nada más. Significa que el período de los tiempos cristianos, el *período de la siembra*, no será más largo que el evo que lo precedió; al contrario. Significa que el mundo en su sexto día correrá más rápidamente que antes al encuentro de su Salvador y Juez. Dice que las imbéciles e impías

ilusiones de miles y miles de años de vida universal para dar tiempo a que la Humanidad por sí sola y por esos medios se transforme en el Edén racionalista que sueña Diderot y Comte y Renan y parece acoger Alló... no son sino ilusiones imbéciles e impías, si creemos en la Escritura.

Pero el querer excluir la execrada exégesis milenaria, que fue la de la Iglesia primitiva, basada en el sentido literal, obliga a hacer a la Escritura una violencia tal que reduce a polvo la credibilidad en su inspiración divina, la convierte en un libro humano, aceptable a la gente de poca fe y a los intelectos soberbios de este siglo y restaña casi del todo las fuentes de inteligencia, consolación y esperanza que en ella para *los pequeñuelos* están recónditas.

.....

Hasta aquí el papel del viejo, que, como se ve, se ciñó en su crítica del libro a un punto solo, y un punto bravo por cierto.

Pero el pobre hombre, impetuoso en demasía, se cansó mucho en estas cuartillas, escritas a mala luz y peor asiento. La lectura del libro, y la crítica de él que nos prometiera, le hicieron daño, y lo enfermaron, como después supimos. Es un hombre que anda siempre con el alma en un hilo; y aun por eso sin duda vibra demasiado.

Lira Infante me previno que no publicara este escrito hasta después de muerto el judío, "*porque podía hacerle daño*". ¿Daño? ¿De parte de quién?

—De los amigos de Alló —me contestó sonriendo.

A mí me parece que el papel está bien. ¿Y no es libre refutar un libro?

Capítulo X: *Lacunza vindicado*

Tengo suerte. Mi libro se me hace solo. ¿Qué sería de mí aquí, desterrado y solo, si no fuera por mi libro... y por Mariányels?

Como buen periodista, no quiero dejar las cosas a medias. Fuí a hacerle un "reportaje" a Lira Infante sobre su libro. Tomamos mate, y me leyó largos extractos de sus papeles, explicándome las partes abstrusas. Me dijo que lo escribió para él, para fijar sus ideas y meditar sobre el tema; y que no era posible publicarlo. Y que era mejor así. No quiso extenderse más. A mí me pareció una lástima, porque si uno escribe un libro ¿para qué es? Ningún escritor escribe para sí mismo: hablar solo es cosa de locos.

Pasé como dos horas escuchando sin sentirlas, porque el chileno era gracioso con sus salidas y su humor desbaratado.

Tomé nota de todo lo que entendí, hice un resumen serio para el diario; en eso tuvo dificultad el chileno. Le llevé el artículo una vez acabado, y me dijo que estaba todo mal. Pero se lo llevé a don Benya, el cual lo aprobó, rectificando algunas frases y tachándome una o dos cuartillas de polémica. Esto es lo que quedó:

. . . . . .

Llámase *milenarismo* una teoría exegética que, interpretando literal y no alegóricamente el Capítulo XX del APOKALYPSIS estatuye dos resurrecciones, una parcial y otra total, y un reino triunfante de Cristo entre ellas, sobre la tierra, y antes de la íntegra beatitud final; con las consecuencias que de esto se derivan en la interpretación de los Profetas y de toda la ESCRITURA.

En suma, el milenarismo consiste en creer al *Día del Juicio*, que es un dogma de fe, no un día material y un lugar geográfico sino un período y un estado, un *ciclo* enteramente sobrenatural; y eso no por racionalismo o fantasía, sino por encontrarlo así escrito, a la letra, en las dos grandes profecías postrimeras, Daniel y Juan, con dos textos coincidentes del apóstol Pablo.

Parecería que esta teoría tiene escasa trascendencia, y que es como disputar si hay habitantes en el planeta Marte. ¡La cuestión es resucitar! ¿Qué me importa si hay una o dos resurrecciones? ¡La cuestión es entrar en el Reino, sea después de la única resurrección universal, sea en un período preparatorio que la precedería a modo de crisálida...!

Así dice César Pico. Y es verdad en definitiva. Pero de ese modo se podría también dar de mano y suprimir toda la teología; porque lo que importa al final es cumplir los mandamientos.

Pero milenarismo y antimilenarismo representan en la realidad histórica hodierna dos espíritus, dos modos de leer la Escritura, y de ver en consecuencia la Iglesia y el Mundo. De ahí la lucha.

Y como para obrar primero hay que ver; y para cumplir los mandamientos (camino del Reino y la Resurrección) primero hemos de *saber* —pues el que no sabe es como el que no ve— de ahí que el tomar la Profecía como *profecía* o bien convertirla en una filosofía o en poesía no es indiferente a la Iglesia aunque pueda serlo por caso a tal o cual cristiano en particular; y es cosa capital para el doctor sacro.

El milenarismo se apoya en el sentido literal de un pasaje, que así entendido abre el sentido literal y trascendental de muchos otros, y por ende transfigura —o configura o desfigura, como gustéis— todo el Libro.

El antimilenarismo, interpretando el mismo alegóricamente, por huir dificultades o por recelo del abuso del *kiliasmo carnal* autoriza por el mismo hecho a aplicar la alegoría a otros lugares oscuros y aún a toda la Escritura: y los resultados no son indiferentes.

La historia de estas dos opiniones en breves líneas es la siguiente:

El milenarismo ingenuo, aún no teológico, fue la opinión de la primitiva Iglesia, como se puede colegir de sus expositores primeros, *"grandes varones de Iglesia y numerosos mártires"* —para usar la fórmula de su mismo encarnizado adversario San Jerónimo—, a saber: Papías el Viejo, San Justino, San Ireneo, San Hipólito, Tertuliano, Metodio de Olimpo, Victorino Mártir el primer comentador del APOKALYPSIS, Lactancio, San Agustín junior, y Tyconio, el primer exegeta digamos *científico* de las profecías parusíacas: hereje donatista por desgracia.

Del seno de este milenarismo ingenuo brotó la versión crasa, herética o judaizante que se atribuye a Cerinto o Kerintos llamada *milenarismo carnal* o *kilkasmo*, corrupción de una doctrina en sí misma inofensiva que excitó en su contra el celo de los apologistas y las iras del gran polemista que fue San Jerónimo; el cual sin embargo en todas sus invectivas especifica su blanco que es la carnalidad y grosería del hereje Cerinto y sus seguidores; y advierte que el milenarismo ingenuo no puede ser condenado, por haber sido tenido de muchos Santos Padres y por cierto apostólicos; y rindiendo tributo a la verdad confiesa que *"interpretando según el sentido no hay más remedio que ser milenarista"* —que *"judaizar"* dice él—; y que alegorizando el APOKALYPSIS, es fuerza alejarse de la tradición exegética tanto latina como griega. He aquí sus palabras textuales, que están en su comentario a Isaías, Capítulo XVIII; el cual puede verse en el TOMO XXIV del MIGNE LATINO.

"Apokalypsis Johannis...; quam si juxta litteram accipimus judaizandum est, si vero spiritualiter —ut scripta est— disserimur, multorum veterum videbimur opinionibus contraire... Latinorum quidem: ...et Graecorum".

San Agustín es milenarista en su Sermón 259. Bajo la presión de San Jerónimo, que le amonesta de los peligros muy reales entonces del kiliasmo, propone una interpretación alegórica del APOKALYPSIS XX en su DE CIVITATE DEI, 7, 1, que no es una retractación absoluta de su exégesis primigenia, sino una interpretación optable dirigida en apologeta contra los abusos del milenarismo carnal; interpretación que fue adoptada por gran parte de la exégesis medieval, que ocupada en edificar la Igle-

sía no tenía premura en profetizar sobre su fin; y convertida en "exclusiva", por una parte de la exégesis oficial moderna.

Nosotros realmente no sabemos si el milenarismo es dogmáticamente o apodícticamente verdadero; ni tampoco lo contrario. Sabemos que es por lo menos una hipótesis —digamos— científica que nos satisface más; y que no se combate con insultos y con espantajos, sino con razones. Jamás sabremos si es cierto, a menos que se produzca primero: o bien una definición ex cathedra que hasta ahora no se ha producido y creemos no se producirá; o segundo: o bien la aparición de un gran profeta que nos la dé autorizada con milagros —como serían los *"Dos Testigos"* de que habla misteriosamente el APOKALYPSIS—; o bien, tercero: su cumplimiento de hecho, después del cual ya no necesitamos profecías. Pero entretanto podemos, si no enseñarlo en cualquiera de sus formas —algunas han sido condenadas, otras con decretos disciplinales retiradas de la circulación por peligro de abuso—, al menos tenerlo en cuenta en su forma espiritual más sesuda como una interpretación *posible*, no condenada, y recomendada por el ascenso *"de innumerables santos y mártires de ambas Iglesias latina y griega"* —como dice San Jerónimo.

Pero ¿por ventura la mayoría de los teólogos actuales no es antimilenarista?

Quizá, pero este argumento presupone erróneamente que este asunto se ha de dirimir por mayoría de votos; además de componer una "mayoría de teólogos" muy dudosa con los profesores de teología y los autores de manuales, que sin investigar mucho se suelen copiar unos a otros.

Sin llegar a la osadía del doctor Stockman de Ibsen, en UN ENEMIGO DEL PUEBLO, y afirmar que *"la mayoría nunca tiene razón"*, afirmamos que en los asuntos científicos difíciles, la mayoría de votos no es argumento concluyente. Cuando Newton descubrió la gravitación universal, sabía más del asunto él solo que todo el resto del mundo.

Parejamente cuando nació Cristo, y aun cuando murió, la mayoría del mundo, y aun del pueblo elegido, no

tenía una idea justa acerca del Mesías. A mayoría de votos, Cristo no era el Mesías.

Y por último sabemos que cuando se produzca su Segundo Advenimiento tampoco la mayoría estará mejor preparada. Sabemos con certeza que en vez de acertar en esta cuestión, tendrán justamente entonces la convicción temeraria e impía de que *"ya no vuelve más"* (I PETRI).

Como en los días de Noé, comerán, beberán, harán grandes negocios y espectaculares matrimonios, muy contentos con la continuidad indefinida del mundo. La apostasía de la Fe y las artes del Anticristo habrán persuadido a la mayoría de que el mundo no tendrá fin, y de que debe seguir siempre adelante en un continuo progreso hasta convertirse en el Paraíso de la Ciencia y de la Civilización, en el Edén del Hombre Emancipado; y entonces, como *"los dolores de la preñada"*, de golpe sobrevendrá el fin (MATH. 18).

Uno de estos teólogos vulgarizadores que tengo a mano impugna larga y acremente el milenarismo. Con ese solo argumento de la "pluralidad de votos"; el cual propone del modo siguiente:

"Supóngase por un momento que la doctrina milenarista hubiese sido revelada por Dios y estuviese contenida claramente en el Capítulo XX del APOKALYPSIS *y en otros muchos lugares de la* ESCRITURA, *y que fue enseñada por los Apóstoles, como pretenden los milenaristas* [?]. *En este supuesto, los católicos milenaristas de los siglos II y III habrían profesado el genuino sentido de la* ESCRITURA *y seguido la tradición apostólica. Después habría sucedido algo inconcebible. La doctrina* [?] *divinamente revelada* [?], *abiertamente anunciada en la* ESCRITURA, *enseñada a la Iglesia por los Apóstoles* [?] *habría empezado en los siglos IV y V, cuando el cielo de la Iglesia se tachonó de grandes doctores, lumbreras de su tiempo y de los siglos venideros, habría empezado —repetimos— no sólo a oscurecerse y olvidarse sino a ser impugnada y duramente censurada por todos los doctores y pastores de almas".*

Habría sucedido que durante quince siglos la totalidad moral de los obispos, sacerdotes, doctores católicos

torcieron el sentido obvio y claro de las Escrituras para darles sentidos falsos y antitradicionales; que en las escuelas teológicas, donde se forman los doctores; en los sermones y catequesis..., etcétera, nada se dijese de una *verdad revelada* [?] enseñada por los Apóstoles; más aún, que se enseñasen cosas contrarias e incompatibles con la misma... Puédese, pues, preguntar, como lo hace el padre Sily, ¿esta suposición se aviene con la asistencia del Espíritu Santo prometida a la Iglesia hasta la consumación de los siglos?...

Dejando aparte el estilo del autor, y la presuposición absurda de que un sistema exegético pueda ser una *"revelación de Dios"* y objeto de la Tradición, o sea un dogma explícito o implícito (?), basta una sencilla parodia de este argumento para ver su inanidad:

Supóngase por un momento que la figura del Mesías, rey espiritual de las almas y víctima inerme de los pecados de los hombres, hubiese sido revelada por Dios y estuviese contenida claramente en David e Isaías y en otros muchos oráculos de los profetas, como pretenden los católicos. En este supuesto, los primeros hijos de Adán y Abraham hubiesen conocido el verdadero sentido de las profecías y seguido fielmente la tradición divina. Después *"habría sucedido algo inconcebible"*. La doctrina divinamente revelada, abiertamente profetizada en la Escritura, anunciada a la casa de Israel por los *"sancti Dei homines"* habría empezado en los siglos VI y V a.C., cuando el cielo de la Sinagoga se tachonó de profetas mayores, lumbreras de su tiempo y de los siglos venideros, habría empezado —repetimos, y perdón por el estilo— no sólo a oscurecerse y olvidarse, sino a convertirse en la creencia paulatina de un Rey temporal, vengador, y opulento. Habría sucedido que en el seno del pueblo escogido de Dios, protegido por especial providencia, tratado con alianza de desposorio, esperanza de la humanidad, etc., etc., etc., se hubiese formado un error capital y fatal justamente acerca del núcleo último y primero de su sistema religioso, núcleo formado por Dios mismo y alimentado por el aporte continuo del profetismo; error que los había de llevar a desconocer al Rey Mesías y Salvador; y a darle muerte como a un fascinero-

so. Puédese preguntar, pues, como lo hace el judío: ¿esta suposición es compatible con la Alianza nupcial de Dios e Israel y sus continuas y magníficas promesas?...

Esta parodia en otra forma usó el padre Manuel Lacunza en su largo estudio.

El padre Manuel Lacunza fue un jesuita americano, que con el pseudónimo de Juan Josafat Ben Ezra escribió un gran libro de interpretación de las profecías. Fue gran contemplativo, varón de santa vida, e innegable conocedor de las Escrituras. Escribió en su amargo destierro de Italia, donde murió poco después en forma misteriosa: lo encontraron ahogado en uno de los lagos del Norte.

Su libro fue publicado en Londres "*por patriotismo americano*" a cargo de nuestro prócer argentino don Manuel Belgrano y su hermano Mario, según parece. Su obra fue puesta en el Indice de Libros Prohibidos, a causa —según dice Menéndez y Pelayo— de las veladas e irreverentes alusiones que contiene a Roma y al papa Clemente XIV; que hoy son casi indescifrables para el lector corriente, pasadas las circunstancias ambientales de aquel siglo.

Lacunza sostiene la teoría milenarista espiritual, rellenándola para darle cuerpo, como es natural, con representaciones conjeturales propias, que ninguno está obligado a hacer suyas, como nosotros no hacemos nuestras las imaginaciones alegóricas e hiperbólicas de San Ireneo o el Venerable Papías; la imagen del viñedo que da 10.000 sarmientos, sarmientos que dan 10.000 racimos, racimos que dan 10.000 granos, granos mayores cada uno que un racimo actual. La literatura buena o mala, no es la exégesis; la cual no obstante necesita de la literatura; si es posible, buena. *Pero puede haber buena exégesis con mala literatura.*

La literatura de Lacunza no nos gusta. De todos modos, su libro refundido y añadido por monseñor Eyzaguirre y corregido por el francés P. de Champrobert (París, 1825) ha sido republicado después con aprobación eclesiástica.

En suma, que si se presenta aviesamente el milenarismo en su forma carnal, judaizante o protestante, su

refutación se vuelve fácil; y si se expone en forma equivocada o ridícula, huelga la refutación. Si se atribuye a todos los milenaristas el sueño de un Imperio temporal en el cual Cristo reinará *"en forma visible"* –prohibido de enseñar por decreto de la S. C. del Índice 1925– con su corte y sus ejércitos, su ministro de Agricultura y de Hacienda, en una Jerusalén de cuento de hadas y con los judíos como agentes y Regios Comisarios por todo el mundo...; bueno, eso sí que es teología para negros.

Pero eso es, como decía Unamuno, fabricarse maniqueos imaginarios para darse el gusto de hacerlos pedazos dialécticamente; en tanto que el maniqueo real sigue campante.

El milenarismo real no enseña otra cosa sino que APOKALYPSIS XX y I CORINTIOS XV, pueden ser interpretados literalmente sin quiebra de la fe ni inconveniente alguno; que así lo entendieron los padres apostólicos y después de ellos, en el curso de la historia, innumerables doctores y santos; que de ello se sigue la probabilidad de dos resurrecciones, una parcial y otra general, con un período místicamente glorioso de la Iglesia Viante entre ellos; y que esta inteligencia resuelve fácilmente muchos lugares oscuros de la ESCRITURA y es honrosa a la Grandeza, Veracidad y Omnipotencia del Creador.

Hasta aquí mi resumen de LACUNZA VINDICADO de Lira Infante; al cual, como dije, no le gustó; él tiene otro estilo, chispeante y desbaratado, y además cuando entra en su tema, se pierde en innumerables pormenores, datos técnicos y citas. Pero a mí don Benya me lo aprobó. Eso sí, en el diario no salió, lo esperé vanamente. Cuando ya me estaba por enojar, me llegó una noticia nefasta. El diario anda muy mal. Al director le han metido una multa de $ 10.000 y 3 años de cárcel por infracción de aportes a la Caja de Jubilaciones: en realidad por haber hecho una campaña violenta contra un ministro del Gobierno. El dire huyó a Montevideo. Vamos de capa caída. Me parece que mi pobre diario no durará mucho.

A Lira para pagarle su confianza le expuse el plan de mi libro sobre don Benya y le leí dos capítulos o tres que a mí me parecían los mejorcitos. Lira me mató: *"No le va a salir* –me dijo–. *Es un libro sin unidad: usted*

mezcla muchas cosas y quiere decirlo todo. Además, es un libro romántico...". ¿Cómo romántico? —dije yo—. ¡Romántico!, aseguró él, sin declararse más sobre lo que entiende por esa palabra.

¡Romántica su abuela! Yo me fui mohíno porque siempre he creído de mí que soy clásico; clásico pequeñito, lo que usted quiera, pero clásico. ¿Va a resultar ahora que soy romántico, o que *estoy romántico* sin saberlo?

Salí con ganas de ponerlo a Lira Infante en mi libro y retratarlo feo.

Capítulo XI: *El Capítulo Diecinueve*

Hoy hemos sacado al viejo de la cárcel y lo hemos vuelto al *camp*. Lira Infante está exhuberante, la señora con lágrimas en los ojos, yo estaba contento y hasta Gozzano, siempre impecable e impasible, hacía chistes. Pero el viejo estaba peor que nunca: su agradecimiento era nulo y estaba con un humor de perros. No sé qué le pasa.

—Esta época es tan sorpresiva —decía Gozzano en el coche— que no es posible prever nada; vas a ver a un juez, y naturalmente esperas toparte con un idiota; y hete aquí que te sale un hombre listo, recto y humanitario...

—Y sacas a uno de la cárcel y tiene la cara de que lo llevan a fusilar —dije yo volviéndome. Pero don Benya no rio ni se inmutó un átomo.

Tenía una cara exactamente como la que dibujó el pintor David de María Antonieta llevada al cadalso: los dientes apretados, la mirada fija.

Algo pasa o ha pasado que yo no sé. Por de pronto ha estado fuertemente enfermo en estos últimos días, cuando, para mejor, ¡le faltamos nosotros! Esas enfermedades de él, naturalmente que parece un día que está para morirse y al otro te lo encuentras sano.

La clave debe de estar en la visita del otro judío que recibió antes de irme yo a Pisa. Yo vi que él le pasó unos billetes y el otro le dio un paquete de cartas. Había llegado a visitarlo y estaba con un tipito vestido con un gastado terno gris de *homespún*, típico judiito italiano; me detuvo con un gesto imperioso de la mano y siguió hablando muy excitado con el desconocido. Éste tenía bigote y barbita gris, nariz ganchuda, sombrero roñoso y

fumaba un harapiento cigarrillo en una boquilla de hojalata de fabricación casera: típico judío. Conversaron larguísimo, como si yo no existiera, con exhuberantes gestos, don Benya amplios y rápidos, señoriales; el otro gestitos cortados y taquicárdicos, con las dos manos, los codos pegados al cuerpo, gestos de siervo; por lo menos así me pareció a mí, que esos días estaba leyendo a Nietzsche. Dibujé el perfil del judiito en mi libreta, era fácil. Cuando se fue, don Benya me atendió a mí como un autómata, enteramente ausente; y lo que me llamó la atención fue ver el timbre del Vicariato de Roma, que lo conozco, en uno de los sobres. Tenía lo menos media docena de sobres, algunos muy gordos. No me dijo una palabra de ellos, mortificó hasta el máximo mi curiosidad de periodista; de modo que me marché mohíno.

Este don Benya, en vez de confiar en nosotros se está liando con medio mundo. En su afán de liberación, acude a todos sus amigos y se agarra como un pulpo a la más mínima esperanza; y creo que con eso se embolisma más. Cuando hay un enredo, no hay que tirar de muchos cabos.

Es claro que la libertad es una cosa seria; y más en este caso, que la libertad representa la salud; es decir, la vida.

Nos contó el carcelero que en estos días que faltamos don Benya cayó en un estado terrible, tanto que llamaron al médico de la cárcel, el cual naturalmente dijo que no tenía nada. Se los pasó sin comer, tendido en una posición innatural, *"contorto come una serpe"*, dando gemidos sordos, día y noche. Lloraba horas enteras, como un chico perdido de su madre y una noche tuvo fiebre nerviosa con delirio en el cual lanzaba gritos atroces reclamando un sacerdote para confesar, para hacer una confesión general. Los carceleros son gente dura, y sin embargo este carcelero que nos contó esto se había conmovido. Cuando interpelamos a don Benya acerca de su enfermedad, se cerró, se ensombreció, y solamente dijo, sacudiendo la cabeza:

—Tengo el alma llena de horrores.

Ésta es la única frase que le oímos en todo el viaje y otra que pronunció de repente cuando pasamos delante

de la columnata de San Pedro, que nos estupefizó a todos:

—Le tengo terror a la Iglesia.

Yo relacioné esta frase insólita en un hombre tan pío con la carta del vicariato. ¿Qué demonios andaba negociando por su cuenta este hombre? La señora no quería saber nada, y decía que eran accesos de terror innatural, como los terrores del delirium-tremens, provenientes de su enfermedad nerviosa, que le hacía ver fantasmas. Pero yo me pregunto si la orden de los jeromianos, a la cual perteneció, no le está persiguiendo, que dicen que es tan poderosa; o si no será don Benya un sacerdote degradado o secularizado —no sé cómo se llama—, ocultándolo él, y está todavía bajo su jurisdicción, y lo andan molestando con excomuniones, o cosas así. ¡Valiente caso haría yo de las excomuniones, teniendo la conciencia tranquila, si fuese él! ¡Pero no todos tienen el temperamento que yo tengo, y hay que respetar las miserias del prójimo. Aprendí la lección del otro día, cuando lo herí tan fuerte al sermonearlo que *"aceptara la situación"*.

Pobre don Benya. Cuántos horrores inútiles. El mundo está lleno de crueldades.

Bueno; lo acompañamos hasta el *"imbrunire"*, como dicen aquí, hasta el *empardecerse* lento del cielo, pues llegamos al *camp* a media tarde. Gozzano le impone respeto al teniente. Y le hicimos explicar un capítulo más del APOKALYPSIS para distraerlo, el Diecinueve. Yo tomé notas.

Este capítulo es el que vuelve imposible que el Vigésimo sea una visión alegórica de toda la vida de la Iglesia Militante, puesto que describe evidentemente el fin del mundo adámico, y entonces el capítulo siguiente... *"non erat hic locus"*, estaría disparatado —dijo Benya.

Es la Visión Diecisiete del Juicio de Babilonia y el Aplastamiento del Anticristo en una guerra enorme por el Verbo de Dios vuelto Rey, Juez, Guerrero, Vengador y Esposo Prometido. Un Ángel terrible a quien el Profeta quiere adorar como Dios, anuncia en el cielo a grandes voces la caída de la Meretriz Magna y las Nupcias del Cordero. Y entonces aparece el Cordero al frente de

un inmenso ejército, pero ahora es un león, y no está degollado sino que degüella, el Rey de los Reyes y Dueño de los Dominantes. Se produce una inmensa carnicería, y la Bestia y el Malprofeta son arrojados al lago de azufre ardiendo. Si esto no es parusíaco, y no describe literal e inmediatamente la Segunda Venida, entonces —dijo el viejo—, apaga y vámonos: vale más no estudiar el APOKALYPSIS, porque es un libro que no tiene atadero.

—¿Y esa gran carnicería es la última guerra mundial, la guerra de los 200 millones?

—Creo que sí —dijo el viejo— aunque en otro lugar se dice que después de la multimillonaria gran guerra que destruirá a un tercio de los hombres *"el resto no hizo penitencia"*. Esto es una dificultad seria, pero no insoluble. Es mucho más dificultoso poner *dos* grandes carnicerías.

—Y Babilonia, la Meretriz Magna, que se rompe en tres pedazos ¿es Europa?

—Puede ser —dijo el viejo—, pero no lo creo. ¿Es más culpable acaso Europa que el resto del mundo? ¿Por qué no se pueden formar en el mundo cuatro grandes bloques, tres capitalistas y uno comunista —o viceversa? ¿No está escrito que el Anticristo *"vencerá"* a tres reyes y los demás se le someterán?

—Pero ¿en qué quedamos? —dijo Gozzano—. En la última guerra, el Anticristo ¿vence y es vencido?

—Las dos cosas, con un pequeño intervalo —dijo el otro—. Vence al mundo y es vencido por Cristo, con un intervalo de Inicuo Imperio y Total Persecución. Pues la enorme carnicería, aunque sea causada por los hombres, es también un castigo de Dios, está en las Tubas y en las Fialas, no lo olviden.

—Tiene usted una imaginación digna de Víctor Hugo —dijo Gozzano—. ¡Qué truculencias! Menos mal que nosotros no las veremos.

—¿Qué sabe usted? —dijo don Benya suavemente.

—¿Tanto piensa usted vivir? —dijo el otro.

—Pienso ver muchas cosas antes de morir —dijo el judío— si no muero esta noche.

No reparamos entonces en esa frase. La echamos a trivialidad. Yo dije: *"Estas profecías son muy vagas"*.

La señora, que era la que había leído el capítulo en su BIBLIA protestante, levantó otra liebre diciendo:

—¿Y qué quiere decir esto, don Benya, que dice el Ángel al Profeta cuando quiere adorarlo: *"Porque el testimonio de Jesús es espíritu de profecía..."*?

"Consiervo tuyo soy —recitó el viejo—
y de tus hermanos
que sostienen el testimonio de Jesús
adora a Dios
pues el testimonio de Jesús
(el martirio de Jesús dice el texto griego)
es espíritu de profecía".

He aquí un versículo muy difícil —prosiguió—. *Testimonio* y *martirio* en griego se dice con la misma palabra, ustedes saben. Y el testimoniar a Jesús ante los hombres, con la propia vida y la sangre si es necesario, a más de la palabra, es la condición expresa puesta por Él para testimoniar por nosotros ante su Padre.

Siendo así ¿qué significa esa frase inversa? Si sonase al contrario, que el espíritu de profecía da testimonio de Jesús, ninguna dificultad. Pero está invertido, y el *"testimonio de Jesús"* hace eco a ambos lados del *"adora a Dios"*.

Yo opino que eso significa que en los últimos tiempos todo eso hará bloque y andará de consuno, dar testimonio a Cristo y profetizar su Segunda Venida, adorar a Dios y sufrir martirio; que sólo los cristianos que entonces *"vean los signos"* serán capaces de reconocer a Cristo y creer en Dios.

¿Qué pasa hoy? Antes para reconocer a Cristo bastaba creer que había venido; hoy es necesario creer que ha de volver...

—¿Cómo? —dije yo—. ¿No da lo mismo?

—No —dijo Benya—; que Cristo ha venido hoy no es dificultoso conceder; hasta mi amigo Jácome, el que vio usted días pasados conmigo, y todos los judíos, reconocen a Cristo como un gran hombre de nuestra raza, y Bergson dice que no hay dificultad en llamarle Dios y Renan y Rousseau y Víctor Hugo y Samuel Butler y los

modernistas dicen que fue Dios *en cierto modo* —sin concretar mucho si ese modo es el de Arrio, el de Nestorio, el de Mahoma o el de Dante y Tomás de Aquino. Eso de llamar Dios a Cristo no distingue hoy más a los cristianos de los herejes: éstos hoy día no tienen reparo en hacerlo pero han enturbiado el nombre; se ha gastado el cuño de la moneda. Lo que distingue a los verdaderos cristianos es que esperan la Segunda Venida...

—¡Y esperan de ella sola la salvación del mundo! —exclamó fervientemente la señora.

—Eso pienso yo también —dijo el judío—. Hoy día ser verdadero cristiano es desesperar de todos los remedios humanos y renegar de todos los pseudosalvadores de la Humanidad que desde la Reforma acá surgen continuamente con panaceas universales... entre los cuales está ese que nombró usted y tantos otros charlatanes hueros, que envuelven en su charla a Cristo.

—¿Quién? —dijo Gozzano.

—Víctor conde Hugo, que se creía cristiano y que fue una de las Langostas de la Quinta Tuba.

—No me toque a Hugo —dijo el diplomático— que fue un poeta genial, un gran poeta.

—Un poeta genial —dijo con viveza Benya— pero no un gran poeta. Para ser un gran poeta hay que ser un gran hombre, y Hugo no lo fue; y sus dones maravillosos de elocuencia, fantasía y *pathos*, su memoria descomunal y su intelecto intuitivo no pudieron hipostasiarse nunca en un organismo entero. Pero eso no me interesa: lo que quería decir es que: ¿Ve usted cuántas veces Hugo invoca a Cristo lo saca en sus descomunales *palmarès* de ídolos y aun le llama Dios? Y sin embargo no es cristiano, no da testimonio a Cristo, carece del espíritu de profecía. Es un pseudoprofeta clavado.

La señora tiró de la manga a su marido y con ese terrible descaro de las mujeres, dijo:

—Don Benya: ¿usted es profeta?

Don Benya se echó a reír y dijo:

—Todo lo que yo he dicho en verso, se ha cumplido siempre...

—Y ¿qué ha dicho en verso?

—Horrores contra mí —dijo tristemente el viejo—. Desgracias para mí mismo.

Lo dejamos porque era tarde. ¡Cómo se quedó!, no se quería quedar. Venía detrás de nosotros como un perrito hasta que el centinela lo paró. La actitud de niño abandonado de su madre y dejado en la oscuridad, que me dijera el carcelero, la vi al subir al auto y no la olvidaré en mi vida. Se quedó detrás de las verjas y estiró a través de ellas los dos brazos hacia nosotros, las dos manos, largas y trémulas. Este hombre estaba transido de terror, el quedarse en el *camp* le causaba un terror inmenso, dominado sin embargo de continuo con un esfuerzo pavoroso de su voluntad prócer.

Digo que no olvidaré aquel ademán en mi vida, porque fue el último que le vimos en vida.

Y ahora que salió Víctor Hugo, voy a copiar el verso sobre Víctor Hugo que el viejo dejó en una comedia inacabada que se había de llamar MARTÍN VI, PAPA Y MÁRTIR, de la que sólo tengo el prólogo y algunas escenas salteadas del primer acto. Dice así:

"Este mundo moderno que está enfermo y se atedia
me llama: soy el genio de la tragicomedia
a quien nada debajo de los cielos escapa
me llama a los dorados aposentos del Papa".

(Vestido como el gran Talbot en el papel de Ariel del drama de Shakespeare aparece enmedio de los lechos del Papa y del criado el genio de la Farsa).

"El viejo Víctor Hugo de la barba florida
en su poema EL PAPA *que da bien su medida*
retórico plebeyo romanticón potente
escribió una parábola que ya olvidó la gente
de lo que el Papa habría de hacer quizás un día
Es decir, de lo mismo que él, Víctor Hugo, haría
de tener en sus sienes la tiara secular
por tres días... La Bestia que ha de salir del mar,
se dio por bien servida. La Bestia de la Tierra
en su panoplia puso su poema de guerra.

Esos dos mil alejandrinos centelleantes
que el nuevo Dante, el nuevo Tirteo y el Cervantes
de este mundo moderno profirió en su furor
Hugo, la gran Langosta de las barbas en flor
testa de hembra y de hombre con torso de centauro
y en la frente volcánica diadema de oro y lauro...".

(Silencio. Se aproxima a los dos durmientes que roncan y los observa. Duermen los dos amigos, el Martín de la plebe y el Martín Sexto. Pobres. Que el diablo se los lleve).

"Víctor Hugo no fue Víctor Hugo sin yugo
fue un loco que creía que él era Víctor Hugo...
Fue un verdadero zampatortas; pero ¡qué fuerza!
verbal, y metafórica, qué voz robusta y tersa
qué vida, qué transformador en que cada instante
se vuelve imagen, cuadro, canto y ritmo pujante
este francés que unía, con una entraña mala
la claridad latina más la vehemencia gala
qué poder de polémica y de imaginación
en esta bestia alada que acaba en escorpión
al servicio del nuevo Pentateuco, del nuevo
Evangelio del Nuevo Mundo y del nuevo evo
que él ve como una aurora de justicia y de paz
surgir; y en turbio éxtasis se le inunda la faz
populachera y cíclope, y embriaga su Poética
el virulento díctamo de la función profética
y se siente un Vidente y un Águila: y lo es
porque vuela en la ráfaga del abismo... Después
de cinco meses de años que el veneno labora
pasaron las Langostas. Vino algo peor. Ahora...".

(Ademán de horror y desaliento. Toma de los estantes un gran libro y lee: OBRAS DE VÍCTOR HUGO COMPLETAS, Editor Lemerre. Año setenta. Propiedad del autor).

"En su paleta de oro que espléndida se irisa
falta un color tan sólo y un tono: la sonrisa
falta el humor del hombre y el contento del niño
tiene caoba y sangre y añil, falta el armiño

le falta a su solemne faetóntico vehículo
el sentir cuando huella los lindes del ridículo
pues no tiene equilibrio y adolece de un mal
de agitada y patética borrachera mental
y es que vuela en el humo: y un oculto pavor
estremece su espléndido manto de emperador...
El pavor es el fondo de su verbo: por donde
todo lo que es intelectual gozo se le esconde
y no puede reírse del mundo y de sí mismo
a vueltas con las Parcas, subscriptor del Abismo
borracho de ternuras o borracho de iras
flato de los repollos agrios de la mentira
y de gracia y de toda moderación, inedia...".

(Pausa. Hojea el libro).

"Por lo cual, yo travieso Genio de la Comedia
rehago su poema por ver si puedo a punto
poner su asunto en noble payada y contrapunto...
por lo cual ¡oh mi hermana divina Fantasía!
ven, y con tus dos alas de fantasmagoría
trueca por un momento la suerte desigual
del Pontífice augusto y el robusto menial
que uno baje a la calle del Alto Capitolio
mientras ocupa el otro su solio, su alto solio
y pues hay una risa propia del Cristianismo
sea un poeta un rato pontífice, yo mismo
libre de burocracia, diplomacia y política
y riamos un poco desta época mefítica
o mejor, sonriamos melancólicamente
como un reo de muerte que fuese un inocente
y viera los absurdos del Mundo a lo poeta
esperando en su celda la lúgubre carreta
y el hachazo fatídico con varonil decoro
con la sonrisa irónica del mártir Tomás Moro
mirando la tiránica corte de seda y oro...".

Capítulo XII: *Una mala rosa...*

Horror...

Esta vez es verdad. Don Benya ha muerto.

Han pasado dos días ya, ya descansa bajo una mala cruz de palo, y todavía tengo ante los ojos la horrenda escena, que no me deja sosegar. ¡Horrendo fin! Pero yo no creo que se haya suicidado.

Todavía tengo ante los ojos la gran ampolla blanca de su lomo flotando sobre el agua sucia de la piscina y todas las miserables escenas que siguieron, infinitamente tristes. ¡Descansa en paz, noble viejo, humilde amigo, pobre víctima! ¡Enigma tu vida y enigma tu muerte, pobre cristo!

Lo he visto con mis propios ojos, no hay duda. Llegaba al *camp* a media mañana, mañana húmeda y nublada, yo indiferente; y vi a dos hombres junto a la piscina agitados haciendo extrañas maniobras, echándose sobre el borde desconchado y estirando la mano. Cuando llegué vi el bulto lamentable flotando en el centro, el islote trágico, un cadáver. Estaba de espaldas en una posición rara, brazos y piernas rígidos hacia abajo. Tonio consiguió al fin una larga pértiga, e hicimos navegar al náufrago hasta el borde. Sentí como una puñalada al ver la cara contraída, la barba y los cabellos; aunque ya antes lo había presentido.

Lo tendimos sobre el césped, y el jardinero salió a escape a buscar gente. Estaba a medio vestir, pantalones y camisa, los pies descalzos; los puños de la camisa blanca desabrochados. Cuando lo levantamos para darlo vuelta, sucedió una cosa horrible; la cabeza se fue para atrás formando casi un ángulo recto con el cuerpo. El agua estaba sucia y fría.

—Se ha suicidado —dijo Tonio—. Tenía que acabar así. Demasiado triste. Estaba muy excitado estos días. Rompió muchos papeles y hacía paquetes.

Vino un montón de gente. Yo estaba como con un golpe en la cabeza, apenas veía, veía dentro de mí la figura del noble viejo desde que lo conocí una mañana de primavera, periodista curioso, hasta los últimos días azarosos de la cárcel del Pincio, sus actitudes inexplicables cuando le comunicamos que salía, su insólita agitación, los grandes trancos felinos que daba en la sala de visitas, levantándose sin poderse contener, como un gran gato negro y flaco. El teniente y el médico examinaban el cadáver y dos *carabín* apartaban a los curiosos. Ellos me sacaron de mi ensimismamiento de un empellón.

El doctor Prosciutti con su pachorra ordinaria dijo que el animal se había fracturado la base del cráneo y además se había ahogado; que sin duda al arrojarse al agua había tropezado y había dado contra una de las pilastras que en número de ocho mellan el círculo de la piscina; la cual tiene cuatro como brechas con escalones con dos columnatas cuadrangulares cada una. En efecto, en la nuca magullada se veía con claridad la huella feroz del triedro de una pilastra; el doctor tuvo la ferocidad de calzar la herida contra ella, y era evidente. Pero...

—Para poder tirarse al agua y de paso golpearse en la nuca, tendría que ser un acróbata —observó en romanacho uno de los *carabín* al lado mío—. Es imposible. Tendría que haber dado una vuelta entera sobre sí mismo, un salto mortal perfecto.

—Mortal de veras —pensé yo—. La cara estaba tumefacta, desfigurada, horrible. ¡Los pies estaban sucios! Los puños de la camisa eran de gemelos, faltaban los gemelos. Una idea que yo no podía atrapar me escarabajeaba en la parte de atrás de la cabeza. No podía *reconstruir* la muerte, no la veía.

Eso le importaba poco a los del *camp*. Suicidio y se acabó; y a liquidar todo cuanto antes. Nos intimaron orden de marchar, después de tomar mi dirección y citarme para declarar por la tarde. En vano rogué me dejasen acompañarlos al cuarto del muerto —al galpón, *"Niente, niente, troppo chiasso!"*. En el *camp* hay mucha

intranquilidad, el otro día hubo una especie de motín: con ésta van ya tres muertes, los presos están azorados.

Cuando vi marcharse la fúnebre comitiva, el cadáver sobre una carretilla sin ninguna ceremonia, sentí una sensación lancinante de que algo vital para mí había acabado para siempre. Era como si se me muriese un padre. Cuando murió mi padre yo era muy pequeño.

No le dije nada a Mungué, me sentía demasiado triste. No comí, me eché en cama y dormí dos horas en un sueño pesado, y me levanté con la cabeza trasoñada y obtusa. No había dormido casi nada la noche antes, pequeños ratos de sueño con pesadillas y despertar sobresaltado. No pensé entonces, pero ahora pienso que quizá era un aviso, en esos momentos se efectuaba el drama. ¿Qué drama? Imposible saberlo, esta horrible noche de verano se guardó su secreto. ¿Qué pasó allí, en ese galpón destartalado, al borde de esa piscina otrora bordeada de mármoles conocida para los millares de personas que han visto películas italianas de los tiempos de la *Luce*?

Esta última película misteriosa no será jamás revelada.

Los pies sucios... la camisa blanca... la nuca rota. Hablé a Gozzano por teléfono recomendándole no dijese nada a la señora y me fui a *declarar*. Iba en el tranvía 53 como un sonámbulo. ¡Sonámbulo! Era ésa la idea que me apuntaba en la cabeza esta mañana.

Me interrogaron sobre toda la vida, en vista a confirmar que el muerto era loco, melancólico y suicida. Yo me dejé hacer porque era inútil; pero todo mi ser protestaba contra esa idea imposible, si es que existe eso que llaman imposibilidad psicológica. *"Don Benjamín Benavides es imposible que se haya suicidado"*, esto me dijo por teléfono con entera seguridad Gozzano; y eso que lo conocía menos que yo. Don Benya era un cristiano, pero no un cristiano cualquiera, sino una especie de cristianismo andando; las cosas más serias y más fuertes del cristianismo eran una vida en él: no hablar mal de nadie, sufrir con paciencia, perdonar a los enemigos, amar a los pobres, querer hacer bien a todos, andar pensando en Dios día y noche, y esa especie de ham-

bre de recibir la hostia, y los efectos que le hacía. En suma, yo no sabía lo que era cristianismo hasta que conocí a este judío. ¡No! Don Benya no se ha suicidado, a no ser en un ataque de sonambulismo. Y aún dese modo, no lo comprendo...

No me dejaron ver el cadáver, ni mucho menos sus papeles, que yo insistí en que me dieran diciendo que había papeles míos, papeles de *ciencia*. ¡Nientel Hice mal en no venir con Gozzano, se le ocurren a uno las cosas demasiado tarde; y ayer, en el entierro, ya no quedaba nada, habían quemado todo con pretexto de desinfectar. ¡Maldición! El viejo tenía centenares de cuartillas escritas. ¿Por qué le llamo *el viejo*? El cuerpo de este hombre, que ayer volvimos a ver en un ataúd de pino envuelto en un tabardo sucio, era el cuerpo de un varón de cuarenta y cinco años.

Al salir del *camp* me alcanzó Tonio y me dijo que lo sepultarían desnudo, *"nudo come un verme"* —dijo él— porque los guardianes se habían repartido la ropa; y que la camisa era de poplín blanco, finísima, *"roba di calita, qualcosa di mirabolante"*, de esas que no se encuentran en Italia; y que debajo había una almilla de lana más fina todavía. Me dejó bizco. ¿De dónde habrá sacado esa ropa Benya? Pero al fin, como digo, no lo enterraron desnudo, aunque casi lo valía, pues lo envolvieron en un tabardo roñoso y harapiento.

Asistimos al entierro. Vimos al cadáver ya desfigurado, la señora pálida como la muerte, los puños apretados. Gozzano con su habitual corrección distante. Lira Infante hecho una botella de Leyden que echa chispas, Mungué dueño de la situación, yo atontado. La cara tenía una expresión espantosa, entre desesperada y maligna, dijérase la de un condenado, no se podía ver; y la señora no se cansaba de mirarla, aunque apartaba al instante con horror los ojos. Para distraerla le pregunté si había regalado al viejo camisas de poplín, y denegó con extrañeza. Los tres sacerdotes organizaron el pobre cortejo, el rubicundo capellán había aparecido, Mungué delante con una cruz, cantando gorigoris en latín y detrás el mísero ataúd en la carretilla de ayer y nosotros con un grupito de presos amedrentados. El sargento de los *ca-*

rabín era la única autoridad presente, se mantenía aparte, como vigilándonos a todos. El cementerio del *camp* era, triste contraste, el antiguo jardín de invierno de Cinecittá; allí una cantidad de pequeñas cruces con un nombre marcaban el lugar de los huesos cansados de un náufrago, de un bala perdida, sin familia, sin patria, de un pozo de dolores desconocidos, de los restos despreciados de alguien que fue una creatura pensante, *soidisant* imagen de Dios. ¡Qué tristeza! Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo? Muertos ¡levantaos! ¿Os levantaréis algún día y sabremos quiénes y cuáles habéis sido?

Pobre viejo amigo, se acabaron tus sufrimientos de un modo enteramente pedestre y triste, el desenlace feliz de tu drama no vino, e ignoraremos siempre hasta el sentido de tu tragedia. La Providencia te falló. Yo apretaba en la mano un trocito de papel que me había dado Tonio, encontrado en el bolsillito izquierdo de la camisa de poplín: era un trocito de pergamino en apariencia viejísimo, donde con caracteres toscos y como de mano de niño estaba escrito en una tinta pálida esta frase misteriosa, así, con un error de ortografía:

Una Mala Rusa bino a Verme

Ese papel absurdo me hacía el efecto de una reliquia. Cuanto más rara, absurda e inexplicable me aparecía la muerte del viejo, me consolaba más. ¡Tinieblas! ¡Oscuridad! ¡Incógnitas! ¡Fantasmas! Antes de admitir lo que todos tenían por obvio; crimen, locura, y suicidio... cualquier cosa. Una pesadilla, una pesadilla, que se olvida antes cuanto más disparatada sea.

Pero yo guardaré la figura del viejo que yo me he hecho, y no admitiré jamás que sea verdadera, aunque se amontone en ella como una pirámide lo desconocido y lo inexplicable. Pobre don Benjamín Benavides, imagen quizá de tu raza, de tus dos razas, imagen quizá de la época nuestra, o de lo que resta de cristiano a la época nuestra, yo he visto tu alma.

¡Que sea maldito el hombre que ha hecho morir a este hombre! Dicen que no hay que maldecir, pero yo

maldigo ahora delante de Dios y creo que hago bien. Yo no sé de quién ha sido víctima este gran espíritu, esta flor humana, pero lo maldigo a quien sea.

¿Víctima de las circunstancias? Sí, pero las circunstancias solas no son capaces de tan pertinaz persecución y mala suerte, han sido dirigidas por alguien. ¿Por el demonio? Sí, pero el demonio ha tenido que usar de instrumento o instrumentos humanos. ¡Que sean malditos! ¡Que todo lo que sufrió don Benya caiga sobre ellos duplicado! ¡Que sepan lo que es sufrir en esta vida! Pensar que este hombre nacido con las más altas cualidades de todo género, nacido para difundir en torno suyo lo noble y lo bello, intelectualmente dotadísimo, con todas las delicadezas y hermosuras del carácter, mente de filósofo, alma de artista, corazón de héroe, haya sido arrojado al cajón de basura, mordido de cerdos ¡deshecho! ¡Lo que hubiera podido ser y hacer, si se le hubiese dado no digo el lugar que merecía, sino simplemente un lugar entre los seres humanos, la mera probabilidad de vivir; si con vivir muriendo hizo tanto, que si yo hubiese podido salvar sus papeles, quién sabe los libros maravillosos que había en esos paquetes que nadie ha vuelto a ver, probablemente bestialmente incinerados.

¡Los libros! ¿Y qué importan los libros? Un libro más en el mundo, ¿qué hace? Quién sabe lo que Dios ha querido hacer con este hombre a quien ha hecho pedazos. ¿Qué sabemos lo que Dios puede sacar de nosotros, para qué nos hizo? ¿Qué sabemos si don Benya no ha sido una cosa como una especie de gran semilla? ¿O una imagen, una imagen, un fantasma, una de esas cosas incoherentes que los grandes artistas ponen en sus obras sin ninguna otra razón que el habérseles ocurrido en ese momento por casualidad, y estar ellos en trance, como dicen, de inspiración creadora, que hay que creer en ella contra toda razón y lógica? Don Benya había aceptado su destino. Por horrendo que le resultara, él lo había aceptado.

"El Purgatorio es una cosa seria" —me dijo un día el noble judío bruscamente en medio de una conversación, con una tranquila seriedad que me sobrecogió como un alarido. Habló como quien habla, no de una cosa distante,

imaginada y futura, sino como quien vuelve de un viaje. La frase me resonaba hoy en la cabeza todo el día, con su timbre mismo, como si la oyera. El Purgatorio es una cosa seria. ¿Cómo lo sabe usted? *"Lo sé"*. En su voz había la inflexión tranquila de aquel que habla de lo que sabe.

De repente un fonógrafo empezó a sonar sobre mi cabeza. Viven arriba una viuda con dos o tres hijas solteronas feísimas; pero ni siquiera feísimas sino *nada*, porque no soportan ni el superlativo las pobres; parecen conejas flacas y despeluzadas, para ser feísimo primero hay que ser. Vivo en la calle Margutta 14, 2, A, desde que tengo a Mariányels y en el piso de arriba viven estas pobres y buenas mujeres si es que son mujeres, porque del sexo femenino no tienen nada, fuera de los vestidos y unas melenas lacias que dan miedo. La mayor baja corriendo las escaleras cada día con unos movimientos que no son femeninos ni masculinos tampoco, como un perrucho flaco que lo asustan. Tienen un gramófono que es mi desesperación. Pero hoy, no sé por qué, ¡qué efecto me hizo la música! Era una canción napolitana, cantada por Caruso, o algún gran tenor, tierna y salvaje a la vez, que empezó a caer avasalladora sobre mi inmensa soledad. Las notas se me entraban en los huesos, una cosa triste y enérgica al mismo tiempo, venida de quién sabe dónde, los gritos elementales del corazón humano venidos del fondo de los siglos, de Grecia, de Egipto, del África. Yo esperaba cada acorde como el nadador espera la ola, y cada frase caía sobre mí como una montaña fresca, cálida y poderosa, que me hacía estremecer. Yo que creo no he llorado nunca en mi vida, por lo menos que yo recuerde, empecé a llorar, primero convulso, después dulcemente, a llorar, a llorar. Me parecía como un nuevo mundo se abría ante mí, un mundo que había que afrontar con fuerza pero con esperanza. Sentía que tenía que ser digno de don Benya, que *vengar* a don Benya en cierto modo, en una total desposesión de sí mismo, en una aceptación del mundo actual tal como era, en una donación completa de mí a Dios, como la de don Benya a su terrible destino, haciendo todo lo que pudiese en cada instante, sin extrañarme de nada, sin negarme a

nada, *creyendo en Dios*. Sí, creyendo en Dios. Me parecía que nunca hasta hoy había creído en Dios.

El gramófono y todo ruido ha cesado hace mucho tiempo, el cielo inmenso estrellado vela sobre mí en silencio. No sé por qué escribo sin parar estos papeles que empecé ayer tarde, que no son periodismo, ni arte, ni literatura. Pero tengo que escribirlos. Sí, tengo que escribirlos. Es lo que puedo hacer ahora.

Capítulo XIII: *Los fantasmas*

Acepté el almuerzo (o comida, como le llaman) en la embajada con la comezón de hablar de lo que es mi tremenda preocupación estos días. El fin trágico y misterioso del viejo judío me había volteado. En efecto, la comida no fue sino una ocasión de discutir el caso; yo no comí casi nada y creo lo mismo le pasó a todos; no me fijé. Si preguntaran qué sirvieron, no sabría decirlo; y eso que en casa de Gozzano se come muy bien y en mi pensión San Francisco mal —regular. Estaban invitados Mungué, Lira Infante, la muda colombiana, y dos desconocidos para mí, uno italiano pero que hablaba español —muy mal—, había estado en la guerra de España, creo que era un alto empleado de la policía. El otro no sé quién era. No abrió la boca; para hablar quiero decir.

Quiero anotar aquí las cosas raras que dijimos sobremesa acerca del caso Benya, que nos tenía costernados; pero antes la otra sorpresa o choque que me esperaba al entrar el primero de todos en la primorosa antesala de las habitaciones del diplomático, que me hizo caer de golpe en lo que no me abandonó todo el tiempo de la comida, ni ahora siquiera; una especie de atmósfera de magia o de milagro... ¡La señora se había curado! Dos médicos la habían reconocido el día anterior, radiografías y todo; y de cáncer al estómago ni rastro. *"Un estómago en forma de trébol, más chico de lo común, sano como el de un infante"* dijo Guarnieri, el gran especialista. El médico que la había atendido cinco años y diagnosticado fue llamado por teléfono. Llegó muy molesto; pero tuvo que corroborar lo que decían los otros; y se marchó más molesto todavía, diciendo que de todos

modos le gustaría mucho —*"tanto per una brama puramente teórica, sa"*— volver a visitar a la extenferma después de algún tiempo.

La exenferma estaba arreglando unas flores cuando llegué, y el marido revolviendo sobre un sofá papeles, recetas y radiografías... Parecía más alta, y lo era; más esbelta, habiendo desaparecido la ligera inclinación del cuerpo con que la conocíamos. Se volvió hacia mí radiante y rosada, con ese aire de distinción innata de Madonna o que sé yo. Explicó con tranquilidad gozosa, todo lo que le había pasado: nada, de un tiempo a esta parte se sentía mejor, hizo una novena a la Beata Cristina de Montecatini —una de tantas monjas italianas que fundó una de tantas *congregaciones religiosas femeninas*, creo que así se dice—. Gozzano estaba alborozado y alborotado —las dos palabras tienen la misma raíz, vienen del árabe—. Quería reunir testimonios médicos, hacer un proceso y presentar un testimonio *en forma* al vicariato para la canonización de la monja; que iría a Montecatini a depositar un exvoto en el sepulcro de la santa y dar una gran limosna al convento *"cuando venga mi nombramiento"*. ¡Gozzano, a quien yo conocí medio escéptico y volteriano! La señora en cambio objetaba el milagro: la novena la había hecho desganada *"por complacer a las hermanitas"* y había olvidado dos días, la mejoría había comenzado mucho antes. ¿Cuándo? ¿Hará tres semanas, hará cinco semanas? Las radiografías que atestiguaban la terrible dolencia ¿eran claras? ¡Ecco il problema! El gozo de los dos esposos, gozo de niños sumergidos de golpe en un país de hadas, disipó mi murria negra, y los fantasmas que había estado viendo yo casi toda la insomne noche. *"Estaba muy mal"* —decía ella—. *"¡Estaba muerta!"* —decía el marido—. Mi corazón se sintió de golpe inmensamente feliz; no creía yo ser tan bueno, me tengo por un egoísta. No pudiendo hablar, besé la mano de la señora, y me saltaron las lágrimas, Gozzano miraba a su joven esposa recobrada como si fuera algo sagrado; parecía que no se atrevía a tocarla. Fue ella quien aproximándose a él le cruzó el brazo por la espalda como un camarada. Entraron los otros y entramos al comedor. Tácitamente había convenio de no

hablar durante la comida del suceso del *camp*, pero como todos pensábamos en eso la comida se cortaba en silencios, cubiertos por la charla voluble y descosida de Lira Infante, que parecía haber venido borracho de mate. El mate amargo emborracha a los nerviosos y el chileno lo consumía a pasto, desde que fue alumno del Pío Latino. De Gasperi... Di Vittorio... Nenni... Togliatti... el mariscal Graziani... el misterioso ataque con ametralladoras a la *adunanza* comunista de Messina desde una loma... los monárquicos... los neofacistas... el Movimiento Social Italiano... el suicidio de Nelly Gándara... El chileno tenía un juicio terminante y un poco fantástico acerca de todo. La conversación se formalizó cuando tocó al padre Fulgencio. Está enfermo el pobre mónaco, tengo que ir a verlo. Lo retiraron de sus vagos estudios históricos y le dieron la dirección de una sociedad de viejos y viejas: Congregación de San José y de Santa Ana, cuyo fin es *"dirigir a los buenos viejos a una buena muerte"*, cosa que se dirige sola, dijo Lira. Dicen que el pobre mónaco cayó en melancolía y ha perdido el juicio, cosa que me parece difícil: debe haber perdido la memoria. Quisiera perder yo la mía ¡Dios!, no hacía más que ver delante de mí la elipse blanca del cadáver flotante de don Benya.

El italiano puso de golpe la cuestión en el tapete (en el mantel) cuando sirvieron el café, preguntando bruscamente acerca de la vida del muerto, y mirándome a través de un ramo de claveles. Yo respondí brevemente y de mala gana, y siguió una información general en que cada cual vertió sus recuerdos al tuntún de donde resultó una imagen confusa que se iba confusionando a más a medida que hablábamos. Había tres o cuatro Benavides: un santo para la señora, un loco para Mungué, para mí un enigma y un *caso*. El policía concluyó la discusión declarando que estaba cierto que se había suicidado.

—¡Imposible! ¡No puede ser! —protestamos, encabezados todos por el trémolo de la señora.

—O suicidio o accidente o asesinato —dijo el de la poli.

—*Nonsense!* —dijo Lira Infante—. El profeta judío

ha desaparecido en lo azul, como Elías, era una apariencia.

—¿Cómo, cómo? —dijo Mungué, mientras el italiano reía.

—Don Benjamín Benavides no es otro que el padre Manuel Lacunza.

—¿Quién es Lacunza?

—Un jesuita español del siglo dieciocho... desterrado de Italia...

—Resucitado por su espléndida fantasía, padre Lira...

—Bilocación —contestó éste—. Bilocación en el tiempo.

—¿Cómo, cómo? —gritó Mungué tomándoselo en serio.

Lira Infante, borracho de mate, se puso con toda seriedad a explicar una teoría —que creo iba inventando a medida que hablaba.

—Lo que les diré no lo daré por cierto, pero lo defiendo como posible. Ustedes saben que mi paisano Lacunza fue encontrado muerto flotando en uno de los lagos del Milanesado... Al otro día el cadáver había desaparecido. En realidad no sabemos nada: de su muerte queda una relación vaga, que ni Menéndez Pelayo pudo localizar con exactitud, y de su vida poco más: lo que queda es su famosa obra exegética en cuatro tomos, La venida del Mesías, una gloria de la ciencia americana, pues aun cuando fue navarro y de raza judía, de corazón fue chileno y yo lo doy como paisano mío. Pues bien, si ustedes recorren los sucesos que sabemos de don Benjamín Benavides, verán que no son sino los dramáticos eventos del religioso chileno, alma torturada y paciente si las hubo, arrojado del claustro al mundo por la supresión de la Compañía de Jesús en 1768 —y antes desterrado por Carlos III a Italia— y después privado de decir misa, según parece, por un decreto de un obispo... los dramáticos eventos de esta alma soñadora, combativa, delicada son exactamente, transportados a nuestros tiempos, por supuesto, don Benya Benavides... ¡Tal cual! ¡Lo conozco a Lacunza! ¡Yo conocí a Benavides!

—¡Per Dio, padre Lira! —dijo Gozzano—. ¿No es eso lo que llaman la transmigración de las almas?

—No, porque yo digo que Benavides fue Lacunza *en cuerpo y alma*, cambiado solo el vestido; pero *en el orden ideal*.

—¡Ah, vamos! ¡En la imaginación de usted!

—De ningún modo. En el mundo de las imágenes, que es muy diferente. O mejor dicho, en el mundo de los *imagos*.

—Es igual —dijo Mungué—. Ya sabemos que usted tiene una teoría acerca de la *inexistencia del tiempo*, que a mi juicio es kantianismo puro...

—Eso quisiera usted... y Kant... —dijo el otro—. Ustedes saben que existe un mundo *ideal*. Ese mundo es real. Pregunte a cualquier poeta, a cualquier artista. Ellos son vecinos de ese mundo; y no sólo vecinos, sino reyes. Ese mundo se pliega a su voluntad, el novelista es dueño de sus personajes; pero no se pliega a su capricho, el novelista no es dueño de sus *imagos*, infeliz de él si intenta violarlas. Por eso esas gentes son felices componiendo, viven en un mundo que es maleable a sus deseos y sin embargo es soberanamente real; como sería este mundo nuestro si nosotros tuviéramos alas. En virtud de esta teoría platónica, que no es teoría sino verdad, yo afirmo que Lacunza y Benavides son una misma cosa en dos instancias temporáneas de su vida ideal...

Todos sonreíamos y el italiano reía. Sólo Mungué se la pillaba en serio.

—Oiga, Mungué —decía el chileno—, usted admite la *bilocación*. En la vida de algunos santos leemos que han actuado a la vez en dos puntos del espacio real. San Alfonso de Ligorio, si mal no recuerdo, estaba un día al lado del lecho mortal del papa y en un púlpito del sur de Italia al mismo tiempo. Pues entonces también es posible la bilocación en el tiempo. El tiempo y el espacio no son sustancias, son accidentes... Bergson se equivoca, lo mismo que Espinosa y Newton. El tiempo no es sustancia.

—Y Mungué mismo ha visto —dije yo no sin malicia, recordando algo de golpe— con sus propios ojos a don Benjamín Benavides en el Hospital dei Liri en cama; y en un soberbio auto en la Via Vittorio al mismo tiempo.

—¡Es falso! —dijo Mungué muy excitado—. ¡Sofís-

tica! El tiempo no es lo mismo que el espacio. El tiempo es la relación cuantitativa de dos movimientos homologados —comparados entre sí por el intelecto del hombre *cum fundamento in re ¡cum fundamento perfecto in re!* ¡Ni Dios puede hacer que una cosa que ha sido pueda no haber sido! ¿Por qué? Porque el movimiento es inherente a la sustancia; y el tiempo es inherente al movimiento.

—Eso es verdad —dijo Lira— pero a mi tesis no le hace ni la cola. Yo no postulo que un hombre que ha sido deje de haber sido: yo postulo que un mismo hombre haya sido en dos momentos distintos del tiempo. ¿Cree usted que Dios no lo puede hacer?

—¿Y Enoch y Elías? —preguntó sonriendo la señora—. ¿No dice usted Mungué que volverán a vivir y a actuar en el fin del mundo, y que eso *es de Fe*?

—No enredemos, señora —dijo el filósofo—; eso es enteramente diferente. ¿Y el cadáver de Benavides? —dijo revolviéndose a su contrincante.

—¿Dónde está? ¡Muéstremelo!

—¿No lo enterró la policía?

—¿Qué sabe usted?

—¿No lo enterró la policía, usted, señor comisario?

—Yo nada vedutto, nada vedutto —dijo el policía riendo bajo los bigotes.

Tuvimos que pararlo entre todos a Mungué que quería levantarse y llamar por teléfono a Tonio para que atestiguara en el debate; mientras el chileno le afirmaba con formalidad:

—Créame, Mungué, si va a cavar la tumba que con el pelado nombre de *Benjamín Benavides* en una cruz de palo hay en el *camp*, créame que encontrará un ataúd vacío... si es que encuentra ataúd siquiera. ¡Benjamín Benavides ha existido; pero no ha muerto!

Esta frase me hizo saltar de mi distracción distraída. Pero antes que mi mente pudiese configurarla, había tomado la palabra Gozzano y decía:

—Miren ustedes, eso que ha dicho aquí tan serio don Lira —¡y cualquiera sabe la dosis de seriedad y chunga que hay en lo que dice este guasón!—, eso que ha dicho tiene mucha miga... y es verdad. Don Benya fue La-

cunza; pero de un modo enteramente real; del mismo modo que mi mujer aquí dice que la Beata Cristina de Montecatini fue San Luis Gonzaga... ¿verdad, Prisci?

—Reprodujo tan bien la vida del marquesito de Castellón en sí misma —dijo ella— que adquirió maneras nobles y señoriales siendo ella plebeya, hija de un pulpero borracho y de una contadina... Se volvió aquello que amaba.

—Imitación —dije yo—. Eso sí que es sencillo.

—Imitación, pero no de actor ni de histérico, sino imitación vital —dijo Gozzano—. No es tan sencillo. Es como un *espíritu* que uno absorbe intuitivamente, que se convierte en una especie de germen vital. En los actores es una máscara, en los histéricos es un vampiro; pero en los grandes hombres es algo más sutil y profundo. Julio César llorando sobre la tumba de Alejandro... Por el camino de la imaginación enamorada, una vida ya pasada vuelve a vivir en otra persona; y a veces se integra, se completa y se realiza más perfectamente que en su existencia anterior. Y eso por encima y por debajo de la voluntad consciente. Don Benavides debe haber absorbido vitalmente en sí el espíritu de Lacunza, cuya obra leía continuamente; y así el que haya muerto como Lacunza, después de haber vivido como él, no es casualidad ninguna... Para mí, murió en un ataque de sonambulismo.

—¡Ésa es la *imagol* —dijo Lira—. Lo que yo llamo *imago*; que no es imagen, no; es *imago*.

—Vemos que aquí todos son psicólogos —dijo Mungué con sorna— menos el señor comisario... Eso debe ser esa porquería que llaman *psicoanálisis*...

—Anche io son psicólogo, también io un poco —dijo el italiano— caro mío amico Murrai... Ma... mi psicoloquía é mocho má realista. E psicoloquía de polisia. O muerto assassinado, o assidentado o suisidado. Ecco.

—Ninguna de las tres cosas —dije yo, tocado de una inspiración—. Las tres cosas son imposibles de toda imposibilidad...

Un hombre como don Benya no se suicida ¿verdad señora? Era un cristiano, una especie de santo; había aceptado el dolor en su vida como un cristiano; más aún,

parecía a ratos estar agradecido a Dios de su terrible destino. Hay cosas que no pueden ser, y, por lo tanto, no son. Y un accidente casual es aún más absurdo; tendría que haber perdido la razón y además la vista para ahogarse sin querer en esa piscina ¡que no tiene dos metros de agua! Benya nadaba... Entonces lo asesinaron. ¿Quién? No era hombre Benya de dejarse asesinar de ese modo; de un tiro por detrás, sí; ahogado como un gato sujetado bajo el agua, es imposible. ¡Recuerden la pelea con el yugoslavo! ¡El otro era un oso! Don Benya no sólo se defendió sino que lo envió cuan largo era de un tranquilo golpe. ¡Dios! ¡Ahora me acuerdo! ¡Es eso! La única conclusión posible es...

Una imagen clarísima de lo que pudo —y debió— haber pasado aquella noche terrible, que estaba escarabajeando bajo mi mente, se hizo de golpe. Yo me quedé mirándola con la boca abierta, sin notar que todos los otros me miraban a mí del mismo modo.

—Hay que contar con el otro —dije, hablándome a mí mismo—. ¡El *otro*! No se explica nada de la vida de don Benya sin contar con el otro...

—¿Y la conclusión cuál es? —oí decir frente de mí.

—Es muy sencilla —dije—. Pero en ese momento volví a ver, y vi la cara atenta del policía y me di cuenta que si lo que estaba yo diciendo era verdad, como lo era, ¡no debía yo decirlo!

El policía se había inclinado hasta tocar el ramo de claveles.

—¿Qué *otro*? —dijo.

Volví los ojos en torno mío perplejo y cacé los ojos de la señora que me decían: *"¡Prudencia!"*

—El otro... —me eché a reír— el otro es Lacunza... ¡Evidente! —parloteé—. La hipótesis del padre Lira y del doctor Gozzano...

Las palabras de Lira me retiñían en los oídos, *"Benjamín Benavides es un fantasma, pero un fantasma real: ha existido pero no ha muerto"*, mientras yo parloteaba, tratando de darme un aire natural de hombre tonto; como lo soy de hecho, aunque no tanto. ¡No tanto como para lanzar a la policía italiana detrás del pobre judío, si, como me parecía ahora, no había muerto!

Sólo yo conocía la existencia del mellizo, del millonario norteamericano, de *Caín*. A la señora nada le había dicho, Mungué había olvidado su visión del 18 de marzo. Recordé bruscamente todo: el cadáver del demente ahorcado, la otra muerte, los terrores extraños del viejo, sus frases misteriosas, cien y cien circunstancias, el *duque* caminando al lado suyo, y cubriéndose la cara con el tapabocas. Me sentía aturdido. El *cuestore* se ofreció a acompañarme y quería detenerme. Le dije que se hacía tarde, que tenía que ir al colegio a buscar a mi nena, lo cual era verdad. La señora me vigilaba, llamó al chofer y me embauló en su auto, después que el sabueso a regañadientes montó en un minúsculo topolino. Más al llegar al Colegio de Sant'Añèse me esperaba la hecatombe.

¡Mariányels había desaparecido!

Me acosté esa noche en un estado de perfecta alucinación. Ni sé lo que hice en el convento: después me contó el chofer que primero había negado como un idiota que no era verdad, después me había puesto hecho una furia y hecho huir a todas las monjas, y después había interrogado como un burro de noria interminablemente al mandadero del convento y la superiora que estaba a punto de desmayarse. Las monjas habían buscado a la niña un día entero, y no se habían atrevido a llamar la policía. Cuando llegó la hora de cerrar el convento, me hicieron salir no sin trabajo. "*¡Dónde se ha visto!* —gritaba yo—. *¡Dónde se ha visto! Grébanos del demonio*". "*¡Perder una niña que uno les confía en pleno día!*"

No sé cómo llegué a mi cuarto. Lo que recuerdo es que tomé dos pastillas de Luminal y me metí vestido en la cama... sabiendo que no iba a dormir.

Pasé toda la noche en un sopor, despertando vagamente a ratos y dando puñetazos a la almohada. Recuerdo que cuando chico me operaron de hernia, y al despertar del cloroformo, que creo me lo dieron con exceso, tenía la sensación de que todo era irreal, como fantasmas elusivos y burlones, incluso mis recuerdos, que me parecían mentira, mi cuarto y la juvenil cara de mi padre, del doctor, y de las dos muchachas Robirosa, mis compañeras de juego: era una sensación penosa, nunca la he

olvidado; estaba en Rosario yo y tenía cinco años. Pues ahora sentía lo mismo exactamente: Benavides, la niña, doña Ina... ninguno había existido, todo era soñado, porque de repente me dormía y soñaba con una viveza espeluznante.

Soñaba siempre lo mismo: veía al viejo Benya luchando brutalmente *consigo mismo* al borde de la piscina; es decir, la lucha comenzaba en mi cuarto, seguía en el comedor de la embajada, después en el cubil de Benya, después en el camino, después al borde de los arrayanes de la piscina. De repente veía a uno de los Benavides ejecutando un *upper cut* perfecto en el otro, y mandándolo como un muñeco de madera contra el borde de mármol, donde se quedaba tieso; un rápido cambio de vestidos y todo desaparecía en la noche, para comenzar luego de nuevo: todo menos el yaciente, el cual dando un salto prodigioso se sumergía en la piscina y volvía a flotar al momento lomo al aire, enorme burbuja blanca.

Al día siguiente cuando me levanté, a eso del medio día, se renovó la sensación repugnante de irrealidad de todo; la cual creo que se me aumentó todavía cuando por la tarde me trajeron una carta certificada con en el sobre ¡la gruesa escritura querida de Mariányels! Abrí la carta y dentro había una hoja de cuaderno mal cortada y emborronada con este pie:

Me despido con mucho vesito. Mariángeles.

Capítulo XIV: *Cabos*

Hace dos meses que no toco estos papeles. Los de don Benya que me quedan son ininteligibles o fútiles: versos sin acabar, notas sueltas. El invierno me ha tratado muy mal; un invierno romano, húmedo y traicionero, que salía yo de un resfrío para caer en otro. Mariányels no ha aparecido, ni recibí otra carta. La señora se vuelve a la Argentina. Gozzano ha renunciado a la carrera. Fray Fulgencio Mónaco está por morir.

Yo he conseguido un empleito de escribiente en la embajada, y voy tirando, muy tristemente lo confieso. Mala suerte. Pero Dios no ha de querer que empeore. La señora trabajará por mí en Buenos Aires. No puedo volver por ahora. El diario se hundió, ya lo dije, el dire estuvo en la cárcel y después murió; y sé de cierto que a mí me tienen *fichado*. Parece mentira; es una ridiculez hacer de mí un hombre de peligrosidad mayor, pero es así. Releyendo anoche recortes de mis artículos me he dado cuenta de que yo, en efecto, bien mirado, soy peligroso; porque veo cosas, y las digo. Personalmente, yo soy un inocente recién nacido: no deseo molestar a nadie, ofender a nadie, meterme con nadie, al contrario; pero hoy me he dado cuenta que profesionalmente soy peligroso, es decir, soy un buen periodista... si puede llamarse bueno el que se arruina el porvenir y se complica la existencia por servir a quien no se lo ha de agradecer. Por lo tanto, violín en bolsa dicen, por ahora al menos. Escribiré novelas. Si me deja escribir la nostalgia de mi tierra, la cual a ratos me aprieta algo increíble. ¿Y qué tengo yo en mi tierra? Nada. Mis hermanos han disipado mis bienes, que les dejé para administrar, fue

mi hermano Bartolomé el que los metió en una *"inversión muy segura"*, según me escribió, y ¡cataplúm!, cuando me acordé, la inversión era segura para los del directorio y yo no tenía un céntimo. Es decir, esto es lo que me escribieron mis hermanos, vaya a saber lo que han hecho allá, yo no quiero saber ya nada con ellos.

Pasé por lo menos un mes de fiebre buscando a Mariányels: fiebre literal también, a causa de los resfríos. Maldita gripe italiana. Si no hubiera sido por Lira Infante... *"Yo no sirvo para otra cosa que para meterme en líos* —decía el chileno—. *Menos mal que algunas veces los deslío"*. La carta de Mariányels venía de España, una hermosa cabeza de Franco en el sobre, con un sello borroso; y decía así:

"Cerido babbo y padrino
Deseo que te encuentre bien y no te afliga por
mi ce estoy muy bien estoy de biaje me
gusta mucho no estoy enferma te escribo para
que no te afliga por mí cuando sea mosita
te encontraré cé risa y tú será viejo
no me busque porce es inútil yo estoy muy
bien y basta te mando mucho vesito y ce
estés bien de salu ya sale el tren tengo ce
apurarme por no perder el tren adios te
ciero mucho y ce Dios te lo pague por lo
mucho ce isiste por mi te ciero
comó a mi padre como si afueras mi pa-
dre ce te portaste muy bien te encontraré
no te afliga lloré mucho me yeba-
ron Dios lo quiso es mejor asi.
Me despido con mucho
vesito Mariángeles".

La carta llegó a Roma por avión y tenía un timbre de Madrid y otro timbre borrado que descifrамos con lupa y ayuda de una gran mapa turístico de las Vascongadas en la embajada. El lugar de procedencia terminaba en *-oiz*, y lo encontramos al fin cerca de Bilbao un pueblo llamado Equioiz. Telegrafié y escribí a los consulados argentinos de Bilbao, La Coruña y Vigo; y escribí por avión una larga carta a mi buen amigo Joaquín Lamolla, agregado cultural de nuestra embajada en

Madrid. Cumpliendo mis instrucciones, Lamolla partió para Equioiz y después recorrió los puertos de ultramar sobre el Cantábrico: en ninguna parte halló, ni le dieron la menor razón, de un viejo y una niña como yo le describí; dos fantasmas. Le hice gastar tiempo de balde, gasté dinero prestado y sufrí muchísimo. Lamolla me decía en una de sus cartas:

"Están ustedes locos o estamos siguiendo una pista del todo chingada. Equioiz es una aldehuela perdida en la montaña, donde no se puede esconder una pulga. No hay hotel allí, ni fonda, ni nada: un campanario y cuatro casas. No hay tren. Nadie ha visto a los dos extranjeros que no hubiesen podido inadvertirse. Lo rebusqué todo, hasta las cercanías, me moví tres días enteros como un demonio. Discúlpame y resígnate. Tu nena se te fue como te vino, de acuerdo a lo que me dices. Debes aquietarte creyendo lo que te escribe que está bien y que un día te encontrará. Si estás seguro que la letra era de ella, debe estar con una persona de su confianza, porque si no una criatura no escribe así ¿qué hemos de hacerle? Paciencia, viejo. A mí tampoco me van muy bien las trampas, no te creas...".

Me resigné del todo, cuando la señora me hizo observar que sin duda don Benya debía ser el padre de la criatura y debía de estar con ella. Habíamos ido a visitar a fray Fulgencio. Todos estos días de fiebre o casi todos, iba a verlo para calmar mi cabeza. Don Fulgencio estaba en un estado lamentable. Cayó en una especie de idiotez, no se acordaba de nada, y enflaqueció terriblemente en poco tiempo. No se acordaba ni de la misa, ni de comer, que es más grave. Conseguimos llevarlo al Sanatorio Salus, en el convento daba lástima, no podían atenderlo. Estos conventos modernos están racionalizados, por no decir deshumanizados, en una forma que pobre del que en ellos necesite cosas especiales.

Don Fulgencio se había vuelto como un niño, se quedaba en la cama si no lo movían, se quejaba continuamente si lo dejaban solo y se había apegado a nos-

otros y a la enfermera parecido a un niño enfermo. Quería que yo fuese a verlo todos los días, y se quejaba si le fallaba, a mí me amohinaba bastante. Con esto, no discurría mal, porque la cabeza no la había perdido; sólo que a veces caía en largos silencios, como atónito, y me dijo la enfermera que de noche tenía alucinaciones. Un día me estuvo hablando largamente de Mallorca y del poeta Costa y Llobera, que me asombró lo clara que tenía la cabeza; me recitó versos de memoria en mallorquín y castellano. Una vez me dijo:

—Hay muchos religiosos que se mueren sin saber lo que es el amor...

—Por supuesto —le dije yo—. Casi todos.

Denegó gravemente con la cabeza y dijo:

—No hablo del amor malo.

Yo lo dibujé tres o cuatro veces, tenía un perfil curiosísimo de bobito bueno. Yo no puedo dibujar sino de perfil. Otra vez me dijo:

—Yo debía de haber cuidado enfermos...

¡Era verdad! Creo que el error fue meterlo a este buen payeso a escribir historia, que no había nacido para eso. Él obedeció *perinde ac cadaver*, pero la obediencia no lo hizo lo que no podía ser. Era un pobre hombre cariñoso y afable. Toda la caparazón de prejuicios, fórmulas, ideas ajenas, estribillos, lugares comunes y psitacismos con los cuales había defendido en vida su posición falsa, cayeron ahora y había allí una pobre alma no adulta, muy simple, que no sabía nada de nada y no quería saber nada, ni leer, ni el breviario siquiera. Venían a verlo muchas veces cofrades de su convento, que le daban noticias domésticas y le contaban los triunfos de su orden en América, Europa, Asia, África y Oceanía. El mallorquín los oía con indiferencia. A veces lo amonestaban con el mismo resultado. Él rezaba mucho su rosario.

Ahora ha caído en una gran debilidad, no se mueve, pide a Dios morirse, pero cuando siente algún dolor se asusta mucho y pide vivir. Reclama muy suavemente cuando dejo de verlo, y me dice: *"No me abandone"*. Me pide con frecuencia dinero y cuando le pregunto ¿para qué? responde: *"Para hacerme traer caldo de gallina"*.

Si con el caldo de gallina se lo pudiese curar, yo le daría todo el dinero que tengo; pero el médico dice: *"niente da fare"* arteriosclerosis de largos años, falta de irrigación cerebral; y así le doy solamente a veces un poco de dinero que me sobra. Adivinen cuánto es el dinero que a mí me sobra.

Recuerdo lo que dijo don Benjamín una vez que Murray andaba soliviantado hablando de la *"aristocracia de lo religioso"* y de la *"destrucción de todas las jerarquías"* porque el arzobispo de Viena de Austria había mandado que todos sus seminaristas aprendiesen un oficio manual: *"Si los sacerdotes no trabajan con la cabeza es justo que trabajen con las manos, porque todo hombre debe trabajar. En otros tiempos era otra cosa; pero hoy día es muy posible que Dios permita que los comunistas obliguen a los sacerdotes a ejercer un trabajo manual"*. Si el pobre vejete Fulgencio hubiese ejercido un oficio manual, aunque fuese cuidar enfermos, ahora sería un hombre y no un infante y moriría contento.

Cuando se vaya la señora el viejo Fulgencio se morirá... y yo también. Pero no, hay que vivir, quiero vivir por lo menos hasta ver en qué para todo esto, hasta volver a don Benya, si vive. La señora es feliz, se va, y yo me quedo aquí injusta y cruelmente desterrado. Ella es feliz. Está embarazada. Me lo dijo con una fórmula exquisita y muy mujeril, al pedirme que hiciera llegar el taxi hasta el cordón de la vereda: *"Estoy florecida"* —me dijo—. Y añadió ante mi insipidez con un relámpago de rubor *"llevo fruto"*. Su rostro efectivamente floreció de golpe, sus ojos se iluminaron y después se empañaron.

Aunque don Benya decía que el mundo se acababa, el mundo no se acaba. ¿Y si se acaba, qué importa? Para mí ya ha acabado. Vaya a saber si el día menos pensado no comienzo a vivir de nuevo.

¡Dos resurrecciones! ¡Qué embromar! ¡Dos resurrecciones! Dios lo puede todo.

Mariánuels...

Indice

PARTE PRIMERA: *LA GRAN GUERRA*

Capítulo I: *Don Benya* 13
Capítulo II: *La Guerra de los Continentes* 17
Capítulo III: *Guerra y rumores de guerra* 27
Capítulo IV: *Las Tres Ranas* 41
Capítulo V: *Diseño de interpretación* 49
Capítulo VI: *Las Langostas* 67
Capítulo VII: *Los mellizos* 85

PARTE SEGUNDA: *LOS SEPTENARIOS*

Capítulo I: *Los Signos* 97
Capítulo II: *Los Septenarios* 101
Capítulo III: *Fray Fulgencio* 115
Capítulo IV: *El intérprete extravagante* 125
Capítulo V: *Las Siete Iglesias* 131
Capítulo VI: *Guerra civil* 143
Capítulo VII: *Efeso, Smyrna, Pérgamo, Thyatira* 153
Capítulo VIII: *Las Siete Tubas* 167
Capítulo IX: *El secreto* 183
Capítulo X: *Cabos sueltos* 195
Capítulo XI: *La visión de donna Ina* 207
Capítulo XII: *Final* 213

PARTE TERCERA

Capítulo I: *Las Dos Mujeres* 225
Capítulo II: *La traducción* 231
Capítulo III: *La Perdida* 237
Capítulo IV: *Babilonia* 251
Capítulo V: *La otra mujer* 261
Capítulo VI: *El retiro de la Iglesia* 271

Capítulo VII: *Los ojitos de fray Fulgencio* 281
Capítulo VIII: *La "abominación de la desolación"* 291
Capítulo IX: *La política* 303
Capítulo X: *El suicidio* 317

PARTE CUARTA

Capítulo I: *La cárcel* 329
Capítulo II: *Retrato del Anticristo* 339
Capítulo III: *La injusticia* 349
Capítulo IV: *El ídolo* 359
Capítulo V: *Los dos cardenales* 371
Capítulo VI: *El otro suicida* 377
Capítulo VII: *El Milenio* 381
Capítulo VIII: *Los mil años* 391
Capítulo IX: *El viejo polemista* 401
Capítulo X: *Lacunza vindicado* 411
Capítulo XI: *El Capítulo Diecinueve* 421
Capítulo XII: *Una mala rosa* 431
Capítulo XIII: *Los fantasmas* 439

Esta edición fue terminada de imprimir el día 26 de marzo de 1978 en los Talleres Gráficos Yunque, Combate de los Pozos 968, Buenos Aires.